



Elisabeth Adler

Lamour ha enviudado
y busca consuelo
para su dolor en la casa
de la infancia. Pero allí
la aguardan sorpresas
insospechadas.

*La
casa
en Imalfi*

Lectulandia

Lamour ha enviudado y busca consuelo para su dolor en la casa de la infancia, pero allí le aguardan sorpresas insospechadas. En esta emocionante novela de secretos, recuerdos y amores insospechados, Elizabeth Adler nos transporta a los imponentes acantilados y a las aguas turquesas de la costa de Amalfi en Italia.

El marido de **Lamour Harrington** murió hace dos años. Desde entonces, Lamour se ha dedicado en forma exclusiva a su carrera, la arquitectura paisajista. Pero ni siquiera la creación de bellos ambientes exteriores puede devolverle la paz interior. Cuando se enfrenta con la horrible verdad sobre el hombre que adoraba, su marido, Lamour se ve en la necesidad de buscar un refugio donde reponerse y curar sus heridas.

Regresa a la casa de la costa de Amalfi, donde vivió con su padre durante los años más felices de su infancia. Pero la casa de sus recuerdos contiene sus propios secretos, y la obliga también a enfrentar la verdad del otro hombre al que quiso tanto cuando era niña. ¿Fue de veras accidental la muerte de su padre? ¿Ocultaba su padre algo que causó su temprana desaparición?

Desgarrada entre dos hombres misteriosos y seductores, Lamour descubre que el pasado encuentra maneras de retornar cuando menos se lo espera. Y alguien está dispuesto a asegurarse de que Lamour no penetre en los oscuros secretos de aquel refugio idílico y maravilloso de la costa de Amalfi. Cuando el pasado y el presente alcanzan un clímax devastador y colmado de incertidumbre, Lamour debe encarar lo que más teme y encontrar el valor para poder vivir la vida a plenitud.

Lectulandia

Elizabeth Adler

La casa en Amalfi

ePub r1.0

Titivillus 09.06.18

Título original: *The house in Amalfi*
Elizabeth Adler, 2005
Traducción: Luz Freire
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mi precioso Red
y a mi queridísimo Jerry...
¡Que no aparecen en este libro!*

*Nadie vive para siempre.
La vida es un privilegio y debemos
usar el tiempo de manera sabia.
Es responsabilidad de cada uno
aprovecharlo de la mejor manera posible.*

MIFUNE.

Capítulo 1

Lamour Harrington.

Durante dos años he vivido sola, sin que nada alterara mi soledad, ni siquiera un perro o un gato. Mi amiga Jammy Mortimer, a quien conozco desde que era muy pequeña, piensa que me estoy volviendo rara.

—La soledad no te hace bien —suele decirme con la franqueza habitual en ella—. Vas a terminar como una reclusa excéntrica y gorda, negándote a abrirle la puerta a la gente, incluso a mí.

Por supuesto, eso no es verdad. Mis puertas siempre estarán abiertas para Jammy. En lo que se refiere al peso, en verdad me he vuelto mucho más delgada en los últimos meses. Llevo una vida agitada —durante el día, quiero decir— y comer es un hábito que al parecer estoy perdiendo. Trabajo como arquitecta paisajista, es decir, diseño jardines. Embellezco los hogares, creando ambientes exteriores para las personas que viven en ellos. Algunos, pequeños y fragantes; otros, boscosos y silvestres, pero siempre realzados por el susurro del agua, el murmullo de los arroyos de piedrecillas o por una sencilla fuente. Me apasiona transformar terrenos áridos en mundos vivientes: césped, arbustos, flores, árboles... sobre todo, me encantan los árboles. A veces me pregunto qué sería de la vida sin ellos.

Ahora que lo pienso, mi propia vida parece un mundo sin árboles, árido y vacío desde que perdí a Alex, mi marido, en un accidente automovilístico dos años atrás. Era la segunda vez en mi vida que perdía en un trágico accidente a un hombre amado. La primera fue la muerte de mi padre, en un misterioso naufragio. En ese entonces, yo tenía apenas diecisiete años.

Estoy casi segura de que es imposible recuperarse en poco tiempo del desgarramiento que causa la trágica separación del ser amado, para luego tener que afrontar el terror descarnado de seguir adelante sin él. Mi marido era mi amante, mi amigo y compañero. «Tienes que reponerte y continuar con tu vida» —me aconsejaban mis amigos unos meses después—. Lo intenté. Sin embargo, aunque regresé al trabajo, de alguna manera ya no pude volver a vibrar otra vez.

Sentada en el piso veinte de mi refugio urbano en Chicago, con vista al lago gris azotado por violentas ráfagas de viento, con un jarro de café casi frío y olvidado en mi mano, pienso en la felicidad y trato de recordar cómo era. Mis ficus enanos a la intemperie, en la pequeña terraza, tiemblan en la brisa y me recuerdan los bien cuidados limoneros de la costa de Amalfi, en Italia, protegidos durante el invierno en sus invernaderos acogedores, hasta que llega la primavera, cuando emergen, una vez más, con una explosión de capullos tan fragantes que quitan el aliento.

De repente —pues no he pensado en esto en forma consciente desde hace mucho

—, recuerdo a mi padre, Jonathon Harrington, que me puso el nombre «Lamour» en honor a su bella pero inquieta bisabuela de Nueva Orleans, y rememoro también la época en que me llevó a vivir a su casa en Roma mientras escribía su novela.

Me dijo que iba a ser un éxito seguro. ¿Cómo no iba a serlo si la estaba escribiendo en una ciudad llena de historia, cultura y sexo? En realidad, no pronunció la palabra «sexo»; después de todo, yo solo tenía siete años. Me parece que utilizó el término «sensualidad», aunque yo tampoco sabía qué significaba. Más tarde y para mi sorpresa —porque para mí mi padre era tan solo mi padre—, su novela se convirtió, en efecto, en un enorme éxito, que contribuyó, en gran medida, a aliviar el dolor del proceso de escritura, según él mismo me dijera.

Una vez más, no supe qué quería decir, puesto que solía pasar la mayor parte del tiempo en el bar de la *piazza*, cerca del apartamento, y siempre se lo veía alegre. Nosotros no vivíamos en uno de esos *palazzi* renacentistas cuyas fachadas esculpidas decoran las calles más ilustres de Roma y cuyos parques e interiores, llenos de espejos y paneles dorados, han servido de hospedaje a romanos millonarios a través de los siglos. El nuestro era tan solo el último piso de un edificio viejo que se iba descascarando poco a poco, con plomería defectuosa y, con toda probabilidad, con una instalación eléctrica insegura, en lo que aún era el barrio obrero de Roma, conocido como el *Trastévere*. Sin embargo, para una niña de siete años, libre para recorrer sus plazas y callejones adoquinados, era el Paraíso.

Cuando bajamos del avión de Alitalia en Roma, bajo el cálido sol del verano, mi padre, Jonathon Boyland Harrington de Atlanta, Georgia, me dijo que, en adelante, lo llamara «Jon-Boy» en lugar de «papi»; la razón era que me haría sentir mayor y a él, supongo, lo haría sentir un escritor sureño antes que un padre soltero. Ese era el papel que venía desempeñando desde que cumplí los tres años, cuando dejamos a mi mamá debido a su «afición a la bebida y a las juergas», según me dijo él. Una vez más, no estaba segura de lo que significaba «juergas», sin embargo, a pesar de mi corta edad, sabía todo lo referido a la afición a la bebida de mi madre.

—Nunca voy a beber ni a participar en juergas, Jon-Boy —le aseguré ese día en el aeropuerto de Roma. Él me miró, con su sonrisa de lado y la ceja arqueada que le sentaba tan bien y lo hacía parecer más que apuesto, y me dijo:

—Será mejor que no, niña. Las mujeres italianas no se comportan de esa manera.

Supuse que eso también significaba que, de ahí en adelante, debía considerarme italiana, al menos durante el tiempo que permaneciéramos en ese país.

Vivíamos en medio de un laberinto de calles estrechas y sinuosas, en realidad, más parecidas a callejones, con edificios altos y angostos apiñados a cada lado. La piedra vieja y gris mostraba los lugares donde siglos de estuco de diferentes colores se había desprendido, y siempre había ropa colgada arriba: camisetas blanquísimas, manteles de todos los colores y las sábanas más blancas que hubiera visto jamás. En los techos, podían verse raquíticos arbolitos y pequeñas matas que brotaban entre las antenas de televisión. Los callejones olían a gato y a café recién molido, a ropa limpia

y al calor que surgía de las piedras.

Mi nuevo vecindario estaba lejos de ser glamouroso, apenas era íntimo y cómodo, aunque de un modo extraño. Sin duda, se hallaba a años luz de la calle de barrio con jardines que había sido mi hogar durante la mayor parte de mi corta vida; y en la que los aromas eran, por lo general, de palomitas de maíz rociadas con mantequilla o de césped recién cortado. Los nuevos olores romanos eran distintos y excitantes.

Mi callejón se llamaba *vicolo del Cardinale*, aunque no creo que ningún cardenal verdadero haya vivido ni siquiera cerca del barrio. Quizá solo haya dado un paseo por allí, y eso había sido suficiente para que le quedara el nombre al pasaje. Casi siempre estaba en mi *vicolo* desde temprano, saludando a mis nuevos amigos, visibles a través de las ventanas de sus pequeñas cocinas, o ya de regreso del mercado, y en ese caso me daba cuenta de que había dormido de más.

Gracias a los rumores que rápidamente se propagan en los barrios, las mujeres estaban al tanto de que no tenía mamá y, como por lo general yo estaba sola, siempre me vigilaban. Solían preguntarme adónde iba y movían la cabeza en señal de desaprobación al enterarse de que no asistía a la *scuola elementare* y de que Jon-Boy me daba clases en casa. Aun así, lo apreciaban. ¿Cómo podía ser de otro modo? Era encantador y siempre tenía tiempo para conversar con ellas.

Con sus vestidos negros, sus zapatos sin taco y sus rostros amables y surcados de arrugas, todas eran como abuelas para mí. Comía pastas caseras en sus cocinas, admiraba fotografías de sus hijos ya crecidos y de sus «verdaderos» nietos, y les prometía que siempre iba a portarme bien para poder casarme algún día con alguien así y darle a Jon-Boy su propio nieto. «Eso lo reformaría», comentaban, asintiendo con la cabeza, satisfechas por haber resuelto nuestro problema de familia de manera tan sencilla. ¡Cómo me hubiera gustado que hubiese sido así!

De todos modos, allí fuera, en el callejón de las primeras horas de la mañana, con la cara lavada, un cepillado superficial de dientes y mis largos cabellos negros, en una gruesa trenza mal hecha balanceándose en mi espalda, sentí, por primera vez, la fuerza embriagadora de la libertad, mientras aspiraba el aroma penetrante y dulce del café recién molido y de los bollos azucarados, hasta que el alto y sombreado callejón irrumpía en la *piazza* en una especie de frenesí de luz y de actividad.

El diariero ya estaba en su puesto de venta, y una camioneta repartía los periódicos matutinos y las revistas deportivas que, junto con los crucigramas, daban la impresión de constituir la mayor parte de su mercadería. Casi contiguo al puesto, separado por un puñado de pequeñas mesas y sillas de metal que raspaban el suelo irregular de adoquines con un terrible chirrido cada vez que alguien tomaba asiento, se encontraba el bar Marchetti, donde ya había varios parroquianos apoyados en la barra. Con un pie en el soporte de bronce, hojeaban las noticias de la mañana, mientras bebían un espresso bien azucarado.

Al frente, en su pequeño kiosco de madera, detrás de un montón de flores de diversos colores, Adriana, la florista, me saludaba con la mano, y yo me acercaba

para recibir su beso suave. Adriana me colocaba un clavel rosado en la trenza y me preguntaba, ansiosa, cuándo iba a empezar a ir la escuela como los otros niños. Para que se quedara tranquila, yo le aseguraba que Jon-Boy me daría una clase de aritmética ese mismo día por la tarde. Por supuesto, nada de eso era verdad, porque Jon-Boy sabía tanto de aritmética como un niño de siete años y era tan sensato con respecto al dinero como una pulga saltarina. Pero esa es otra historia.

Partía rápido de nuevo, y solo me detenía un instante para mirar a través de los portones de madera de la pequeña iglesia de fachada lisa, rematada con un frontis clásico y una pequeña cruz verde claro. El exterior llano daba a una penumbra fascinante, ornada de oro y frescos iluminados por velas temblorosas. No entraba, porque iba camino al bar en busca de mi café y mi medialuna, el desayuno típico de los italianos, entre los cuales, apenas dos meses después de nuestra llegada, yo ya me contaba.

—*Buon giorno*, Angelo. —Me subía al soporte de bronce y apoyaba los codos en la barra. Le dedicaba mi amplia sonrisa de niña de siete años sin dientes, mientras me mordisqueaba la punta de la trenza.

Angelo tenía más de treinta años y era un hombre alto, de hombros anchos, cuello grueso y cabellos rebeldes. En su rostro ancho sobresalían dos grandes ojos pardos brillosos y largas pestañas lacias, como las de las vacas. Lucía una perpetua barba negra del día anterior, desde la cual sus dientes refulgían grandes y blancos.

En esos tiempos, yo mantenía una especie de coqueteo con Angelo, el primero de mi vida. De hecho, no sabía coquetear hasta que llegué a Roma y me senté al lado de Jon-Boy en los cafés. Entonces, empecé a observar a mujeres elegantes y bonitas que caminaban más despacio al pasar por nuestra mesa, sonriéndole a Jon-Boy y girando la cabeza para lanzarle una larga y lenta mirada insinuante, aunque yo no comprendiera su significado entonces. Practiqué mi nuevo conocimiento con Angelo, quien, como la mayoría de los italianos con los niños, me daba el gusto y me dejaba que me lo metiera en el bolsillo, algo que no sería capaz de hacer hoy en día con ningún hombre.

—*Ciao*, bella —me decía, mientras aceptaba mi dinero y me entregaba un comprobante, que luego le devolvía a cambio de mi desayuno. Así era como funcionaban las cosas en Italia. Angelo sabía cuál era mi pedido, y ya estaba ubicado delante de la máquina humeante, preparando mi cappuccino, una bebida inventada por monjes capuchinos mucho antes de que se hubiera pensado siquiera en las máquinas espresso, y a los que les estaré eternamente agradecida.

Angelo me llenaba la taza con bastante espuma, a la que le echaba una generosa cantidad de chocolate en polvo, y luego me la deslizaba a lo largo de la barra. Elegía la medialuna más crujiente, la envolvía en un papel encerado y me la daba. Junto a los helados y a la *pizza*, esta era mi comida favorita. Me gustaba tanto la manera en que el pastel recubierto de capas tostadas crujía cuando lo mordía, llenándome la camiseta de migas, y luego la suave dulzura que mis dientes y mis papilas gustativas

encontraban en el centro. Tomaba un buen trago del cappuccino, me limpiaba los restos de polvo de chocolate y las migas de la boca con el dorso de la mano, y le sonreía a mi héroe.

—¡Genial! —Le decía, olvidándome de hablarle en italiano, perdida como estaba en mi propio placer.

—¡Genial! —Me respondía, y yo reía, porque, en él, sonaba gracioso—. *Ecco*, ¿y qué vas a hacer hoy?

—Voy al mercado en el *Campo dei Fiori* a comprar ensalada para la cena. —Y palmeaba el dinero doblado que llevaba en el bolsillo de mis vaqueros, sintiéndome muy importante por la tarea que me tocaba realizar—. Compraré ensalada, queso y *prosciutto*. Y pan también, por supuesto.

—Pero ¿no deberías estar en la escuela? —Angelo hacía la pregunta que yo ya sospechaba que iba a perseguirme durante toda mi infancia en Roma. Me encogía de hombros con indiferencia, aunque reconozco que ya empezaba a preocuparme. ¿Qué pasaría si la policía empezaba a buscarme y me arrestaba en medio de la *piazza* mientras todo el mundo me miraba? ¿Y si me obligaban a enfrentar al director de la escuela delante de los demás niños? La humillación que sentí de solo pensarlo me dejó la boca abierta, pero Angelo se limitó a sonreír y a darme una palmadita en el hombro.

—Oye, sé feliz mientras puedas, *piccolina*. Recuerda que la vida es corta. —Y me deslizó otra medialuna por la barra, con un guiño que significaba que era gratis, antes de irse a atender a otros clientes, ansiosos por beber su espresso matutino.

—La cafeína ya estaba corriendo con fuerza por mis venas, mientras pasaba llena de energía delante de la Pizzería Vesuvio, mi lugar favorito de *pizzas*, y atravesaba el laberinto de callejones familiares, al tiempo que esquivaba el veloz tránsito romano que no se detenía nunca ante nada ni ante nadie.

Me detuve por unos instantes en la esquina de *Campo dei Fiori* y observé la plaza atiborrada de gente. Puestos cubiertos de toldos rebosaban de verduras y frutas, con fragancias que me hacían cosquillas en la nariz y cuyo arco iris de colores me deslumbraba. Avispas zumbaban alrededor de los duraznos; los murmullos del parloteo de las mujeres flotaban en el aire. Elegantes mujeres romanas, de piernas largas en faldas cortas y tacos altos, muy bien maquilladas y peinadas, examinaban los pequeños *zucchini* de flores amarillas y los champiñones húmedos y grises con la misma habilidad que las abuelas vestidas de negro del lugar, inspeccionando cada elemento de modo minucioso, porque nada que no fuera perfecto resultaba aceptable.

Las flores expuestas cerca de la fuente central humillarían a las de Adriana. Gladiolos anaranjados de tallos largos, baldes llenos de rosas rojas e innumerables ramos de azucenas blancas con tintes verdosos, cuyo aroma se expandía a más de veinte pasos, y siempre las pequeñas cestas de violetas en profundas tonalidades de púrpura. Compré una de estas para colocarla en mi habitación y luego, una azucena. Esa noche se la daría a mi papá durante la cena, cuando mi ensalada, el jamón y el

queso estuvieran dispuestos en forma artística en fuentes al lado de una copa de Frascati, su vino blanco favorito de la región. Sería una muestra de mi amor, porque nunca ninguna niña amó a su padre tanto como yo al mío.

Una ráfaga repentina de viento, que dispersó las hojas del ficus por toda la terraza, me trajo de vuelta a la noche fría de Chicago; recordé mis sentimientos de esa mañana en Roma, cuando el sol me quemaba la espalda mientras mi trenza brincaba. Cuando la sonrisa blanca y brillante de Angelo me aceleró los latidos del corazón y el sabor azucarado de la medialuna conmocionó mis papilas gustativas, y cuando el beso ansioso de Adriana me hizo sentir muy querida. Pude oler de nuevo las azucenas en el *Campo dei Fiori*, y sonreí, mientras me daba cuenta de que lo que estaba recordando era esa esquiva emoción llamada «felicidad».

No lo sabía aquella mañana soleada de Roma, pero todavía me faltaba conocer la felicidad verdadera. La auténtica felicidad no llegaría hasta el año siguiente, cuando Jon-Boy me llevó a vivir a la casa de Amalfi. El lugar donde moriría diez años después, rodeado de misterio.

Capítulo 2

El silencio de mi apartamento se vio perturbado por el insistente zumbido del intercomunicador en el vestíbulo de la planta baja. Sumida en los recuerdos, me sobresalté de tal modo que volqué el café frío que estaba bebiendo.

—¡Maldición! —exclamé, mientras limpiaba el brazo de la silla con un pañuelo de papel—. ¿Quién podrá ser?

Corrí a levantar el intercomunicador de la cocina y contesté: «Hola» con cierta irritación. El suspiro de Jammy sonó semejante al viento borrascoso que soplaba afuera.

—Tierra al Planeta Cero —dijo con su vocecita aniñada, que no perdió a pesar de los años y que solo resalta su encanto, razón por la cual nunca intentó modificarla.

También yo suspiré, pues sabía el motivo de su visita y anticipaba qué me iba a decir... una vez más. Jammy jamás se daba por vencida.

—Bueno, sube —le respondí, resignada.

—No voy a subir, tú vas a bajar. Voy a llevarte a tomar unos tragos y a cenar. Y no, no me importa cómo estés vestida, solo ponte un abrigo; vamos al restaurante italiano del barrio.

—Pero recién son las cinco y media —objeté, mientras le echaba una mirada al reloj de la cocina—. No suelo beber a esta hora.

—¿Nunca escuchaste ese viejo dicho de que ya son las seis en alguna parte del mundo? Así que píntate un poco los labios, ponte el abrigo y baja pronto. Porque si no, le voy hablar hasta por los codos a Serge, y ya sabes cómo detesta eso; se va a enojar contigo, no conmigo, y calmarlo te va a costar una buena propina esta Navidad. De modo que apúrate, muchacha.

Esta vez no pude evitar sonreír al tiempo que suspiraba. Serge, que había pertenecido al ejército ruso en su juventud, era el portero. Hacía cuarenta años que vivía en este país y aún se negaba a hablar en inglés más de lo necesario. «Difícil» hubiese sido una buena palabra para describirlo, pero había estado en el edificio mucho más tiempo que yo y era evidente que no se iba a ir a ningún lado, así que no quedaba más remedio que llevarse bien con él.

Me puse rápidamente un par de vaqueros y un suéter negro de cuello alto, me calcé las botas y me coloqué un poco de *rouge* en los labios. Me miré al espejo; no me veía nada bien. Alta y flaca como estaba, los pantalones me sobraban por todas partes; tenía grandes ojeras y las mejillas hundidas; el cabello negro, ondulado, necesitaba con urgencia un buen corte. Parecía Drácula en ropa informal. Me encogí de hombros y me sujeté el cabello con una goma elástica. ¿Qué importaba? De cualquier manera, nadie se iba a fijar en mí.

—Te ves muy mal —comentó Jammy cuando bajé del ascensor.

—Gracias. Siempre es agradable oír un cumplido.

Serge nos miró con indiferencia cuando nos despedimos de él con un ademán, y Jammy mantuvo la gran puerta de vidrio abierta mientras yo salía, un poco enojada.

—De todos modos, no quería venir —agregué, malhumorada—. Afuera hace frío y está horrible; además, no quiero beber.

Jammy alargó el brazo y me detuvo a mitad camino.

—Maldición, Lamour Harrington, ¿quién te va decir la verdad si no te la digo yo? —Las lágrimas, posiblemente de rabia, comenzaron a brillar en sus grandes ojos azules.

—Está bien, tienes razón —respondí, mientras me volvía para abrazarla—, pero ¿qué mujer quiere oírla?

—Tú necesitas oírla. Y también necesitas un trago.

Jammy me tomó del brazo y empezamos a caminar a grandes pasos por la vereda, bien juntas, con la cabeza inclinada contra el viento y los cabellos arremolinados en desorden. Las piernas de Jammy eran tan largas como las mías. Siempre fuimos las más altas de la clase, e incluso las más altas entre nuestras amigas del barrio, cuando me mudé al lado de su casa. En esa época, Jon-Boy todavía cumplía el papel de padre responsable y nos habíamos ido a vivir a un barrio respetable de clase media, en las afueras.

Vivíamos en la casa más que pequeña de la vieja cuadra arbolada de Evanston, llena de jardines casi mustios y aros de básquetbol, y justo al lado Selma y Frank Mortimer y sus tres hijos. Jammy tenía mi edad y nos hicimos amigas desde el principio.

La casa de Jammy tenía todo lo que le faltaba a la mía: una mamá que siempre estaba haciendo sándwiches y donde nunca faltaban los jugos instantáneos que nos preparábamos nosotras mismas. Durante el verano, la señora Mortimer cocinaba grandes ollas de mermelada y gelatinas, revolviendo y tamizando el azúcar, cuyo aroma perfumaba toda la calle; se nos hacía agua la boca. Así fue como Jammy obtuvo su sobrenombre: le gustaba robarse pedacitos de jamón y lamer los tazones. Solía tener la boca manchada de mermelada o sucia de jamón, a veces durante días enteros. Así que la llamábamos Jammy en vez de Jamie, que era su verdadero nombre.

Por supuesto, mi padre artista no estaba contento en el barrio. Nos habíamos mudado a las afueras solo porque creyó que era el mejor lugar para mí, y tenía razón. De modo inesperado, también se volvió un buen lugar para él: el hogar de los Mortimer se convirtió en el mío y le alivió la carga de tener que comportarse como un padre conmigo. Por eso, tenía tiempo para verse con sus amigas y sus viejos compañeros de universidad, con quienes podía hablar de libros, de música y de la novela que soñaba con escribir algún día. Daba clases de literatura en una universidad local, y cuando no estaba allí, se lo podía ubicar casi siempre en el café del barrio o en el bar, garabateando un cuaderno: para él, la palabra escrita era exactamente eso:

escrita, y a mano. Decía que las historias salían mejor así que en la computadora.

Entretanto, yo ya casi me había mudado por completo al hogar de los Mortimer. Los permisos para pasar la noche se convirtieron en permisos de varias noches y días, e incluso llegaba a quedarme a dormir toda la semana. Poco a poco, empecé a formar parte de esa familia feliz. Como ven, papá hizo lo mejor para mí en ese entonces. Y también mucho después, a pesar de que escandalizó a los Mortimer hasta dejarlos sin habla, pues les dijo que se iba a tomar uno o dos años sabáticos para ir a Italia a escribir su novela, y que me iba a llevar a mí también.

Claro que a mí me ponía muy nerviosa la idea de ir a vivir a un país extranjero, donde no conocía a otros niños y en el que ni siquiera hablaban mi idioma, pero también me emocionaba mucho que mi papá me quisiera tanto que no pudiera soportar la idea de irse sin mí.

Unos años después, cuando regresamos a Evanston, reanudé mi amistad con Jammy en el mismo punto donde la habíamos dejado. Entonces, cuando Jon-Boy regresó solo a Italia, a vivir, pasé a ser un miembro permanente de la familia Mortimer. Papá solía volver un par de veces al año, pero nunca fui a visitarlo a Italia, porque estaba muy ocupada en la escuela. La última vez que lo vi fue cuando asistió a mi graduación de la escuela secundaria.

Por todo esto, Jammy es como una hermana para mí, y también una amiga. Hemos compartido nuestros dramas de adolescentes; desde los primeros novios hasta los amantes traicioneros, todas las cosas que les pasan a las muchachas. Jammy me ayudó enormemente a sobreponerme a la horrible desolación que me causó la muerte de Jon-Boy, que desapareció en un velero en la costa de Amalfi, en medio de una tormenta. Lo más terrible fue el hecho de que el mar simplemente se lo tragara. En ese entonces, yo tenía diecisiete años, me estaba preparando para ingresar en la universidad y estaba viviendo con los Mortimer como una especie de huésped definitivo. Luego simplemente me quedé allí.

Hubo un oficio de difuntos en la bella catedral de Amalfi, del siglo XIX, con su exquisita fachada de mosaicos árabes. Como yo me negaba a aceptar la muerte de Jon-Boy, no asistí a la ceremonia; Frank Mortimer fue en mi lugar.

Tenía recuerdos tan felices de los momentos que pasamos juntos en la pequeña casa que Jon-Boy había comprado que, durante mucho tiempo después de su muerte, ni siquiera podía pensar en ella. En todos estos años, nunca pude cobrar suficiente ánimo para volver a Amalfi.

No hay absolutamente nada que Jammy y yo no sepamos de la otra; solo ella conoció la verdadera profundidad de mi segunda desolación, cuando murió mi marido, Alex. Estuvo conmigo, vio cómo se me destrozaba el alma y se quedó para ayudarme a juntar los pedazos uno por uno. Permaneció a mi lado varias semanas, y le dijo a su marido que iba a tener que arreglárselas solo durante un tiempo, porque yo la necesitaba más. Matt, tan bueno como es, le respondió: «Cómo no, querida; ayúdala todo lo que puedas».

Ahora, aquí está de nuevo, tratando de sacarme, aunque sea a la fuerza, de la mezquina, cobarde y rígida vida que estoy llevando, llena de estrictas pautas de trabajo y sin ninguna diversión, porque he olvidado cómo hacerlo y porque tampoco me importa ya. Además, después de haber perdido a los dos hombres que amaba, no puedo permitirme el lujo de querer a otro y de volver a sufrir. Mi vida va por buen camino; tengo mi trabajo y eso es lo único que me importa.

Jammy me guio por un par de calles protegidas del viento, hasta que llegamos a una *trattoria* llamada, con gran optimismo, *Tre Scalini*. Ese era el nombre del que fue una vez un restaurante muy famoso de la *piazza Navona* de Roma. Papá solía llevarme allí para beber su deliciosa granita, el granizado con sabor a café mezclado con crema batida.

—Es extraño cómo la comida trae tantos recuerdos —rememoré, mientras me sentaba en un banco de la barra. Jammy pidió dos *vodkatinis*, con tres aceitunas rellenas con roquefort, batidos a la manera de James Bond—. Estoy recordando el verdadero *Tre Scalini*.

—En Roma, por supuesto. —Jammy apoyó el codo en la barra. Se echó el flequillo hacia atrás y me lanzó esa exasperante mirada suya de soslayo—. No me cabe duda de que estás convencida de que eres italiana y que nunca viviste en ninguna otra parte, sino en esa vieja ciudad. Excepto, ah, ¿dónde quedaba ese otro lugar?

—Amalfi. —Me erguí en la silla, un poco molesta por su mirada—. Y te aseguro que esta *trattoria* no se parece en nada a la auténtica.

—Entonces, si es tan genial, ¿por qué no regresas y ya? —Apoyó ambos codos en la barra y miró furiosa hacia el espejo ubicado detrás del bar.

En un brindis burlón, levanté mi martini hacia su imagen reflejada.

—Salud por una larga y provechosa amistad.

Giró hacia mí con los ojos llenos de cólera.

—¿Sabes una cosa, Lamour Harrington? Te estás convirtiendo en una vieja miserable y amargada. No sé qué pude haber visto en ti. En este momento tengo muchas ganas de no verte nunca más.

Por un segundo, me quedé anonadada, sin atinar a responderle. Pero luego reaccioné:

—No serías la primera persona en hacerlo. ¿Te acuerdas de Skeeter Malone? Me dejó en el baile de promoción de fin de año por Melanie Damato.

—La llamábamos Melanie Tomate. A los trece años ya tenía senos grandes, y nos carcomían los celos.

—Al menos, tú no te quedaste atrás —comenté, mirándole con envidia el pecho—. Yo nunca tuve tanta suerte.

Ambas sonreímos.

—De todos modos, Skeeter Malone se portó pésimo al hacerte eso —acotó Jammy, siempre leal después de tantos años.

—Sí, pero, gracias a esa «delanterera», Melanie se casó poco tiempo después — repliqué, bebiendo un buen trago de mi martini y tosiendo hasta que me saltaron las lágrimas.

—Deberías verlos ahora —continuó mi amiga, y entonces empezamos a reírnos tontamente de nuevo, con la necedad y candidez de dos quinceañeras—. ¿Sabes cuántos años han pasado desde entonces?

—No quiero contarlos. —Esta vez, sorbí un trago más prudente, tomando luego las aceitunas con los dedos.

Jammy me pegó un codazo en señal de desaprobación.

—Mi mamá te hubiera dado una palmada en la mano por hacer eso.

—Y hubiera hecho bien; me parece que he perdido mis buenos modales junto con todo lo demás.

—No lo has perdido todo, Lamour —afirmó, poniéndose seria de pronto—. Solo tu pasado. Apenas tenemos treinta y ocho años. Todavía nos queda mucho futuro por delante.

Contemplé mis aceitunas en silencio.

—El problema, Jam, es que me gusta más el pasado —le confesé. Mi amiga se quedó en silencio, observándome mientras bebía su trago. Entonces continué—: Antes de que llegaras, estaba tratando de recordar cómo era la felicidad. Estaba pensando en esos días con Jon-Boy en Roma, recordando mi infancia, lo que sentía, con toda esa libertad en un mundo nuevo y excitante donde todos eran mis amigos. Pude volver a sentir el sol que me quemaba la espalda y oler el aroma a flores en mi cabello; pude rememorar mi primer amor, Angelo, y la blancura de su enorme sonrisa. Recordé el sabor de mi desayuno italiano y el perfume de las azucenas en el *Campo dei Fiori*. Ese fue un momento de verdadera felicidad.

Apoyó una mano comprensiva sobre la mía.

—Pero ¿acaso no sentiste la misma felicidad cuando te casaste con Alex? —Su pregunta, inquisitiva, me incomodó—. Estuvieron juntos durante seis años. ¿No se amaban?

Comencé a pensar en Alex, reviviéndolo mentalmente. Era más bajo que yo, musculoso, con ojos oscuros, casi negros en su intensidad cuando me hacía el amor; empecé a recordar su aliento en mis mejillas cuando dormimos juntos la primera noche, el modo en que su cuerpo seguía el ritmo del mío.

—Claro que amaba a Alex, pero el amor y el matrimonio son responsabilidades especiales. La niña que fui en Roma era libre.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo en el espejo, y volví a beber un trago del martini, bastante nerviosa. Me daba cuenta de que Jammy estaba haciendo grandes esfuerzos para no decir lo obvio: ya que ahora era libre, ¿por qué no podía volver a encontrar ese tipo de felicidad otra vez?

—Vamos a comer —sugirió, diplomática, y bajamos de los bancos para dirigirnos a una mesa para dos, al lado de la ventana.

Las cortinas a cuadraditos rojos y blancos, que colgaban de un riel de bronce pulido, ocultaban parte del frío de la noche, pese a que, ahora, la lluvia empañaba la mitad de la ventana. Aun así, el ambiente en el restaurante era muy agradable. Un horno para *pizza* irradiaba una luz intensa en la parte de atrás del comedor y el aroma de la salsa era tentador. Pedí un chianti, del tipo que viene en botellas con envoltura de paja, que solíamos beber a escondidas en la universidad y que luego utilizábamos como candelero, aunque no recuerdo haberlas visto en Roma, pues Jon-Boy solo compraba el Frascati blanco.

Estábamos bebiendo la segunda copa de vino cuando Jammy dejó caer la noticia bomba.

—Matt y yo estamos pensando en hacer un viaje a Italia este año —anunció, con aire de indiferencia—. Quizá te gustaría venir con nosotros.

Bajé el tenedor y la miré fijo.

—¿Acabas de inventarlo en este mismo instante?

—Claro que no. —Levantó el mentón y me miró, desafiante.

Mientras giraba mi copa entre los dedos, vi cómo se incomodaba.

—Mentirosa, mentirosa, te va a crecer la nariz como a Pinocho —le respondí, sonriendo, y de inmediato empezamos a reírnos de nuevo.

—Dios mío, Lam, es tan maravilloso oírte reír de nuevo que no sé si puedo soportarlo —dijo. El largo flequillo volvió a cubrirle los ojos y, como era ya costumbre en ella, se lo echó hacia atrás con impaciencia—. Y bueno, qué importa si mentí. Tengo un buen motivo. Si Matt y yo de veras fuéramos a hacer un viaje a Italia, ¿dirías que sí?

Se la veía tan solemne y seria, como cuando era niña, que me llevó de nuevo a los recuerdos de mi propia infancia, de esa niñita en Italia, y la felicidad que había recordado apenas unas horas antes. Pensé en Jon-Boy y en la pequeña y maravillosa casa de Amalfi con sus espléndidos jardines verdes, que se extendían por los acantilados hacia el mar turquesa.

—Tal vez —respondí, tentada de pronto—, si pudiera tener la garantía de que voy a encontrar ese tipo de felicidad otra vez.

Casi eufórica, Jammy me tomó la mano a través de la mesa.

—En este mundo tienes que correr riesgos, mi querida amiga. No hay garantías.

—Te prometo que lo pensaré.

Pero, mientras enlazábamos los meñiques con el deseo de que se cumpliera el viaje, yo sabía cuál era mi deseo: tener a Jon-Boy y a Alex de nuevo a mi lado.

Capítulo 3

Jammy.

Cuando Jammy regresó a su casa después de cenar con Lamour, Matt, su marido, estaba sentado en un sofá con Bramble, el viejo perro labrador, echado a sus pies. Matt tenía los ojos cerrados y estaba escuchando a los Rolling Stones al máximo volumen.

—¿Te acuerdas cuando bailamos esta canción la noche en que nos conocimos? —preguntó ella. Acarició a Bramble y luego se hundió en los almohadones al lado de su esposo, apoyándole la cabeza en el hombro. Matt le pasó el brazo por el cuello y la acercó más hacia él, al tiempo que le besaba el cabello despeinado por el viento.

—No creí que lo recordaras —respondió, pero a Jammy le pareció oír cierta risita en su voz.

—Hay mucho que no sabes de lo que yo recuerdo —agregó ella, en un tono tan serio que él no pudo evitar reírse.

—¿Y eso qué significa, querida Jammy?

—Bueno, me acuerdo de nuestra luna de miel.

—¿Me lo vas a reprochar toda la vida? —respondió, mientras se apartaba un poco de ella—. Yo era un estudiante pobre de administración de empresas. Lo sabías cuando nos casamos. Y tú tenías diecinueve años y eras una estudiante pobre de letras. ¿A qué viene todo esto ahora, Jammy? Me parece que estás planeando algo.

—Sabes que no te oculto nada —respondió ella con una sonrisa.

—Por Dios santo, dímelo de una vez, por terrible que sea.

—Este año vamos a viajar a Italia. Tú y yo. Y Lamour.

—¿Lamour nos va a acompañar en nuestra luna de miel?

—No es nuestra luna de miel: es el viaje para sacar a Lamour de su depresión.

Matt cerró los ojos y apoyó la cabeza contra el almohadón floreado. Jammy lo miró ansiosa. Su esposo estaba reflexionando sobre lo que le había dicho y no parecía muy contento.

—Tú y yo sabemos que solo hay una manera de sacar a Lamour de su estado de melancolía. Tienes que decirle la verdad sobre lo que le ocurrió a Alex.

Jammy había temido que le dijera eso.

—Pero ¿cómo puedo hacerlo? —preguntó, con tono desesperado—. La mataría saberlo.

—O quizá la curaría.

Jammy se sentó derecha y lo miró; clavó los ojos en su mirada franca, hasta que no pudo soportarlo y giró la cabeza.

—No quiero ser el verdugo de mi amiga —murmuró, apretándole la mano.

Matt se llevó la mano de Jammy a los labios.

—Querida, ¿nunca se te ocurrió pensar que, en realidad, podrías ser su liberadora? Díselo, y entonces veremos si quiere hacer ese viaje a Italia.

—Quieres decir que si le cuento la verdad a Lamour, y aun así me dice que sí, ¿nos vamos a Italia?

Los cabellos rubios de Jammy sofocaron la risa de Matt, mientras decía:

—Y yo que pensé que estaba ganando la partida...

Pero Jammy seguía pensando en su amiga, y el temor empezó a oprimirle el corazón, porque se había comprometido a hablarle a Lamour de Alex.

—Casi hubiese preferido que ganaras —susurró.

Capítulo 4

Jammy.

Serge, el portero, malhumorado como de costumbre, dejó a Jammy esperando mientras se tomaba su tiempo para marcar el número del teléfono interno del apartamento de Lamour. Esta vez Jammy ni siquiera le dirigió una sonrisa conciliadora. «Al diablo contigo, Serge —se dijo, furiosa—. Tengo cosas más importantes en la cabeza que alegrarte la vida».

—La señora Harrington dice que suba, señora Haigh —anunció el portero, con las ínfulas de siempre. Jammy hizo un gesto de agradecimiento, mientras entraba de prisa en el elegante ascensor decorado con espejos y apretaba el botón del piso veinte.

El ascensor se abría en el vestíbulo privado de Lamour, lo que ambas habían considerado increíblemente grandioso cuando Lamour se casó con Alex Monroe, pues las dos provenían de barrios modestos y nunca habían podido alcanzar más que un apartamento de alquiler, también modesto. Lamour confesaba que acostumbrarse al nuevo barrio le había tomado no menos de un año, pero bien que lo había hecho, junto a muchos otros lujos, porque se había casado con un hombre de buena posición. Un hombre rico, seguro, pero de bueno Alex Monroe no tenía nada, en opinión de Jammy.

—Hola —llamó, mientras se dirigía a la amplia sala, con su extensión de diez metros cubierta de grandes ventanales del piso al techo y la vista sobre el lago, calmo ese atardecer, con una puesta de sol rojiza que teñía de tonalidades rosadas el gris del cielo—. ¿Por qué será que cada vez vengo aquí siempre me siento insegura acerca de mi propia casa? —murmuró mientras se abrazaban—. ¿Por qué quiero deshacerme de inmediato de todas mis chucherías y cambiar la cretona floreada por cuero negro?

Una chispa iluminó los ojos ámbar de Lamour mientras sonreía:

—Siempre y cuando sea cuero italiano.

—De nuevo Italia, ¿eh? —Jammy se dejó caer en el sofá de cuero de Lamour, italiano por supuesto, mientras se quejaba de la dureza del mueble, que no cedió un milímetro cuando se sentó—. ¿No podría ser un poco más blando?

—Eso es lo que lo hace de buena calidad. —Lamour se arrodilló frente a la mesita de vidrio ovalada que tenía en el centro un ramo de anémonas perfectas, en un florero de vidrio redondo, también perfecto. De una sencilla coctelera de plata sirvió martinis en copas colmadas de hielo, y le agregó tres aceitunas a cada una.

—Esto se está convirtiendo en un hábito —comentó Jammy.

—Solo estoy tratando de armarme de valor para decirte una cosa.

—Que no vas a venir a Italia. ¡Lo sabía! Sabía, no sé cómo, pero sabía que me ibas a decir eso. Y esa es la razón por la que necesito hablar contigo. —Se echó hacia

atrás el flequillo y la miró nerviosa—. Bueno, en realidad, tengo algo que decirte, algo que creo que deberías saber.

Lamour pareció sorprendida. Luego, su expresión cambió:

—Ay, no, no me digas que tu hija está en problemas.

Jammy y Matt se casaron cuando ella apenas tenía diecinueve años, y tuvieron a su primera hija al año siguiente. La hija de su amiga acaba de empezar la universidad. Nunca había vivido lejos de su casa y esa repentina libertad se le estaba subiendo a la cabeza.

—Casi preferiría que tuviera que ver con ella —respondió, mientras evitaba la mirada de Lamour y bebía un trago de su martini.

—Cielos, entonces debe de ser realmente serio.

—Ah, sí lo es, Lam. Y créeme que no sé por dónde empezar.

—Está bien, querida. A mí puedes decirme cualquier cosa, ya lo sabes.

—El problema es que debí haberte dicho esto hace años, pero no quería creer que fuera cierto. Tiene que ver con Alex.

—¿Qué puedes decirme de Alex que yo no sepa? —preguntó, intrigada.

Jammy parecía necesitar aspirar todo el aire del apartamento antes de recobrar por fin el aliento necesario para poder decirlo:

—Alex te era infiel, Lamour. Tenía una amante.

Sobrevino un silencio cargado de estupor, y entonces Lamour retiró bruscamente la mano.

—¿Estás loca? ¿Por qué me estás diciendo esto? Ah, ya sé, es para que me dé cuenta de que ya es hora de que deje de sufrir, ¿no es cierto? Crees que diciéndome que mi marido muerto era un canalla vas a sacarme de este estado, ¿verdad?

—Tienes razón en ambas cosas. Alex era un canalla y yo quiero que salgas de tu sufrimiento y recuperes tu vida de una buena vez.

Lamour la miraba con tanto desprecio que empezó a sentir que el estómago se le retorció, con un terrible presentimiento.

—Has hecho algo horrible, Jammy. Qué horrible que ensucies el recuerdo de mi marido; era un buen hombre, un marido maravilloso...

—Te estaba engañando, Lam. Iba a dejarte por otra mujer.

—Eres despreciable, Jammy Mortimer.

El tono fino de la voz de Lamour transmitía un tipo de furia interior que Jammy nunca había oído antes en ninguna persona, pero ya había tomado una decisión y siguió adelante, implacable.

—La noche en que murió en el accidente de tránsito, tu marido iba a encontrarse con esa otra mujer. Su número de teléfono apareció en el celular de Alex, y también el de Matt, pero no el tuyo. La policía la llamó primero a ella. Cuando la mujer llegó al accidente, Matt ya estaba allí. Me dijo que ella estaba deshecha, llorando por Alex, y que le explicó que era su prometida, que se iban a casar en otoño. Matt me contó que llevaba un brillante del tamaño del peñón de Gibraltar en la mano izquierda.

Tuvo que decirle que ya había una esposa esperándolo en casa. Al principio, se negó a creerle, pero cuando oyó que Matt le hablaba a la policía de ti, se dio cuenta de que era verdad. Después de todo, Alex estaba muerto y no valía la pena que se enfrentara contigo. Hizo lo único correcto que podía hacer: se fue y nunca se contactó contigo.

Lamour se puso de pie con dificultad. Durante largo rato se quedó mirando por la ventana. Luego se dio vuelta y, con un rápido movimiento del brazo, tiró al suelo todo lo que se encontraba sobre la mesita de vidrio ovalada: los vasos, la coctelera de martinis y las anémonas. En silencio, llena de furia, pisoteó los vasos hasta destrozarlos por completo, trituró las aceitunas en la alfombra negra y pateó la coctelera de plata con tanta fuerza, que pegó contra la ventana con gran estrépito.

El cabello negro y ondulado se le arremolinó con violencia alrededor de la cabeza cuando giró hacia Jammy:

—Por favor, vete —dijo en un tono duro y ronco, irreconocible en ella—. Vete, Jammy Mortimer, y no vuelvas nunca más. No eres mi amiga.

Capítulo 5

Jammy.

Camino a su casa, Jammy lloraba con tanta desesperación que apenas podía manejar. Cuando llegó a su casa y oyó que el espejo del lado izquierdo raspaba la pared del garaje, lanzó un gemido.

—Maldición. Es lo único que me faltaba.

Todavía sollozando con furia, bajó del automóvil y oyó el ladrido alegre de bienvenida de Bramble. Siempre que salía, el perro estaba atento y se ubicaba cerca de la puerta para ser el primero en saludarla a su regreso. Ya tenía varios años, estaba un poco sordo y no siempre escuchaba la llegada del automóvil, pero esa noche se encontraba allí, como si supiera que ella estaba alterada, y sus lamidas ansiosas la hicieron sonreír en medio de las lágrimas.

Matt estaba justo detrás del perro, al lado de la puerta de la cocina que mantenía abierta. Observó con cautela el rostro lloroso de su esposa.

—Por lo que veo, la conversación con Alex no fue un éxito.

Jammy se quedó junto a la puerta incapaz de moverse.

—No quiso creerme. Dijo que yo era un ser despreciable, que cómo podía decir esas cosas de su marido perfecto. Me dijo «por favor, vete», ni siquiera «¡fuera!». Estaba en completo control de sí misma de una manera muy extraña, excepto cuando tiró todas las copas de martini de la mesita y trituró las aceitunas en la impecable alfombra negra. Por Dios, ni siquiera hay un pelo de gato en ese lugar. Allí no hay vida, Matt. Yo la quiero, y ahora he arruinado nuestra amistad, y todo por culpa de ese desgraciado de Alex. Ay, Matt, ¿qué debo hacer?

—Ven aquí, querida. —La tomó de la mano y la condujo despacio hacia adentro. Bramble los siguió de cerca, ansioso. En la cocina, ya segura en su propio mundo, Jammy dio un suspiro mientras su esposo la abrazaba.

—Esperar, Jam, es lo único que puedes hacer —le susurró con dulzura—. Espera hasta que se dé cuenta de la verdad. Espera a ver qué hace Lamour entonces.

Capítulo 6

Lamour.

El ruido del portazo de Jammy resonó en todo el apartamento. Luego, se hizo el silencio, un silencio duro y espantoso. No había nada vivo allí, excepto yo, y los latidos sordos de mi corazón para recordármelo.

Mi adorado Alex no me había sido infiel. Me lo repetí una y otra vez mientras un torrente de lágrimas me corría por las mejillas y mojaba la almohada. Alex me amaba; lo sabía. Nunca intercambiamos palabras ofensivas, nunca un pleito. Además, si hubiera habido otra mujer, me habría dado cuenta. ¿O no?

Ay, maldita Jammy, maldita seas. ¿Cómo pudo tratar de meterme esas ideas en la cabeza? Alex fue el marido perfecto. Tuvimos una vida perfecta. ¿O no?

La duda se introdujo como un vil traidor en mis maravillosos recuerdos. De pronto, recordé con claridad fulminante las frecuentes ausencias por trabajo de Alex, las llamadas para decirme que llegaría tarde otra vez, las respuestas breves de «sí» o «no» al teléfono celular, y las veces en que debía regresar de inmediato a la oficina, tarde en la noche, a buscar unos papeles que había olvidado. El corazón me dio un vuelco cuando me di cuenta de que había una pauta en el comportamiento de mi marido: la pauta del hombre que mantiene una relación amorosa secreta.

Me levanté y regresé a mi elegante sala de estar. Llena de tristeza, me quedé mirando fijo el paisaje familiar que se abría detrás de los ventanales. Recordé cuánto me había maravillado esa vista, una de las mejores de Chicago, como me explicó Alex, orgulloso, cuando me mostró el lugar por primera vez. Él lo compró antes que yo lo viera, lo que me molestó al principio, pero «yo sabía que de todos modos te encantaría. ¿Cómo no te iba a gustar? Es de gran categoría, preciosa, justo lo que te mereces».

Tenía razón, por supuesto, como siempre parecía tenerla. O quizá lo que pasó fue que nunca lo cuestioné. Estaba concentrada en mi trabajo, en mi propia vida, separada de todo. El paisajismo era todo para mí, así como el negocio inmobiliario lo era para él. Le permitía que tomara las decisiones y yo las aceptaba. Muy rara vez me preguntaba sobre mi trabajo y casi nunca hablaba del suyo, excepto para decir lo ocupado que estaba con algún importante negocio pendiente.

Alex siempre parecía tener «negocios importantes» pendientes; por eso, cuando murió, me tomó totalmente por sorpresa comprobar que no éramos ricos en absoluto. No había dinero; así de simple. Su único bien era el apartamento, que estaba a su nombre y sobre el que pesaba una primera hipoteca y luego una segunda, por sumas considerables. Sabía que Alex era un comerciante arriesgado, y me vi obligada a suponer que los negocios no habían andado bien antes del accidente. Sin embargo,

siempre habíamos llevado una vida de alto nivel; íbamos a buenos restaurantes, nos comprábamos ropa cara. Al menos Alex tenía ropa cara; por mi parte, nunca me gustó mucho salir de compras, y después de todo, cuando trabajaba —que era la mayor parte del tiempo—, usaba vaqueros y botas de trabajo, con una camiseta o un suéter encima.

Tenía un par de joyas finas: mi anillo de compromiso, un brillante de tres quilates cortado en forma de esmeralda, elegido por Alex, nada demasiado grande, porque decía que mis manos eran pequeñas y estilizadas, y que algo más grande se vería vulgar en mí; un par de pendientes de brillantes que usaba todos los días y estaba tan acostumbrada a llevar que ya casi no los notaba; y el reloj de oro que me había regalado Alex en uno de mis cumpleaños. También tenía un sencillo collar de pequeños brillantes. Me daba cuenta ahora de que nada de eso era mucho para una mujer supuestamente rica. De hecho, Alex no me había comprado ningún regalo, ni siquiera flores, y menos aún joyas, en mucho tiempo. Durante más de un año, por lo que podía recordar, y quizás incluso más.

Volví a sentir una enorme tristeza. No podía ser que Alex estuviera pensando en casarse con otra mujer. Me negaba a creerlo. Recordé cómo nos conocimos, cómo me encontró en medio de un salón lleno de mujeres de edad madura de la alta sociedad, a las que acababa de darles una conferencia sobre el arte del paisajismo. Alex no estuvo en mi conferencia; venía de un coloquio sobre finanzas en el mismo hotel y oyó los últimos minutos de mi presentación al pasar delante de la puerta abierta.

—Estuviste genial —dijo, mirándome fijo con esos ojos negros suyos—. Soy Alex Monroe. Sé quién eres y me encantaría que me hicieras el favor de tomar un trago conmigo.

Me llevó al bar, me invitó una copa de champán, y así empezó todo. Sin ningún problema, hasta su muerte. Y hasta ahora.

Me acomodé a lo largo del sofá de cuero italiano, sollozando casi en silencio. Jammy tenía razón: el sillón era muy duro. Mucha elegancia, pero poca comodidad. ¿Así pensaba yo? ¿Así era realmente mi casa? ¿Me había hecho Alex de ese modo?

Confundida, volví a sentarme. Me quedé largo rato en ese sofá duro y caro, con la vista fija en la ventana, mientras anochecía, mirando las luces parpadeantes a lo largo del lago, las pequeñas señales de que la vida continuaba para algunas personas, aunque no para mí. Las dudas me llenaron de autocompasión y empecé a llorar otra vez. De verdad, me sentí una mujer muy sola.

A pesar de la incomodidad del sofá, me quedé dormida; me desperté al amanecer, con el cuerpo duro y los ojos hinchados, llena de dudas.

Me levanté, tomé una ducha, me vestí y fui a la comisaría más cercana. Hasta ese momento no había leído el informe policial del accidente; no hubiera podido ver los detalles escritos, pues volvía todo demasiado real. Sin embargo, ahora necesitaba saber la verdad.

El amable policía que me atendió buscó el informe en la computadora y me

entregó una copia. El informe decía que no hubo otros automóviles implicados en el accidente; el auto de Alex simplemente derrapó en el camino mojado y se estrelló contra un árbol. Ya lo habían declarado muerto y estaba en la ambulancia camino al hospital, cuando la policía por fin me ubicó. El nombre y la dirección de Matt aparecían en el informe, junto con los de una mujer que figuraba como el pariente más cercano en calidad de «prometida». Mi nombre fue agregado más abajo, con la palabra «esposa» al lado.

Así que ahora sabía que lo que Jammy me había dicho era verdad. No existía ningún misterio sobre la muerte de Alex. El misterio había sido su vida. Ya no quería saber nada más.

Sentí un peso enorme en el pecho, como un bloque de hielo. Jammy y Matt, mis amigos, habían tratado de evitar que me enterara de la infidelidad de mi marido. Sabían que lamentaría su muerte, pero esperaban que me recuperara pronto —con lentitud, es cierto—, y que tarde o temprano retomara el hilo de mi vida normal. No había sido así. Había desperdiciado dos años de mi vida llorando la muerte de un hombre que había estado a punto de dejarme por otra mujer.

El engaño, insidioso, se coló en mi corazón, se apoderó de mi mente y me hizo dudar de cada momento que pasé con Alex. Volví a pensar en ese estado tan esquivo llamado felicidad, en Jon-Boy y en Roma, en mi casa de Amalfi, que había descuidado durante tanto tiempo. También pensé en enfrentar, finalmente, mis fantasmas allí.

Regresé al apartamento. Estaba a punto de cambiar mi vida por completo. Llamé a la agente inmobiliaria y le dije que pusiera el apartamento en venta, que quería una venta rápida. Luego, la llamé a Jammy.

—¿Cuándo partimos para Italia?

Capítulo 7

Lamour.

Aquí estamos en Roma, solas Jammy y yo. Me siento casi como una niña pequeña otra vez, bajando del avión y recorriendo en auto la ciudad eterna, pasando junto a monumentos y antiguas edificaciones, a las magníficas avenidas y al laberinto de callecitas abarrotadas de tránsito y de gente. Todo me recuerda la razón por la que quería tanto a esa ciudad. En la mayoría de las ciudades, es necesario ir a los museos para descubrir su historia, pero en Roma se vive con ella. En las calles, donde las descomunales estatuas caídas permanecen en su sitio durante siglos. En las *fontanelle* talladas en las paredes de piedra, de las que fluye el agua de los acueductos construidos por los antiguos romanos. En las siete colinas que conforman la ciudad y en las antiguas iglesias, espléndidamente decoradas por grandes artistas. Algunas, en apariencia sencillas, a las que acude a diario la gente del lugar, contienen, de modo inesperado, una escultura de Miguel Ángel o un fresco de Rafael, un mosaico de Torrite o una fuente de Bernini... obras de arte que cortan la respiración. También se vive la historia en las grandes *piazze*, como la *piazza Navona*, levantada cada vez más alto a través de los siglos, para impedir las inundaciones, aunque hasta el siglo XVIII aún se la usaba para patinar en el hielo cuando se congelaba en invierno. Se vive a diario con la historia delante de la gran cúpula de San Pedro, así como debajo de los viejísimos e imponentes plátanos que sombrean las calles, y también en los antiguos y bulliciosos cafés y bares. Juro que hay algo en el aire de Roma que provoca un pequeño salto de excitación al caminar, como me ocurría cuando era niña, siempre a la espera de una nueva maravilla y una nueva emoción a la vuelta de la esquina.

Por desgracia, Matt no pudo venir con nosotras: nos dijo que se trataba de un asunto de trabajo imprevisto, pero sospecho que la verdad era que quería que solo Jammy me acompañara en la búsqueda de mi pasado. Se había mostrado escéptico también con respecto a mi indagación sobre la muerte de Jon-Boy.

—Escucha, querida —me dijo antes que partiéramos, pasándome el brazo por los hombros y en voz baja—: ¿Cuánto tiempo ha pasado ya? ¿Veinte años? Seamos realistas, Lamour, Jon-Boy cometió un error, salió en el velero y lo sorprendió una tormenta. No sé, tal vez había estado bebiendo unas copas de más de grappa.

Se encogió de hombros, seguro de que no me había convencido, pese a que yo sabía, por una parte, que Jon-Boy tenía cierta inclinación a beber demasiadas copas de grappa, aunque jamás lo vi borracho, y, por otra, que nunca salía en veleros.

Ahora, Jammy y yo estamos en el *Hotel d'Inghilterra*, un viejo *palazzo* en su origen, convertido en 1850 en un hotel acogedor, lleno de antigüedades, ubicado en la vía *Bocca di Leone*, en medio del sector comercial más elegante de Roma.

—Qué oportuno —fue el comentario de aprobación que hizo Jammy, mientras bebía su primer café espresso romano en el restaurante del hotel, llamado con el pintoresco nombre de «*Lounge del Román Garden*».

Cansadas por el largo vuelo, además de todas las demoras usuales del viaje en avión, subimos a nuestra linda habitación, donde nos duchamos y, exhaustas, nos tiramos cada una en su cama. Al rato, empecé a oír los suaves ronquidos de Jammy. Siempre había roncado, desde niña. Por mi parte, me di cuenta de que no podía dormir; tenía la mente llena de excitación y temor. ¿Encontraría el *Trastévere* tal como lo recordaba, o el recuerdo se había embellecido con el correr de los años, como suele ocurrir?

Había transcurrido demasiado tiempo y sabía que ya no encontraría a mis queridas «abuelas». Me preguntaba quién viviría en esos momentos en nuestro apartamento y qué pasaría si les tocaba la puerta y les explicaba que alguna vez viví allí, para que me dejaran entrar a verlo de nuevo. Con solo respirar el mismo aire que Jon-Boy y yo habíamos respirado juntos, con solo oler ese aire un poco mohoso de aquel edificio muy viejo y más bien decrepito, recuperaría mis recuerdos.

Me era imposible dormir. Ya no podía seguir esperando. Me levanté, me vestí con rapidez y, con una última mirada a Jammy dormida, bajé hasta la calle, que estaba repentinamente silenciosa.

Era la hora de almuerzo y Roma había cerrado sus puertas por dos o tres horas. Solo los jóvenes mochileros circulaban todavía por la *Piazza di Spagna*, donde tomé un taxi para que me llevara al *Trastévere*.

El corazón me latía con fuerza, debido a las dos tazas de espresso y también a mis nervios a medida que cada calle angosta llena de autos me acercaba más a mi antiguo hogar. Cuando el taxi al fin me dejó en el *vicolo del Cardinale*, me quedé inmóvil por un segundo, mirando el largo del callejón vacío y sombreado. Un hombre alto y delgado salió de uno de los apartamentos. Sin volverse hacia mí, caminó en dirección a la *piazza*. El corazón me dio un vuelco; con sus largos cabellos negros y su paso largo, bien podría haber sido Jon-Boy que salía a buscarme una vez más, mientras yo me encontraba perdida en mis solitarios paseos.

Después de esa experiencia, me parecía ver el fantasma de mi padre en todos lados, en una sombra o en una vista fugaz. También vi a la niñita flaca de trenzas que una vez fui, saltando en el callejón por el cual, ahora, estaba empezando a caminar hacia el pasado.

Esperanzada, dirigí la mirada hacia las viejas ventanas de la cocina, pero ya no había «abuelas» amistosas que me saludaran con la mano. Los edificios viejos a los que se les desprendía el estuco y que en mi época albergaban media docena de apartamentos se habían convertido en residencias elegantes con lujosas puertas de madera. El bronce pulido de las cerraduras brillaba, y los nombres de los dueños de los apartamentos tenían timbres eléctricos al lado, en lugar de las viejas campanillas. No se veía ropa tendida encima del callejón, y canteros de flores muy bien cuidadas

se extendían a lo largo de las exquisitas pérgolas en los jardines de las azoteas, en lugar de latas oxidadas y viejas ollas con plantas mustias.

A duras penas pude reconocer mi viejo edificio. Estaba pintado en un tono rosado impecable, con guardas en verde oscuro. Leí los nombres junto a los seis timbres; ninguno me era familiar. Retrocedí unos pasos y miré el último piso, con sus altas ventanas cerradas y un pequeño balcón de hierro forjado. A la hora de la cena, solía asomarme por el borde de la baranda de ese balcón, a la espera de Jon-Boy. Cuando venía, me ponía contenta; cuando no llegaba, me sentaba en el balcón y comía mi sándwich sola, esperándolo. En ese momento recordé, sorprendida, que eso ocurría con gran frecuencia; de pronto, tuve la sensación de que siempre había estado aguardando a Jon-Boy.

Había cenado muchos platos de *spaghetti* en las casas de mis «abuelas», hablando enojadas en italiano, demasiado rápido para que pudiera entenderlas, a pesar de que me daba cuenta de que se referían a lo mal que hacía Jon-Boy en dejarme sola otra vez. Y cuántas veces había venido él por fin a buscarme, mostrando su agradable sonrisa, con sus ojos pardos brillantes, aceptando todas las críticas.

—*Bene, bene* —decía—. *Si la piccolina é mio tesoro, mia bambina... Si é una preziosa, chiaramente, signora, ed io l'adoro... Va bene*, y he venido a buscarla.

Las halagaba hasta que conseguía que le sonrieran, aun a pesar de sí mismas, mientras me devolvían —a mí, el tesoro— al cuidado amoroso y descarriado de mi padre. Yo reía, porque estaba segura de que era sincero y que siempre regresaría y me protegería con su vida.

En cambio, en ese momento, un gato atigrado me miraba con calma desde el balcón, con la apariencia de ser el dueño de todo ello. Por supuesto, lo era; ya no quedaban rastros de Jon-Boy o de mí en ese lugar.

Salí a la soleada *piazza*, y sentí un gran alivio al ver que el kiosco de diarios se encontraba en el mismo sitio, igual que la florería. La Pizzeria Vesuvio, que sin duda tenía la mejor *pizza* de Roma, aún estaba en la esquina, y lo más importante, también lo estaba el bar Marchetti, aunque ahora se veía barnizado con pintura roja oscura y decorado con *ombrellini* blancas, que daban sombra a las mesas de afuera.

Miré a ver quién estaba en el kiosco, pero el vendedor era un joven con poco interés por una turista estadounidense. Una mujer mucho más joven había reemplazado a la florista, Adriana, y cuando pregunté por ella la vendedora simplemente se encogió de hombros; no conocía a nadie de los alrededores. Por los tiempos pasados, compré un clavel y me lo puse en el cabello, y luego me dirigí, temerosa, al bar Marchetti.

Los hombres que se encontraban al lado de la barra, algunos en saco y corbata, otros en mangas de camisa, me miraron inquisitivos, como suelen hacer los italianos; sonreí y me abrí camino hábilmente, con un amable «*scusi, scusi, permesso*».

Detrás de la barra había un joven, y no era Angelo. Me lanzó una rápida mirada mientras pasaba un trapo por los azulejos delante de mi lugar y dijo:

—¿Signora?

—*Cappuccino, per piacere* —respondí—. *E un cornetto*.

Levantó la ceja y me miró, escéptico, porque a ningún italiano se le ocurriría beber un cappuccino después de las once de la mañana, y los *cornetti* solo se servían en el desayuno.

Al mirar alrededor, vi que habían hecho muchos cambios. La máquina de cappuccino parecía ser de último modelo, mesas para beber o comer al paso agrandaban el espacio del bar. El menú, escrito con tiza en un pizarrón, ahora incluía la pasta del día y ensaladas, también sopa y un maravilloso y grueso *panini* de jamón, salame, mortadela, *fontina* y *pecorino*. Antes, las mesas de afuera siempre habían estado medio vacías porque costaba más comer sentado. Ahora estaban llenas de turistas dispuestos a pagar más para descansar sus fatigados pies; sonreí al oír el chirrido familiar de las sillas de metal sobre los adoquines.

Otro hombre, más joven que el primero y con un delantal blanco de camarero atado a la cintura, iba y venía llevando garrafas de vino y enormes sándwiches. El hombre detrás del mostrador deslizó el cappuccino hacia mí. Con los ojos cerrados aspiré el aroma del café recién molido. Luego, bebí un sorbo y, en un segundo, me sentí transportada al pasado. De nuevo era la niña pequeña, balanceando los pies sobre el soporte de bronce, con chocolate en polvo y espuma de cappuccino en la nariz, coqueteando con Angelo.

—*Ciao, bella*. —La voz familiar de Angelo me hizo abrir los ojos de golpe—. Eres tú, Lamour Harrington, ¿no es cierto? —Mientras me tomaba la mano, su risa sonaba tan familiar, tan cordial, que me llené de alegría—. Bienvenida a casa, cara. ¿Por qué demoraste tanto?

Tomé su mano entre las mías, casi sin poder creer que fuera cierto. Claro que tenía el cabello gris y el rostro aceitunado más ancho y surcado de arrugas, y quizá sus dientes no eran tan grandes, blancos y brillantes como los recordaba, pero sus ojos pardos y cálidos, con largas pestañas lacias, eran los mismos, y me dieron la bienvenida como siempre lo habían hecho.

Aún aturdida por la sorpresa, le dije:

—Angelo, la última vez que me viste yo tenía ocho años. ¿Cómo hiciste para reconocerme?

Se encogió de hombros:

—¿Qué otra mujer se pondría un clavel en el cabello y pediría un *cappuccino* y una medialuna a la hora del almuerzo? Además, se te ve tan bella ahora como entonces, apenas una *piccolina* solitaria, rondando la *piazza*, buscando a tu papá y recorriendo, alegre, las calles del *Trastévere*.

—Pero nunca me sentí sola; ustedes eran mis amigos, todo el barrio. —No quería aceptar que mis recuerdos no eran tan buenos como creía.

—*E allora*, el barrio ha cambiado. Quizá para mejor; al menos, eso es lo que mis hijos me dicen; yo, bueno, no estoy tan seguro. La gente que solía vivir aquí era como

de la familia; los echo de menos. Ahora mis clientes son turistas. Gano más, pero... —suspiró y volvió a encogerse de hombros, con cierta tristeza—. Extraño los viejos tiempos.

Me limpié el polvo de chocolate de los labios y me lamí el dedo.

—Eso es lo que éramos: una gran familia feliz.

Me miró con cierta reserva.

—Cara, por favor, no andes buscando lo que ya no existe. Acuérdate de que debemos adaptarnos a los cambios. Ahora, Lamour, cuéntame de ti. ¿Estás casada? ¿Tienes hijos?

Sonrió esperanzado, pero desvié la vista.

—Estuve casada. Mi marido murió.

Mis labios apretados revelaban mi triste historia mejor que las palabras, y Angelo entornó lo ojos, compasivo.

—Pobre niña —dijo, y me dio unas palmaditas suaves en la mano—. Lo siento mucho.

—Gracias. —Fue un momento incómodo, me quedé mirando en silencio la taza de café.

Entonces, Angelo comentó:

—¿Sabías que me casé con Adriana? ¿Te acuerdas de la florista? Va a estar muy contenta de volver a verte. Estos son nuestros hijos. —Hizo un gesto con el brazo hacia los dos jóvenes—. Son buenos muchachos, y esperamos tener nietos pronto. —Se dio vuelta y me miró intensamente a los ojos—. Quizá te hubiera sido más fácil, *carina*, si hubieses tenido hijos. La vida continúa en ellos.

Negué con la cabeza, y el clavel cayó al suelo.

—Fue mejor así.

Los ojos astutos de Angelo captaron la inquietud en mi mirada y supe que percibía mi infelicidad.

—Así pues, pequeña —dijo, cambiando de tema—, al fin y al cabo, tu padre, el *dottore*, resultó ser un gran hombre, aunque aquí todos nos preocupábamos por la manera en que te dejaba sola.

No me quedó más remedio que sonreír por el uso que hizo de *dottore* para describir a Jon-Boy; era el título que los italianos conceden a los hombres de letras.

—Tenía sus ventajas. Era la niña más libre de Roma. Podía ir a todas partes, hacer lo que quería...

—Pero siempre sola —replicó Angelo. No agregó «tal como estás ahora», aunque yo sabía que eso era lo que estaba pensando.

—Vine a Roma con una amiga —agregué, a la defensiva—. Acabamos de llegar. Mi amiga estaba cansada, pero la traeré aquí la próxima vez que venga.

El bar empezaba a llenarse de gente, y Angelo tenía que volver al trabajo. «La vida sigue su curso», pensé mientras tomaba mi cartera y me alisaba el cabello.

—*Domani*, Angelo —me despedí, tratando de abrirme paso entre la gente,

aunque, en ese momento, ya sabía que no iba a volver nunca más.

—Espera —me llamó y me di vuelta para mirarlo—, estás olvidando tu medialuna.

La tomé, y le dediqué una sonrisa de agradecimiento ya cerca de la puerta, pasando entre los parroquianos que se agolpaban en la entrada.

Había cometido un gran error. Roma, mi Roma, ya no era la misma. Ya no estaba Jon-Boy, como tampoco mi «familia», las abuelas, los vecinos... mis amigos.

Capítulo 8

Lamour.

Jammy insistió en que saliéramos de compras por la *via Condotti*, la calle comercial más elegante de Roma, situada casi delante de la puerta del hotel.

—Puedes agregarlo a la lista de autosuperación —dijo, al tiempo que miraba con ojo crítico mi camiseta negra, mis pantalones negros y mis sencillos zapatos sin taco. De hecho, al observarme a mí misma me di cuenta de que mi apariencia no se diferenciaba mucho del modo en que solían vestirse mis viejas «abuelas» italianas. Al ver a las romanas elegantes, sensuales y distinguidas, vestidas a la última moda con ropa de alta costura, caí de nuevo en la duda.

Cuando supe lo de Alex, perdí mis sentimientos de autoestima como mujer. Solo era lo que hacía, y me conformaba con saber que, al menos, eso lo hacía bien.

Me quedé mirando las vidrieras de Gucci, desalentada.

—Tiene que haber algo más de mí, de la verdadera Lamour, que solo ropa nueva y elegante.

—Por supuesto que sí —respondió Jammy, leal como siempre.

Pero al ver la imagen opaca que me devolvía el reflejo de la vidriera, pensé que no era sorprendente que Alex hubiera querido dejarme por otra mujer.

—¿Ella era una mujer sensual? —pregunté.

Jammy no tenía que preguntarme a quién me refería.

—Supongo que sí, aunque no más que tú o yo en un buen día. —Me dio un codazo como para animarme—. ¿Qué tal si nos regalamos «un buen día»? Veamos qué impacto causamos entre la población romana masculina —agregó con una sonrisa maliciosa, para darme aliento. Tomadas del brazo, empezamos a caminar por la *via Condotti*.

Esa noche llevé a Jammy a Da Fortunato, la *trattoria* donde Jon-Boy me había llevado para celebrar mi octavo cumpleaños. En esa época, él nunca parecía tener mucho dinero, ni tampoco pensaba en cosas como ropa, así que yo no tenía casi nada para elegir. Tuve que ponerme un suéter rosado, que me había quedado bien en mi séptimo cumpleaños, encima de una vieja falda a cuadros —mi única falda— y zapatillas nuevas. Había crecido mucho, como un arbolito en primavera: las mangas del suéter me llegaban a la mitad del brazo y la falda era demasiado corta. Solo me quedaban bien las zapatillas, que eran blanquísimas.

Era invierno y hacía frío, así que nos sentamos a una mesa adentro, entre los deliciosos aromas de las salsas y especias, y las fabulosas fuentes de *antipasti*. Ahora, en cambio, era una noche cálida de comienzos del verano, y Jammy y yo nos encontrábamos en una mesa al aire libre en la terraza, con vista a la bella cúpula del

Panteón. Yo estaba muy lejos de ser esa pequeña niña de ocho años mal vestida. Llevaba puesto un vestido nuevo de seda roja, sin mangas, con escote en V, que dejaba ver el borde de un corpiño de encaje La Perla, terriblemente caro. Jammy y una vendedora muy persuasiva insistieron en que debía usarlo, ya que hacía maravillas con mi pequeño busto. «Además —había dicho la vendedora con la sabiduría propia de las romanas—, es muy seductor, ¿verdad?». Su sonrisa terminó de convencerme. Ahora, en verdad esperaba parecer seductora, con el borde de encaje rojo a la vista en el pecho y las carísimas sandalias rojas de gamuza, de taco alto, en mis largos y delgados pies.

Al fin mis cabellos negros y ondulados se estaban portando bien gracias a un corte nuevo y caro, y me caían sobre los hombros de un modo diferente. Recordé a Adriana y los adorné con una flor. Empezaba a sentirme un poquito romana; pero aunque verme bien ayudaba, seguía siendo la misma por dentro: insegura y dolida.

A Jammy se la veía muy elegante vestida de azul, en el mismo tono de sus ojos, y observé que más de un hombre la miraba con admiración.

—Jon-Boy me convirtió en *gourmet* aquí, en Da Fortunato —le conté, mientras el camarero abría una botella de chianti Frescobaldi—. Aquí probé mi primera ostra.

—¿Te gustó? —Jammy estaba muerta de hambre, como de costumbre, y devoraba el pan mientras leía el menú con atención. Al verla pensé: «No sé qué hace con lo que come; está tan delgada ahora como a los diecisiete años».

—Más o menos, pero prefería el *porcini risotto*; me encantaba ese sabor a champiñones ahumados. De veras era una niña muy sofisticada.

—A decir verdad, me contentaría con verte comer cualquier cosa. —Jammy me miró de arriba abajo con aire crítico—. Aunque tengo que reconocer que esta noche se te ve muy bien —sonrió y levantó la copa—. Por ti, querida, y por tu regreso a la vida.

Empecé a animarme cuando chocamos las copas, y bebí un trago largo del suave vino con sabor a bayas. Al levantar la vista, capté la mirada de un hombre que estaba un par de mesas más allá. Parecía mayor, de gran experiencia; tenía hombros anchos y estaba vestido de forma impecable. Era muy atractivo. Sonrió y levantó su copa en un brindis, inclinando un poco la cabeza.

Le sonreí a medias y miré hacia otro lado, avergonzada. Había olvidado el talento italiano para el coqueteo. Me dije que, por supuesto, no era solo por mí; los italianos son capaces de coquetear con cualquiera excepto con su madre.

—¿He visto lo que creo haber visto? —me sonrió mi amiga—. ¿Ese sujeto de veras está coqueteando contigo?

Me encogí de hombros, con indiferencia.

—Por supuesto que no; él solo se sonrió.

—Ahhh... —Jammy no quiso creerme y volvió a mirarlo. Estaba con un grupo de gente y conversaban muy animadamente. Ya se había olvidado de mí—. Es muy atractivo —continuó, mientras atacaba con entusiasmo un plato de *fetuccine*, con

manteca y queso parmesano recién rallado—. ¡Dios mío! —exclamó con placer—. Esto es casi igual al plato de macarrones con queso que preparaba mi mamá.

Me reí y le reproché que debería de sentir vergüenza de decir una cosa así, porque esa pasta nada tenía que ver con productos envasados.

—Y esto es realmente maravilloso —agregué, mientras saboreaba mi *porcini risotto*, colmada de recuerdos, y le agradecía a Dios que, al menos, algunas cosas siguieran siendo iguales a como las recordaba.

A la pasta y al *risotto* le siguió un besugo a la parrilla, el pescado más delicioso que he comido en toda mi vida, luego una ensalada sencilla de hojas verdes y, después, helados también sencillos: *pistachio* para mí, y chocolate, por supuesto, para mi amiga, típica estadounidense.

Cuando terminamos de comer, nos recostamos en las sillas, satisfechas, mientras bebíamos grappa en vasos pequeños. Fruncí la nariz a medida que el licor me llenaba de placer. Crucé las piernas y miré el cielo nocturno, lanzando un suspiro: me sentía muy cerca de la felicidad.

Me dije que debía aprovechar la felicidad donde pudiera encontrarla. En ese agradable restaurante, con vista al Panteón y la luna iluminándolo; en el aire cálido y suave de la noche, mientras los romanos realizan su *passeggiata* nocturna, con un niño en una mano y un *gelato* en la otra. En la música de violín que venía de algún lugar cercano, la luz del farol, las flores, el vino tinto y la compañía de una buena amiga. Con los ojos entornados, empecé a balancear en la punta del pie una de mis sandalias de taco alto.

—*Mi scusi, signora.*

Alcé la vista para encontrarme con los ojos del hombre atractivo que me había hecho un brindis hacía un rato. Lo miré sin entender. En alguna parte del camino, había perdido mi capacidad juvenil para coquetear, aun cuando se me presentara una oportunidad como esa. No sabía qué decirle.

Saludó con un gesto de cortesía a Jammy, que parecía muy interesada, y volvió a pedir disculpas por la interrupción.

—*Signora* —continuó, inclinándose un poco más hacia mí y hablando en voz baja para que solo yo pudiera oírlo—, no pude dejar de notar la manera en que movía el pie, la curva de su empeine cuando balanceaba ese lindo zapato en la punta de los dedos. Es una de las cosas más encantadoras que he visto. Soy una especie de experto en belleza, y debo decirle, bella *signora*, que tiene el pie más delicioso de toda Roma.

—*Grazie, signore*, gracias —me las arreglé para responderle, mientras él sonreía, ante mi estupefacción. Entonces se echó un poco hacia atrás, me hizo una venia mientras me sostenía la mano, dijo «*Buona notte*», y se fue.

Mientras se alejaba, Jammy se quedó mirándolo, con cierta suspicacia.

—¿Qué te dijo?

Me reí, modestamente.

—Me dijo que pensaba que yo tenía pies preciosos.

—¿Qué? —se indignó—. ¿Es algún tipo de perverso?

—Ajá: es un experto en belleza. Le gustó mi peinado —le sonreí, sintiéndome bien repentinamente. Me miré las piernas, largas y pálidas, y los pies angostos, con las uñas pintadas de rojo y las carísimas sandalias de taco alto. Interpreté la escena como que lo único que quería el italiano era hacerme saber que, de manera inocente, le había proporcionado un momento de intenso placer sensual. A cambio, me había hecho sentir femenina y *sexy*. «Como mujer, otra vez», pensé, sonriente.

El camarero vino casi corriendo hasta la mesa.

—*Signora* —dijo—, ese es uno de los más grandes modistos italianos, el diseñador Giorgio Vivari.

Nos miró contento, como si supiéramos de quién se trataba. ¿Y cómo no íbamos a saberlo? Era un nombre de gran prestigio, junto a Valentino y a Armani.

Capítulo 9

Lamour.

Al día siguiente fuimos a Nápoles en avión. Alquilamos un Fiat pequeño, y luego tomamos la famosa carretera de Amalfi, un camino de esos que ponen los pelos de punta, con solo dos carriles, lleno de curvas cerradas que bordean todo el largo de la costa. Vimos colinas donde pastaban vacas lecheras, de color cremoso y aspecto dócil, las *bufale*, de cuya leche se hacía la mejor *mozzarella* del país cada mañana. Esquivamos barrancos y quebradas, pasamos delante de olivares y viñedos, con las laderas rocosas a un lado, mientras que al otro, pequeños pueblos y hoteles se aferran, con más precariedad, a precipicios cortados a plomo sobre las rocas y el mar, cientos de metros más abajo.

Con el corazón en la boca, mantuve la vista fija en el camino, tratando de pasar por alto los alaridos de Jammy, sofocados de horror, cuando los bocinazos avisaron de la presencia de otro camión enorme. Se cubrió los ojos con las manos y gritó. Le sonreí sin quitar la vista del camino.

—Ya cállate y pon atención a los espejos redondos ubicados en las rocas que permiten ver cuando alguien se acerca.

—Siempre viene alguien —respondió con brusquedad—. En este momento, me estoy preguntando por qué vine yo.

—Porque eres mi amiga. —Hubo un dejo de alegría en mi voz y ella lo notó.

—Bueno, está bien. Pero ¿no podríamos parar un rato?

—Llegaremos en cinco minutos. —Sentí que me miraba con ojos acusadores.

—¿Me estás diciendo que realmente sabes adónde vamos?

—Por supuesto que sí. —Vi el cartel del hotel Santa Caterina, pasé por un huerto florido y me detuve delante de un edificio blanco, no muy alto, engarzado como una joya en la verde ladera, con una vista panorámica de la costa.

Jammy suspiró con satisfacción; me di cuenta de que estaba muy complacida. Luego, dijo «¡Ah!» cuando entró en el encantador vestíbulo colmado de flores. El joven detrás del mostrador nos dio la bienvenida con una sonrisa.

—Las estábamos esperando —nos saludó. Acto seguido, comenzó a mostrarnos el pequeño y elegante hotel, con sus pisos de baldosas de campo y muebles belle époque, sus encantadores jardines y sus grandes huertos. También había una piscina y, junto a ella, un café con techo de paja; nuestra agradable habitación tenía vista al mar a través de los árboles. Suspiré contenta; tenía la agradable sensación de haber regresado a casa.

—¡Estoy enamorada! —exclamó Jammy, de pie en medio de la habitación grande y acogedora, con los brazos extendidos, admirando la decoración, el gran baño blanco

con la enorme bañera y el balcón con la vista perfecta. El aroma de las flores flotaba en una brisa tan suave como la seda en la piel—. ¿A qué hora comemos? —agregó luego, ya más pragmática.

Más tarde, después de nadar en la piscina y tomar, cada una, un baño largo y sedante en la bañera, nos pusimos nuestros mejores vestidos romanos, las sandalias rojas y sensuales y todo lo demás, y bajamos a cenar.

Antes, me habían entregado un mensaje de la agente de la inmobiliaria de Chicago: tenía una oferta por mi apartamento cercana al precio inicial y quería saber si estaba dispuesta a aceptarla.

Sí, lo estaba, y me sentía muy contenta, en buena hora me libraba del pasado. En honor a nuestra llegada a salvo, brindamos con el espumante de Italia: agradable, efervescente y divertido. Luego probé los mejores gnocchi con salsa de tomate casera que he comido en mi vida, mientras que Jammy, con muy buen apetito, optó de nuevo por los *fettuccine*. Pescado, ensalada, quesos... No pudimos llegar a los postres.

Cansada, con el estómago lleno, reconfortada y mimada, permanecí despierta en la cama, escuchando los ronquidos de mi amiga y el ruido del mar, y pensando en mi padre, en aquella noche fatídica y en la terrible tormenta, en el velero hundido y el cuerpo que nunca fue encontrado.

Luego de lo ocurrido, durante años había vivido aterrada por pesadillas en las que Jon-Boy se hundía bajo unas enormes olas negras. En mis sueños, él tenía los ojos bien abiertos, fijos en los míos, con una mirada suplicante. Me tendía la mano y yo trataba de llegar a él, pero, antes de poder aferrarlo, se hundía en la oscuridad.

Entonces, despertaba, sudorosa y asustada, rogando no volver a tener ese sueño nunca más. Meforcé a no pensar en la muerte de Jon-Boy y a no volver a soñar con eso. Nunca hablaba del tema, excepto con Jammy, por supuesto, pero ni siquiera entonces le mencionaba el sueño. De alguna manera, me las arreglé para quitarme el accidente de la cabeza y solo permití que permanecieran los buenos recuerdos. Pero ahora estaba aquí, en el lugar donde había ocurrido, y empecé a revisar las circunstancias de la muerte de mi padre.

Jon-Boy le tenía miedo al agua. Siempre me decía: «Mantén los pies en *terra ferma*, querida; es lo único sólido en esta vida». Odiaba el mar. Era un mal nadador y nunca había navegado un barco en toda su vida. Entonces, ¿por qué había estado solo en un velero, de noche, con la amenaza de una tormenta?

¿Por qué no me había hecho esa pregunta antes? La razón era simple: tenía miedo a la respuesta. Sin embargo, en ese momento me sentí muy cerca de él. Decidí que, al día siguiente, iría a la casa que mi padre había comprado en Amalfi, la casa que dejó esa noche y a la que nunca volvió.

Una imagen de Jon-Boy, nítida como una fotografía, apareció en mi mente de pronto: alto y delgado, atractivo, con un mechón negro cayéndole sobre los ojos pardos, una sonrisa encantadora, y el paso largo que siempre me costaba seguir. En mis recuerdos, él era un joven escritor estadounidense en Roma, que me sonreía con

ternura. Siempre había sido tierno con las mujeres, jóvenes o ancianas. De hecho, nunca oí de los labios de Jon-Boy una palabra dura, nunca jamás. Era un hombre cordial y extravertido, simpático y sencillo con sus compañeros en el bar.

En mi mente, lo vi sonreírme una vez más con la mano en alto, saludándome confiado. En ese momento supe que, a pesar de que no podría traerlo de vuelta, una de las razones por las que estaba ahí era para averiguar qué era exactamente lo que le había pasado. Cómo había muerto Jon-Boy en realidad.

Capítulo 10

Lamour.

Esa noche, ya decidida, alejé para siempre las pesadillas y dormí mejor que en muchos años. Temprano por la mañana, le dije a Jammy que necesitaba ir sola la primera vez a la casa de Amalfi. La dejé contenta, tomando el desayuno a la sombra, en la terraza con la vista al mar a través de los árboles.

—¿Podríamos quedarnos aquí para siempre? —me gritó, mientras yo cerraba la puerta. También a ella la había capturado la magia del lugar.

A pesar de que habían pasado veinte años, recordaba cada centímetro de la ruta. Manejé por el camino angosto, serpenteante, sobre el barranco, con la colina Pirata a un lado y el exuberante verde de la cuesta del acantilado y el mar reluciente, al otro.

Estacioné el auto donde Jon-Boy solía hacerlo, al costado del camino junto al santuario, una pequeña gruta de piedra con un santo de yeso. El santo tenía las manos extendidas a modo de bendición, y recordé que se trataba de san Andrés, cuyos huesos yacían en la *cripta del Duomo*, el santo patrón de Amalfi, protector de los marineros. En la parte de adelante del santuario, había un jarrón con flores frescas; me pregunté, sorprendida, a quién se le podría haber ocurrido poner flores en ese pequeño lugar olvidado.

En la cumbre de la colina se elevaba orgulloso el *castello Pirata*, tal como lo había hecho durante siglos. En la torre almenada flameaba una extraña bandera, con la atrevida insignia de la calavera y los huesos cruzados de la familia Pirata. Detrás de la gruta del santo, un claro arenoso conducía al acantilado y a la *scalatinella*, cuyas gradas talladas en la roca zigzagueaban con suavidad hacia abajo, entre la maraña de arbustos verdes. Unos quince metros más abajo, el mar turquesa rompía contra las rocas, lanzando perezosas pinceladas de espuma al aire transparente de la mañana.

Mientras bajaba despacio por la *scalatinella*, los pájaros levantaron vuelo de los nidos, gorjeando inquietos, y los conejos movieron su colas blancas y desaparecieron entre la maleza. Y, de pronto, allí estaba una pequeña y maravillosa casa que se entremezclaba suavemente con el lado verde del acantilado. Me detuve un instante, mirando una parte de mi pasado. Solo se oía el rumor del mar y el canto de los grillos. Entonces, pensé que mi casa se veía tan sola como yo.

Cuando era pequeña, Jon-Boy me contó que la habían construido en 1920 para alojar a la amante del rico propietario del *castello Pirata*. La muchacha era una cantante de ópera de Nápoles, joven y bonita, y la casa se encontraba cerca del *castello*, siempre y cuando uno fuera joven y ágil como los amantes, pero discretamente oculta en el risco. Fue necesario volar con dinamita parte de la roca

para edificar la casa, que resultó ser más pequeña de lo que esperaba la amante, aunque era tan bella que se enamoró del lugar y no protestó ni se quejó.

La casa era pequeña y cuadrada, con cuatro ventanales que daban a la terraza en la planta baja y cinco ventanas cuadradas en la parte superior. Una cúpula no muy alta, de estilo morisco, recubierta de mosaico; verdes y azules, coronaba el techo plano. Columnas angostas y estriadas, retorcidas como barras de caramelo, sostenían tres elegantes arcos frente al patio sombreado y al mirador, un poco más arriba. Desde allí, gradas anchas y bajas conducían a una serie de jardines colgantes y, más abajo, a una pequeña ensenada.

Podía oír el ruido de la caída de agua y recordé que la cascada bajaba por los acantilados, guiada por grandes piedras puestas con cuidado, serpenteando a través de los jardines, a los que un majestuoso y viejo cedro protegía con su sombra. A mitad de la pendiente, había un extravagante mirador de mármol, una pérgola donde imaginaba que la pequeña cantante de ópera solía sentarse a admirar la puesta de sol, mientras bebía una copa de vino, como tantas veces lo había hecho Jon-Boy. Ahora, refulgía bajo el resplandor azul de la mañana, tan brillante como el mar.

Sin embargo, cuando miré más de cerca, vi que los viejos cedros estaban creciendo sobre el techo de la casa y que, a través de los años, los vientos de invierno habían retorcido las ramas en formas extravagantes. Animalitos salvajes habían construido sus casas entre la maleza. Los viejos postigos se veían casi plateados, curtidos por la intemperie, y estaban asegurados con trabas de hierro oxidado; en las ventanas de arriba, toldos raídos se agitaban tristemente empujados por la brisa.

Cuando cerré los ojos, una imagen que había guardado en la mente durante todos estos años volvió a mí. Jon-Boy y yo estábamos sentados en esa misma terraza. Era casi de noche y, como siempre, él bebía una copa de vino blanco de la región y yo, una limonada hecha por mí misma con los limones de nuestros propios árboles, recogidos esa mañana. Durante el verano, solía correr por todos lados sin zapatos, por eso tenía las plantas de los pies tan duras como el cuero; mis cabellos negros lucían mechones cobrizos teñidos por el sol, y una capa de sal me cubría la piel como resto del último baño en el mar de ese día. Podía oler la sal en mi cuerpo, y los limones y el jazmín, que subía por las blancas columnas estriadas.

En esos tiempos, yo era lo más parecido a una criatura salvaje, sin nadie a quien responderle ni que me dijera qué debía hacer. Cuando me sentía cansada, me iba a la cama. Al despertarme, me levantaba de inmediato, ansiosa por disfrutar del nuevo día. Iba a la cocina de losetas blancas, donde le untaba mantequilla a un pan duro del día anterior, o quizá de dos días atrás... Jon-Boy y yo no éramos muy eficientes con las compras. Sobre la mantequilla echaba una buena cantidad de conserva de higos que sabía a azúcar con especias. Luego, preparaba el espresso para cuando se despertara Jon-Boy, que podía ser al mediodía o a veces incluso más tarde, según lo que hubiera hecho la noche anterior, dónde hubiera estado y, por supuesto, con quién, aunque, en verdad, nunca supe demasiado sobre esa parte de su vida.

Nunca intenté despertarlo y espiarlo en su dormitorio. Aunque era una niña inocente, de algún modo sabía que no debía ir allí. Me limitaba a esperar.

A veces, lo acompañaba alguna muchacha, joven y bonita, alguna turista que había conocido en Amalfi la noche anterior. En esas ocasiones, yo me ponía muy celosa, negándome incluso a hablar con ella. Jon-Boy solía reírse y disculparse en mi nombre; bebían el café que yo había preparado y luego se iban juntos. Nunca le pregunté adónde iba y nunca me lo dijo. Tampoco me pidió nunca que lo acompañara. Sin embargo, yo sabía que siempre regresaría a buscarme.

A esas horas ya tenía puesto el traje de baño. Lo recuerdo incluso hoy: era de un rojo brillante, muy viejo, y demasiado chico. Olía a verano, por eso nunca quise uno nuevo. Bajaba corriendo las gradas hasta la caleta, me zambullía en el mar y avanzaba hasta que el agua, fresca y transparente, me llegara a los hombros. Podía ver docenas de pequeños peces que se precipitaban, llenos de curiosidad, alrededor de los dedos de mis pies. Entonces, me lanzaba hacia adelante y nadaba hacia el horizonte en el veloz estilo crol que había aprendido en la piscina de colegio Evanston.

Nada podía superar esa sensación de total libertad, solo yo y la frescura del mar azul cristalino, con la temprana luz del sol rebotando como chispas en el agua y convirtiendo las gotas de agua en mi piel en arco iris en miniatura. Podría haber nadado para siempre, incluso hasta Capri.

Me daba vuelta, flotaba sobre la espalda y buscaba la línea de la costa, exuberante y curvada. Si uno no sabía que la casa estaba allí, tal vez no la viera, pero yo miraba hacia la derecha de la *scalatinella* donde los cedros retorcidos la cobijaban. Veía un pedacito de la cúpula de mosaicos verdes y azules, sus toldos a rayas verdes y sus paredes doradas, y me sonreía, sintiéndome segura otra vez, al tiempo que nadaba lentamente de regreso a la costa, deseando el jugo de naranja recién exprimido, que sabía que me estaría esperando si Jon-Boy estaba allí, solo.

Capítulo 11

Lamour.

De pronto, un ruido inesperado interrumpió mis recuerdos del pasado. Con claridad, pude escuchar el sonido de unas pisadas detrás de mí. Me di vuelta con rapidez, casi esperando ver a Jon-Boy, pero me encontré con un japonés tan viejo que ya no parecía tener edad. Su barba gris y rala terminaba en punta, justo debajo del mentón, y las cejas grises y estrafalarias crecían hacia arriba en desorden, cerca de su cabeza calva. Era delgado pero fuerte, tenía la piel del color de la arenisca y una mirada translúcida que contradecía lo extraño de su apariencia. Daba la impresión de ser un fauno tallado en un antiguo friso de piedra o un baco bondadoso y enjuto, o tal vez se parecía a las cabras salvajes que recordaba haber visto saltando hacia abajo, por el escarpado risco de una isla cerca de la costa.

Era parte tan natural del hábitat, que parecía haber surgido de él. Y, de algún modo, era así, porque se trataba de Mifune, el hombre que había diseñado el jardín donde me encontraba en ese momento, muchos años antes de que yo lo viera por primera vez y me enamorara de su belleza.

Fue Mifune quien me infundió el amor por las plantas y los árboles, por las grandes piedras, los arroyos y las fuentes. Él fue quien me enseñó cómo actuaban las estaciones en armonía con la naturaleza, y quien me guió, sin saberlo, hacia la elección de mi carrera como arquitecta paisajista.

Aparte de Jon-Boy, Mifune era la persona que más había influido en mi vida. Había sido mi mejor amigo en este lugar. En mutua compañía, pasábamos horas, días, semanas que se convertían en meses, y meses que llegaban al año. Moldeó mi vida con sus palabras prácticas y llenas de sabiduría, y yo nunca iniciaba un nuevo proyecto sin pensar, primero, en lo que Mifune hubiera hecho con él.

Viéndolo ahora, en ese jardín, mi jardín, después de casi treinta años, quedé muda de la emoción. En ese entonces ya me parecía viejo, y creí que, sin duda, habría muerto. Durante un buen rato, nos quedamos mirándonos. Luego, le dije:

—Mifune, seguramente no me recuerdas, pero yo nunca te he olvidado.

—*Va bene, la piccola* Lamour Harrington. —Una amplia sonrisa sin dientes cruzó por su rostro arrugado como un pergamino y sus pálidos ojos brillaron de placer—. ¿Eres tú realmente? Después de todos estos años, ¿has vuelto a casa?

Quería correr hacia él, abrazarlo, pero recordé sus formales costumbres japonesas y le hice una reverencia profunda, mostrándole el respeto que se merecía.

—Pero, Mifune, me dijiste que ibas a regresar al Japón, que allí volverías a encontrar tu antigua vida, tus antiguas costumbres, tu propia gente.

También él inclinó la cabeza, cubierta con los pocos mechones de pelo que le

quedaban.

—Regresé una vez, *signorina*. Pero me di cuenta de que el mundo que dejé de joven ya no existía. Todo había cambiado y nada era real. Así que volví a casa, a Amalfi.

Observador como era, notó que no llevaba anillo en la mano izquierda y me llamó *signorina*.

—Como yo, Mifune, pero solo estoy de vacaciones. Vine a ver mi vieja casa.

Rio, con una pequeña y casi silenciosa risita ahogada.

—Este lugar se posesiona de ti cuando eres joven. Nunca podrás ser feliz en ninguna otra parte. ¿Todavía no lo has descubierto, *piccolina*?

—La felicidad es un arte cuyo secreto perdí hace muchos años —admití—. No sé cómo volver a encontrarla. Ni siquiera sé lo que es. Hace poco estaba pensando en mí cuando era niña en Roma, con Jon-Boy, y recordé que ese sentimiento era la felicidad. Y luego él me trajo a esta casa, a este *paradiso*, y descubrí que hay un tipo de felicidad diferente y más verdadera.

—La felicidad está en el espíritu y puedo ver en tus ojos que la has perdido. Parte de eso es el hecho de haber perdido a Jon-Boy. No preguntaré sobre el resto, ya no es importante. Aquí estás de nuevo, donde perteneces.

—Necesito volver a encontrar a Jon-Boy —le confesé—. Necesito saber qué pasó esa noche. Necesito saber cómo murió para poder ahuyentar las pesadillas y los fantasmas.

—Comprendo —asintió con gravedad.

Pensé rápidamente en mi vida, siempre ocupada, en Chicago, en mis compromisos de trabajo y en mis pocos buenos amigos. Pensé en la traición de Alex. Pensé en Jon-Boy y en Mifune. Todos mis buenos recuerdos estaban aquí, en Italia.

Había vendido mi apartamento. Ya no tenía hogar, estaba sola en el mundo. Después de todo, ¿a qué iba a volver? El placer más grande mi vida era ver crecer plantas, flores, árboles, crear jardines en espacios imposibles, semejantes a este, donde Mifune me había permitido ayudarlo a sembrar la cuesta del acantilado, hasta convertirla en un paisaje bello y placentero, colmado de verdor. El paisaje era ahora una confusión de terraplenes a punto de desmoronarse, cubiertos de hierbas, que amenazaban con caer en el mar turquesa. Los cedros verde oscuro que protegían la casa se doblaban bajo el peso de las ramas sin poda y la dulce casa de tonos dorados que yo recordaba como mi verdadero hogar se veía descuidada y desolada.

Al igual que yo, la casa necesitaba recuperar su espíritu; de pronto supe que lo haríamos juntos. Dejaría atrás el pasado y empezaría de nuevo. Lo haría todo yo: plantaría olivos en la ladera, limones, tomates, y labraría los terraplenes agrestes. Compraría una de esas lindas vacas y haría mi propia *mozzarella*; tendría gallinas y comería huevos frescos. Estaba deslumbrada por mi futuro independiente y desconocido.

—Supongo que ya volví a casa, Mifune —exclamé, con una gran sonrisa, cuando

la primera punzada de felicidad pura y verdadera corrió por mis venas—. He regresado al lugar al que pertenezco.

Capítulo 12

Lamour.

Recuerdo con nitidez el día que conocí a Mifune. Hacía cerca de una semana que Jon-Boy y yo estábamos en la casa, y todas las mañanas nos levantábamos temprano y corríamos a nadar al mar. Es decir, yo nadaba, mientras Jon-Boy se quedaba observando. —No te metas muy adentro, querida— me advertía. —No quiero entrar a rescatarte.

Jon-Boy sabía, por supuesto, que yo era una buena nadadora, mucho mejor que él, y en esas aguas mansas no necesitaba que me rescataran.

Sin embargo, esa mañana había tocado a su puerta para despertarlo, pero nadie respondió. Volví a tocar, pero no la abrí; nunca lo hacía. Sabía que Jon-Boy hubiera respondido de haber estado allí. Bajé corriendo a la cocina, a ver si ya estaba exprimiendo el jugo de naranjas para mí, y luego fui a buscarlo a la terraza y al jardín.

Pensé que, tal vez, se había levantado temprano e ido al mercado sin mí, así que me puse mi traje rojo de baño y bajé corriendo la *scalatinella* hasta la caleta. En ese momento supuse que se había ido al pueblo, mientras yo dormía. No lo culpaba; no se podía esperar que un hombre con una hija de siete años se quedara en la casa todo el tiempo. Al menos así es como pensaba entonces.

Los botes se bamboleaban en el oleaje junto al muelle, y, con la mano sobre los ojos, escudriñé el mar brillante y plateado. El sol empezaba a aparecer entre las nubes, era una hermosa mañana. Caminé por la orilla y luego me zambullí.

Cerca de media hora después, salí de mi mundo marino y subí las escaleras, cansada. Esperaba ansiosa beberme una taza del café que había preparado para Jon-Boy y para mí, y comer una rodaja del delicioso pan con corteza, pero cuando empujé la puerta principal, no se abrió. Aunque empujé y empujé, estaba trabada. Intenté abrir los ventanales, pero estaban cerrados por dentro. Me subí a la ventana de la cocina; también estaba cerrada. Pensé en escalar una de las columnas hasta la terraza, pero, seguramente, me caería y me rompería la cabeza.

Para entonces, el cielo se había nublado y el sol estaba oculto tras las nubes. Me senté encorvada en las gradas de la terraza, temblando de frío en mi traje de baño mojado y añorando el café caliente.

—¿Qué haces aquí tan sola, pequeña?

No había oído venir a nadie. Miré al anciano con un poco de miedo. Ya en ese entonces me parecía viejo, y muy delgado y fuerte, con extraños ojos translúcidos y cejas enmarañadas. Creí que era un fantasma.

—¡Ah! —exclamé, sobresaltada—. ¿Eres un fantasma?

Se río.

—Todavía no, *piccolina*. ¿Y tú?

—No —lo miré con cautela. Cargaba una gran regadera y un rastrillo de puntas largas—. ¿Dónde vives? —le pregunté, todavía un poco temerosa del hombre extraño, consciente de que Jon-Boy no estaba y no podría protegerme.

—En mi chalet, allá arriba, al lado del *castello*.

—Ah —volví a decir; me sentí impresionada, porque había visto el *castello* a la distancia y parecía un sitio donde vivía una princesa.

—Soy jardinero, pequeña. Me llamo Mifune.

—Mi-fu-ne —repetí, sonriendo. Me gustaba cómo sonaba—. Mi nombre es Lamour.

—Debes ir adentro, Lamour, a cambiarte de ropa y a abrigarte un poco —me recomendó, al verme temblar de frío.

—Pero no puedo abrir la puerta. Todas están cerradas con llave y Jon-Boy no está en casa.

Mifune no me preguntó sobre Jon-Boy ni quiso saber por qué habían dejado sola a una niña de siete años. Solo dijo:

—Ven conmigo, *piccolina*. Vamos a las cocinas del *castello*. La cocinera te dará ropa seca y una bebida caliente.

Fui de buena gana, intrigada por mi nuevo amigo tan extraño, brincando a su lado, hablando sin parar y haciéndole miles de preguntas. ¿De dónde venía? ¿Por qué vivía aquí? ¿Cómo era el Japón? ¿Qué clase de comida japonesa le gustaba comer?

Se detuvo, me tomó la mano y acercó su rostro al mío:

—*Piccolina*, ¿alguna vez dejas de hablar? Cállate ahora. Mira a tu alrededor. Aprecia la belleza que te rodea. No siempre es necesario hablar.

Me quedé mirándolo, muda de asombro. En el lugar del que yo venía, por lo general los niños hablaban sin parar, y por encima de las voces de los otros niños.

—Mira —ordenó Mifune. Y yo miré.

Miré las nuevas plantas de semillero que acababa de plantar bajo la sombra de los pinos, mientras me explicaba que, en el verano, alcanzarían plena floración. Miré las madrigueras de conejos entre los arbustos, y los nidos de pájaros. Mifune me dijo los nombres de las flores que veía, tanto su nombre común como en latín, y yo lo repetía, asombrada de que las cosas pudieran tener más de un nombre.

Caminamos entre los pinos, por el sendero que conducía al *castello Pirata*, donde las criadas mostraron su desaprobación cuando se enteraron de que mi padre me había dejado sola, sin posibilidad de entrar en la casa, cerrada por dentro, y vestida solo con un traje de baño mojado. Buscaron ropa para vestirme —un suéter demasiado grande y un par de pantalones cortos— y prepararon, especialmente para mí, una taza de chocolate caliente.

Llena de excitación por mi gran aventura, les agradecí y me despedí. Luego, seguí a Mifune por los bellísimos jardines, que, desde entonces, empecé a mirar con otros

ojos.

—¡Ay, Dios mío, aquí estás! —Jon-Boy me levantó en brazos y me estrechó contra su pecho—. Me asustaste, Lamour. Vi que no estaba tu traje de baño y no había señales de ti en el mar. ¡Cielos! —Volvió a abrazarme y sentí los latidos acelerados de su corazón. De pronto, se dio cuenta de que no estábamos solos.

—*Signore* —saludó Mifune, haciendo una reverencia.

—*Signore* —respondió Jon-Boy, y también hizo una reverencia.

—Soy Mifune, el jardinero del *castello*. Su hija estaba sola. No podía entrar en la casa; tenía frío y estaba mojada. —Jon-Boy percibió el reproche en su voz.

—Les pido disculpas a Lamour y a usted, Mifune —replicó, cortés—. Fue inevitable, pero también imperdonable.

—Mifune me llevó al *castello* —interrumpí, aún excitada por mi importante aventura—. Me dieron una taza de chocolate caliente y esta ropa.

—Entonces tenemos que agradecerle su ayuda. —Los dos hombres se miraron—. Le agradezco de todo corazón. Lamour es mi hija; significa todo para mí.

—Es una maravillosa *piccolina*, a pesar de que habla demasiado —respondió Mifune, y Jon-Boy se río—. Mucho me complacería que vinieran a tomar el té conmigo a mi chalet, mañana a las cuatro —agregó. Jon-Boy le respondió que nos encantaría.

Mifune hizo una reverencia y se despidió; de inmediato, dio media vuelta y se alejó, con paso largo y silencioso. Jon-Boy comentó que su invitación parecía un mandato real: más valía que fuéramos. Así que, a la tarde siguiente, con mi mejor atuendo, que no era mucho, apenas una camiseta y pantalones cortos, pero, al menos, se veía más decoroso que mi viejo traje rojo de baño, y llevándole de regalo unas galletitas *amaretti* envueltas en papel de seda rosado, caminé con Jon-Boy entre los pinos para ir a tomar el té a la casa de Mifune.

Nunca había visto nada igual: parecía un templo japonés. Dos columnas soportaban un techo triangular que terminaba en punta y luego bajaba, formando una curva no muy pronunciada hasta terminar en aleros hondos y voladizos. Tres peldaños bajos conducían al porche, donde había un pequeño gong de bronce, cerca de la puerta principal. Por necesidad, las ventanas cubiertas de *shoji* —pantallas de papel de arroz— estaban protegidas con postigos de madera italiana debido a las tormentas de invierno, pero el resto de la casa de Mifune era completamente japonesa.

Me sentí transportada a un país de cuento de hadas, y golpeé el gong con suavidad, para anunciar nuestra llegada.

Mifune vino a la puerta.

—*Signor, signorina*, por favor, pasen —nos saludó, mientras hacía su curiosa reverencia.

Observé el brillante piso de bambú, las puertas hechas de *shoji* que dividían el cuarto, y las esteras de tatami, alrededor de la mesa baja, en el centro de la

habitación. El único otro mueble que había en el lugar era una larga mesa angosta y antigua de madera de olmo. Encima, tenía un pequeño altar delante del cual había una vela encendida en honor a los antepasados de Mifune, a quienes él nunca había conocido.

El anciano empezó a preparar el té y trajo a la mesa tres tazones de porcelana fina en una bandeja de esmalte negro. Sirvió un fuerte té verde de una tetera con asa de bambú. Jon-Boy y él se pusieron a conversar mientras yo miraba a mí alrededor, asimilándolo todo.

Jamás había visto un hogar como ese; jamás había conocido a nadie como Mifune. Y creo que él nunca había conocido a nadie como yo, tampoco. Lo miré y sonreí. Supe entonces que íbamos a ser muy buenos amigos.

A partir de ese día, Mifune empezó a hacerse cargo de mí. Siempre parecía saber dónde me hallaba cuando me quedaba sola. Empezó a enseñarme sobre flores y plantas, sobre la tierra donde crecían, sobre el valor del agua en la vida de las plantas y la necesidad de sol, de sombra y de viento. Empecé a aprender mucho sobre la vida con Mifune y nunca olvidé lo que me enseñó.

Capítulo 13

Jammy.

Jammy estaba sentada lánguidamente junto a la piscina, en el hotel Santa Caterina. Un enorme sombrero de paja le cubría el rostro; miró a través de las aberturas de la raffia hacia el pacífico cielo azul. En alguna parte, abajo, las olas rompían mansamente contra las rocas; una gaviota lanzó un chillido.

Oyó los pasos de Lamour en las gradas, rápidos, livianos, imperiosos. Los hubiera reconocido en cualquier parte.

—¡Jammy!

La reposera a su lado chirrió cuando Lamour se desplomó sobre ella.

—¿Si? —replicó Jammy, aparentando indiferencia.

—¡Jammyyyy!

Jammy sonrió debajo del sombrero.

—¿Qué? —De inmediato sintió que le arrancaban de golpe el sombrero y vio el rostro de Lamour lleno de excitación junto al de ella.

—Jammy Mortimer Haigh, deja de aparentar que no te importa saber lo que ha pasado.

—Por la sonrisa que tienes puedo aventurar que te ha ido bien —dijo, mientras se sentaba.

—¡Jam, todavía está allí! Mi pequeña y maravillosa casa. Claro que quedó abandonada desde que Jon-Boy... se fue. Está un poco deteriorada ahora. Y el jardín, bueno, digamos que tanto este como la casa necesitan un poco de mi tierno y amoroso cuidado. Pero sobre todo, Jam, me encontré con alguien muy especial.

Ella escuchó en silencio, mientras Lamour le contaba sobre su viejo amigo y consejero, sobre el estado deplorable de los jardines y la casa. Hasta que Lamour remató:

—Y he decidido quedarme aquí. Voy a arreglar la casa, y a trabajar duro con Mifune para volver a diseñar los jardines. Voy a vivir allí y voy a ser yo misma otra vez. Sembraré verduras, tendré gallinas, una vaca...

—¿Estás loca? Por Dios santo, ¡una vaca! Sé que estás muy entusiasmada, pero, por favor, habla con sensatez. No puedes vivir aquí. Tu vida, tu verdadera vida, está en Chicago, al igual que tu trabajo y tus amigos. Puedes comprar otro apartamento y, a la larga, podrás continuar con tu vida. Dios sabe que ya has perdido bastante tiempo.

—No voy a regresar, Jammy. —Los ojos de Lamour brillaron con el fervor de los conversos—. Voy a vivir en mi casa de Amalfi. Voy a volverme autosuficiente. Sé que no puedo sembrar parras en el acantilado, pero sí cuento con pasto en la colina

del otro lado del camino para mi vaca.

—Y dime, ¿alguna vez te has acercado a una vaca?

—Por supuesto, las he visto, sabes, en las granjas, en el campo.

—Mientras pasabas por allí en el auto, ¿cierto?

—Bueno, está bien. Pero eso no quiere decir que no pueda aprender lo que haya que saber sobre vacas; después de todo, solo quiero una.

Jammy se recostó en la reposera y volvió a cubrirse el rostro con el sombrero.

—Así que vas a ordeñar la vaca dos veces al día, ¿cierto? A las cinco de la mañana y, de nuevo, alrededor de las siete de la tarde, ¿verdad? Justo a la hora en que la gente normal suele pensar en salir a comer a algún lugar agradable y beber una buena botella de vino para reanimarse. Oye, también podrías hacer un poco de *mozzarella* y venderla en tu pequeño puesto al lado del camino, a la mañana siguiente, junto con algunos huevos frescos, sin duda de dos yemas, de tus encantadoras gallinas, impacientes por ponerlos en sus bonitos pequeños nidos para complacerte. Y, por supuesto, prepararías limonada con los limones de tu huerto y la venderías junto con los huevos y la *mozzarella*. Sin duda, también ofrecerías deliciosos panes caseros, recién horneados, para acompañar los huevos y el queso. Qué vida idílica, Lamour, me la estoy imaginando en este momento. No más sandalias rojas; adiós, lindos vestidos; adiós a la posibilidad de una vida de sexo, porque pronto te volverías una vieja canosa, sobrecargada de trabajo, vestida de negro, con zapatos de abuela, deseando estar de regreso, en un tranquilo apartamento de Chicago, diseñando jardines para otras personas como modo de ganarte la vida. Y es un modo excelente de ganarse la vida, Lamour, lo que, por otra parte, es una de las cosas que no has considerado en tu plan. ¿De qué vas a vivir? Después de todo, no estás muy acostumbrada que digamos a pasar apuros. —Jammy se echó el sombrero hacia atrás y miró fijo a su amiga—. A veces, te comportas como una auténtica estúpida. No sé cómo te soporto.

Lamour la miró, demudada, pero enseguida esbozó una sonrisa.

—La casa de Amalfi era de Jon-Boy; ahora es mía. No me va a costar nada vivir allí. Sé, por supuesto, que voy a tener que trabajar, no soy tan tonta. Y además, Jammy, me compraré un apartamento pequeño para poder volver a Chicago a cumplir con mis contratos. No voy a renunciar a ellos, al menos no hasta que esté segura de que puedo mantenerme aquí.

—¿Qué voy a hacer contigo, Lamour Harrington? ¿Qué voy a hacer?

—Podrías al menos mirar la casa antes de hacer tus críticas —aventuró, esperanzada—. Reconozco que necesita un poco de pintura y todavía no he visto cómo está por dentro, pero Mifune me va a dejar la llave debajo de la maceta del limonero, delante de la puerta. Podríamos ir a verla mañana. ¿Vendrías conmigo, Jammy? Por favor, dime que sí.

—Sabes que voy a ir —respondió, resignada, mientras oía la risa de Lamour, llena de alegría.

Capítulo 14

Lorenzo.

Con Affare, su fea perra blanca en el asiento de al lado, Lorenzo Pirata volaba el helicóptero Bell sobre el mar azul del atardecer, en busca de la tierra de nadie, la línea donde el cielo, a punto de oscurecer, se encuentra con las aguas cálidas y sensuales. A su izquierda, hileras de luces brillantes encendían los balnearios de la costa de Amalfi, acentuando los perfiles de las encantadoras ensenadas y caletas, y las terrazas de los hoteles. Divisó el faro rojo, encima del *castello Pirata*, y las luces amarillentas y brumosas del pequeño pueblo costero también llamado Pirata. Con un suspiro de alivio, empezó a descender.

La familia de Lorenzo vivía allí desde hacía tres siglos, y nada de esas tierras le era ajeno. Conocía a todos los hombres, mujeres y niños, y se ocupaba de ellos como un padre de sus hijos. En esos momentos, regresaba a su casa: para él, no había mejor lugar en el mundo que aquel.

La vista desde arriba del *castello*, en tonos de terracota clara, y su extraña belleza, perceptible mientras permanecía suspendido en el aire antes de aterrizar, nunca dejaba de producirle una honda emoción. La torre cuadrada de piedra del centro, con sus almenas, era todo lo que quedaba del *castello* original, construido por un antepasado de muy buen gusto y mucho dinero en el siglo XIX. La leyenda contaba que el antepasado hizo su fortuna a través de la piratería en alta mar —de ahí el nombre—, pero, aparte de la calavera y de los huesos cruzados en la bandera, y del hecho de que el negocio de la familia tuviera que ver con el transporte marítimo, todo ello había pasado al olvido.

A través de las décadas, se habían agregado al castillo alas estucadas y anexos, como así también jardines. Una enorme terraza, rodeada de limoneros, ostentaba, en la parte delantera, una docena de impresionantes cabezas de esfinge, traídas de Egipto en el siglo XIX. En esos momentos, miraban con expresiones de desaprobación la imponte vista panorámica de la costa irregular de Amalfi.

El agua de la piscina, adornada con delicados arcos de piedra, empezó a ondear bajo la brisa que producían los rotores del helicóptero. La joven que nadaba indolente a lo largo de la piscina miró hacia arriba y saludó con la mano; Affare empezó a ladrar con insistencia y Lorenzo sonrió, contento. Su hija de veintiún años, Aurora, acaba de llegar de la universidad en Grenoble para pasar el fin de semana.

Aterrizó el helicóptero en la plataforma, con suavidad, y permaneció sentado un rato en silencio, mientras dejaba que sus oídos se acostumbraran a la quietud. Solo se oía el jadeo de Affare, el canto de los grillos y el murmullo de la fuente. El peso urbano de su vida en Roma se aligeró poco a poco y sintió que estaba de regreso en

su casa, en su propio espacio en el mundo, en el lugar que amaba. Caminó a grandes zancadas desde la plataforma hacia un pequeño laberinto de senderos cercados por tomillos, y subió de dos en dos las anchas y majestuosas gradas que conducían a la casa, quitándose el saco y soltándose el nudo de la corbata.

Era un hombre fuerte de sesenta y cuatro años, siempre vestido en forma impecable, de pelo abundante y gris, peinado hacia atrás, nariz aguileña y mentón firme, áspero, ese día, por la barba que no se había afeitado desde el día anterior. Lorenzo Pirata era el tipo de hombre que llamaba la atención e imponía respeto con su sola presencia. Con su encanto natural, tenía la habilidad de ejercer su dominio en el lugar en que se hallara y también sobre cualquier mujer que se enamorara de él. Y fueron muchas.

Sin embargo, Lorenzo se casó solo una vez, con su primer amor. Cuando su esposa murió, él supo que nunca podría reemplazarla. Pero su vida había continuado. Era padre de dos hijos, un hombre de mundo, urbano y campestre a la vez, mucho más feliz cultivando jardines o navegando en su viejo barco de pesca que en cualquier fiesta en Nueva York o Roma, por grandiosa que fuera.

Massimo, el casero, que vivía con la familia desde que ambos eran niños, había oído el helicóptero y ya estaba esperándolo al lado de la gran puerta de madera herrada. La luz de las lámparas del alto vestíbulo rojo se desparramaba hacia afuera mientras lo saludaba, alargando el brazo para recibir el saco y la corbata. Lorenzo se dirigió a las escaleras para subir a su cuarto y tomar una ducha.

—*Scusi, signore*, pero ha venido Mifune a hablar con usted —alcanzó a decirle.

Lorenzo se detuvo en la escalera. Se dio vuelta y vio al anciano esperando discretamente junto a la puerta, sujetando el viejo sombrero de paja de jardinería con las dos manos. Se veía tan frágil que Lorenzo se conmovió. Quería decirle: «Mifune, no hay necesidad de que te quedes de pie en mi casa. Por favor, siéntate aquí, en esta cómoda silla». Pero sabía que el otro nunca pasaría el límite entre señor y sirviente, pese a que, para Lorenzo, el jardinero era un miembro más de la familia. La perra corrió a saludar a su viejo amigo y él se agachó a acariciarla.

—¿Estás bien, Mifune? —preguntó Lorenzo, alarmado por la visita inesperada y la fragilidad del anciano.

—Estoy bien, *signore*, gracias. —Su voz aflautada no llegaba muy lejos y Lorenzo caminó hacia él e inclinó la cabeza para oírlo mejor—. La niña ha regresado, *signore*.

Lorenzo levantó la cabeza. Cerró los ojos y se quedó callado un instante. No era necesario que le preguntara a quién se refería. Por fin, dijo:

—Se ha tomado su tiempo.

—No es feliz, *signore*. Dice que necesita cambiar de vida. Ha venido a buscar la felicidad que conoció aquí, junto a su padre —los ojos apagados de Mifune se encontraron con la penetrante mirada azul de Lorenzo—. Y creo que también ha venido para descubrir qué le ocurrió a él.

Lorenzo empezó a caminar de un lado a otro por el piso de mármol, con las manos en la espalda y la cabeza gacha.

—Entonces, no le daré la bienvenida, Mifune —resolvió por fin.

Los hombros enjutos del anciano se doblaron hacia adelante, como si tuvieran que soportar una nueva carga de tristeza. La barba rala y grisácea se le hundió en el pecho y frunció las cejas enmarañadas.

—Entonces, debo hacerlo yo, *signore* —susurró—. Es mi deber.

Y se alejó, después de hacer una reverencia.

Lorenzo se quedó junto a la puerta, observando al anciano que bajaba despacio por los anchos peldaños de piedra y se dirigía a su cabaña, en la tierra que había sido su hogar desde mucho antes que naciera Lorenzo.

Ambos enfrentaban un dilema; por primera vez en su vida, Lorenzo no sabía qué hacer.

Capítulo 15

Lorenzo.

Por lo general, Lorenzo disfrutaba de su ducha, del golpe fuerte del agua sobre el cuerpo que le quitaba las preocupaciones del largo día de trabajo. Pero no esa noche. Las noticias de Mifune sobre la hija de Jon-Boy le habían causado una gran conmoción. Después de todos esos años, ya no esperaba que apareciera. Lo ponía en una situación difícil, pues iba a tener que ser duro con ella, y eso no le gustaba.

Levantó el rostro para que el chorro le cayera en la frente, como si, de ese modo, pudiera borrar los recuerdos. Era imposible, no podía eludir lo que debía hacer.

Sus habitaciones quedaban en la vieja torre, la parte original del *castello*. La sala de estar, situada en la planta baja, tenía las paredes cubiertas de libros y muy buenos cuadros. No eran pinturas heredadas, sino obras de arte elegidas por él, por la única razón de que se había enamorado de ellas. Cada una le proporcionaba un gran placer y, en muchos casos, había patrocinado a los jóvenes artistas, alentándolos en su trabajo y ayudándolos a hacer exposiciones. También había leído todos los libros de los estantes; no había volúmenes encuadernados en cuero solo con el fin de exhibirlos.

Sobre el escritorio, había tres fotografías en marcos de plata. Una era de Marella, su esposa, tomada el día de su casamiento. Fue una boda sencilla de cien invitados, solo la familia y los amigos, porque a Marella nunca le interesó el lujo ni el boato. La ceremonia se realizó en el *Duomo de Sant' Andrea*, la catedral de Amalfi. Después, todos regresaron al *castello*, donde se llevó a cabo la recepción, en la terraza, ante la fabulosa vista panorámica de la costa.

En la foto del casamiento, los ojos pardos de Marella miraban fijo, con expresión solemne. Tenía los cabellos peinados hacia atrás, debajo de un velo de encaje ondulante, sujeto con una guirnalda de flores sobre la frente, en lugar de la acostumbrada tiara de diamantes. Se la veía muy dulce y joven; esa era la fotografía preferida de Lorenzo. La muerte de Marella había sido la peor tragedia de su vida.

La segunda fotografía, de su hijo Nico, lo describía tal cual era: temerario, extravertido y seductor. Lo que no mostraba era su incapacidad para asumir responsabilidades en los negocios ni en su vida personal. Su negativa a trabajar en el negocio familiar resintió a su padre más de lo que él había querido admitir. Se había mostrado duro con su hijo, recordándole cuáles eran sus deberes familiares. Pero Nico optó por seguir su propio camino, e incursionó en publicidad y televisión. En realidad, resultó ser un buen profesional en ese campo. No obstante, a veces desaparecía del trabajo durante semanas enteras, tomándose vacaciones repentinas, lo que no complacía mucho a sus superiores. De hecho, si Nico no hubiera sido el hijo

de Lorenzo Pirata, no habría conservado el trabajo, por bueno que fuera.

La vida personal de Nico era igualmente errática. Se enamoraba y se desenamoraba con la misma rapidez, y tenía la reputación de cambiar de mujeres como quien cambia de camisa. Aunque Lorenzo no aprobaba la conducta de su hijo, y se lo hacía saber, todo fue en vano. Lo único que podía hacer era esperar a que madurara.

En la tercera fotografía se la veía a Aurora. Miraba con cautela a la cámara, como un venado encandilado por los faros de un auto. La belleza de la hija de Lorenzo era similar a la de un exquisito camafeo, con su delicada estructura ósea, pómulos altos, grandes ojos pardos y labios sensuales. Solo Lorenzo sabía que debajo de esa belleza altiva se ocultaba una joven insegura.

Aurora siempre había sido una niña dependiente. Seguía a su madre adonde fuera y, cuando Marella murió, había quedado desolada y se había vuelto temerosa. Entonces, se había aferrado a Lorenzo con desesperación, rogándole que nunca la dejara; por supuesto, él le prometió que así sería. Se mudó con su pequeña familia a su *palazzo*, en Roma, para estar más cerca de ellos durante la semana. Pero todos los fines de semana regresaban al *castello*, el lugar que Lorenzo consideraba su verdadero hogar.

Aurora nunca pudo superar su inseguridad ni su dependencia. Actuaba con arrogancia entre sus iguales, y la gente creía que era egoísta y mimada, lo que era verdad, pero Lorenzo sabía que, por dentro, aún era una pequeña niña asustada y sentía que debía hacer todo lo posible por protegerla.

Se secó con una toalla grande, se puso un par de pantalones deportivos y una camisa de lino y, con Affare a su lado, bajó a cenar con sus hijos, que lo esperaban en la pequeña sala de estar, junto a la terraza. Era el lugar donde siempre se reunía la familia; de hecho, rara vez usaban los grandes *salones*, excepto para fiestas de gala u ocasiones formales.

Nico tenía un vaso de *whisky* en la mano y contemplaba el azul oscuro del cielo nocturno, mientras Aurora hojeaba una revista, cómodamente sentada en una silla. Levantaron los ojos cuando entró Lorenzo.

—¡Papá! —exclamó Aurora, poniéndose de pie y corriendo hacia él—. ¡Qué tarde has llegado! ¿Dónde estabas?

Lorenzo le dio un fuerte abrazo, haciéndola reír. Luego, le dijo que se había retrasado debido a un problema de negocios de último minuto.

—Ah, espero que lo hayan resuelto —dijo, un poco nerviosa. Lorenzo sonrió ante su preocupación.

—Sí, querida, todo está bien.

Ella suspiró, aliviada, y él se acercó a saludar a Nico, que no se había movido de su sitio.

—Qué bueno verte —dijo, tratando de abrazarlo, pero el joven ni siquiera bajó el vaso y se limitó a palmear el hombro de su padre. Era obvia la frialdad entre ellos.

—Se está haciendo tarde —comentó, mirando atentamente su reloj—. Deberíamos haber cenado hace una hora. Tengo que ir a una fiesta y no quisiera dejarlos a todos esperando.

—¿Una fiesta? ¿Dónde? ¿Con quién? —preguntó Aurora, pero Nico se encogió de hombros y le respondió que no era de su incumbencia.

—Vi que Mifune estuvo aquí. ¿Qué pasa? ¿Está enfermo? —La preocupación en el tono de voz de Nico era sincera. Conocía a Mifune de toda la vida, y el anciano era su amigo. Sin embargo, no era amigo de Aurora, que siempre había temido su mirada translúcida y su sobrecogedora presencia, y no lo comprendía del mismo modo que él.

Lorenzo se acercó al aparador que hacía las veces de bar y se sirvió un Campari con soda y hielo. Le agregó una hoja de albahaca fresca, su toque personal, frotándola con las manos para acentuar su aroma.

—Mifune vino a decirme que la hija de Jon-Boy ha viajado desde los Estados Unidos y está aquí. No había vuelto desde la muerte de su padre y, a decir verdad, hubiera preferido que no regresara ahora.

Sus dos hijos sabían la historia de la muerte de Jon-Boy y estaban al tanto de que nunca habían encontrado el cuerpo. En ese momento, se mostraron interesados en saber más acerca de su hija.

—Se llama Lamour Harrington —respondió Lorenzo—. Y come me toca la desagradable tarea de decirle que no es bienvenida, sería mucho más fácil para mí que no trataran, ninguno de los dos, de iniciar una amistad con ella. A decir verdad, preferiría que no le hablaran en absoluto.

Nico lo miró asombrado.

—¿Estás hablando en serio? ¿Qué ha hecho ella, por Dios?

—Ella no ha hecho nada. Sencillamente no quiero que empiece a indagar en un pasado que sería mejor borrar de la memoria por completo. ¿Entiendes, Nico? No quiero que te hagas amigo de ella.

—¿Y por qué será? —respondió Nico, suspicaz.

Aurora los miró a ambos, confundida.

—Si papá dice que no tenemos que hablarle, debe tener sus razones —replicó ella, leal como siempre.

En ese momento, Massimo apareció en la puerta.

—La cena está servida, *signore* —anunció, y Lorenzo asintió con un gesto y condujo a sus hijos a la terraza.

Los escuchó conversar sobre lo que habían hecho durante la semana. Hubiera deseado que Aurora protestara por algo, pero, como de costumbre, siempre aprobaba todo lo que él decía. A veces, hubiera preferido que se rebelara y que no fuera tan dependiente de él. Sin embargo, sabía que todo provenía de su infancia y comprendía que no podía hacer nada por remediarlo.

—Quiero ir a la fiesta con Nico —declaró ella.

Nico le lanzó una mirada poco amistosa.

—De ninguna manera —le respondió.

—¿Por qué no? ¡Papá, dile que yo también tengo que ir!

—Dile que es una malcriada —replicó el joven.

Lorenzo suspiró. Todos los hijos elegían sus propios caminos en la vida y los suyos no eran una excepción.

—Jugaremos un partido de *backgammon* después de comer —le ofreció a Aurora, pues no quería que fuera al tipo de fiesta al que, seguramente, iría Nico. Cuando ella frunció los labios con gesto de desaprobación y lo miró suplicante, diciéndole que de veras quería ir, Lorenzo le dijo que no, con firmeza.

Mucho más tarde, después que Nico se fuera y que dejara que Aurora le ganara dos veces, Lorenzo y su perra subieron la escalera en espiral que conducía a su dormitorio. El lugar era sobrio y masculino, no se parecía, en nada, a lo que se hubiera esperado de la habitación de un hombre rico. Había una cama con sábanas blancas de hilo, una butaca de cuero bajo la ventana, una sencilla alfombra india tejida de algodón al lado de la cama y una mesa larga donde ponía los libros que estaba leyendo. Grandes vigas de madera sostenían el techo; las ventanas eran altas y angostas.

Cuando Lorenzo entraba en la torre, sentía que retrocedía en el tiempo. Su antepasado pirata la había construido con el oro y la plata que formaban parte del botín de su actividad en la época en que Amalfi era uno de los puertos comerciales más importantes de Italia. Después de la muerte de Marella, Lorenzo no había podido soportar la idea de quedarse en la habitación que habían compartido durante toda su vida de casados, y decidió mudarse a la torre. Le gustaba el ambiente sencillo y rústico y, a pesar de lo que podía suponerse, no le traía recuerdos tristes. La torre se convirtió en su retiro, un lugar pacífico y tranquilo, donde podía repasar su vida.

Con el tiempo, Nico y Aurora lo heredarían, pero lo que le preocupaba a Lorenzo era que su hijo no se lo merecía. No le importaba el *castello*, salvo como un lugar para hacer fiestas con sus amigos. No le importaba su historia ni las personas que vivieron en él, que lo amaron y lo embellecieron, cada uno agregando una parte de sí a su esplendor. Para Lorenzo, en cambio, el *castello* era una parte integral de su familia.

Se desvistió y se puso una bata. Affare ya se había acomodado al lado de la puerta, y Lorenzo le llenó el tazón de agua fresca y le dio una galleta. Luego, se sentó en su butaca de cuero verde. Miró, a través de la ventana, la luna con Venus en una de las puntas, como un broche de brillantes en el cielo azul de medianoche. Pensó en Mifune y sintió que había traicionado su confianza esa tarde. Pero no le había quedado alternativa. Había hecho una promesa, y así tenía que ser.

Suspirando, tomó un libro e intentó leer, pero fue inútil. No se podía sacar de la cabeza a L'Amour Harrington ni el dilema en que lo había metido, que solo tenía una única e inevitable solución.

Capítulo 16

Lamour.

A la mañana siguiente, llevé a Jammy a ver la casa. Sonriendo, feliz, estacioné el automóvil delante del santuario florido de san Andrés, porque me parecía que las manos tendidas del santo eran una señal de bienvenida. Jammy se bajó, miró hacia el *castello* y la bandera azul que flameaba sobre las almenas.

—Dime si me equivoco: ¿esa es realmente una calavera con huesos cruzados? ¿Quién diablos vive aquí?

—Es el símbolo heráldico de la familia Pirata.

Me clavó los ojos como diciendo: «Estás bromeando». Entonces miró hacia la solitaria ladera verde y, luego, hacia el acantilado, también verde y solitario. Ni siquiera un pequeño velero surcaba el mar calmo. Además, era imposible ver la casa desde el camino, solo se atisbaban los peldaños de piedra.

—Sabes que estás loca, ¿verdad? —agregó, preocupada.

Cerré la puerta del auto con fuerza, lo que asustó a unos conejos que se dispersaron hacia arriba por la colina.

—Jam, lo que pasa es que estás acostumbrada a la vida de la ciudad.

—Y tú no —replicó, pero los conejos eran adorables y empezó a sonreír—. Entonces, ¿tu vaca va a vivir aquí? —dijo, un poco desalentada, mientras hacía un gesto amplio con el brazo, señalando la colina vacía.

Asentí con la cabeza.

—Claro que voy a tener que construirle un pequeño establo donde pueda protegerse de las noches frías, la lluvia y el viento.

—¿Qué lluvia y qué viento? Creí que aquí siempre era verano, con cielos azules y sol radiante.

—A toda vida le hace falta un poco de lluvia —respondí, pensando contenta que un poco de lluvia de invierno haría brotar pasto fresco para mí vaca.

—No me vas a decir que este es el único acceso a la casa, ¿verdad? —protestó Jammy, mientras pisaba cada escalón de la *scalatinella* con mucho cuidado.

—En realidad, sí —le respondí, mirándola por encima del hombro con una sonrisa.

Estaba recuperando la memoria y empecé a bajar casi corriendo por los peldaños, como la niña que una vez había sido, que los subía y bajaba una docena de veces por día. Salté las últimas gradas y luego esperé en el pequeño sendero al costado de la casa. Los viejos cedros filtraban el sol, los pajaritos danzaban en el aire azul y los grillos me cantaban una canción.

—Espero que haya valido la pena —resopló Jammy, mientras se echaba el

flequillo hacia atrás para ver mejor—. Bien; ahora, muéstrame —pronunció en tono desafiante.

—Cierra los ojos y ven conmigo. —Le tomé la mano y la guie, doblando la esquina de la pared, hasta el patio—. Ya puedes mirar.

Abrió sus grandes ojos azules. Se puso la mano sobre la frente, girando despacio, mientras observaba mi bella y maravillosa casa y la cúpula de mosaicos azules, las columnas estriadas como barras de caramelo, el patio sombreado, los jardines colgantes, la cascada, los viejos árboles y el mirador de mármol, que se mezclaba con el color del cielo en el esplendor de la mañana. Abajo, el reluciente mar turquesa y plateado se confundía con el horizonte. Mi amiga volvió a cerrar los ojos.

—¿Jammy? —llamé, un poco preocupada de que no le hubiera gustado el lugar.

—Cállate. Estoy escuchando el sonido de la paz.

—¿Te gusta, entonces? —le pregunté, aliviada de no tener que pelearme con ella por mi decisión de vivir allí.

—Reconozco que es preciosa, pero hace años que nadie vive aquí. Es probable que esté en pésimas condiciones, y te apuesto lo que quieras a que por dentro está totalmente destruida. No veo cómo vas a poder vivir en esta casa, Lam.

—Veremos —respondí, mostrándole confiada la llave de hierro, que Mifune me había dejado debajo de la maceta del limonero.

Metí la llave y la giré, pero la cerradura estaba dura. Lo intenté de nuevo, consciente de que Jammy me miraba, nerviosa, por encima del hombro. Sabía que ella estaba esperando que no se abriera, y que diéramos por terminada la excursión, para seguir disfrutando del resto de nuestras vacaciones antes de regresar a Chicago, donde me buscaría un nuevo apartamento y la vida continuaría como siempre.

Forcé la llave hacia atrás y hacia adelante, rogando que la puerta se abriera. Quería con desesperación ver mi pequeña casa otra vez. Pero la cerradura no cedía. Llena de frustración, pateé el suelo, mientras pensaba qué hacer después.

Capítulo 17

Nico.

Vestido solo con un traje de baño aún mojado con el agua de la piscina, Nico Pirata estaba sentado en la caseta de su elegante Riva, fumando tranquilamente un cigarrillo y mirando a su padre, que pintaba el casco de un barco de pesca viejo y destartado. Como siempre, la perra estaba a su lado, echada en el suelo y tomando una siesta. Nada de sabuesos aristocráticos para el padre de Nico. Affare era una perra de raza indefinida, que Lorenzo había encontrado abandonada en la calle. Desde entonces, nunca se separaron.

Para el ojo cínico del muchacho, el barco se parecía a los barquitos con los que él solía jugar en la piscina cuando era niño, del tipo que tiene un marinero temible, viejo y barbudo ante el timón de plástico. Sin embargo, su padre pasaba la mano por cada una de las planchas de madera deterioradas con algo parecido al afecto. De hecho, Nico sabía que Lorenzo amaba su viejo barco, tanto como él amaba su reluciente Riva plateada. Su padre decía que era parte de la historia de la familia, que Pirata había sido un pueblo de pescadores durante muchos siglos y que Nico debería respetarlo. En eso, justamente, radicaba la diferencia entre padre e hijo. Para él, lo importante era tener lo último y lo más llamativo; Lorenzo sentía un profundo respeto por lo antiguo y por el pasado familiar.

Arrojó el cigarrillo y se reclinó en el respaldo azul marino. Era un joven muy atractivo, de veintiocho años, esbelto y bronceado por el sol, con abundante cabello castaño claro. También era muy mujeriego. Las mujeres se amontonaban a su alrededor, pero él no tenía ninguna intención de caer todavía en la trampa del matrimonio. Al menos, hasta que no apareciera la muchacha apropiada y bella.

El verano recién empezaba, y él tenía por delante varios meses de largos e indolentes fines de semana como ese, durante los cuales, al igual que todo el mundo, huiría del calor de Roma y se refugiaría en la frescura de la costa o de las montañas. Por supuesto, siempre venía acompañado de amigos y de algunas lindas muchachas, para hacer el encuentro más interesante. Cuando no estaba en el *castello*, trabajaba como director de arte en una agencia de publicidad en Roma. Por supuesto, su padre quería que entrara en los negocios de transporte y desarrollo marítimo de la familia, y que lo ayudara a administrar las propiedades, pero ese no era su estilo. Necesitaba la excitación de la gran ciudad y el ostentoso estilo de vida que le permitía su trabajo. Además, siempre podía pagarle a alguien para que se hiciera cargo de sus asuntos.

Encendió otro cigarrillo, mientras saludaba a su padre con la mano. Lorenzo acababa de terminar de pintar y se dirigía al ascensor construido en el acantilado que lo llevaba hasta la cima, a unos treinta metros o más, donde tomaba el sendero que lo

conducía al *castello*. Nico pensó que Lorenzo, con sus pantalones cortos manchados de pintura, y la lata y las brochas en la mano, con la perra saltando unos pasos más adelante, bien podría haber sido uno de sus propios empleados, en lugar del dueño de todos los alrededores. Sin embargo, aún con sus viejos pantalones cortos, Lorenzo irradiaba un aire de gran distinción. Llevaba la cabeza leonina y plateada en alto, orgullosamente, y los músculos de su cuerpo bronceado eran tensos y firmes. Se lo veía atractivo y en buen estado físico, y aún podía ganarle a Nico la carrera de natación que solían hacer todas las semanas en la bahía Pirata. De hecho, durante toda su vida Lorenzo había sido el mejor en casi todo, y quizás eso era lo que más molestaba al joven. La rivalidad entre ambos había surgido muy temprano, y esa fue una de las razones por las que decidió no trabajar en la empresa familiar.

El ascensor de puerta de vidrio subió con suavidad por el acantilado. Nico pensó que era una de las mejores ideas de su padre. Antes de su construcción, había que bajar interminables tramos de escalera de madera, clavadas al frente del acantilado con ganchos de hierro. Las escaleras se unían con los peldaños de roca que conducían a la pequeña casa abandonada, conocida en épocas pasadas como La Casa de la Amante. Nico miró hacia la casa y le pareció ver a alguien a través de los arbustos. Seguramente era Mifune, que visitaba otra vez su jardín marchito y se lamentaba por el estado de abandono.

Finalmente, lanzó el cigarrillo al mar. Soltó las amarras de la lancha, encendió el motor y sacó la Riva con suavidad del muelle. Luego, con un rugido del motor, partió a través de la bahía azul hacia Pirata y el Caffé Bar Amalfitano. Siempre había tenido una gran habilidad para apartar de su mente los pensamientos desagradables.

Capítulo 18

Lorenzo.

Lorenzo detuvo el ascensor a mitad del acantilado y bajó a la plataforma, donde las viejas escaleras de madera se unían a los peldaños esculpidos en roca. Hacía años que no iba a La Casa de la Amante, pero, en ese momento, debido a la llegada de la hija de Jon-Boy, era necesario que fuera a verla.

Con la lata de pintura y los pinceles en la mano, bajó con rapidez los peldaños. El sol le quemaba la espalda y sintió que unas gotas de sudor empezaban a correrle por la piel. La verdad era que disfrutaba más de las escaleras que del ascensor; le gustaba poner a prueba sus fuerzas.

Se detuvo al pie del jardín enmarañado y vio a dos mujeres en la terraza. Una era alta y morena, con el cabello bien sujeto con un moño apretado, y tenía puestos unos grandes anteojos de sol muy oscuros. La otra era una rubia bonita. Parecía recelosa, como si no quisiera estar donde estaba.

«La cerradura siempre fue un problema» —pensó Lorenzo, razón por la cual la puerta solía permanecer abierta todo el tiempo—. Pero eso fue hasta la muerte de Jon-Boy; desde entonces, la casa quedó cerrada en forma definitiva.

Le indicó a la perra que lo esperara y se encaminó hacia las gradas de la terraza. Se detuvo un instante a observarlas antes de que lo vieran. La morena era, sin duda, Lamour la hija de Jon-Boy. Se parecía a él, y además Lorenzo la recordaba de niña: una criatura siempre sola, delgada como un galgo, de grandes ojos pardos y una aureola flotante de cabellos oscuros. No había cambiado mucho. Se habían visto antes, una vez, aunque Lorenzo dudaba de que ella se acordara de él.

Lamour seguía luchando con la llave grande de hierro. Volvió a meterla en la cerradura y le dio otro empujón a la puerta. Esta crujió fuerte, pero aun así no se abrió.

—Maldición —la oyó decir—. Está trabada, Jammy. Siempre se atascaba.

—¡Ah, gracias a Dios! —respondió la rubia, con alivio—. Sin duda, es una señal de que no debes quedarte aquí. Vámonos, Lamour, dejémoslo así.

—No voy a ir a ninguna parte. —Lamour siguió moviendo la llave dentro de la cerradura y luego volvió a darle otro fuerte empujón.

—¿Sabe que está tratando de entrar ilegalmente en propiedad ajena? —anunció Lorenzo, con frialdad.

Sorprendidas, lanzaron un grito y se dieron vuelta. Jammy se aferró a Lamour. Con los ojos bien abiertos lo miraron de arriba abajo, observándolo en detalle: los viejos pantalones cortos, la lata de pintura y todo lo demás.

—¿Quién es usted? —preguntó Lamour—. ¿Y por qué está aquí? —agregó con

cierta altivez, intentando parecer segura de sí misma pues eran dos mujeres solas y las había asustado. Lorenzo notó se incomodidad.

—Más importante es que me diga quién es usted —respondió él. Sabía, por supuesto, quién era ella, pero quería ponerla en situación de desventaja—. En Italia existen severas penas para las personas que tratan de entrar por la fuerza en las casas que no les pertenecen.

Lamour se puso colorada de indignación y sus grandes ojos oscuros lo miraron con furia.

—No entramos por la fuerza. —Le mostró la vieja llave de hierro que colgaba de una cinta—. Esta es mi casa. Perteneció a mi padre; viví aquí cuando era niña.

Lorenzo se quedó mirándola sin pestañear. Sentía como si estuviera viendo un recuerdo.

—Conocí a su padre —dijo por fin—. Se le parece. —Se dio vuelta y empezó a bajar las gradas—. Más vale que tenga cuidado. Es mejor no andar por aquí de noche. Puede ser peligroso.

Y silbándole a su perra, se fue a través del jardín hacia las escaleras y las subió con la misma facilidad que una cabra montañesa.

Capítulo 19

Lamour.

Las dos nos quedamos mirando al sujeto extraño y arrogante, mientras caminaba por el jardín como si fuera suyo.

—¿Qué crees que quiso decir? —pregunté, nerviosa.

—Me parece que quiso decir que no metas las narices en el pasado de Jon-Boy y que regreses a Chicago.

—Pero ¿por qué? ¿Quién es? Y ¿por qué pensó que estaba tratando de entrar ilegalmente en la casa?

—Bueno, en realidad, no sabía quién eras hasta que se lo dijiste.

—Y después creo que me quiso asustar. —No quería reconocerlo, pero la advertencia me había acobardado. Sentí un escalofrío. ¿Tendría que ver con la muerte de Jon-Boy?

—Bueno, fuera quien fuese —dijo Jammy, con una sonrisa—, es muy apuesto. Tal vez puedas contratarlo para que te pinte la casa. Bien que necesita una mano de pintura.

Pero no me importaba en lo más mínimo el atractivo del personaje. Seguía pensando en lo que me había dicho. Miré la cerradura trabada y suspiré.

—Ah, al diablo con todo —dije, repentinamente desalentada—. Busquemos un lugar donde almorzar.

El pueblo de Pirata quedaba apenas a diez minutos a pie. Parecía el decorado de una película, con casas altas en tonos pasteles alrededor de la *piazza* medieval, con una antigua fuente en el medio y rodeada de pórticos de piedra. Una serie de arcos estilizados enmarcaba la costa marítima como si fuera una pintura, y a través de ellos podían verse el mar azul y el pequeño puerto lleno de los tradicionales barcos de pesca rojos y verdes. En la *piazza* había una verdulería que exhibía frutas y verduras en cajones en la parte exterior, y un almacén con jamones y salames colgados de las vigas con grandes ganchos, que yo recordaba de los días de mi infancia. En el lugar también se vendían diferentes tipos de quesos y delicadezas de fabricación casera, hechas en la cocina del dueño: salsas de tomate, *pesto*, las mejores albóndigas, gnocchi de papa, y ravioli tan delgados que parecían casi transparentes. Se me hizo agua la boca de solo recordar el olor del lugar.

Vendían muchas otras cosas fascinantes, como machetes, martillos, clavos, platos hondos de *spaghetti* con dibujos decorativos, cubiertos de madera de olivo para servir ensaladas, utensilios para hacer puré de tomate y trituradores de ajo, agujas de coser, escobas, morteros y todo tipo de chucherías, así como café recién molido.

Al otro lado de la plaza, había una pequeña farmacia donde solía ir de niña a

comprar vendas, para mis frecuentes raspones y cortes, y aspirinas para los dolores de cabeza de Jon-Boy cuando bebía demasiada grappa. Junto a la farmacia estaba la peluquería de hombres con una especie de poste a rayas sobre la calle; era el lugar donde Jon-Boy iba a cortarse el cabello de vez en cuando.

En las laderas verdes de las colinas había callejuelas de casas blancas, con floridos jardines rebosantes de color, y en la punta de la caleta se alzaba una hermosa iglesia de piedra del siglo x. Abajo, quedaba el puerto, con filas de cabañas de pescadores, un precioso lugar para beber un trago durante la puesta de sol.

Respiré con alivio. Pirata había logrado escapar a la invasión turística, seguramente porque era imposible construir un gran hotel en la aldea. Además, la ruta principal se desviaba varios kilómetros tierra adentro y alejaba el tránsito de ese pequeño tramo de la costa. De modo milagroso, seguía siendo el pueblo que recordaba de mi infancia.

—Sígueme —le indiqué a Jammy, y la conduje sin vacilar a través de la pequeña y bella plaza, bajo los arcos, hacia la izquierda, a lo largo del puerto, hacia el lugar predilecto de Jon-Boy, el Caffé Bar Amalfitano. Al igual que el café de Angelo, lo habían remodelado, con un toldo azul para dar sombra a las mesas de la terraza y con sillas más cómodas que las antiguas y pesadas de madera. Pero el aroma tentador de la *pizza* recién hecha, que provenía de la cocina de mayólicas, era el mismo, y en el bar se sentía el olor familiar a cerveza servida del tonel que tanto le gustaba a Jon-Boy. Noté que las garrafas del vino de la casa eran las mismas, como también lo eran las jarras escarchadas de agua helada y los vasos verdes, gruesos y romos.

—Sin embargo, el local tenía un nuevo dueño. Era un hombre joven, de cara lozana, que nos miró con galantería al saludarnos. Nos dijo que se llamaba Aldo y colocó la garrafa de vino en la mesa; luego, con un amplio ademán, puso el lápiz sobre el bloc, levantó una ceja y esperó a que le hiciéramos el pedido.

—*Buona sera, signore* —lo saludé con una sonrisa mientras le pedía una *pizza Margherita* y una fuente de *calamari fritti*.

Aldo se fue hacia adentro y regresó rápidamente con un tazón de queso parmesano, un platito con aceitunas, otro con tomates pequeños de color anaranjado —cosechados esa mañana, según nos informó—, además de un tazón de alioli con limón y ajo para los *calamari*, y un pedazo grande de pan de campo.

Serví vino en los vasos verdes y levanté el mío para hacer un brindis:

—Salud por mi casa de Amalfi.

—¡Ay, Dios! No estarás hablando en serio. —Su rostro se contrajo por la angustia—. No puedes vivir allí. Además, no sabes cuánta refacción va a necesitar la casa. —Miró mi sonrisa y se dio cuenta de que no iba a lograr convencerme—. Bueno, al menos tendrás que olvidarte de la vaca.

—La veo en mi futuro —le respondí, probando el vino—. Ah, y no nos olvidemos de las gallinas.

Emitió una especie de gruñido. —Tienes que volver a casa, Lam— me rogó. —

Por favor— bebió un trago de vino. —Es muy bueno— agregó, sorprendida.

En ese momento regresó Aldo, trayendo una enorme *pizza* con aroma a albahaca y una gran fuente de *calamari* frescos recién sacados de la sartén.

—*Buon appetito* —dijo, con una gran sonrisa.

Al morder el primer bocado de mi porción de *pizza*, aromática y caliente, me embargó una maravillosa sensación de bienestar. Adoraba ese lugar. Adoraba ese *caffé*. Adoraba el lindo puerto y la encantadora *piazza* medieval. Adoraba mi ladera, y mi pequeña y maravillosa casa, la comida y el vino. Sin duda, la casa necesitaría refacciones, pero la idea me llenaba de alegría, como también la perspectiva de volver a diseñar el jardín con Mifune. Y esperaba ilusionada, como no me había sentido en años, la posibilidad de llevar mi propia vida y de ser autosuficiente por completo. Sabía que solo cuando lograra alcanzar esa independencia, podría volver a encontrarme como mujer. Una mujer que no necesitara la ayuda de ningún hombre traicionero.

Capítulo 20

Lamour.

Acabábamos de terminar los *calamari* y yo estaba comiendo mi tercera porción de *pizza*, cuando oímos el rugido del motor de una lancha entrando en el puerto. Nos dimos vuelta para admirar la elegante Riva plateada, mientras se deslizaba por el costado del espigón de piedra. Vimos al joven que la piloteaba y lo miramos con interés mientras saltaba con indiferencia a tierra firme, amarraba la sogá alrededor del noray y, luego, se ponía una camiseta rosada. Se pasó la mano por los cabellos castaños claros y caminó con paso lento hacia nosotras. Bueno, no exactamente hacia nosotras, pero sí hacia el Amalfitano.

—¡Dios mío! —exclamó Jammy, mirándolo de arriba abajo con los ojos bien abiertos—. En este lugar sobran los hombres atractivos. ¿De dónde salen?

Yo no lo sabía, pero tuve que reconocer que el muchacho era una aparición increíble, hermosa y magnífica. También noté el triángulo de sudor en la parte delantera de su camiseta y la sensual maraña de vello rubio en el pecho, que le sobresalía por el escote en V. Nos miró con interés y sentí una fuerte atracción, como no me había sucedido desde que conocí a Alex. Pero enseguida lo olvidé; no iba a pensar en él.

El joven nos saludó e hizo una pequeña venia, y vi que los ojos le brillaban con admiración y cierta malicia mientras nos miraba. Me di cuenta de inmediato de que era un experto donjuán. Pero, aun así, no pude resistirme a su sonrisa y se la devolví. Noté que también lo hizo Jammy.

—*Buona sera, signore* —respondimos al unísono.

—Me llamo Nico —se presentó—. Lástima que ya hayan comido, pues me hubiera gustado invitarlas a almorzar conmigo. ¿Puedo ofrecerles más vino? ¿O quizás una copa de *limoncello*? Y después podrían hablarme de ustedes.

Jammy me lanzó una mirada de soslayo que decía: «¿Qué estás esperando muchacha?». Luego, en un tono encantador y cortés, respondió:

—Bueno, sería fantástico, *signore*, aunque, por supuesto, usted tendrá que contarnos también todo sobre usted.

El joven acercó una silla, mientras le hacía señas al dueño para que viniera.

—*Ciao, Aldo* —lo saludó, estrechándole la mano. Era obvio que se conocían bien, y supuse que Nico era del lugar. Jammy y yo aceptamos un vaso de *limoncello*, que vino acompañado de un plato de galletitas almendradas. Pensé que ya no tenía sitio para un bocado más, pero mordisqueé una de las galletitas, al tiempo que miraba con atención a nuestro nuevo «amigo».

—Brindo por dos bellas mujeres, a quienes he tenido la suerte de encontrar en mi

pequeño pueblo.

Podría haber jurado que, en verdad, lo sentía, pero, aunque no fuera así, era un gesto encantador... tanto como lo era él.

—Salud por nuestro simpático nuevo amigo —respondió Jammy interviniendo a tiempo, porque yo estaba tratando de no sofocarme con mi *limoncello* que tenía el sabor fuerte del tequila puro—. Soy Jammy Mortimer y mi amiga se llama Lamour Harrington. Estamos alojadas en el hotel Santa Caterina.

Me pareció ver un destello de sorpresa en los ojos del muchacho mientras me estrechaba la mano.

—Lamour, qué bonito nombre —comentó, y como mujer tonta que soy, dejé mi mano entre la suya unos segundos más de lo que debía. Le sonreí, mirándolo a los ojos, y empecé a contarle la historia de mi bisabuela, cuyo nombre había heredado.

—Fue una mujer con una vida muy interesante —terminé, bebiendo otro sorbo, alarmada por el modo en que el trago se me subía desde la boca hasta la cabeza, como si fuera combustible nuclear.

—Entonces, su bisabuela era, sin duda, una mujer muy sabia —respondió él, sonriendo—. ¿Y cómo obtuvo Jammy su nombre? ¿Otra bisabuela?

Y, riéndose, le contó la historia.

—Ah, pero ahora me toca a mí presentarme como es debido —dijo—. Me llamo Nico Pirata.

—¡Ah! —exclamó mi amiga—. La calavera y los huesos cruzados.

Nico sonrió y mantuvo los ojos fijos en mí.

—Lamentablemente, por mi parte, solo puedo mencionar un antepasado pirata.

Bajé la vista hasta mi vaso y luego lo miré de soslayo. «Ay, Dios, estoy coqueteando con él. Jammy tiene razón; me estoy volviendo loca» —pensé—. Bebí otro trago del combustible nuclear de limón y sonreí de nuevo.

—¿Usted vive de veras en el *castello*? —le pregunté.

—Los fines de semana y también paso unas semanas en el verano. La mayor parte del tiempo me quedo en Roma. —Le hizo señas a Aldo para que trajera más bebida. Aldo llevó la botella y la puso sobre la mesa. Nico volvió a llenar nuestros pequeños vasos.

—Debe de ser muy bello, el *castello* —dije, mientras comía otra galletita.

—Es bello, aunque prefiero Roma. Pero, por supuesto, Lamour, ya conocía su nombre. Usted debe de ser la hija de Jon-Boy, ¿verdad?

—¿Lo conoció? —pregunté ansiosa—. ¿Pero no es usted demasiado joven?

Se encogió de hombros.

—Todos aquí saben quién es el *dottore*; todos le tenían aprecio. En especial... —Supe, de algún modo, que iba a decir «En especial las mujeres», pero se quedó callado.

—Vine a ver la casa de mi padre —le respondí—. Viví allí cuando era niña. No había regresado desde que murió.

Nico me palmeó la mano.

—Por supuesto. Es comprensible que lo haga.

Y enseguida nos contó la historia de la casa, de cómo fue construida en la década del veinte para la pequeña cantante de ópera de Nápoles, que era la amante del entonces jefe de la familia Pirata, que también tenía una esposa y cinco hijos, aunque la pobre mujer pasaba más tiempo en Nápoles y Roma que en el *castello*.

—Si el *castello* fuera mío, nunca lo dejaría —intervino Jammy.

Le lancé una mirada de asombro; ni siquiera lo había visto, excepto las almenas y la bandera. Decidí que era la bebida la que hablaba por ella. Quería preguntarle a Nico acerca de la tormenta y si le habían contado cómo había muerto Jon-Boy, pero me di cuenta de que no era el momento ni el lugar. Y, además, en ese instante, caminando a paso rápido, se acercaba hacia nosotros una joven muy bonita con una fea expresión de enojo. «Ajá —pensé—. Aquí viene la novia furiosa».

Se detuvo delante de la mesa, con las manos en las caderas, y nos miró iracunda, a nosotras y a la botella semivacía de *limoncello*. Me sentí como una niña culpable a la que habían descubierto con la mano metida en la lata de las galletas. No obstante, tuve que reconocer que era muy atractiva. Tenía el cabello negro trenzado y llevaba puesto un top blanco, abierto en la espalda, y pantalones cortos impecables, también blancos, que resaltaban su bronceado perfecto. De modo posesivo, puso la mano en el hombro de Nico, y él giró la cabeza y le sonrió.

—Permítanme presentarles a mi hermana Aurora —anunció—. Aurora, esta es la *signora* Mortimer y esta, la *signora* Harrington.

Sentí, casi sin verla, la mirada penetrante y conspiradora de Jammy. Sabía que me estaba diciendo: «Qué bien, es su hermano y no su amante». Supuse que ellos también se dieron cuenta de lo que Jammy quería decir, y me ruboricé.

—Hola, Aurora. Encantada de conocerte —intervino Jammy, y yo le sonreí y la saludé con un gesto, pero la única respuesta que obtuvimos fue una mirada hosca.

—Nico, papá dijo que no deberíamos hablar con ella —replicó, ladeando con brusquedad la cabeza en dirección a mí.

Mis ojos asombrados se encontraron con los de Jammy. ¿A qué se refería Aurora?

—Eso nunca me ha impedido hablar con una mujer —respondió él, sosteniendo mi mirada y sin hacerle caso a su hermana, que se alejaba furiosa con paso violento—. Les ruego que disculpen la descortesía de mi hermana, a veces se comporta como una niña malcriada.

Jammy y yo nos quedamos mirando fijo, turbadas, nuestro vaso de *limoncello* y nos negamos a beber más. Momentos después, Nico empujó su silla hacia atrás y nos habló:

—Jammy, Lamour, me siento muy contento de haberlas conocido. Tienen que permitirme que les muestre el *castello Pirata* antes de que se vayan. Las llamaré al hotel para acordar una cita.

Me quedé mirándolo. «Cita» no significaba exactamente una simple reunión.

Tomó la mano de Jammy y se inclinó, haciendo una reverencia.

Luego, tomó la mía y una especie de *frisson*, de estremecimiento, pasó entre nosotros. Claro que era mucho más joven, quizás unos diez años menor que yo, pero, de algún modo, eso no me importaba.

—Espero verte pronto, Lamour —susurró. Y luego, con un saludo informal, se dirigió a su Riva plateada, donde su hermana lo aguardaba.

Capítulo 21

Aurora.

Aurora Pirata no sabía por qué su padre les había prohibido hablar con Lamour Harrington, pero tampoco le importaba. En realidad «prohibido» era una palabra demasiado fuerte. Lorenzo les había dicho que preferiría que no le hablaran. Estaba furiosa con su hermano por el modo tan descarado en que había desobedecido a su padre. Sin embargo, lo peor era que hasta parecía que la estaban pasando muy bien, riendo y hablando como viejos amigos. Pensó, celosa, que eso era típico de Nico: se volvía íntimo amigo de cualquiera que acababa de conocer.

Era una habilidad que Aurora no tenía. A pesar de su belleza, siempre se sentía muy insegura. Su madre se había dado cuenta de sus necesidades y solía darle los gustos en todo, además de colmarla de cariño y atenciones. Cuando murió, Aurora tenía apenas tres años y cayó en una profunda depresión, tan profunda que Lorenzo empezó a temer que nunca se recuperaría. La psiquiatría y el amor constante de su padre la ayudaron a sobrellevar esos años duros y solitarios; con el tiempo, recobró la salud y volcó en Lorenzo todo el caudal de su amor por Marella.

No se trataba de ningún complejo de Electra; simplemente, su padre era la roca de la que ella dependía. Él entendía sus miedos y depresiones, conocía todas sus dudas y comprendía su timidez con los desconocidos. Aurora siempre había sido una niña necesitada de atención constante, de reafirmación continua, y su padre se aseguraba de que la tuviera.

Aurora amaba los libros y la música clásica. Quería mucho a su familia, al *castello*, a su pequeño grupo de amigos en Roma y a la universidad, donde estaba estudiando bellas artes con el fin de convertirse, algún día, en curadora de museo. Cuando se sentía bien, le gustaba invitar a sus amigos a cenar, pues se sentía segura con ellos. Hablaban de arte y política; aunque la joven era tímida, se destacaba por su inteligencia. Cuando no se sentía bien, se quedaba sola, a menudo sin salir de la cama, colmada de sensaciones de tristeza y desesperanza.

La belleza era lo menos importante para ella. Sabía que era bonita, pero no le daba mayor trascendencia al asunto. Usaba muy poco maquillaje y, aunque siempre estaba bien vestida, no se desvivía por la ropa. Tenía amigos, pero no era coqueta, y le gustaba ir al cine y a conciertos, por lo general, en grupo. Para quien no la conociera, podría parecer engreída y petulante, y de hecho lo era. Primero, su madre la había mimado hasta el cansancio, y luego su padre; solo Nico la enfrentaba.

—¿Cómo pudiste hablar con esas mujeres cuando papá dijo que no lo hicieras?

Aunque tenía el rostro rojo de ira, su hermano no le hizo caso. Todavía estaba pensando en Lamour y Jammy. Le había gustado la franca espontaneidad y

disposición de ambas para reírse y disfrutar del momento. Miró a su hermana con el rabillo del ojo y suspiró.

—Aurora, por favor, madura, ¿quieres?

No bien llegaron al *castello*, Aurora fue de inmediato a contarle a su padre lo que había pasado. Lorenzo estaba en su estudio, revisando los planos de un nuevo barco que la compañía iba a construir en el astillero francés de Caen, pero interrumpió el trabajo para escuchar a su hija.

—No te preocupes —le respondió después de oír toda la historia—. Hablaré con él.

Suspirando, la vio alejarse y deseó que hubiese sido ella la rebelde y no su hijo. Aun así, se dio cuenta claramente de que tendría que hacer algo, de inmediato, con respecto a Lamour Harrington.

Capítulo 22

Aurora.

En el Amalfitano, Jammy suspiró.

—¿Qué pasa con los hombres aquí? Todos parecen dioses y están un poquito locos. Creo que, después de todo, te irá muy bien en este lugar.

Le pedí la cuenta a Aldo, pero dijo que no nos preocupáramos, que había cargado todo a la cuenta del *signor* Nico. Tuvimos una buena *discusión* en mi torpe italiano, porque, por supuesto, no podía permitir eso. Al final, logré pagar nuestro almuerzo, pero el *limoncello* quedó en la cuenta de Nico. Jammy y yo subimos las escaleras que conducían fuera de la ensenada, entre las colinas, hacia el camino de regreso.

—¿Y? ¿Qué piensas? —preguntó Jammy.

Tal como en los viejos tiempos, cuando éramos adolescentes, sabía muy bien a qué se refería.

—Es... interesante.

—¿Y qué te pareció la hermana engreída y maleducada? ¿Y el padre controlador que no quiere que hablen contigo?

Me encogí de hombros.

—¿Quién sabe qué diablos está pasando? —respondí—. Voy a preguntarle a Mifune.

Cuando volvimos a la casa, el anciano estaba podando los cedros que crecían al lado de la terraza, con un machete de apariencia temible. Recordé que siempre había usado machetes de acero muy afilado, y aún hoy, a pesar de sus años, se movía con una precisión rítmica y una suavidad dignas de verse.

Le había contado a Jammy todo acerca de mi consejero y guía, y ahora estaba a punto de conocerlo. Mifune le hizo una profunda reverencia, mientras sus ojos translúcidos absorbían cada detalle de su persona.

—Bienvenida, buena amiga de L amour.

—Gracias.

—Venga conmigo —la invitó, y le mostró sus jardines, mientras le explicaba, con voz aguda y acentuada, el concepto de jardinería japonés. Ella lo escuchó respetuosamente y después le dio las gracias.

—Nunca he conocido a nadie como usted, Mi fuñe —le dijo, sin entender del todo qué era él o quién era—. Pero sé que es un buen hombre.

—Entonces estamos iguales, *signora* —respondió él, le hizo una reverencia y retornó a su trabajo.

—Al menos hay alguien cuerdo en este lugar —sonrió Jammy.

Capítulo 23

Lamour.

Más tarde esa noche, dejé a Jammy en el hotel con dolor de cabezada debido a la sobredosis de *limoncello*, y regresé sola a la casa con una lata de aceite para la cerradura. Para mi sorpresa, encontré a Mifune sentado con las piernas cruzadas en una piedra lisa, al lado de la cascada. Cuando me vio, se puso de pie, con una sonrisa fatigada en el rostro.

—¡Mifune, no esperaba verte aquí!

—Siempre vengo aquí a meditar al anochecer cuando refresca. Me gusta quitarme de la cabeza los excesos del día y sentirme en paz, con la mente abierta a nuevas ideas. Para mí, esa es la fuente de la creatividad, como un pozo profundo que nunca se seca.

Jamás había pensado en la creatividad de ese modo, pero tenía sentido. Al eliminar del pensamiento las aflicciones del día, era posible dejar la mente en blanco e imprimirle nuevas ideas.

—Entonces yo también lo voy a intentar —dije, mientras subíamos juntos las gradas de la casa—. Tengo el presentimiento de que voy a necesitar una gran cantidad de creatividad en cuanto empiece mi nueva vida.

No se rió de mí como esperaba; simplemente, hizo un gesto de aprobación.

—Hoy tuviste dificultades con la puerta, *carina* —afirmó.

Lo miré sorprendida.

—¿Cómo lo supiste?

—El *signore* me dijo que se había encontrado contigo aquí.

—¿El *signore*?

—Sí, *il signor* Pirata.

Me quedé mirándolo, perpleja. Eso quería decir que el hombre que tomé por pintor era, en realidad, el dueño del *castello Pirata* y el jefe de Mifune. Fue su abuelo quien lo había traído a Amalfi de niño, y hacía más de setenta años que Mifune estaba aquí.

Me contó la historia. El grande *signore* Pirata estaba de visita en el Japón y, en Kyoto, expresó su admiración por el elegante minimalismo de los jardines japoneses. Mifune era huérfano desde muy pequeño y, en ese entonces, trabajaba como aprendiz de jardinero. El gran *signore* reconoció su talento único y su espiritualidad; admiraba al muchacho e hizo los arreglos necesarios para llevárselo, con el propósito de que transformara sus escarpados jardines italianos en alguna forma de escultura japonesa. El niño había tenido intenciones de volver a su hogar, pero luego transcurrió un año, que se convirtió en dos, después en tres, y así sucesivamente. Tanto era el amor que

sentía por su trabajo que el tiempo se le pasó volando. Estaba contento con su nueva «familia», de modo que decidió quedarse.

Cuando yo era niña, Mifune solía tomarme de la mano y llevarme al *castello*, donde me mostraba orgulloso el paisaje que había creado a través de los años. Era una combinación del estilo japonés simple y casi arquitectónico, con el estilo italiano de jardines que daban la impresión de haber crecido en forma salvaje. Rebosaban de hierbas aromáticas: romero y tomillo, menta y orégano, alheña y hierba luisa, cuyo aroma perduraba al pasar a su lado. Y había sendas de cítricos, con los troncos cuidadosamente podados, pintados de blanco, y racimos de frutas brillantes entre las hojas verde oscuro. Estaba la laguna cubierta de cañas, donde carpas anaranjadas se deslizaban por las honduras verdes como retazos de lava fundida del Vesubio. Por supuesto, también estaban los calmos oasis japoneses a los que se llegaba, como por casualidad, a la vuelta del sendero de grava, al pie de las gradas de mármol o en la cresta de la colina; lugares con solo un tramo de guijarros rastrillados en forma impecable. No obstante, cada guijarro era del tamaño apropiado y había sido elegido por su color. El resultado era una obra de arte, bella por su serenidad. Dando sombra a esta delicada simplicidad, podía haber un elegante árbol de trescientos años, traído desde el Japón, o una escultura, una aleta pulida de acero, brillando bajo el sol, o un sencillo puente rústico. Siempre, el sonido del agua: el burbujeo del arrollo, el murmullo de una pequeña cascada y el suave borboteo de una fuente. El cielo existía en los jardines de Mifune, y yo había tenido la suerte de encontrarlo.

De pronto, volví a pensar en el actual *signor* Pirata. Recordé su arrogancia y su extraña advertencia.

—Mifune, no me di cuenta de que el pintor era el *signor* Pirata —confesé—. Me temo que fui muy grosera con él.

Asintió con un gesto y supuse que ya estaba al tanto de nuestra pequeña confrontación.

—Al *signore* le gusta alejarse de su mundo bullicioso; le gusta pasar el tiempo pintando su viejo barco.

Aún no había bajado a la caleta, pero, en ese momento, recordé el pequeño espigón donde los Pirata solían amarrar uno o dos de sus barcos. También recordé la elegante y veloz lancha de Nico, y supuse que estaría anclada allí ahora. «¡Qué suerte la de Nico!» —pensé con un poco de envidia, pues yo también era una aficionada al agua desde pequeña—. Fui nadadora toda mi vida, y todavía tenía los hombros anchos, la espalda musculosa y los costados angostos como legado de mis días de nadadora en el equipo de natación de la escuela secundaria de Evanston.

Me invadió la nostalgia, y en ese mismo instante decidí que me compraría una lancha pequeña. Desde la lancha podría nadar en la bahía; luego, la llevaría hasta Pirata para hacer las compras diarias; tomaría sol desnuda en la cubierta. No podía creer lo perfecta que podría llegar a ser mi nueva vida. Solo esperaba poder realizarla. Y tenía la esperanza de contar con las fuerzas suficientes.

Mifune me miró inquisitivo. Me sentí un poco perdida en su mirada diáfana, como si él pudiera leer mis pensamientos.

—Cuando abras la cerradura de esta puerta, también liberarás el pasado —murmuró—. Recuerda que hay otros pasados aquí. No solo el tuyo, también el de Jon-Boy.

—Eso es lo que quiero —respondí, ansiosa.

Hizo una reverencia y lo vi alejarse lentamente a través del jardín, con las rodillas dobladas como las de un anciano.

Me quedé sola en la casa de mi padre.

Capítulo 24

Lamour.

La puerta crujió cuando la empujé para abrirla. Los rayos oblicuos del sol poniente se filtraron en el interior por primera vez en veinte años y el olor a moho de la casa desocupada invadió mi nariz.

Me encontraba en el pequeño vestíbulo de ladrillos de terracota. A través de un arco a mi izquierda se encontraba el *salone*, la sala. Era la habitación más grande de la casa y ocupaba la mayor parte de la planta baja, con techos altos y tres ventanales que daban al patio. Un arco a la derecha del vestíbulo llevaba a la cocina de losetas blancas; recordé que allí había saboreado los mejores platos que comí en mi vida.

Entré en la sala y, de inmediato, tuve la agradable sensación de haber vuelto a casa. En realidad, había sido mi único hogar verdadero; los demás fueron alquilados, y el apartamento de Chicago fue propiedad de Alex. Pero esta casa en Amalfi nos había pertenecido a Jon-Boy y a mí.

Entonces, vi que sus papeles todavía estaban sobre la mesa de madera bajo la ventana y el sofá azul aún conservaba las impresiones donde se habían sentado algunas personas, un vaso vacío, una botella de vino abierta... Angustiada, me di cuenta de que nada había sido tocado desde la noche de la muerte de Jon-Boy.

Con el corazón en la boca, subí las escaleras y caminé por el pasillo angosto hasta el dormitorio de Jon-Boy. Abrí la puerta y, temerosa, miré alrededor. Todos sus libros estaban en los estantes, su ropa aún se encontraba colgada en el ropero a medio abrir y el reloj de viaje, enmarcado en cuero, que había comprado para celebrar la noche que partimos juntos a Roma, estaba en la mesita de luz. A su lado, había una fotografía mía de la graduación de la escuela secundaria.

La levanté y comencé a recordar mi graduación como si fuera ayer. Jon-Boy me dijo que regresaba a Italia para empezar su nueva novela y que me dejaría nuevamente con los Mortimer. Le rogué que me llevara a mí también, pero me contestó: «Lamour, ya no podemos seguir pretendiendo que somos niños irresponsables. Estás creciendo y tienes que ir a la universidad». Lo que quiso decir, en realidad, fue que yo no podía seguir pretendiendo que era irresponsable; él, por supuesto, sí podía.

Le respondí que no quería ir a la universidad, que quería acompañarlo a Amalfi, pero movió la cabeza firmemente y dijo: «Ya es hora de que sigas adelante con tu vida, preciosa». Aunque no dijo: «Y es hora de que yo siga adelante con la mía», yo sabía que eso era lo que quería decir. Quería vivir su vida separado de mí. Accedí, porque esos eran los límites y las condiciones de la vida con mi padre. Había que aceptar los momentos de soledad junto con los más emocionantes, pero, además,

pensé que hablaba en serio cuando me dijo que iba a empezar a escribir su nueva novela, y comprendí que necesitara estar solo. Por supuesto, estaba equivocada. Jon-Boy no la escribió nunca. Supongo que estaba demasiado ocupado en seguir adelante con su propia vida.

Sin embargo, en mi graduación, me hizo sentir bellísima y amada. Por primera vez me ponía un vestido en lugar de los habituales vaqueros. Era celeste, sin mangas, con falda corta y vaporosa. Me sentía diferente con ese atuendo, muy elegante y más adulta. Encima, llevaba puesta mi túnica negra de graduación, el birrete ladeado con gran estilo y la borla colgando sobre el ojo derecho.

Cuando el director pronunció mi nombre, hubo el acostumbrado murmullo de risas. Después de todo, Lamour era un nombre bastante sugestivo para una joven de diecisiete años; al menos, los muchachos lo creían así. Caminé orgullosa hacia el podio para recibir mi diploma, con la cabeza en alto y la mano en el birrete, que empezaba a deslizarse hacia un lado. Alcancé a ver a Jon-Boy por el rabillo del ojo, sentado junto la familia Mortimer, que había venido en masa. Una gran sonrisa cruzaba su rostro, y elevó el puño en el aire en señal de triunfo.

Yo estaba tan feliz que sentía que flotaba en lugar de caminar por el podio. Luego, terminó todo. Jon-Boy me pasó el brazo por los hombros.

Mirándome, dijo:

—Preciosa, eres una muchacha bellísima; nunca permitas que ningún joven inservible te diga lo contrario —sonrió mientras agregaba—: Recuerda que tu padre es un experto en la materia.

Capítulo 25

Lamour.

En cuanto terminaron las ceremonias de la graduación y las fiestas, Jon-Boy y yo salimos a cenar juntos. Me sentía triste porque él partía al día siguiente. Echaría de menos el alegre bullicio que introducía en mi vida sencilla, irradiando el aroma de lugares exóticos: el mercado en *Campo dei Fiori*, los botes de los pescadores, los pinos, el mar, el sol radiante de la costa de Amalfi, el olor ruidoso de las antiguas ruinas romanas. La verdad era que aún esperaba y rogaba que me dijera: «Olvídate de la universidad y regresa conmigo».

Elegí un restaurante italiano para nuestra cena de celebración. Nos sentamos uno frente al otro, comiendo en silencio la *pizza Margherita* que ambos sabíamos que no se comparaba con las italianas, pero disfrutándola de todos modos. Jon-Boy bebía vino y yo, un refresco; por supuesto, hablábamos de Roma. No conocía el nuevo apartamento que había alquilado allí, pero sabía que era mucho más importante que nuestro viejo hogar en el *Trastévere*.

—¿No lo extrañas? —pregunté.

—¿El antiguo barrio? Por supuesto que sí, pero algo que he aprendido en la vida, preciosura, es que hay que seguir adelante. No se puede volver atrás; no funciona. — Se dio cuenta de que me negaba a creerlo y agregó—: Bueno, quizás eso tiene que ver solo conmigo. —Apoyó los codos en la mesa, mirando, divertido, mientras yo separaba los tomates de la *pizza*, como siempre había hecho—. Sin embargo, algunas cosas nunca cambian —remató, con una sonrisa.

Levantó la vista cuando dos mujeres se acercaron a la mesa, con papel y lapiceras en la mano, para pedirle un autógrafo. Observé con timidez, mientras le decían lo maravilloso que era su libro y que se lo veía incluso más atractivo en persona que en las fotografías. Hasta ese momento no me había dado plena cuenta de que mi padre era un escritor famoso, quizá porque no llegué a compartir esa parte de su vida.

Escribió su novela después de mi partida, y su éxito se dio lejos de mí. Yo vivía en Evanston con los Mortimer; él, en Roma, y había viajado por todo el mundo para promocionar su libro. De todos modos, ya habían pasado varios años desde entonces, y ahora estaba por empezar a escribir su segunda novela.

Observé a las mujeres mientras lo halagaban, ansiosa por participar en lo que quedaba del brillo de su fama, y pude ver lo fácil que le resultaba cautivarlas. Era tan atractivo y tan atento; a cada una le hizo sentir que era la única que le importaba en ese momento. Se trataba de una técnica que nunca le había fallado con las mujeres. Les pregunto sus nombres, y luego las llamó por ellos; les firmó las hojas de papel y agregó unas líneas personales acerca «del encuentro en el restaurante de Antonio».

Después les agradeció que hubieran disfrutado de su libro y les dijo que nunca las olvidaría. Ambas se retiraron emocionadas y contentas.

—Ahora están enamoradas de ti y también de tu libro —dije, un poco celosa, lo que lo hizo reír.

—Ya casi tienes edad para enamorarte tú también —replicó.

No le conté que ya me había enamorado y también desenamorado una docena de veces. ¿Se había olvidado de que yo tenía diecisiete años? No obstante, le respondí:

—Supongo que sí. Solo que aquí no hay nadie de quien enamorarse.

Era verdad. Había agotado la lista de posibles pretendientes y ya no me quedaba ninguno. A Jammy tampoco. Ambas íbamos a ingresar pronto en la universidad, sin el estorbo de novios.

—¿Estás enamorado? —le pregunté, de pronto, recelosa. No quería que me presentara una nueva «mamá» italiana sin previo aviso.

—¿Acaso no lo estoy siempre? —respondió, tomándose la mano a través de la mesa. Pero noté cierta cautela en sus ojos y supe que me estaba ocultando algo.

—En serio, Jon-Boy.

Me miró con solemnidad, algo que muy rara vez hacía, pues siempre nos reíamos cuando estábamos juntos.

—Preciosura, ya casi eres una mujer. Dentro de poco vas a formar parte del mundo de los adultos y con ello se adquieren múltiples responsabilidades. Es hora de seguir adelante, *carina*. Tu vida será nueva y emocionante: la universidad, tomar decisiones respecto del futuro...

Se me fue el alma al piso. Después de todo, parecía que no iba a pedirme que me fuera con él.

—Y la tuya será una nueva novela y una nueva mujer —repliqué, todavía lastimada por haber sido excluida de su vida.

—Podrás venir a Amalfi en las vacaciones. La casa ya es nuestra, puedes ayudarme a arreglarla. Sigue estando tal como la dejaste.

—Hace tantos años ya —dije, recordándola con nitidez, como siempre.

Me miró durante un rato largo y luego afirmó:

—Sabes, no has cambiado nada. Los mismos ojos pardos, tratando de descubrir mis secretos. Aún tienes el mismo cabello ondulado y rebelde, aún eres la misma niña pequeña que siempre fuiste. Mi niña —agregó, estrechándome la mano con fuerza.

Estaba tan emocionada que no podía hablar, pero, en ese instante, llegaron los *spaghetti* y el momento pasó. Terminamos de comer y nos pusimos a conversar sobre la escuela y la universidad, mis amigos, los restaurantes romanos; de todo un poco, menos de que al día siguiente iba a dejarme.

Luego, caminamos juntos hacia la casa, tomados de la cintura; para entonces, yo ya era casi tan alta como Jon-Boy. Entró a despedirse de los Mortimer y a agradecerles una vez más por hacerse cargo de mí y cuidarme. Luego, lo acompañé hasta el automóvil alquilado. Me apoyó las manos sobre los hombros y me miró fijo a

los ojos.

—Jamás olvides que soy tu padre y que te quiero mucho —dijo. Me dio un beso y partió hacia una nueva vida que ya no me incluía.

Nunca más volví a verlo.

Capítulo 26

Me sequé las lágrimas con la manga. Jon-Boy no estuvo cuando me gradué en la universidad. Ni siquiera conoció a mi marido. Me pregunté qué habría dicho si lo hubiera conocido. ¿Me hubiera prevenido contra Alex? Después de todo, ¿quién sabía más sobre esas cosas?

Volví a poner la fotografía en la mesa, entre el polvo acumulado durante todos esos años. Sollozando, sentí el leve olor masculino que conservaba la habitación. Abrí el armario y reconocí la ropa de Jon-Boy: un traje elegante, un saco de cachemira. Ropa romana, porque la mayor parte del tiempo solo usaba pantalones cortos o vaqueros en Amalfi. Para mi asombro, al lado de esos vi un hermoso vestido rojo, de noche, de gasa de seda. Siempre hubo mujeres en la vida de Jon-Boy, por supuesto. ¿Habría vivido esa mujer con él? ¿Estaba él enamorado de ella? ¿Estuvo ella aquí la noche en que murió Jon-Boy? ¿Y dónde se encontraba ahora?

No podía respirar. Corrí hacia la ventana y la abrí; dejé que entrara el aire suave del atardecer por primera vez en todos esos años. Minutos después, me recuperé y fui por el pasillo hasta mi habitación.

Tuve miedo de verla y de que no fuera como la recordaba. Por fortuna, sí lo era. Una habitación sencilla, pintada de blanco, con postigos descoloridos azul verdosos, una cama angosta con cabecera de hierro, un viejo armario de madera y una silla desvencijada debajo de la ventana. Había una mesa con una lámpara con pantalla verde y la cama estaba hecha con un cobertor estirado cuidadosamente. Nunca se había visto tan bien mi cuarto cuando yo lo ocupaba; en ese entonces, era un revoltijo de sábanas, un reguero de ropa y pilas de libros, con sándwiches olvidados en medio del desorden.

Solía esperar a Jon-Boy en la silla grande, al lado de la ventana, leyendo bajo la lámpara hasta que me ardían los ojos de cansancio. De solo pensarlo, empezaron a dolerme de nuevo. Entonces, se me apareció otra vez el recuerdo que me negaba a aceptar, el de esperar a Jon-Boy.

Sentí el viejo temor de que no viniera por mí; ahora, recordaba que eso era lo que sentía en realidad. Había reprimido el recuerdo durante toda mi vida. Siempre me dije a mí misma que vendría por mí. Al final no lo hizo.

Con un suspiro me acerqué a mi armario. Encontré en el suelo mi viejo traje de baño rojo. Lo levanté y le vi los agujeros. Lo había usado hasta que prácticamente se me fue cayendo a pedazos del cuerpo. Pasé los momentos más felices de mi vida en esa prenda.

Me dirigí al baño, que quedaba al lado. Aún había un pedazo de jabón en la jabonera y un frasco de champú. Del palo de la ducha, colgaban algunas toallas. Era como si Jon-Boy y su amiga del vestido rojo fueran a entrar en cualquier momento.

Bajé rápido a la cocina. Esa era la habitación que más me gustaba aunque las losetas blancas necesitaban una buena limpieza, la vieja cocina de propano se veía muy sucia y las provisiones polvorientas de la casa de un soltero todavía estaban intactas en los estantes de la despensa. Me acerqué a la mesa de pino en el centro de la habitación de la casa que fue para mí el centro del mundo, y las lágrimas, súbitamente, me corrieron por las mejillas.

—Ay, Jon-Boy —gemí en el cuarto vacío—, ¿qué fue lo que te pasó?

—¿Lamour? —La voz me trajo de vuelta a la realidad.

Levanté la vista, sobresaltada. Nico Pirata estaba en la puerta. Miré hacia otro lado, pues no quería que me viera llorar.

—Estaba en la caleta. Dejé mi lancha en el espigón y pensé que estarías aquí. Solo vine a saludar.

—Vete —le respondí, dándole la espalda.

—Lo siento, Lamour —respondió en voz baja—. Comprendo cómo te sientes y lo lamento.

Me tomó de los hombros y luego me volvió hacia él. Me abrazó. Percibí el olor de su transpiración salada y oí los latidos de su corazón. Era un consuelo sentirme abrazada así, y Nico era tan atractivo, tan lleno de vitalidad...

—Comprendo —me susurró, mientras me acariciaba el cabello—. Comprendo, *carina*. Todo va a estar bien.

Había olvidado lo fácil que era caer en los brazos de un hombre, volverse otra vez una pequeña mujer vulnerable. Demasiado fácil, me previne. Además, Nico llevaba el apellido Pirata; no sabía si podía confiar en él. Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. Juntando toda la dignidad de la que era capaz con los ojos hinchados y la nariz colorada, dije:

—Ya me siento mejor. Me impresionó encontrarme con todo esto aquí, tal como lo dejaron.

—La casa ha estado cerrada desde la muerte de tu padre. Nadie vino aquí nunca. —Dio un paso hacia atrás, con las manos cruzadas sobre el pecho, observándome. Durante un instante, me sentí tentada de hundirme en sus brazos otra vez y llorar apoyada en su hombro.

—Bueno, muchas gracias por venir. —Nico comprendió y caminó hacia la salida. La luz del sol poniente perfiló su silueta.

—¿Puedo verte otra vez, Lamour? —preguntó.

—Si tu papá te deja —respondí. Y esta vez logré esbozar una sonrisa. Se despidió con la mano, mientras se alejaba.

Después de un rato, yo también me fui. No me molesté en cerrar la puerta. Nunca había estado cerrada mientras viví allí y no iba a empezar a hacerlo ahora. Me detuve en la terraza, para dejar que mi pequeña y maravillosa casa me envolviera con su encanto. Luego, regresé despacio al hotel, a contarle a Jammy todo lo ocurrido.

Capítulo 27

Lamour.

Pasaron varios días sin que Nico se apareciera. Jammy se había quedado más de una semana y partía al día siguiente. Sin embargo, en ese momento estaba pintando de color crema el techo del *salone*, subida a una escalera.

—Me siento como Miguel Ángel —gritó desde arriba—. Tengo el mismo calambre en el cuello.

—¿Cómo sabes que tenía un calambre en el cuello? —pregunté—. Además, ¿acaso no pintaba echado de espaldas sobre un andamio o algo así?

Por mi parte, estaba ocupada pintando de color azul marino los postigos. Le habíamos pasado una mano de pintura amarilla, del tono del amanecer cuando sale el sol, y ya la casa empezaba a parecer mía.

—Entonces, ¿cómo hacía para evitar que la pintura le cayera en los ojos, echado de espaldas de ese modo?

—Bueno, Jam, ¿qué te parece si tomamos un descanso? —Reí.

—No quise ser la primera en proponerlo —confesó, bajando de la escalera con cierta torpeza—. Nunca volveré a quejarme de lo que cuesta contratar a pintores para mi casa; se merecen cada centavo que ganan.

Nos sentamos en las gradas del frente. Aprovechamos para estirar la espalda y respirar un aire fresco que no oliera a pintura. Habíamos estado pintando desde la mañana muy temprano y ya eran las cuatro de la tarde. Por mí, hubiera parado en ese momento, pero Jammy estaba decidida a terminar de pintar el techo antes de volver a Chicago.

—No me gusta la idea de regresar sin ti —suspiró.

—Aquí estaré —respondí serena—, al otro lado del teléfono.

—Lam, ¿estás absolutamente segura de que quieres hacer esto? ¿Por qué no la tomas como una casa de vacaciones? Podemos venir todos en el verano; incluso a mi hija le va a encantar. Lo digo en serio; imagínate lo bien que lo pasaríamos juntas, comiendo *pizza*, nadando en el mar y peleándonos con el Pirata de Pirata. También conocido como el pintor de Pirata —se río, contenta con su nuevo apodo para Lorenzo.

Nos reímos juntas y le propuse una cena de despedida en el Amalfitano esa noche. Me pasó el brazo por los hombros y me miró a los ojos, inquieta:

—En serio, Lam, ¿estás segura?

Hice un gesto de asentimiento, aunque, de pronto, sentí un vacío en la boca del estómago. Todo iba bien mientras Jammy estuviera conmigo para hacerme compañía; contaba con alguien con quien reírme de los contratiempos con los Pirata y con quien

compartir el trabajo que había que hacer. Cuando se fuera, sería muy distinto. Estaría sola en un país extranjero. Ya no tendría a alguien que me consolara cuando las cosas salieran mal, a una amiga a mi lado que se ocupara de mí. Pensé con firmeza en mi nuevo voto de independencia. Y me dije: «¿Dónde está tu valentía, muchacha? No te acobardes. Elegiste este camino y ahora debes seguirlo. Sola».

Vimos a Mifune que se dirigía a su piedra de meditación, y Jammy corrió a saludarlo.

—Mifune, usted conoce a Lamour desde que era una niña. Sé que la quiere. ¿Puedo confiar en usted para que la cuide cuando me haya ido?

—Puede confiar en mí, *signora* Haigh —respondió con una reverencia.

Jammy se la retribuyó, le agradeció, segura de que mientras él estuviera, aquí nada malo me ocurriría.

Más tarde, después de tomar una ducha refrescante, con el cabello todavía húmedo y vestidas con cómodos pantalones Capri de algodón blanco y camisetas, descansamos satisfechas en las sillas del Amalfitano, bebiendo vino blanco y comiendo una ensalada.

—Lamento mucho tener que irme —suspiró Jammy—. Voy a echar de menos todo esto.

—Vuelve cuando quieras —dije, esperanzada, aunque, por supuesto, sabía que ella tenía que llevar su propia vida.

—Voy a traer a mi hija; este sitio le va a encantar.

Nos quedamos en silencio, sin saber qué decirnos, y por primera vez sentí que se abría una brecha entre nosotras.

—Jam, te prometo que si no funciona, si se vuelve demasiado difícil...

Se le iluminó el rostro.

—¿Sí?

—Entonces, como el chanchito al que se le voló la casa, volveré a tratar una y otra vez —declaré con una sonrisa, y empezamos a reírnos juntas de nuevo. Amigas para siempre.

En ese momento, divisé a Lorenzo Pirata, antes de que él me viera. Estaba con un grupo de gente que incluía a su hija, pero no a su hijo. Aldo y los camareros se apresuraron a juntar tres mesas para formar una más larga, sobre la que colocaron manteles individuales de papel con el mapa de Pirata y la bandera de Italia delante de cada comensal, juegos de cubiertos y un par de vasos con servilletas. Todo era muy sencillo en el Amalfitano, pero se trataba de un grupo distinguido, informal de un modo muy diferente del nuestro. Las mujeres, muy bien peinadas, llevaban elegantes atuendos de lino blanco y brazaletes de oro; los hombres vestían camisas finas de polo, pantalones cortos y mocasines caros.

—Hay moros en la costa —susurré.

Jammy echó una mirada rápida por encima del hombro. Luego, me miró. Arqueó las cejas y comentó, encogiéndose de hombros:

—Está en su territorio, digamos.

Vi que Aldo se acercaba apurado a tomar sus pedidos, mientras los camareros traían botellas de vino. Aunque mantuve la mirada alejada de ellos y concentrada en mi copa, tenía la incómoda sensación de que varios ojos se posaban en mí. Bebí otro trago de vino, tratando de no oír su conversación.

—*Signora* Harrington, *signora* Haigh, *buona sera*.

Lorenzo Pirata estaba a mi lado. Levanté la vista hacia él, consciente de que Jammy, sentada frente a mí, contenía la respiración a la espera de lo que podía suceder.

—Buenas noches, *signor* Pirata —respondí con frialdad.

—Espero que Aldo las esté tratando bien —sonrió—. Les recomiendo las berenjenas; son la especialidad de su esposa.

No sabía que Aldo tuviese esposa, y mucho menos que ella cocinara.

—Entonces, no dejaré de probarlas —le respondí, devolviéndole la sonrisa y pensando en lo atractivo que era mi enemigo. Porque de una cosa estaba segura: era mi enemigo, sin duda alguna.

—Les deseo a ambas que pasen una agradable velada —dijo y volvió a su mesa.

A pesar de que podía sentir los ojos de Aurora Pirata clavados en mí, llenos de ira, no le hice caso. Las berenjenas recomendadas por Lorenzo eran deliciosas, rellenas con la maravillosa *mozzarella* de la casa y con más calorías de lo que había comido en años, excepto, claro está, por la *pizza*, los *calamari* y el pan. Suspiré.

—No te preocupes; no te vendrían mal unos cuantos kilos más —comentó Jammy, mientras pedía otra garrafa de vino.

Era cierto. Mi extrema delgadez no era digna rival de la elegancia de las mujeres en la mesa de Lorenzo.

—¿Cómo una niña tan bonita se convirtió en la mujer que soy ahora? —me pregunté en voz alta, mientras comía otro bocado de berenjena y volvía a quemarme la lengua.

—Descuido. —Levantando la vista de un gran plato de pescado frito que devoraba sin pausa, me lanzó una mirada crítica—: En realidad, te ves mejor que en muchos años. El corte de cabello es genial y tienes las mejillas sonrosadas. Y te juro que hasta tienes algunas curvas aquí y allá.

Le sonreí.

—Son las pastas, y espero que ese «aquí y allá» sea en los lugares apropiados.

—Sí, son curvas pequeñas, pero perfectas —respondió y nos reímos juntas. Todo iba a salir muy bien; lo sabía.

Poco después, nos despedimos con un gesto de los Pirata y nos encaminamos, tomadas del brazo, hacia las escaleras y la playa de estacionamiento. Nos detuvimos para mirar el pueblo, iluminado con faroles de luz amarilla y la mezcla de lamparitas de colores en la parte de afuera del Amalfitano.

—Parece una postal en vivo —comentó Jammy, señalando el campanario

iluminado de la vieja iglesia y los arcos que conducían al puerto.

A la mañana siguiente, nos levantamos temprano. Colocamos las maletas de mi amiga en el auto y nos dirigimos al aeropuerto Capodichino de Nápoles. Ella se presentó en el mostrador de la aerolínea, y después de consignar su equipaje, fuimos a tomar un café acompañado de *sfogliatelle*, los pasteles azucarados rellenos de crema que son la especialidad de Nápoles. Hablé de la casa y dije que llamaría a un arquitecto y a un ingeniero para asegurarme de la solidez de las estructuras, antes de iniciar las refacciones, aunque mi intención era empezar a trabajar en los jardines de inmediato.

—Con la ayuda de Mifune —añadí—, porque nadie sabe mejor que él qué es lo que hay debajo de todas esas malas hierbas y maleza.

Poco rato después, Jammy y yo nos abrazamos y nos despedimos. Caminó rápido, como suele hacerlo, hacia el túnel que conduce al avión; hizo una pausa solo una vez para mirar hacia atrás y decirme adiós con la mano. Aunque sonreía, capté la mirada de preocupación en sus ojos. Había elegido una nueva vida, ahora tenía que seguir adelante pasara lo que pasase.

Capítulo 28

Lamour.

En mi opinión, la casa no necesitaba grandes obras. El acantilado, en cambio, estaba en malas condiciones. Mifune y yo descubrimos zonas de erosión en lugares donde se habían retirado los arbustos y la maleza. No creí que fuera un problema, en especial porque pensaba volver a plantarlos más adelante; pero, para asegurarme de que no hubiera complicaciones mayores ni en la casa ni en el acantilado, contraté a un arquitecto de Sorrento.

El hombre bajó saltando los escalones; era rechoncho, tenía labios apretados, bigote angosto y fino, y anteojos grandes de montura negra que le daban un aire de importancia. Vestía un traje negro estrecho, una corbata plateada y un sombrero panamá. Detrás de él, venían dos jóvenes asistentes con expresión preocupada; cargaban el portafolio del arquitecto y un paraguas, además de varios instrumentos de topografía.

Il architetto me lanzó un «*Buon giorno*» y, con un movimiento de su pálida mano, mandó a sus empleados a inspeccionar el terreno, para asegurarse, según me dijo, «de que no estuviera a punto de derrumbarse hacia el mar». Entonces, con la actitud de alguien que habla con un simple asistente, me preguntó, pomposamente, dónde estaba *il signore*.

—¿*Il signore*? —Lo miré, intrigada, y él me devolvió la mirada, impaciente.

—Sí, *il signore*, el dueño de la casa. La persona con quien debo hablar.

—La dueña soy yo.

Se puso rígido y se dio vuelta para mirarme, con detenimiento, por primera vez.

—¿*Signora*?

—Soy la *signora* Harrington. Fui yo quien lo contrató para que viniera a inspeccionar mi propiedad, *dottore*. —Incluí el título y una sonrisa con la esperanza de suavizarlo. Después de todo, no quería quedar mal ante el concejo del pueblo con un informe negativo de mi propiedad, como tampoco quería gastar una fortuna en resolver problemas que, probablemente, ni siquiera existían. Estaba empezando a arrepentirme de haber pedido la inspección. *Il architetto*, de más o menos un metro sesenta de estatura, se irguió cuán alto era, frunció los labios y me miró lentamente, a través de sus gruesos anteojos.

—Perdona, *signora*, pero tenía entendido que venía a inspeccionar la propiedad para *il signor* Pirata.

Negué con la cabeza, y pareció muy irritado de tener a mi humilde persona de cliente, en lugar de codearse con el gran *signore*.

—Bueno, *dottore* —dije con firmeza—, puesto que ya establecimos que seré yo

quien pague sus honorarios, quizá podríamos empezar por inspeccionar la casa. —Lo llevé enseguida hasta allí y le mostré todas las habitaciones—. Lo único que necesito saber es si la edificación está en buenas condiciones. No se ha tocado nada desde que fue construida en los años veinte.

Se quedó mirando el bonito *salone* desde el vestíbulo y luego se dirigió a la cocina. Frunció la nariz, despectivo.

—Esta casa es muy pequeña, *signora*. Se supone que es un chalet para alojar a los invitados, ¿verdad?

—No —respondí seria—. Es mi hogar, y estoy muy ansiosa por asegurarme de que todo esté en orden antes de empezar con las refacciones.

—Mmmh... —Se quedó pensando unos segundos, luego salió y llamó a sus asistentes, a quienes les dio una larga reprimenda (o, al menos, eso me pareció a mí). Pensé que los estaba riñendo por no haberle dicho que no se iba a encontrar con el gran *signore* y preguntándoles por qué lo habían traído desde Sorrento para tratar con una mujer que pretendía vivir en un lugar más apropiado para sirvientes. Finalmente, se dirigió a mí:

—Mis empleados llevarán a cabo la inspección de su propiedad. Le haremos llegar un informe a su debido tiempo.

Me sentí desconsolada. «A su debido tiempo» podía significar cualquier fecha entre esa semana y el año siguiente.

—Y bien, *signora*, le deseo un buen día. —Con una mirada a su reloj, sin duda para hacerme saber con exactitud cuánto de su valioso tiempo le había hecho perder, abrió su sombrilla y subió por la *scalatinella*. Lo vi alejarse, gordito, pálido y sudoroso.

Suspirando, entré en la cocina. Saqué un par de cervezas Peroni, no muy frías, de la vieja refrigeradora, demasiado pequeña y con escasa potencia para enfriarlas más. Después, salí a la terraza y llamé a los «muchachos». Les mostré las botellas en caso de que no entendieran mi torpe italiano. Primero me miraron a mí y luego la *scalatinella*. El jefe había desaparecido, me sonrieron y aceptaron la cerveza, mientras se limpiaban el sudor de la frente con alivio.

Eran jóvenes, de piel aceitunada, ojerosos, quizá por el exceso de trabajo, pero se reanimaron bastante con la cerveza.

—Su casa es muy bella —opinó el de cabello lacio, con una sonrisa tímida.

—*Grazie, signore*. A mí también me parece bella —respondí complacida.

Oí pasos y me di vuelta. Vi a Nico bajando las escaleras; tenía puesto el traje de baño y supuse que se dirigía a su lancha.

—¡Carina! —me gritó, con la cálida sonrisa que siempre provocaba en mí otra sonrisa similar—. Acabo de cruzarme con un extraño en el camino. Parecía vestido para un gran almuerzo... de 1927. ¿Qué está pasando?

Me reí; había descrito al *architetto* a la perfección. Le expliqué quién era, le ofrecí una cerveza y le dije que tenía que seguir con mi trabajo.

—Mejor ¿por qué no vienes conmigo a la lancha? Es un día tan bonito... Podríamos almorzar en Capri.

No había ido a Capri desde la época de Jon-Boy.

—Es que tengo que vigilar a los muchachos. —Hice un gesto hacia los inspectores, que estaban llevando sus instrumentos a través del jardín para medir el borde del acantilado—. Además, pensaba pintar mi dormitorio.

—Vamos, Lamour, ya tendrás tiempo para trabajar. No vale la pena desperdiciar un día tan bonito como hoy.

Pensé, culposa, en las latas de pintura color damasco y los nuevos rodillos que me esperaban en el piso de arriba.

—Bueno, pero ¿qué hago con ellos?

—No te preocupes; yo me haré cargo.

Lo oí decir: «*Ciao, amici*» mientras se les acercaba, y supe que de algún modo iba a convencerlos de que hicieran lo que él quería. Pensé que debía de ser muy agradable tener ese tipo de confianza en sí mismo y saber que todos iban a quererte y hacer lo que les pidieras. «Amor»: esa palabra vino a mi mente en ese momento. Decidí no pensar en el amor y corrí al piso de arriba a ponerme ropa más apropiada para el paseo en lancha y el almuerzo en Capri. Al final, me decidí por unos pantalones cortos blancos y un top verde, y me sujeté firmemente el cabello hacia atrás. Por si acaso, guardé un bikini en mi bolso de paja, junto con un sombrero también de paja, protector solar y brillo para los labios. Estuve lista en menos de cinco minutos.

Cuando bajé, Nico estaba haraganeando en el patio. No había rastros de los «muchachos». Me sonrió.

—Fueron al Amalfitano a almorzar —me informó—. Les dije que lo cargaran a mi cuenta.

Moví la cabeza, llena de dudas. Conocía muy bien esos largos almuerzos en el Amalfitano.

—Entonces, ¿cuándo van a hacer el trabajo?

—Me prometieron que volverían mañana. Más tarde lo arreglaré con su jefe. Sé quién es; es el tipo de persona que se mostrará encantada de recibir un llamado de la familia Pirata.

Me reí; sin duda había acertado.

—Así que ahora estás libre —dijo, tomándome de la mano y conduciéndome hacia el ascensor.

Nos ubicamos uno muy cerca del otro en la angosta casilla de madera, observando el paisaje a través de la puerta de vidrio a medida que descendíamos. Evité su mirada.

—No he vuelto a Capri desde que tenía ocho años —comenté, tratando de llenar el incómodo silencio. Iba a decir, «y eso fue hace treinta años», pero decidí callarme, consciente, de pronto, de que había una enorme diferencia entre veintiocho y treinta y

ocho años.

—Ya llegamos —sonrió, mientras se abrían las puertas del ascensor. Me tomó de la mano y corrimos hacia el espigón de piedra y la Riva.

Me ayudó a subir, luego desamarró la soga y saltó dentro de la lancha. La embarcación se bamboleó bajo su peso, y casi enseguida se oyó el rugido del motor. Nos deslizamos con suavidad fuera del pequeño puerto. Entonces, empezamos a surcar el agua con el viento en el rostro, empapados por el fresco rocío del mar, a lo largo de la bellísima costa, pasando delante de aldeas ocultas, a las que solo se podía llegar por el mar, y al lado de pequeños hoteles al borde de los acantilados, grutas verdes y ensenadas de color turquesa.

¡Todo era tan maravilloso y vivificante! Empecé a reírme por el simple placer del momento. El viento sofocó mi risa y me arrebató la horquilla que llevaba en el cabello, de modo que se arremolinó en una nube alrededor de mi cabeza.

—Igual a Medusa —gritó Nico, y reí de nuevo. La felicidad, después de todo, era disfrutar el momento.

Capítulo 29

Media hora después, apareció la isla en el horizonte, con sus abruptos acantilados de calizas, blancos contra el cielo azul y coronados con una aureola esponjosa de follaje.

—¡Maravilloso! —grité.

—Espera —comentó, tomándome la mano y llevándosela a los labios.

Sentí que me sonrojaba y me di vuelta. Ningún hombre me había besado, ni siquiera la mano, en mucho mucho tiempo. Aprecié en verdad aquel momento, sintiendo una pequeña burbuja de la felicidad crecer dentro de mí.

—Mira ahora, *carina*. —Aminoró la velocidad de la lancha y yo me volví para ver la famosa *Grotta Azzurra*, la Gruta Azul. Las aguas quietas eran de un profundo púrpura oscuro, con tonalidades de aguamarina. Parecía imposible que el mar fuese de ese color, pero Nico me explicó la razón—: La leyenda cuenta que hace muchos siglos un barco pasó por aquí con un cargamento de tintura púrpura de Tiro. Era un color especial, que solo los emperadores romanos podían usar. El barco zozobró y se hundió en la gruta, tiñendo las aguas con este magnífico color.

Sumergí mis dedos en el agua, mientras admiraba las paredes iridiscentes de la gruta, que reflejaban todos los colores del mar como un ópalo gigantesco. Como paisajista que era, la espléndida belleza natural siempre me producía un sentimiento de admiración; era un tipo de belleza que solo Dios y el tiempo podían lograr. En ese instante, Nico volvió a acelerar la lancha y partimos de nuevo.

Amarró al lado de otra elegante embarcación en la Marina Grande: luego, me tomó de la mano y subimos al funicular junto con otros turistas hasta la *piazzetta*, la bulliciosa plaza principal. Yo había olvidado lo bello que era el pequeño pueblo pintado de blanco, con calles de adoquines, *piazze* en miniatura y las angostas escaleras entre los edificios. Las arcadas parecían vencerse bajo el peso de buganvillas rosadas y violetas, y senderos sinuosos conducían a grandes villas moriscas ocultas detrás de altas paredes blancas guarnecidas con laureles.

Paseamos por todas partes de la mano, mirando vidrieras que ofrecían innumerables tentaciones: sandalias hechas a mano, joyas, bikinis, vestidos de alta costura, carteras, chales y ropa blanca de ensueño. Me quedé un buen rato delante de la joyería de Alberto y Lina, admirando una delicada pulsera de coral.

—¿Por qué no la llevas, *carina*? —preguntó Nico, como si las chucherías caras fueran cosas que me compraba todos los días sin pensarlo dos veces.

Dudé. Los corales parecían brotar del oro: la pulsera era preciosa en su sencillez.

—Quizá más tarde —respondí, aparentando ligereza, mientras me alejaba de la tentación. Tenía cosas más importantes en las cuales gastar el dinero en esos días.

Nico aún me tenía tomada de la mano. ¡Parecía tan espontáneo! De todos modos,

me encantaba, me hacía sentir que pertenecía al lugar.

Fuimos a un bonito restaurante al aire libre, al lado de la *piazzetta*, llamado *La Capannina*, donde el dueño lo saludó con entusiasmo y lo guió hasta una mesa («la de siempre, Nico») en la veranda. En lugar de sentarse enfrente, se ubicó a mi lado. Me tomó la mano otra vez, y lo miré inquisitiva. Se ríó y me besó la mano:

—Diviértete, *carina* —susurró, mirándome con ojos cálidos.

Admiramos a los otros comensales, muy elegantes, y tan bellos y llamativos como una bandada de periquitos parlanchines. Nico pidió esos cócteles de champán con duraznos frescos llamados *bellini*. Empezamos a beberlos y, sin mirar el menú, me dijo con precisión qué debíamos almorzar. Era fácil dejarse seducir y desempeñar el papel de mujercita delicada junto a él, permitiéndole tomar las pequeñas decisiones: dónde ir hoy, qué pedir, qué beber, qué comprar. Me sentía como una mujer mimada, así que cuando Nico empezó a reírse, le pregunté, intrigada, por qué lo hacía.

—Porque hoy eres una mujer diferente —me explicó—. Ya no tienes esa actitud antipática de «aléjate, que me molestas». Estoy empezando a creer que te estás divirtiendo de verdad.

Cuando llegó nuestra *insalata caprese*, me soltó la mano. La ensalada de tomate y *mozzarella* con ramitos de albahaca fresca fue inventada en Capri y por eso lleva ese nombre; aunque debo de haberla comido cientos de veces, nunca me había parecido tan sabrosa como esa vez. En primer lugar, el queso era *burratta*, una versión más cremosa de la *mozzarella*, los tomates provenían del huerto de alguno de los habitantes de la isla, cosechados esa misma mañana, y la albahaca parecía cortada del mismo huerto. Aliñada con aceite de oliva regional y limón, y sazónada con pimienta negra, sabía de maravillas. No necesitaba comer nada más, sobre todo porque nos habíamos tomado de la mano otra vez, lo que me gustó mucho, y estábamos bebiendo un suave vino rosé helado.

Nos sonreíamos, conversando de todo y nada en particular: de los otros comensales, del color del cielo o comentando si debía comprarme la pulsera de Alberto y Lina que tanto me había gustado. Luego, empecé a hablarle de mi vida en Chicago y de mi trabajo. Asumió una expresión solemne cuando le conté sobre la muerte de Alex, aunque tuve la precaución de no mencionarle que mi esposo había estado a punto de dejarme por otra mujer.

—Pobrecita Lamour —se condolió, acariciándome la mano con suavidad—. Debe de haber sido muy duro para ti. Te mereces unas vacaciones como estas.

Entonces llegaron los *linguine con lo scorfano*, con aspecto muy apetitoso, aunque el pescado lleno de espinas que los adornaba resultara en poco intimidante. En ese momento, recordé la noche lluviosa y fría de invierno en que Jammy y yo fuimos a cenar a la *trattoria* en Chicago, y bebimos Chianti y soñamos con el viaje a Italia. Y ahora, aquí estaba, con un hombre encantador y atractivo, cuyos ojos no dejaban de mirarme y cuyo único deseo en la vida parecía ser querer complacerme.

Me sentía radiante de felicidad.

—¡Nico, caro, estás aquí!

Una muchacha se acercó a nuestra mesa, delgada como una modelo, vestida con una minifalda que dejaba a la vista su ombligo adornado con una piedra preciosa, y sus exquisitos y bronceados muslos. Se echó el cabello rubio hacia atrás, con una mirada de impaciencia, mientras Nico se ponía de pie y le colocaba una mano en el hombro.

—Cara, no esperaba verte aquí. Creí que estabas en Roma.

—¿Cómo podía quedarme allá sin ti?

Nico me miró, y con un «*scusi*» dicho en voz baja, se la llevó aparte. Apoyé el tenedor al lado del plato. De pronto, el brillo del día empezaba a opacarse. La muchacha no solo era bellísima; además, parecía tener no más de diecinueve años y resultaba obvio que era más que una amiga de Nico. Me sentí tonta, me serví más vino y empecé a beberlo, con la mirada fija en el plato.

En ese momento, ambos estaban en la *piazza* y Nico la abrazaba. Estaban tan juntos que se tocaban los muslos. Nico le tomó el rostro con las manos y acercó sus labios a los de ella. Durante un instante, se quedaron inmóviles y luego la besó, con un largo beso.

Al rato, la muchacha dio un paso atrás; pude ver que sonreía. Nico le dijo algo y ella se alejó; a mitad de camino se dio vuelta y se despidió con la mano. Él esperó hasta que ella se perdió de vista, antes de regresar a la mesa.

—Lo siento, cara —dijo, como si nada hubiera pasado—, pero es una vieja amiga de Roma.

—Bueno, no tan vieja —le respondí, con más brusquedad de la que hubiese querido—. Es apenas una adolescente.

Me miró sorprendido y luego soltó una carcajada.

—Vamos, Lamour, terminemos nuestro delicioso almuerzo —remató, sirviendo lo que quedaba del vino y haciéndole una seña al camarero para que trajera otra botella.

No obstante, ahora todo era diferente, y él lo sabía. Atravesamos la *piazzetta* sin tomarnos de la mano esta vez. De tanto en tanto sentía que me miraba. No dijo nada hasta que pasamos delante de la joyería de Alberto y Lina.

—Espera —comentó entonces, zalamero—. ¿Qué hay de la pulsera? Negué con la cabeza.

—Ya no la quiero —contesté con el tono de la niña mimada que deseaba ser. Quería volver a ser esa pequeña de ocho años, junto a Jon-Boy, feliz y despreocupada.

En la lancha de regreso a Pirata, ya no hubo ningún alegre intercambio de comentarios entre nosotros, tan solo el rugido de los motores y del viento. Pensé en lo tonta que había sido al imaginarme, aunque fuera por un segundo, que un joven como Nico podía interesarse en mí como mujer. De regreso en el espigón, amarró la lancha y, de inmediato, me ayudó a bajar.

—Pasé un día maravilloso. Gracias —le dije, cortésmente, dándole la mano.

—Fue un placer, *carina*. Y lo digo muy en serio —respondió, mirándome a los ojos.

Agarré mi bolso de paja y me alejé rápidamente.

—Gracias otra vez. No es necesario que me acompañes. Estaré bien. —Entonces, de pronto, recordé lo que quería preguntarle. Me di vuelta al llegar a la escalera—: ¿Qué sabes de la muerte de Jon-Boy, Nico?

—Nada. No sé nada. Tienes que preguntarle a mi padre sobre eso.

Sin mirar atrás, seguí mi camino. No le creí ni por un segundo. Pero ¿por qué me decía que le preguntara a su padre?

Capítulo 30

Lamour.

Subí cansada las gradas hasta la casa. No había respetado mis propias reglas y había permitido que Nico me halagara con sus atenciones. EL hecho de verlo con la muchacha joven y bonita me hizo recapacitar antes que fuera demasiado tarde. Yo no habría sido para él más que una conquista pasajera. Me sentía demasiado necesitada de cariño y muy vulnerable. ¡Y demasiado vieja también, maldita sea!

Me eché en la *chaise longue* de la terraza cuán larga era. Sentí el ardor de la quemadura del sol en los hombros y el sabor salado en los labios, recuerdos de un día agradable. No tenía derecho a pensar que Nico se había portado mal conmigo. Era obvio que conocía a muchas mujeres, y, por supuesto, todas estaban enamoradas de él. El hecho de que esta última fuera bonita y joven era mi problema.

Debí de haberme quedado dormida en la terraza, porque cuando desperté ya había oscurecido. Me senté y miré hacia la casa. No había luces brillando en las ventanas; tampoco estaba esperándome Jon-Boy. Una enorme oleada de soledad me invadió repentinamente. Me acurruqué en la silla, rodeé mis rodillas, hundí la cabeza entre ellas y pensé en los tiempos felices del pasado. Había estado muy confiada de que iba a poder revivirlos, pero ya no estaba tan segura.

Deseé que Jammy estuviera conmigo en ese momento, compartiendo secretos y diciéndome, con esa voz aguda y aniñada, que no me convenía vivir aquí de ningún modo. Por primera vez, pensé que tal vez tuviera razón; pero, entonces, me dije que no debía ser tan tonta. ¿Cómo podía permitir que un coqueteo frustrado e intrascendente me hiciera cambiar de parecer? Después de todo, bien podía ser que estuviera volviéndome loca.

Tomé mi bolso de paja, me sacudí el polvo de la ropa y entré en la casa. En el piso de terracota del vestíbulo había un sobre. Sin duda, alguien debió de haberlo echado bajo la puerta. Entré en el *salone* y encendí la luz para leerlo.

En el sobre decía *Signora* Harrington, escrito con letra firme. Lo abrí y desdoblé una hoja de papel crema hecha a mano. Provenía del *castello*: «Estimada *signora* Harrington, me gustaría hablar con usted acerca de La Casa de la Amante y mucho me agradecería que aceptara almorzar conmigo el viernes próximo, a las 13.00 en el *castello*. Supe por Mifune que usted es arquitecta paisajista, y será un placer mostrarle mis jardines. Atentamente, Lorenzo Pirata».

Pensé que la cortesía y el ofrecimiento de mostrarme sus jardines eran una elegante excusa para introducir luego lo que, en verdad, quería hablar conmigo. La casa había sido propiedad de la familia Pirata antes que Jon-Boy la comprara, y tuve el presentimiento de que Lorenzo quería recuperarla. También pensé que deseaba que

me fuera de allí y que no tuviera nada que ver con su familia. Mientras me decía a mí misma que pronto Lorenzo iba a descubrir que estaba tratando con la mujer equivocada, le escribí de inmediato una nota aceptando la invitación. Se la daría a Mifune para que se la llevara a la mañana siguiente. También le preguntaría qué pensaba que Lorenzo quería decirme, porque sospechaba que Mifune sabía todo acerca de lo que pasaba en el lugar. Quizás, incluso, supiera qué le había ocurrido a Jon-Boy.

Me dije que me estaba comportando de un modo ridículo; mi amigo no me engañaría.

Puse un disco en el viejo fonógrafo, que no había sido usado en años, me serví una copa de vino, me acurruqué en el sofá y dejé que el sonido de los sensuales violines flotara, un tanto chirriante, a mí alrededor. Decidí, un poco melancólica, que lo que necesitaba, realmente, era un perro.

Capítulo 31

Lamour.

A la mañana siguiente me levanté temprano. Mientras tomaba un café, me puse a escuchar el murmullo de las olas y a esperar a Mifune. Sabía que vendría, porque él era el mensajero entre Lorenzo Pirata y yo. Dejé de pensar en Nico y decidí seguir adelante con mi vida, sin mirar atrás.

Ese día, por ejemplo, tenía la intención de pintar mi dormitorio. La cama pequeña y angosta de mi infancia era demasiado chica, y pensaba hacer un pedido de otra, con entrega urgente. Iría a Amalfi a comprar sábanas bellamente bordadas, pero no muy caras, toallas nuevas y una alfombra mullida para mi cuarto. También pensaba comprarme sandalias nuevas, aunque ahora me arrepentía de no haber aprovechado las preciosas sandalias hechas a mano que vendían en Capri. Lo mejor de todo: pensaba comprar una lancha. Pequeña, por supuesto, y a buen precio; sería mi taxi acuático. La llamaría La dama Lamour. Al recordar lo sola que me había sentido la noche anterior, pensé: «Bueno, qué diablos, hasta me compraré un perro».

Sonreí para mis adentros; no hay nada como salir de compras para levantarle el ánimo a una mujer. En ese momento, vi que Mifune se acercaba; le pedí que, por favor, tomara asiento y compartiera conmigo una taza de café.

Se disculpó y recordé, un poco tarde, que él solo bebía té verde. Me había dicho que los Pirata lo importaban especialmente para él, con otros condimentos japoneses, que, cuando vino a Italia por primera vez, lo habían ayudado a sentirse como en casa. En estos tiempos ya comía platos italianos como todo el mundo, pero observé que comía muy poco y me confesó que su dieta, en su mayor parte, estaba compuesta de verduras que él mismo cultivaba en el *castello*.

Il architetto me había enviado un informe sobre la erosión y el estado del tanque séptico, pero no quería ni pensar en eso. Con respecto a la erosión, Mifune y yo acordamos que se resolvería en cuanto desbrozáramos la maleza. Traeríamos tierra negra nueva y volveríamos a plantar árboles fuertes y arbustos, cuyas raíces volverían a comprimir y apisonar la tierra.

—¿Pasaste un buen día en Capri, Lamour?

—Sí, fue muy agradable. Capri está tan linda como la recuerdo, y la gente tan refinada y elegante como siempre.

—Capri fue el hogar de los dioses en la Antigüedad, incluso antes de los emperadores romanos —comentó, con su voz fina y baja—. Siempre ha sido un lugar místico, sumergido debajo de una capa de hedonismo. No ha cambiado.

Por supuesto, tenía razón. Era posible sentir los sustratos secretos al navegar alrededor de los acantilados de piedras calizas, divisando las innumerables cuevas,

sabiendo que casi nada había cambiado desde la época de los antiguos romanos, que la vida veraniega que flotaba sobre ella era apenas transitoria y que, llegado el invierno, se quedaría sola para sumirse de nuevo en el pasado. Capri brindaba a todos los visitantes exactamente lo que iban a buscar. Si eran inteligentes, buscarían y hallarían más de lo que aparecía en la superficie. Encontrarían la antigüedad y los mitos, historias de dríades, centauros, ninfas, príncipes, piratas, cortesanos del Renacimiento, sirenas, poetas, escritores y artistas. En el fondo, Capri nunca cambiaría.

—¿Y encontraste lo que estabas buscando en Nico? —preguntó.

No había necesidad de contarle lo ocurrido; Mifune sabía que me había portado como una tonta.

—Nico es un joven encantador —respondí con cautela—. Es un compañero fantástico... para una tarde.

—La sabiduría a veces llega tarde y con ella, el dolor. Tu papá padeció ese dolor.

—¿Me estás diciendo que Jon-Boy se enamoró y después resultó herido?

—Tu papá tenía el mismo encanto que tiene Nico. Amó a muchas mujeres y ellas lo amaron.

Aunque esperé que siguiera hablando, no lo hizo. Entonces, le di el sobre para Lorenzo Pirata.

—Llevaré esto al *castello* de inmediato —anunció—. Regresaré después y pasearemos por el jardín para hablar de su futuro —sonrió por primera vez esa mañana, una encantadora sonrisa desdentada, que le iluminó los ojos lechosos y le reanimó el rostro hasta que empezó parecerse al Mifune que recordaba de niña—. Pero ahora tú eres la artista. Será Lamour quien le enseñe a Mifune los métodos modernos.

—Nunca nadie podrá enseñarte nada a ti. Y me sentiré muy honrada si aceptas tomar el té conmigo esta tarde. Entonces, podremos ir al jardín y hacer nuestros planes.

Hizo una reverencia en señal de aceptación y se retiró, caminando vacilante, silencioso como un gato, a través del jardín hacia el ascensor, porque, al fin, había reconocido que los peldaños eran demasiado para él.

Capítulo 32

Hacía ya un par de semanas que Jammy se había ido, y la echaba de menos. Me compré una computadora portátil, pero el correo electrónico, por instantáneo que fuera, no era lo mismo que el contacto real. Estaba demasiado inquieta para pintar el cuarto, así que subí al automóvil y fui a Pirata, al Amalfitano. Aldo me saludó con alegría, sacó la silla para que me sentara y limpió las migas de mi mesa. Me saludó, con una sonrisa descarada, llamándome por mi nombre de pila:

—Ya nos conocemos bien, *signora* Lamour, ahora que se ha quedado a vivir aquí.

—Es cierto, Aldo —respondí, mientras le pedía un capuchino con *sfogliatelle*. Había subido dos kilos desde la partida de Jammy; la ropa ya no me quedaba suelta y hasta tenía algunas curvas.

Bebí poco a poco el cappuccino, ensuciándome, como siempre, la nariz con la espuma. Pensaba en lo que Mifune había dicho sobre Jon-Boy: que era como Nico. Jon-Boy era el mismo tipo de hombre atractivo y encantador que atraía a las mujeres dondequiera que fuese. No estaba buscando a mi padre en Nico, por supuesto; simplemente quería un poco de atención, algunos cumplidos, un beso en la mano.

Me despedí de Aldo y luego fui de compras. Por suerte, era temprano y encontré un lugar donde estacionar el auto. Caminé por las calles empinadas y angostas hacia los muelles. En una tienda pequeña y oscura, encontré las sábanas. Eran hermosas, de algodón suave, con dobladillos bordados en forma de hortensias azules y verdes, y pensé que combinarían bien con mis paredes, que pronto pintaría de color damasco. Compré un par de sandalias y, después, tomé un helado de *pistacchio* en la *gelateria* del puerto. Su color verde probaba que se trataba del auténtico *pistacchio*, no del que suelen hacer con sabor artificial y falso color brillante. Oculta en un rincón, sentada en las gradas, encontré a una anciana que vendía huevos, bellos huevos con manchitas, exactamente del tipo que quería que pusieran mis gallinas.

—*Signora*, deme, por favor, una docena de sus preciosos huevos.

—La anciana me respondió con una gran sonrisa, mientras envolvía cada huevo en un pedazo de papel de diario antes de ponerlo con suavidad en mi canasta de paja. De pronto, tuve una inspiración repentina: —*Signora*, quisiera comprar el mismo tipo de gallinas que ponen estos preciosos huevos.

Su mirada fue más astuta esta vez. Me dijo que, casualmente, tenía esas gallinas en venta y, por supuesto, un gallo, pues con gallinas hay que tener siempre un gallo, como todo el mundo sabe. Yo no lo sabía hasta que me lo dijo, pero estuve de acuerdo en que, por supuesto, también iba a necesitar un gallo. Pronto cerramos un trato por cuatro gallinas y un gallo a un precio que me pareció razonable. Quedamos en que recogería las aves a la mañana siguiente en la playa de estacionamiento, a las siete en punto. Nos dimos la mano, ella murmuró una oración, me llevé los huevos y

regresé a Pirata en el auto, hasta la tienda de abarrotes de Umberto, donde bajé a comprar tela metálica y madera para armar mi nuevo corral. También adquirí un gallinero pequeño para que las gallinas pudieran tener su propia casa.

Al salir, tropecé con Aurora. Nos miramos un instante a los ojos: pasó rápidamente a mi lado, casi empujándome, y entró en el almacén, sin decir ni una palabra. Suspiré. Era claro que me consideraba una enemiga. Me hubiera gustado saber qué había hecho yo para merecer tanto odio. No tenía ningún interés en su padre, tampoco en su hermano. Además, el amor, ya fuera por su padre o por su hermano, tenía sus límites. La muchacha era la persona más insegura que había conocido en mi vida.

Regresé a mi casa en cuanto pude y pasé la tarde martillando estacas en el suelo rocoso detrás de la casa para armar el corral. La colocación de la tela metálica alrededor de las estacas fue más difícil de lo que creí. Se me enganchaba todo el tiempo, pero seguí adelante, a pesar de que me pellizqué el dedo con las tenazas y me raspé el codo con el alambre. Mientras me caían gotitas de sangre, decidí que mi corral no se veía muy bien. La malla se doblaba hacia abajo en partes y las estacas sobresalían en diferentes ángulos. Suspiré. Tendría que servir por ahora. Tomé una larga y deliciosa ducha. Me puse una venda en el codo raspado y me vestí. Bajé a la sala, muy satisfecha con los logros del día.

Mifune llegó a tomar el té con su sombrero japonés de jardinería; me trajo una botella de sake, en una preciosa caja de madera, y un par de copas de sake.

—¡Mifune, qué maravilloso regalo! —exclamé, dándole la bienvenida como invitado a mi casa por primera vez.

Primero caminamos por el jardín, para decidir dónde cortar la maleza, cómo simplificar el trabajo y cómo recuperar la quietud y serenidad que tuvo en su momento. Luego, entibié el sake en la cocina y Mifune lo sirvió en las copas de madera. Hicimos un brindis solemne, con las copas en alto.

—Salud por nuestro feliz reencuentro. Esto es lo mejor que me ha pasado en años. —Sabía que Mifune se daba cuenta de que lo decía muy en serio.

—Salud por ti, Lamour, y por tu futura felicidad. Dondequiera que estés.

Lo miré sorprendida, porque ya no había otros «donde quieras» en mi vida. Había venido a quedarme. El sake me soltó la lengua y le conté de mi vida en Chicago y de lo ocurrido en mi matrimonio.

—Es el amor, ese viejo problema, Mifune. Siempre te decepciona. Mira lo que pasó con Jon-Boy. Yo lo quería tanto y él, sin embargo, me dejó. Regresó aquí, siguió adelante con su vida y me dijo que continuara con la mía. Dime, ¿es así como debe comportarse un padre? —Estaba poniendo en palabras los sentimientos reprimidos durante toda mi vida. Mi sensación de abandono cuando Jon-Boy volvió a dejarme, y aquellas largas noches cuando era solo una niña y me pasaba horas esperando su regreso—. Y aquí estoy, sola de nuevo. Quizás ese sea mi destino, Mifune, el de una mujer solitaria.

—Jon-Boy querría que fueras feliz, cara. Sabes bien que amó a muchas mujeres, pero su pequeña hija fue el verdadero amor de su vida.

—Me gustaría poder creerlo —suspiré, porque hubiese sido maravilloso pensar que fui el centro de su mundo.

—Es la pura verdad. —Hizo una pausa, como quien elige las palabras, y agregó con cautela—: Jon-Boy amó mucho a una mujer, pero como siempre le pasaba, era la mujer equivocada.

—Cuéntame de ella —rogué, pensando que, al fin, me enteraría de algo.

Nuevamente, pensó largo rato antes de hablar. Bebí un sorbo de mi sake y me puse a escuchar el murmullo del mar, mientras dejaba que mi amigo se tomara su tiempo, aunque estaba muerta de curiosidad.

—La conoció en Roma. Era muy bonita. Tenía cabellos negros que le caían hasta la cintura, lacios y brillantes como el ala del mirlo. Se lavaba el cabello y luego se sentaba en la terraza para secárselo al sol. Tu padre la miraba como si nunca hubiese visto una belleza igual en toda su vida. Estaba enamoradísimo de esa mujer, loco por ella. Y ella, bueno, ella se divertía con él. Ya sabes cómo era Jon-Boy: atractivo, seductor, alegre, buena compañía; ¿cómo no se iba a divertir? Pero ¿amor? No, no creo que lo haya amado alguna vez. Ese fue el gran error de tu padre; no podía creer que esa mujer no lo amara. Más bien, ella lo manejaba con la punta de sus bonitos dedos de largas uñas rojas y lo enloquecía.

Terminó de un solo trago el sake y, luego, se puso de pie con lentitud. Me acerqué a ayudarlo.

—¿Y qué pasó después? ¿Qué le pasó a ella, Mifune?

—Luego se terminó. De la noche a la mañana. Nunca más volví a verla.

—¿Y Jon-Boy? ¿Volvió a verla él?

Se encogió de hombros mientras caminábamos juntos hacia el ascensor que lo llevaría al *castello*.

—No sabría decirlo, Lamour. Yo solo era el jardinero.

—Al menos, dime su nombre —supliqué.

En ese momento, el ascensor se abrió y Mifune entró en él. Nos despedimos cortésmente con una reverencia. Lo miré a los ojos, suplicante.

—Tienes que decírmelo —insistí—. Debo saberlo.

Pero él negó con la cabeza. Las puertas del ascensor se cerraron y Mifune desapareció en el aire, hacia el cielo, que era lo que siempre había pensado de los jardines del *castello Pirata*. Y me dejó sola, para pasar en soledad una larga noche, llena de inquietud, pensando en la mujer de cabellos negros que Jon-Boy había amado tanto.

Capítulo 33

Lamour.

Me levanté al amanecer y llegué a las siete en punto a la playa de estacionamiento de Amalfi para esperar la entrega de las gallinas. Paseé un poco por el lugar, aspirando el aire de la mañana como un perro perdiguero y disfrutando de su frescura antes del calor del mediodía. A las 7.10, miré el reloj. Era tarde, pero pensé que, tal vez, habían tenido problemas para juntar las gallinas. A las 7.15, empecé a caminar preocupada de arriba abajo, pensando si, acaso, la señora con la gran sonrisa y con la astuta capacidad de regateo no me había comprendido. ¿O yo a ella? ¿Acaso había mencionado otro día y yo la había entendido mal? No, yo estaba segura de que la cita era para esta mañana. ¿Y si por casualidad quiso decir la semana entrante? ¿Qué otra cosa podría haber entendido mal? ¿Y si se aparecía con cuatro gallinas muertas, listas para desplumar y meter en el horno? Justo cuando pensaba que la cabeza me iba a estallar con tantas preguntas, un camión viejo y sucio entró en la playa de estacionamiento y descendió un anciano con el rostro lleno de arrugas, vestido con un overol y una gorra celeste. Oí un gran cacareo que salía de la parte de atrás del camión y corrí hacia el vehículo.

—*Signore, signore*, yo compré las gallinas —le expliqué, sonriente.

—Sí, sí, *signora*. —Me dio la mano brevemente. La tenía dura y callosa, era la mano de un granjero—. ¿Dónde está su camión? —preguntó. Le señalé con la mano mi pequeño Fiat y vi que levantaba las cejas hasta que le rozaron la gorra.

—Pensé que podríamos ponerlas en el asiento de atrás —le indiqué, aunque, a decir verdad, no había tomado en cuenta el problema de transportar cuatro gallinas y un gallo a mi casa.

—*Va bene, va bene* —dijo, hablando entre dientes. Y sacó un par de gallinas de la parte de atrás del camión. Las colocó debajo del brazo, mientras cacareaban con toda su fuerza, y se dirigió a mi auto.

Lo seguí, llena de pánico. Supuse que las traería en una jaula apropiada, pero era evidente que iba a tener que compartir el viaje con un montón de aves de corral sueltas.

—¡Espere! ¡Espere! —grité, corriendo detrás de él, pero ya había abierto la puerta y metido adentro a las gallinas. Cerró la puerta y las gallinas me observaron a través de la ventana, obviamente tan sorprendidas como yo por el rumbo de los acontecimientos. Como en son de protesta, levantaron las plumas de la cola y depositaron pequeños y pulcros montoncitos verdosos en el asiento de mi auto.

—No, no —protesté, agitando los brazos, desesperada—, sáquelas, póngalas afuera, *signore*. Tenemos que encontrar un mejor modo de hacerlo. —Mi italiano se

había vuelto incomprensible debido a mis nervios, y el anciano me miró fríamente por el rabillo del ojo.

—Okey —dijo entonces y regresó al camión, conmigo detrás, insistiéndole en que yo necesitaba una *gabbia*, una jaula.

Se encogió de hombros y me respondió que no tenía ninguna jaula. Tomó otra gallina, rápidamente le ató las patas con una cuerda y la puso en el suelo. Hizo lo mismo con otra. Durante unos instantes, las gallinas aletearon desesperadas. Sacó un par de bolsas de plástico de la cabina del camión, murmuró dos o tres más «*va bene, va bene*» y se dirigió de nuevo hacia mi auto.

Fui rápido detrás de él. ¿Cómo iba a manejar con un montón de gallinas apretujadas y batiendo las alas detrás de mí? ¿Y cuánto daño llegarían a hacerle al auto alquilado? ¿Cómo se lo iba a explicar a la agencia? Para entonces, el anciano ya había atado a las dos primeras gallinas. Extendió las bolsas de plástico en el asiento trasero y las cuatro gallinas terminaron allí, mirándome furiosas, mientras el hombre regresaba al camión a buscar al gallo.

Oí el poderoso cacareo del gallo aun antes de que lo sacara del vehículo. Volvió a emitir otra aguda protesta, batiendo las alas con violencia y elevándose en el aire, mientras el anciano se aferraba, inflexible, a sus patas. Contuve el aliento, creyendo que, de repente, iba a alzar vuelo por encima de los techos de Amalfi, perdido para siempre, pero el hombre le pegó un tirón hacia abajo, le ató las patas con la cuerda y se lo puso bajo el brazo. Corrió hacia el auto y lo ubicó entre las gallinas, que, de inmediato, se tranquilizaron; luego, cerró la puerta, se volvió hacia mí y extendió la mano.

—*Va bene, signora. Il denaro.*

Tenía el dinero envuelto en el bolsillo de mis vaqueros, como solía hacer cuando iba a comprar la cena para Jon-Boy al mercado de *Campo dei Fiori*. Pensando en la cena, le pregunté qué comían las aves de corral. El anciano no disimuló su asombro y me explicó:

—Comen lo que comen todas las gallinas. Vagan libres por ahí y eligen lo que les apetece entre los arbustos, en el campo.

—Muy bien —contesté rápidamente—. Muy bien.

Nos dimos la mano y nos despedimos. Me subí a mi «carreta» de gallinas y encendí el motor en medio de un gran griterío de furia por parte de mis ponedoras y su marido. El señor gallo trató de batir las alas, cacareando muy enojado. Miré nerviosa por el espejo retrovisor, rogando que no se le soltara la cuerda, porque de ser así, íbamos a revivir Los pájaros de Hitchcock una vez más de principio a fin. Ya podía imaginarme los titulares de los diarios: HALLAN MUERTA A PICOTAZOS A MUJER ESTADOUNIDENSE EN FIAT ALQUILADO.

Tenía que detenerme en Pirata, porque necesitaba comprarles comida. De ningún modo iba a dejar sueltas a las gallinas; estaba segura de que encontrarían una manera de volar de regreso a su casa y me dejarían sin huevos y sin mi dinero. Las colocaría

en mi nueva jaula hasta que se acostumbraran a ella y comprendieran que ese era su nuevo hogar.

—Umberto —dije, aún agitada, pues bajé corriendo por la *scalatinella* desde la playa de estacionamiento, encima del pueblo, hasta la *piazza*—, necesito alimento para aves.

Umberto parecía un exboxeador, con la nariz rota y nunca remodelada, sus ojos negros sombríos y una contextura física musculosa. Tenía alrededor de cincuenta años y, como la mayoría de los habitantes de Pirata, había heredado el negocio de su padre, igual que su padre antes que él. En los rincones oscuros de la parte de atrás de su almacén había todo tipo de sorpresas, desde herraduras hasta rizadores de cabello. Rogaba que también tuviera alimento para aves.

—*Signora*, es mucho mejor dejar a las gallinas en libertad —me recomendó, muy serio—. Los huevos serán muy buenos, a veces hasta de dos yemas.

Le expliqué rápidamente mi problema y se quedó pensando un rato. Me dijo: «*Scusi, signora, scusi*», y desapareció en el depósito. Me quedé en la puerta, mirando nerviosa hacia la playa de estacionamiento por si veía alguna gallina fugitiva. Por supuesto, como lo haría una buena madre, había dejado apenas abierta la ventana para que no tuvieran demasiado calor.

Umberto regresó, limpiándole el polvo a una bolsa grande de papel, en la que se leía: «Alimento para pericos».

—Esto es lo único que tengo, *signora*. Quizá le sirva por ahora. Más adelante, puede llamar a la tienda de alimentos para aves en la ciudad y pedirles que le traigan el alimento adecuado a su casa.

—Pero ¿pericos?

Umberto se encogió de hombros.

—Los pájaros son pájaros, *signora*, es todo lo mismo —respondió, sonriente.

Con la esperanza de que tuviera razón, le pagué y corrí escaleras arriba hacia el auto y mis gallinas.

Capítulo 34

Lamour.

No me di cuenta de que iba a tener que llevar yo misma al gallo y a las gallinas por la *scalatinella* hasta que estacioné el auto al lado de la imagen de san Andrés. Los miré por encima del hombro. Seguían cacareando en el asiento de atrás, y no había nadie en los alrededores que pudiera ayudarme.

Respiré hondo —una mala idea, pues ya el auto estaba lleno de excrementos—, tosí y cerré la puerta detrás de mí. Aspiré un poco de aire fresco mientras trataba de idear un plan. Llegué a la conclusión de que sería más fácil llevar una gallina por vez. Abrí apenas la puerta de atrás, metí la mano y agarré un montón de plumas. La gallina chilló y me picó la mano; la solté y volví a cerrar la puerta. Me miré la mano: el picotazo no me había arrancado la piel, pero aun así me dolía bastante.

—Ya vas a ver, criaturita del diablo —gruñí, muy enojada—, no vas a poder con esta mujer independiente.

Volví a meter la mano, agarré otra gallina, la saqué, y con un rápido movimiento, me la puse debajo del brazo como le vi hacer al viejo. Era mucho más fuerte de lo que me imaginé que podía ser un animalito tan pequeño. La gallina pateó, forcejeó y picoteó todo lo que pudo, mientras bajábamos por las escaleras. La metí en su nuevo corral, corté la cuerda que le ataba las patas, cerré la reja y la aseguré con un pedazo de alambre. Un poco nerviosa, revisé la cerradura improvisada. La *gallinana* se quedó sentada donde la puse, con las plumas erizadas, y por fin dejó de cacarear, así que subí corriendo las escaleras y agarré otra. Cuatro veces subí y bajé, y ya tenía a las cuatro gallinas en el corral, todas calladitas, esperando mi próximo paso, porque, sin duda alguna, el jefe era el gallo.

Me quedé al acecho fuera del auto, mirando al animal rojizo, que aleteaba sin parar contra la ventana, cacareando enfurecido y ensuciando el asiento de atrás con sus excrementos. Enojada, me pregunté de dónde venía todo eso. Entonces, decidí que ya era suficiente: abrí la puerta de golpe, tomé al gallo por el cuello y traté de sacarlo. Pegó un grito tan fuerte como para despertar a un muerto, pero no me di por vencida. Tampoco el gallo; sencillamente clavó las garras en el asiento y no se movió.

—Vamos, criaturita del demonio, sal de allí —murmuré con voz grave, decidida a no ceder ni un ápice en la competencia.

—¿Necesita ayuda? —dijo una voz. Me di vuelta y me encontré con Lorenzo Pirata, justo detrás de mí. Una perra blanca y fea estaba sentada a su lado, mirando ansiosa a mi gallo—. Detesto ver a una mujer luchando con un gallo —comentó, con una sonrisa divertida—. Además, parece una batalla perdida.

Estaba impecable, en pantalones cortos azules, camisa de lino blanca, y mocasines suaves y finos de gamuza. Parecía un aviso de una revista de modas italiana de «Lo que el hombre maduro debería usar este verano» y yo estaba acalorada, molesta y cubierta de plumas y de excremento de gallina. Me recompuse. Después de todo, era el hombre que les había prohibido a sus hijos ya mayores que hablaran conmigo, el hombre con quien iba a almorzar al día siguiente, para discutir acerca de mi casa. Era un hombre en quien, definitivamente, no podía confiar.

—Gracias, pero creo que puedo hacerlo sola —respondí con frialdad, tratando de parecer tan digna como puede parecerlo una mujer resuelta a ganarle la batalla a un gallo.

—Lo que debe hacer es agarrarlo de las alas —indicó. Me hizo a un lado, abrió la puerta y puso rápidamente las manos sobre el gallo, inmovilizándole las alas—. Allí reside su poder —agregó, mientras sacaba al animal, ahora silencioso, del auto—. Si se lo anula, saben que están derrotados. Bueno, ¿dónde quiere que lo ponga?

Señalé hacia abajo.

—En la parte de atrás he armado un pequeño corral.

Bajó las escaleras a toda velocidad, seguido de la perra, mientras yo corría detrás, con la bolsa de comida. Me adelanté para abrir la pequeña reja de alambre. Lorenzo sacó un cuchillo del bolsillo, cortó la cuerda y metió el gallo adentro. Este se acomodó en el corral con gran alboroto de plumas, luego se ubicó detrás de su harén de gallinas cloqueadoras para recuperar su amor propio.

—Va a tener problemas con ese gallo —me advirtió Lorenzo Pirata, observando a mi nueva «familia» con los brazos cruzados—. ¿Por qué compró esta raza de gallinas, la Rhode Island Red?

Miré las gallinas intrigada. Para mí eran solo gallinas.

—No sé nada de las Rhode Island Red —reconocí—. Lo único que quería era tener una buena provisión de huevos frescos.

—Es más fácil comprarlos en el mercado —comentó, un tanto divertido—. Y las gallinas van a necesitar un lugar apropiado para los nidos, pero, de todos modos, sería mejor dejarlas sueltas.

—Les compré comida —dije, alzando la bolsa, y aún me costaba creer que estaba conversando con el Pirata de Pirata.

Esta vez se río.

—Umberto le vendió semillas de perico. No se preocupe; le enviaré comida apropiada para gallinas. Me imagino que no quiere matarlas antes de obtener algunos huevos.

—Es cierto —admití, poniéndome colorada. El juego de autosuficiencia era más complicado de lo que parecía—. Muchas gracias.

Se quedó allí, con los brazos cruzados, mirándome de frente. Nerviosa, me quité una pluma de la mejilla.

—Estoy sorprendida de que me haya ayudado, *signor* Pirata. Después de todo,

usted le dijo a su hija que no me hablara.

Me miró con seriedad durante un rato largo. Noté lo brillante que era el azul de sus ojos. Era alto, de hombros anchos y de aspecto imponente. Un hombre muy atractivo, que, sin duda, sabía que lo era. Estaba segura de que las mujeres lo perseguían como perseguían a su hijo.

—Le pido disculpas —respondió al fin—. Hice mal.

Asentí con un gesto; aún no podía entender cuál era la razón que lo había llevado a pedirles a sus hijos que no me hablaran.

—Será un placer almorzar con usted mañana —agregó.

Le respondí que para mí también.

Subió corriendo la *scalatinella* con su fea perra detrás, y se lo veía tan bien de atrás como de adelante.

Me acordé de un viejo dicho que solía decir la mamá de Jammy, cuando nos veía suspirando por los muchachos del equipo de fútbol y hablando de lo apuestos que eran. Supusimos que quería decir que más les valía ser tan atractivos por dentro como lo eran por fuera. Y si no se portaban bien con nosotras, la señora Mortimer ya tenía preparadas otras cosas que decir sobre eso también. ¡Cómo me hubiera gustado que la señora Mortimer estuviera allí, conmigo, en este momento!

Dejé a mis aves sentadas en montón y de muy malhumor, y caminé hasta el frente de la casa. Me sentía acalorada, sucia y exhausta, pero tenía que regresar y limpiar el desastre del auto. Suspiré. Al diablo con todo, estaba demasiado cansada. Me hundí en una silla, mientras admiraba el tranquilizador paisaje azul que se desplegaba debajo de mí. Oí el rugido de un motor y vi la Riva corriendo a toda velocidad por la bahía, con Nico al timón. No se dio vuelta para mirar hacia la casa y supuse que ya se había olvidado por completo de la mujer mayor que lo había distraído durante unas pocas horas días atrás. Entonces, vi un pequeño paquete sobre la mesa. La caja decía «ALBERTO E LINA, CAPRI». Dentro estaba la bonita pulsera de coral que tanto me había gustado aquel día. Se me dibujó una sonrisa en la comisura de los labios. Después de todo, Nico no me había olvidado.

Capítulo 35

Lamour.

Después de la primera noche, no quise volver a entrar en el cuarto de Jon-Boy. Me sentí muy perturbada cuando encontré todo tal como lo dejó. Sin embargo, ahora, ante la perspectiva del almuerzo con Lorenzo Pirata, creí necesario echar otra mirada y ver si había algún documento con referencia a la casa.

Había dejado las ventanas abiertas, y el aire fresco disipó los olores a humedad y a moho. Me sentí como si Jon-Boy fuera a entrar en cualquier momento. Los estantes del piso al techo estaban llenos de libros y, al lado de la ventana, había un bellissimo escritorio. Esta vez, con la mente despejada y a la luz del día, noté que el escritorio era una antigüedad, probablemente italiana del siglo XVIII, quizá muy valiosa. No lo había visto antes y quedé sorprendida. Encima, había un montón de papeles y un jarro de café con la inscripción «Recuerdo de Sorrento», del que sobresalían sus diferentes lapiceras. Él utilizaba un color distinto para cada día; decía que, de ese modo, sabía con exactitud hasta dónde había llegado con el relato. Me senté en su silla, una simple silla de comedor traída de abajo y nunca devuelta. Abrí el cajón superior y encontré un bloc amarillo con varias páginas escritas en su letra pequeña y apretada. Había también un par de libros de consulta, y un viejo y maltrecho diccionario de sus días universitarios. Y un diario de cuero azul marino.

Miré el diario por un momento, intrigada. Seguramente contenía todo lo que necesitaba saber, pero me sentía muy poco dispuesta a invadir la privacidad de mi padre y es bien sabido que no hay nada más privado que un diario. No obstante, tenía que saber qué había ocurrido en los meses previos a su muerte. Con mucha culpa, leí la primera página.

Roma, 1.º de enero. Me quedé despierto toda la noche y la noche anterior. Nevó a la medianoche: grandes y suaves copos que tachonaban el cielo como adornos de cristal se mezclaban con los fuegos artificiales, brillaban en las luces de la calle y se derretían en la lengua, como copitas de licor después del abundante champagne que habíamos bebido. C, en gasa de seda roja, envuelta en pieles y atisbando desde el enorme cuello como un lindo y pequeño zorro... o zorra, más bien. Nos conocimos en la fiesta de Orlando en el Palazzo Rosati-Contini. Siempre lo mejor para Orlando, incluso las mujeres. Fui de muy mal humor después de la acostumbrada escena caótica con I., sin ninguna expectativa, y de pronto, me encontré acompañando a su casa a la zorra. Ambos sabíamos lo que nos esperaba al final de la caminata a través de las calles ya vacías de Roma, pero, después de cuarenta y ocho horas sin dormir,

tratando de evitar las constantes peleas y riñas con I. y trabajar un poco, además de todas esas fiestas y de tanta bebida, esperaba estar a la altura.

2 de enero. Seis de la tarde. C. es una mujer increíble, bellísima. Sedujo incluso a este escritor cansado y logró hacerme sentir que era el único hombre en su vida. Ojalá fuera cierto. Creo que estoy enamorado. Qué modo de empezar el nuevo año. De pronto, la vida parece maravillosa.

Cerré el diario de golpe. No debí haberlo leído. No quería saber los detalles de la vida amorosa de Jon-Boy. Me quedé sentada un rato, indecisa. Sin embargo, sabía que su vida estaba en el diario y que tenía que leerlo. Volví a abrirlo y busqué la última página escrita. La fecha era 30 de octubre, el día de su muerte.

I. estuvo aquí; lo sé. Cuando volví del Amalfitano, noté que habían movido algunas cosas. La lámpara del escritorio estaba encendida; un cajón había quedado abierto; la puerta del ropero, entornada. No se llevó el vestido de gasa roja de C., pero supe que lo había visto. ¿Quién sabe a qué conclusiones llegó? Supongo que debería cerrar con llave la puerta principal, pero aquí las cosas no se hacen de esa manera y, además, nunca la dejaría afuera. He aprendido, a los golpes, que el amor nunca muere del todo, y que ella todavía me importa, pero estoy loco por C. Quizás el único amor realmente verdadero es el que sentimos por nuestros hijos. Debo tenerlo siempre presente. Quizás en Navidad vaya a Chicago y le dé una sorpresa a Lamour, la única y preciosa niña de mi corazón.

Las últimas palabras de Jon-Boy habían sido para mí. Apoyé la cabeza en el escritorio y cerré los ojos; me imaginé a mi padre sentado aquí, escribiendo eso.

—Yo también te quiero, Jon-Boy —susurré.

Guardé el diario en el cajón y lo cerré con llave. No podía seguir leyéndolo; no estaba bien. Fui al ropero y saqué el vestido rojo. Aún persistía el perfume en sus dobleces, un aroma sofisticado que no podía identificar. Era de gasa de seda y caía en suaves ondulaciones hasta el dobladillo. La etiqueta, cosida a mano, decía GIORGIO VIVARI. Era el diseñador que conocí en Roma, ¡el que me felicitó por mi pie encantador! Pensé que C. no solo había sido bella y sensual, sino también bastante cara. Muy por encima de las posibilidades de Jon-Boy, lo sabía, porque se gastó todo el dinero de las regalías de su primera novela —su única novela— con la misma rapidez con que lo había obtenido.

Nunca supe del todo en qué lo había gastado, aunque sabía que había alquilado un lujoso apartamento en uno de esos elegantes *palazzi*, en Roma, que jamás hubiéramos podido mantener cuando yo era niña. Por supuesto, compró esta casa, el refugio donde pensaba retirarse a escribir su segunda obra. Me preguntaba si tal vez C. le había impedido llevarla a cabo. ¿O quizás había sido I.? Sabía menos de ella, pero supuse que era la amante desechada.

¿Acaso no había sentido yo los mismos celos cuando Jammy me reveló la traición de Alex, a pesar de que estaba muerto? Sentí la humillación del engaño, y el dolor de

ser rechazada y suplantada por otra mujer. Sentí ira. ¿Quién sabe lo que habría hecho si lo hubiera descubierto cuando aún vivía Alex? De lo que estaba segura era de que no lo hubiera matado. Lo más probable es que yo hubiese querido saltar del balcón. El fracaso es una palabra terrorífica, en especial en el amor. El estridente sonido del servicio telefónico italiano me trajo de vuelta a la realidad. Corrí a mi cuarto y levanté el auricular.

—¿Dónde estabas? —La voz de Jammy me hizo sonreír de inmediato.

—En el pasado. Estaba leyendo el diario de Jon-Boy.

—No es una buena idea leer los diarios de otras personas.

—Sí, lo sé. Y créeme, me siento culpable, pero pensé que quizá mencionaba lo que le estaba pasando, tal vez alguna pista.

—¿Encontraste algo?

—Solo que había una mujer en su vida, bella, sensual, de gustos caros.

—Más o menos lo que era de esperarse, conociendo a tu padre.

—Sí, pero también había otra mujer. Jon-Boy la dejó y creo que estaba celosa. — Jammy lanzó un suspiro, un suspiro profundo y sonoro que me indicaba que ya estaba harta del pasado de Jon-Boy.

—¿Y qué hay contigo? —preguntó—. ¿Cómo está tu vida amorosa con todos esos bellísimos italianos a tu alrededor?

—¿Supongo que te estás refiriendo a los Pirata? Ayer fui con uno de ellos a Capri y mañana voy a almorzar con el otro.

—¿Capri? Qué emocionante, cuéntamelo todo. —Así que le relaté mi día con Nico, lo encantador que me había parecido, el delicioso compañero que era, y sobre la pulsera.

—Pero... —dije, finalmente, y la escuché reírse.

—Con los hombres siempre hay un «pero» —declaró—. ¿Todavía no lo sabes? ¿Qué hay del otro Pirata? El pintor que no quería que hablaras con sus hijos.

Le conté la anécdota de las gallinas y cómo Lorenzo me había ayudado.

—Me pidió disculpas por haberles dicho a Aurora y a Nico que no me hablaran —le aclaré—. Me cayó bien que reconociera que hizo mal, Jammy. Es decir, un hombre de su posición bien podría haberme dicho que no me metiera en sus asuntos y que evitara cualquier contacto con la familia Pirata.

—Es verdad. Entonces, ¿qué es lo que se propone? —Le conté que me había invitado a almorzar para hablar de la casa—. Ja, ¡al fin la verdad! —exclamó—. ¿Y tú qué crees que quiera? —Le dije que lamentaba tener que admitirlo, pero que pensaba que quería recuperar la casa, y sacarme de allí y de la vida de los Pirata—. Siempre puedes volver a casa —respondió Jammy, de un modo tan poco compasivo que me hizo reír. Le pregunté sobre Matt y por su hija, y le prometí llamar inmediatamente después del almuerzo y contarle todo.

Abajo, delante de la puerta principal, me encontré con un hombre al que no conocía.

—El *signor* Pirata le manda el alimento para aves, *signora* —me informó, cortés. Llevó dos bolsas enormes a la cocina, le agradecí a él y al *signor* Pirata, y le di una propina. Se tocó la gorra en señal de despedida y se fue.

Abrí una de las bolsas, eché un poco de comida en una cacerola y fui, de inmediato, a ver a mis gallinas. Estaban en fila, con los picos asomando a través de la alambrada, y parecían furiosas. Cuando abrí la reja, se me acercó el gallo, contoneándose. Lancé las semillas y cerré la reja. Llené la cacerola con agua de la canilla del jardín, la metí dentro del corral y volví a cerrar la reja con fuerza. Me aseguré de que el alambre estuviera bien puesto alrededor del picaporte improvisado y las dejé contentas, picoteando y escarbando la comida. «Quizá solo estaban hambrientas —pensé—. Después de comer, se sentirán satisfechas y se acurrucarán en sus nidos de paja y pondrán huevos».

Caminé alrededor de la casa hacia la terraza. La bonita pulsera de coral estaba todavía en la mesa donde la había dejado. Me la puse, giré la muñeca a un lado y al otro, pensando en Nico. Aunque había dicho que era justo para mí, no podía permitirle que me la comprara. Le haría un cheque y se lo enviaría al *castello*. Por dentro, sin embargo, me sentí muy emocionada. Quizá me gustaba Nico Pirata y quizá yo le gustaba a él. Buena parte de las aventuras amorosas se basaban en mucho menos.

Capítulo 36

Lamour.

Elegí con cuidado la ropa para mi cita de negocios con Lorenzo Pirata, y digo «de negocios», porque, definitivamente, de eso se trataba. Era claro que no me había invitado solo por mis encantos. Este capitán Pirata circulaba en ambientes mucho más importantes que los de sus antepasados, y estaba, sin duda, fuera de mis posibilidades sociales.

Me decidí por una falda comprada junto a Jammy, en Roma. En realidad, me había gustado más el color, un precioso tono de verde manzana, que la falda en sí, pues, por lo general, prefería usar pantalones. Además, me puse una camiseta del mismo tono y las sandalias compradas en Amalfi. Cepillé mis rebeldes cabellos hacia atrás y me los peiné en un moño apretado, porque se veía más formal y adecuado para una reunión de negocios; me puse unos pendientes de oro y un poco de perfume con aroma a madreselvas. Ya me había maquillado, muy poco, como de costumbre: apenas un poco de color en las mejillas, lápiz de labios y rímel. Luego, por un momento, me detuve a pensar por qué me tomaba tanto trabajo por un hombre a quien era obvio que ni siquiera le caía bien. Estaba ya casi afuera de la casa cuando recordé la pulsera de Nico; regresé y me la puse. Después de todo, Lorenzo Pirata no sabía que era un regalo de su hijo.

Mifune me esperaba en la terraza para acompañarme hasta el *castello*. Mientras adecuaba mis largos pasos a la lentitud de los suyos, le dije que tenía muchos deseos de ver sus jardines otra vez.

—Siento mucho no haberte llevado a verlos antes, cara, pero no son míos y no podía invitarte sin permiso.

—Mifune, ¿me estás diciendo que te prohibieron que me llevaras a ver tus bellos jardines? —pregunté, asombrada.

—No es que me lo hayan prohibido, Lamour; en verdad, me sugirieron que tal vez no fuera apropiado.

Su respuesta me sonó como un típico eufemismo de Lorenzo Pirata para lo que en verdad pretendía, prohibir todo lo que tuviera que ver con mi persona. Furiosa, caminé por el sendero de cedros, a través del pequeño olivar que le proporcionaba a la familia aceite de oliva de primera calidad, y que también se vendía en las tiendas de Londres y Roma. Nos detuvimos unos segundos para admirar el puente de madera arqueado sobre la laguna de las carpas, y los peces de color anaranjado saltaron hacia nosotros en busca de alimento. Recordaba muy bien esos jardines, tanto que podía dibujarlos sin verlos, pero no podía detenerme, porque mi visita no era de placer, así que caminamos con más rapidez por el sendero de grava. Había un helicóptero

estacionado debajo de la casa, y pensé lo ricos que debían de ser los Pirata para comprar algo así. Mifune me dejó al pie de los anchos peldaños de piedra.

—No te tomes con demasiada seriedad lo que se diga hoy —me aconsejó, con suavidad—. Nada es lo que parece.

Con ese críptico comentario, se alejó. Me pregunté, inquieta, qué había querido decirme exactamente.

Un criado de la casa, de saco blanco de lino, se encontraba junto a la enorme puerta entornada. Me dijo que se llamaba Massimo. Le respondí «*buona sera*» y entré en la fortaleza de los Pirata. Observé el soberbio vestíbulo, pintado en ese maravilloso tono de ocre rojizo que suele verse en los frescos antiguos. En el cielo raso azul había querubines y nubes, y en las paredes, candelabros dorados que bien podrían sostener cientos de velas. El piso era de mármol negro y blanco; dos escaleras idénticas de alabastro se unían en medio de una galería de balaustres. Muy impresionada, seguí a Massimo a través de un par de altas puertas dobles hasta una amplia sala. Era tan grande como el vestíbulo, con inmensas ventanas de largas cortinas de seda, y daba la impresión de no haber sido usada en mucho tiempo.

—Bienvenida al *castello Pirata*, signora Harrington —me saludó Lorenzo Pirata, ubicado a mis espaldas.

Sobresaltada, me di vuelta. Me tendió la mano y se la estreché; me habían enseñado a no perder nunca la cortesía, ya fuera enemigo o amigo quien estuviera frente a mí. Lorenzo Pirata estaba impecable, como siempre: impresionante y muy atractivo, con su mirada azul penetrante y sus abundantes cabellos plateados. Un hombre fuerte que podía convertirse en un formidable enemigo. La perra estaba a su lado. No se acercó a saludarme.

—Tiene una casa muy bella, signor Pirata —dije.

Asintió con un gesto.

—Gracias, aunque no es mérito mío. Mi familia construyó el *castello* y yo tuve la suerte de heredarlo. Mi esposa es la responsable de la decoración de esta sala. Creo que hizo un estupendo trabajo, ¿no le parece?

Caí en la cuenta de que no se me había ocurrido pensar en una esposa, y decidí rápidamente que esa mujer debía de ser uno de esos trofeos rubios bellísimos y que, en esos momentos, estaría dedicada a gastar el dinero de su marido en alguna parte.

—En verdad, extraordinario —comenté, mirando los sofás de brocado de respaldares altos, las alfombras de seda, las lámparas de oro, las pequeñas mesas doradas llenas de objetos preciosos. De algún modo, tenía poco que ver con la primera impresión que me había dado Lorenzo, con sus pantalones cortos manchados de pintura.

—¿Desea tomar algo? —ofreció, comportándose como un perfecto anfitrión—. ¿Tal vez una copa de champán?

—Sí, muchas gracias —respondí, actuando, por mi parte, como una perfecta invitada—. Siempre pienso que el champán es una bebida de celebración —agregué,

en el afán por iniciar una conversación. El moderno Pirata sonrió y coincidió en que no había nada mejor.

Me acomodé en el borde de un sillón de brocado y él se sentó frente a mí, en el borde de un sofá.

—¿Y cómo están sus gallinas?

—¡Ay, Dios mío, olvidé agradecerle el alimento que me envió! Gracias a usted no las envenené con alimento para pericos. Creo que están muy bien. Al menos, ya no protestan tanto. Pero la verdad es que todavía no me atrevo a entrar en el gallinero, le tengo terror al gallo.

Se rio, y noté que sus ojos se arrugaban en los costados. Se lo veía muy distinto cuando se reía, más asequible. Seguramente, era un hombre muy interesante, aunque sabía que nunca tendría la oportunidad de descubrirlo.

—Linda perra —mentí, cuando se me acercó a olfatearme—. ¿Cómo se llama?

Lorenzo volvió a reír.

—Vamos, vamos, diga la verdad; es la perra más fea que ha visto en su vida, ¿no es cierto? Se llama Affare, la palabra italiana para «ganga», porque no me costó nada y es la mejor ganga que he tenido en toda mi vida. La encontré en la calle, cerca de mi oficina, donde estaba todos los días, cada vez más flaca. Debe de haberla atropellado un automóvil, porque una mañana la encontré toda ensangrentada, con una pata y las costillas rotas. Nadie querría una perra tan fea. Me miró y yo la miré — se encogió de hombros—. ¿Qué podía hacer? Era mía.

—Y usted era de ella —respondí. En forma inesperada, me sentí conmovida por la anécdota. Volví a mirar a Affare, sentada al lado de su amo, con el muñón de cola oculto entre las patas, mientras su largo hocico blanco husmeaba el aire. Tenía ojos muy pequeños, nariz larga, piel áspera y blanca, y patas cortas. Se necesitaba una enorme fe para ver belleza en ella, pero supuse que había sido su belleza interior lo que había atraído al gran Lorenzo Pirata.

—Perdona, *signore*, el almuerzo está servido —anunció Massimo desde la entrada.

Lo seguimos al comedor, casi tan grande como la habitación que acabábamos de dejar. Estaba pintado en tonos dorados pálidos, con chimeneas de mármol verde esculpido a cada lado, y una serie de ventanales. Alcancé a ver la amplia terraza adornada con una fila de extraordinarias cabezas de esfinge que miraban hacia el mar. La larga mesa del comedor era al menos para veinte personas, y los dos lugares dispuestos para nosotros en uno de los extremos se veían un poco solitarios.

Lorenzo tomó mi silla y me invitó a sentarme.

—¡Esto es como el palacio de Buckingham! —exclamé, y soné como la niña tonta de ocho años que fui alguna vez, en lugar de la mujer de mundo que se suponía que era ahora. Pero Pirata sonrió y replicó que quizá no era tan elegante como el del palacio y que, de hecho, la familia rara vez utilizaba estas habitaciones, salvo durante las festividades, Navidad y otras por el estilo, cuando daban grandes fiestas. Afirmó

que me hubiera gustado verlas.

—Gracias. Estoy encantada. Nunca vi un lugar como este y tampoco almorcé en un sitio ni siquiera parecido.

Massimo estaba sirviendo un plato de pasta: pequeños raviolos rellenos de cangrejo con salsa a base de mantequilla. Estaban deliciosos y así lo dije, disfrutando del almuerzo muy a mi pesar.

—Me alegra saber que aprecia la buena comida, aunque, por su apariencia, no lo hubiera pensado.

—¿Cree que soy demasiado delgada? —respondí, indignada, y al instante me arrepentí de mi reacción. Pero Lorenzo se rio.

—Creo que es usted muy bonita, Lamour Harrington —replicó, desconcertándome por completo. De todas las cosas que podría haber dicho, eso era lo que menos me esperaba.

De algún modo, pude recuperar la presencia de ánimo.

—Mi padre siempre me lo decía, pero, por supuesto, se trataba de un padre. Así que nunca le creí.

—Los padres siempre ven belleza en sus hijas.

Entonces, recordé a Aurora y le comenté que su hija me parecía extraordinariamente bella.

—Desearía que estuviera más consciente de ello —comentó, mientras una mucama con uniforme celeste y delantal blanco entraba a llevarse los platos.

—Habla usted como todos los padres —dije, sonriendo—. Ninguno quiere que sus hijas se vayan con otro hombre.

—Probablemente sea cierto —asintió, mientras servía más vino, al tiempo que Massimo traía el segundo plato: una fuente con deliciosos *scampi*, langostinos, preparados con vino blanco, cebollines y ajo.

—Esto es maravilloso —comenté, al tiempo que perdía las inhibiciones y bebía otro trago de vino; empezaba a divertirme. Al hacerlo, me encontré con los ojos de Pirata que me miraban por sobre el borde de la copa de vino. Estaba riéndose.

Era la tercera copa que bebía y me sentía muy bien. Me incliné hacia adelante, con el codo sobre la mesa y la mano en la barbilla.

—¿Qué le parece tan gracioso? —pregunté, mirándolo de frente.

—Nunca conocí a nadie como usted.

—¿Hombre, mujer o bestia?

—Ah, mujer, sin ninguna duda —me respondió, soltando una carcajada esta vez.

La mucama se llevó los platos vacíos y volvió a aparecer Massimo con una ensalada y una tabla de madera con bordes de plata, colmada de diferentes quesos. Tuve la prudencia de rechazar otra copa de vino, aunque me dio la impresión de que ya era demasiado tarde. Pensé, culposa, que había bajado las defensas y todavía ni siquiera habíamos llegado a hablar de negocios. Pasé por alto el queso.

—¿Pasamos a la terraza a tomar el café? —preguntó Lorenzo—. Me gustaría

mostrarle la vista desde allí.

En la terraza, inmensa, cabían varias de mis pequeñas casas. Rodeaba todo el *castello* en una gran extensión, bajo la sombra de pérgolas sostenidas por columnas de piedra, cubiertas de madreselvas, jazmines y buganvillas rosadas. Un angosto estanque se extendía unos treinta metros o más a lo largo del borde de la terraza, con chorros de agua que caían formando arcos, igual que en la famosa fuente de los jardines de la Alhambra en Granada. Había mesas y cómodas sillas dispuestas bajo la sombra de toldos a rayas y bajo las pérgolas. También había juegos —tableros de *backgammon* y un enorme ajedrez con piezas de plata— y libros dispersos aquí y allá. Como paisajista, me gustó la informalidad lograda a pesar del ambiente grandioso y espectacular. Era como una sala de estar al aire libre, y parecía ser el lugar donde la familia pasaba la mayor parte del tiempo. Me apoyé en la barandilla para disfrutar de la fantástica vista panorámica de la bahía de Salerno, de la costa verde irregular y del mar turquesa que se fundía en el azul del cielo.

—Quisiera alargar la mano y tocarla —dije, sonriéndole a Lorenzo Pirata, que se hallaba junto a mí—. Solo para asegurarme de que no es un telón de fondo.

—Ni siquiera Hollywood puede hacer algo parecido —respondió, pero lo cierto era que tenía los ojos puestos en mí, no en el paisaje.

—¿Y las esfinges? ¿Qué hicieron sus antepasados, enviaron un barco pirata a Egipto?

Sonrió y me contestó que era lo más probable, que las esfinges, sin duda, provenían de Egipto y que creía que las había comprado su tatarabuelo mucho antes de que estuviera de moda saquear Egipto y Grecia en busca de objetos y obras de arte.

—Hay un recibo en los archivos. He olvidado la cantidad exacta de lo que se pagó, pero, de ningún modo, coincidía con su verdadero valor. Supongo que, en cierta medida, también fue acto de piratería.

Massimo sirvió el café y empezamos a beberlo, mientras mirábamos la bahía donde mi padre había muerto ahogado durante una tormenta. Ahora no había siquiera un soplo de viento y el mar parecía una lámina de vidrio azul resplandeciente.

—Nunca vi una tormenta aquí —confesé—. ¿Cómo son?

Se encogió de hombros.

—Muy italianas. Dramáticas, feroces; truenos, relámpagos y remolinos de viento que gimen sin cesar, volteando árboles, levantando techos, la destrucción total. Por suerte, no ocurre a menudo. Y en general, es solo en invierno.

Aunque permanecí mirando el paisaje, podía sentir sus ojos clavados en mí.

—Mi padre murió en una tormenta como esas —musité.

—Lo recuerdo. Fue una gran tormenta, que llegó antes de tiempo.

—¿Conoció usted a mi padre?

—Conocí a Jon-Boy —asintió—. Llegamos a un acuerdo comercial respecto de la casa.

—Ah, claro, la casa —dije, y recordé que esa era la razón por la que estaba allí.

—Mi esposa también conoció a su padre. Le gustó mucho su novela. Recuerdo que me comentó que era como asomarse al alma del hombre.

—Su esposa tenía razón, lo era.

Me di vuelta para mirarlo. Pensé que, en otras circunstancias, Lorenzo podría llegar a interesarme. Me hubiese gustado conocerlo mejor para saber qué ocultaba detrás de su amabilidad y cortesía. Descubrir si había tempestades y volcanes en erupción dentro de él, o si era un personaje frío, un hombre frívolo y superficial. Mirándolo a los ojos, no creía que eso fuera posible. Por alguna extraña razón, a pesar de que sabía que era mi enemigo, quería creer más bien que su encanto era su fachada social y que debajo estaba el verdadero hombre, que solo ansiaba reparar su viejo barco de pesca en compañía de su perra.

—Me gustaría conocer a su esposa —le dije.

—Marella murió hace diecisiete años. Aurora tenía solo tres.

Casi me muerdo la lengua.

—Oh, lo siento mucho.

—No tenía por qué saberlo —respondió en un tono más enérgico—. Y por supuesto, Jon-Boy es una de las razones por las que la invité a almorzar.

—¿Solo una de las razones? —pregunté, con cierto sarcasmo, porque sabía que se estaba comportando en forma cortés, para no decir encantadora, antes de dejar caer la bomba y pedirme que le devolviera la casa.

—Hubo dos. La primera era que quería almorzar con la mujer cuya ambición es la de criar gallinas de corral y cuya compañía he disfrutado muchísimo. Me temo que la segunda es más seria.

—También yo lo temo. No tengo idea de qué es lo que me quiere decir, pero presiento que no es muy bueno.

Abrió los brazos, con las palmas de las manos hacia arriba, encogiéndose de hombros.

—No tengo alternativa. Por cierto, no es el fin del mundo —agregó tajante; no se parecía en nada al hombre de hacía unos segundos—. Tengo que decirle, Lamour, que ha cometido un grave error al volver a Amalfi. Entiendo, por supuesto, que usted quería ver el lugar donde vivió de niña y donde fue feliz con su padre. Esa es la razón por la que permití que se quedara y no le dije nada. Hasta ahora.

—¡Un momento! ¿Acaba de decir que me «permitió» que me quedara? ¿Qué derecho tiene de pedirme que me vaya? La casa pertenecía a mi padre y ahora me pertenece a mí.

Nos miramos frente a frente.

—Lo siento, Lamour, pero la casa no le perteneció a Jon-Boy. La familia Pirata se la arrendó y el contrato expiró en el momento de su muerte.

Al escuchar la noticia, se me doblaron las rodillas y me hundí en una silla. La casa que yo consideraba mi auténtico hogar, mi verdadero hogar feliz, no me

pertenecía. Pero Jon-Boy me había dicho que era nuestra, que siempre viviría allí... ¿Lorenzo Pirata estaba tratando de quitarme la casa por medio de un fraude? Y si era así, ¿por qué?

—Sería mejor que disfrutara del resto de sus cortas vacaciones y que luego regrese a Chicago y siga con su vida allá. Después de todo, Amalfi nada puede ofrecerle a una mujer extranjera y sola.

Me levanté de la silla de un salto, muy enojada. ¿Quién se creía que era, hablándome así, diciéndome que regresara a Chicago como una buena niña? ¡Al diablo con él! Por otra parte, había algo más detrás de todo esto, algo mucho más complicado de lo que parecía.

—Usted quiere que me vaya —dije, tratando de que mi voz pareciera calmada—. Y quiero saber por qué. ¿Cuál es su secreto, Lorenzo Pirata? ¿Qué está ocultando? ¿Tiene que ver con la muerte de mi padre? ¿El hombre que odiaba el agua, que detestaba los barcos y que nunca puso un pie en uno? ¿El hombre, que supuestamente, salió al mar en medio de una tormenta y jamás regresó? ¿Tuvo usted algo que ver con eso, *signor* Pirata? ¿O estoy imaginando cosas, tal como las mujeres solemos hacer?

Ante el tono de mi voz, Affare se levantó del suelo y empezó a gruñir.

—Lo siento mucho, Lamour —respondió Lorenzo, en voz baja—, pero le he dicho la verdad.

—Me está diciendo solo lo que quiere que yo sepa. Pero le voy a decir algo a usted, *signor* Pirata. No voy a ir a ningún lado. He venido a quedarme. Y no me importa cuántos documentos legales y abogados famosos lance contra mí.

Me fui de la terraza hacia el interior de la casa; sabía que me estaba mirando. Me di vuelta al llegar a la puerta. Estaba en el mismo lugar donde lo dejé, observándome.

—Ah, y gracias por el maravilloso almuerzo —agregué, cortés. La señora Mortimer se hubiera sentido orgullosa de mí.

Capítulo 37

Me quité las sandalias nuevas y corrí por la *scalatinella* hasta mi casa. De ahora en adelante, caminaría sin zapatos, como cuando era niña. Las plantas de los pies volverían a endurecerse, y yo también.

Entré en la casa corriendo, quitándome la ropa elegante en el camino. Una vez arriba, me puse los viejos pantalones cortos y una camiseta. Miré fijo a mí alrededor. Este era mi cuarto, mi casa, mi hogar. Nadie me sacaría de allí. Como para demostrar que era mío, abrí la lata de pintura de color damasco, tomé el rodillo y empecé a pintar las paredes. Dieron las siete de la noche antes que me detuviera para tomar un descanso y una ducha caliente para calmar los dolores que sentía en la espalda. Luego, inquieta, caminé por el jardín, mientras tomaba nota mental de las cosas que había que hacer. Me prometí no demorarme más y comenzar los arreglos al día siguiente.

Oí cantar al gallo: demasiado fuerte, como de costumbre. Ah, claro, era la hora de la comida. Las gallinas estaban echadas en el suelo, con las plumas esponjosas, mirándome malhumoradas, y el gallo voló amenazador hasta la alambrada. De inmediato, di un paso atrás. ¿Necesitaba realmente un gallo? Aún no sabía si era posible obtener huevos sin el gallo, lo que demostraba mi ignorancia respecto de la vida sexual de las aves de corral. Abrí la reja y lancé la comida adentro. Las gallinas se levantaron de inmediato como prisioneras muertas de hambre, haciéndome sentir culpable. La verdad era que no sabía nada de aves de corral y tampoco sobre vacas, para el caso. ¿Pero las vacas no eran criaturas plácidas y pacíficas? ¡Quizá debí haber empezado por mi vaquita en lugar de comprar esas aves hurañas!

Con las gallinas ya calmadas, al menos por un rato, volví a mi pintura, decidida a terminar algo de lo que había empezado. Por fin pude hacerlo a la una de la mañana, pese a lo mucho que me dolían los brazos. El cuarto olía a pintura, así que tomé una ducha y bajé a la sala. El viejo sofá recibió mi cuerpo cansado como si me recordara, y me borré del mundo durante unas pocas horas, sin siquiera pensar en Lorenzo Pirata. Pero estaba conmigo cuando desperté, fresco en mi mente.

Me pregunté qué me hubiera aconsejado Jon-Boy. No me gustaba la idea de volver a leer su diario, pero tenía que saber si había escrito algo sobre la compra de la casa y averiguar dónde podría estar el título de propiedad.

Me puse la bata, fui a su cuarto y me senté ante el bellissimo escritorio. Estaba tallado con bonitas caracolas y conchillas, perfectas para una villa junto al mar. Me imaginé que lo había visto en la vidriera de algún anticuario de mala muerte en Nápoles. Quizás en uno de esos callejones de adoquines donde sujetos descarados se ocultaban entre las sombras, listos para asaltar a algún turista ingenuo que se hubiera desviado de la ruta segura. Por supuesto, a Jon-Boy le hubiera importado muy poco

su presencia. Tantas veces habíamos caminado juntos de noche por esas calles oscuras y poco transitadas; yo, con un helado bien aferrado con mis pequeñas manos (y gran parte del helado manchando mi rostro), y Jon-Boy, con un cigarrillo en la comisura de los labios, mirando con curiosidad las entradas polvorientas de las casas. Recuerdo el candelabro de luz mortecina que tanto le había gustado, con sus capullos de rosa pintados y sus coronas de laurel.

—Es perfecto para tu cuarto, tesoro —me dijo, y yo fruncí la nariz y le respondí que estaba loco, que lo único que yo quería era una lámpara con pantalla verde, como la que tenía en su escritorio—. Muy bien —asintió—, pero este es el trato. Te compro el escritorio y la lámpara y, a cambio, haces un trabajo para mí. Después de todo, no puedo permitir que regreses a la casa de los Mortimer como una ignorante, ¿verdad?

El corazón me dio un vuelco cuando mencionó el regreso, pero entonces me miró de soslayo y sonrió, así que me di cuenta de que estaba bromeando. Se lo prometí y me compró la lámpara y el escritorio. Durante un par de semanas, me senté allí a estudiar historia y gramática italiana, aunque la mayor parte del tiempo lo pasaba mirando por la ventana, fantaseando y deseando salir a nadar. Jon-Boy estaba trabajando mucho en su novela, en su mesa de la planta baja, porque entonces aún escribía y no tenía su elegante escritorio.

Abrí el cajón superior y saqué el diario. Luego, me acomodé en la silla, tratando de armarme de valor para leerlo, temerosa de lo que podría revelarme. Por eso, no lo leí directamente, sino que anduve con rodeos, rebuscando en los cajones, donde encontré algunas notas para la novela que no llegó a escribir. Luego, para mi sorpresa, hallé un capítulo entero. Trataba de una niña y de su asombro maravillado ante todo lo que veía en el país extranjero al que había ido a vivir con su padre. La niña era yo, sin duda; el padre, Jon-Boy. En el capítulo, se describía a sí mismo como un hombre bondadoso, pero irresponsable, un nómada, yendo de un lugar a otro, siempre en busca de algo nuevo que le sirviera de inspiración: una nueva ciudad, un nuevo vino, una nueva mujer. La única constante en su vida era la niña, sin la cual, como decía al final, no era nada.

«Soy un hombre sin identidad. Un fracasado —escribió—. Pertenece a los niños, y no importa cuánto luchemos y nos esforcemos por liberarnos, ellos nunca nos dejarán ir. Ese es el amor verdadero».

Puse el capítulo a un lado. El hombre que creí tan fuerte, tan invencible, el hombre que era dueño de sus actos y de su mundo, había confesado que, en el fondo de su alma, se consideraba poca cosa, salvo ante los ojos de su hija. Me quedé largo rato pensando en él. Deseaba tenerlo a mi lado para decirle que no era un fracasado, ni en su trabajo, ni en su vida, ni en el amor. Quería decirle que era el mejor padre que cualquier niña hubiera querido tener, y que yo no hubiera cambiado el tiempo que pasé con él en Italia por nada del mundo. Guardé el escrito en el cajón. Como no tenía ánimo para leer sus tristes confesiones en el diario, me dirigí al pueblo, compré una guadaña en la tienda de Umberto, luego regresé y atacé el jardín.

En los días que siguieron, trabajé como una poseída, quizá para demostrarme a mí misma y a Lorenzo Pirata que esta era mi casa y que, tal como lo aseguré, allí me quedaría a vivir. Desmonté los matorrales, removí la tierra y la fertilicé, arranqué la maleza con mis propias manos, pinchándome los dedos con las espinas. Me metí hasta las rodillas en la cascada fría y torrentosa y quité los yuyos que crecían en las orillas. Despojé el mirador de sus radiantes capas azules de esplendor matutino, lo lavé y luego me subí por una escalera para refregar décadas de suciedad acumulada.

Había olvidado lo bello que era el mirador, de proporciones perfectas, con elegantes columnas y la cúpula de mosaicos azules. Me fui de inmediato al pueblo a comprar un par de delicadas sillas de hierro y una pequeña mesa para bebidas. Las puse allí y, ese atardecer, celebré mi arduo trabajo sola, con una botella de *Prosecco*, disfrutando de una puesta de sol soñada. Después, me dediqué a la gran franja de adelfas róseas y a la buganvilia púrpura cuyas ramas habían invadido la terraza; las corté con la guadaña y me llené de más heridas y más vendas. Entonces, descubrí algo que me sorprendió enormemente.

Oculto detrás de los arbustos que rodeaban la terraza, había una banca larga de azulejos. Los azulejos eran de Vietri, otra ciudad ubicada en la costa de Amalfi. Estaban pintados a mano, con figuras de ramas de limonero y de olivo, rayos de sol y olas turquesas, bordeadas de espuma blanca plateada, sobre un fondo azul cobalto. Incluso tenían un dibujo del *castello* sobre la colina, con la bandera pirata flameando, como siempre ocurría cuando llegaba la familia. Aparecía también mi pequeña y encantadora casa, con su cúpula y sus arcos, enmarcada por cedros y flores rosáceas. Todo estaba allí, incluso la cascada y la piedra de la meditación. Era asombrosa, una verdadera obra de arte, con delicadas curvas, caracolas y fascinantes trazos. Recordé haber visto una banca similar durante una visita al hotel San Pietro en Positano con Jon-Boy. Sabía también que debió costarle un dineral y supuse que la compró cuando aún recibía las regalías de la novela. Me alegré de que lo hubiera hecho.

Recorté los arbustos en flor con mucho cuidado, a fin de que enmarcaran la banca sin taparla. Luego, la medí, para confeccionar los almohadones. Los mandaré a hacer en el pueblo, en lona de vela amarilla, ribeteados con cintas azul cobalto.

Me senté en mi banca, con un profundo sentimiento de logro y satisfacción. Estaba reivindicando la casa como propia. Ya había dado los primeros pasos en la restauración del jardín. Además, había pintado mi dormitorio, comprado una cama nueva y también una refrigeradora; y el empleado del depósito de propano se había comprometido ya a venir a inspeccionar la cocina. En el pueblo de Pirata encontré un deshollinador a la antigua, que me prometió que vendría pronto a limpiar la chimenea, para poder encender leños en invierno. Empecé a anticipar el placer de escuchar el crujido de los leños, de quedarme mirando el bailoteo de las llamas y asistir al rumor del mar de invierno cuando golpea contra los acantilados.

Pero lo que realmente había logrado era olvidarme durante una semana entera de Lorenzo y de su conspiración contra mí. Seguí adelante con mi vida, por mi cuenta.

Así era como quería que ocurrieran las cosas.
Entonces, Nico apareció de nuevo.

Capítulo 38

Lamour.

—¿Cómo estás, cara? —saludó Nico, mientras bajaba las escaleras hasta mi bella banca de azulejos, donde estaba sentada, tomándome un descanso de mis labores.

Nico no podía haber elegido un momento más inoportuno. Me sentía acalorada, cansada y sudorosa. Tenía tierra bajo las uñas, vendas sobre los raspones y el cabello estirado hacia atrás y sin gracia. Parecía una vieja de cien años.

—No sé muy bien cómo estoy. Me siento demasiado cansada para ponerme a pensar en eso.

—Pobre niña —comentó y se sentó a mi lado. Yo mantuve la mirada al frente; podía sentirlo estudiando mi perfil y, muy incómoda, me eché hacia atrás los mechones de cabello húmedo. Me tomó la mano, la abrió y empezó a examinarla.

—Pero ¿qué es esto? —exclamó, horrorizado—. ¿Qué te pasó?

Me encogí de hombros.

—Nada importante; solo un poco de trabajo pesado.

—¡No es necesario que lo hagas tú! Mifune tiene a su disposición una cuadrilla de hombres que trabajan en nuestros jardines. Podría haberte mandado a uno o dos para que hicieran el trabajo más pesado. Cara, no naciste para talar árboles: hay otras ocupaciones más apropiadas para una mujer como tú. —Le lancé una mirada desde el rabillo del ojo. Lo que decía era tan ridículo que me provocó risa.

—Déjame que lo resuelva por ti —agregó. Sin embargo, negué con la cabeza y le contesté que quería hacerlo sola.

—A pesar de lo que piense tu padre, esta es mi casa, y yo misma voy a cuidarla —respondí con firmeza.

Pasando por alto la mención a su padre y tratando de halagarme, añadió:

—Al menos, cena conmigo esta noche. Hablaremos sobre tu pulsera.

Me ablandé un poco. Después de todo, su gesto había sido generoso y encantador, pero no pude dejar de preguntarme qué esperaba conseguir a cambio. No obstante, pensé también que me estaba comportando de un modo muy desagradable; recordé mi buena educación y le agradecí la invitación.

—De veras, no debiste hacerlo —agregué—. Por eso te envié el cheque.

—Y aquí está, te lo devuelvo. —Apoyó el cheque en la banca, entre los dos—. Por favor, es un regalo. Permíteme ese gusto.

Al mirarlo, encontré su mirada suplicante. ¿Cómo podía resistirme? ¡Diablos!, ¿por qué habría de hacerlo? Haberle declarado la guerra al padre no quería decir que no pudiera divertirme con el hijo.

—Bueno, cenaré contigo. Pero con una condición: yo pago.

Eso lo hizo reírse a carcajadas.

—¡Ay, ustedes las mujeres modernas y su independencia!

—Tómalo o déjalo.

—Muy bien, acepto —asintió, entre resignado y risueño.

Lo dejé en el jardín, examinando mi trabajo de una semana, mientras tomaba una ducha, me lavaba el cabello y me vestía con algo más o menos elegante. Dejé que mis cabellos se secaran al viento: esta vez fuimos en el convertible rojo de Nico y, con la capota baja, subimos a toda velocidad por el camino montañoso en dirección a Ravello.

Llegamos al fin al magnífico hotel *Palazzo Sasso*, y Nico se dirigió sin dudar hacia el bar, donde era obviamente muy conocido. Parecía el lugar de encuentro de las celebridades del mundillo literario y artístico, y mientras admiraba a las elegantes mujeres llenas de joyas, deseé, sin mucho entusiasmo, haber hecho un mayor esfuerzo en la elección de mi atuendo.

Nico saludó a varias personas como si fueran viejos amigos; esta vez me presentó y se comportó de una manera muy apropiada. Luego, me llevó a una mesa apartada y pidió una botella de champán.

—¿Tu familia siempre bebe champán?

—¿Qué quieres decir?

—Almorcé con tu padre el otro día. Él también sirvió champán.

Nico alzó las cejas y durante un instante pareció desconcertado.

—Espero que hayas disfrutado de tu almuerzo —comentó, pero me di cuenta de que se estaba controlando para no preguntarme los motivos del encuentro. De todos modos, se lo dije.

Volvió a llenar las copas.

—Nada de eso me incumbe —contestó con frialdad—. No sé nada sobre eso. — Me miró y luego agregó—: Lo único que sé es que deseo que te quedes.

Sus palabras levantaron mi ánimo, como las burbujas en la copa de champán.

—No te preocupes, caro, no iré a ninguna parte —respondí, haciéndolo reír.

—¿Te gusta este hotel? —Señaló los espléndidos vestíbulos revestidos en mármol, los preciosos ramos de flores, los elegantes camareros en sacos blancos, los ascensores de vidrio y la cascada.

Me encogí de hombros.

—Sí, supongo que sí —agregué, y empezamos a reírnos de nuevo.

Me tomó la mano y me susurró al oído:

—Podrías disfrutarlo, *Lamour*. Podríamos ir una *suite* y quedarnos allí, tú y yo, juntos. Te abrumaría con el lujo que mereces; te bañaría con pétalos de rosas y te colmaría de los besos que necesitas; te haría el amor del modo más perfecto.

Era tan exagerado que me reí.

—Gracias, pero no esta noche; quizás, en otro momento.

—Muy bien —respondió de inmediato, como si hubiera esperado que lo

rechazara y todo fuera parte de un juego—. Entonces, me invitarás a comer.

Me llevó al auto y luego, colina abajo, a una sencilla cantina que estaba allí desde hacía unos trescientos años, llamada *Cumpá Casimo*. El dueño conocía a Nico — ¿quién no?— y, aunque el lugar estaba abarrotado, encontró una mesa para nosotros. Nos sentamos bajo los arcos elevados y nos sirvieron ternera con limón y una deliciosa pasta casera. Era exactamente el tipo de comida que me confirmaba por qué me gustaba tanto vivir en Italia.

—¿En qué otro lugar se puede comer así? —comenté, mientras me servía otro plato, y Nico se ríe de mi gran apetito hasta que me sentí un poco avergonzada de seguir comiendo.

—Por favor, continúa. Eres muy sensual cuando comes.

—Nunca pensé que la comida fuera sensual.

—Por supuesto que lo es. ¿Qué puede ser más sensual que la comida y el vino? Incluso un simple pan con queso con un vaso de Chianti en un pícnic bajo los árboles puede ser sensual. Carina, estás demasiado acostumbrada a las comidas rápidas y a comer solo para saciar el hambre. La buena comida también sirve para satisfacer los sentidos.

Cuando nos miramos a los ojos, me sentí profundamente conmocionada. Nico podía seducir hasta las piedras y volver locas a las mujeres con su encanto. «Pero no a mí» pensé, mientras me esforzaba por mirar a otro lado y aferrarme a la realidad.

Regresamos por el camino de la montaña, despacio esta vez, hasta mi lugar de estacionamiento, junto a mi santo guardián. Nico apagó el motor y nos quedamos escuchando el viento entre los árboles y el canto de los grillos. Me sentí como una colegiala en una cita con el muchacho más deseado de la escuela en un convertible rojo. Nico me observaba. Me tomó la barbilla entre las manos y giró mi rostro hacia él. Se inclinó hacia mí y, con los ojos entornados, su boca comenzó a buscar la mía. Sentí su suave respiración en la mejilla, aspiré el aroma suave a limón de su agua de colonia... Recuperé el buen juicio justo a tiempo: apoyé mi dedo sobre sus labios e interrumpí el beso.

Nico suspiró.

—Eres una mujer muy contradictoria, Lamour. Alientas a los hombres y luego te echas atrás. ¿Por qué, *carina*? Es solo un beso entre amigos.

—En ese caso, puedes darme un beso aquí —le respondí, señalándole mi mejilla. Así lo hizo, y ambos nos reímos.

—Me he divertido mucho esta noche, Nico —dije, muy en serio, porque me había hecho olvidar todos mis problemas.

Aunque quiso acompañarme hasta la puerta, no lo dejé. Más tarde me pregunté si, después de todo, fue porque no estaba segura de no poder resistirme al beso, y quizá tampoco a otro... y luego... Era mejor así.

Capítulo 39

Lamour.

A la mañana siguiente recobré el juicio y pensé que quizá Lorenzo no estaba mintiendo y que Jon-Boy no había comprado la casa. Lo pensé mientras bebía mi café matutino y observaba una flotilla de veleros surcando la bahía, empujada repentinamente por una fuerte brisa que agitaba las hojas de los olivos y me desordenaba el cabello.

Mi única salida era hacerle una oferta para comprar la casa. Le diría a Lorenzo que pusiera el precio y que no se lo discutiría. Suspiré; sabía que se negaría. Lorenzo no quería que me quedara, y estaba segura de que tenía que ver con Jon-Boy, así que por más que detestara la idea, me di cuenta de que la única forma de averiguarlo era leyendo el diario de mi padre.

Me tomé otra hora de descanso y bastante cafeína antes de subir las escaleras, ir a su cuarto y abrir el cajón donde estaba el diario. Aun así, sentía que no podía sentarme ante el escritorio donde lo había escrito, de modo que me lo llevé al jardín, con la esperanza de que la luz del sol y la brisa ahuyentaran a los «fantasmas».

En el pacífico mirador, protegido del sol, pasé la mano por el fino cuero azul marino, mientras imaginaba a mi padre eligiendo el diario en alguna elegante librería de Roma. Siempre le habían gustado las cosas caras, incluso cuando éramos pobres. Recuerdo el día en que compró el reloj de viaje: «No se trata solo de lo que compras —me dijo mientras mirábamos los mostradores de vidrio reluciente de Cartier—. Es el hecho de comprar. Mira cómo nos tratan. Aquí tú serás siempre un «tesoro», un «tesorito», y yo, automáticamente, un «caballero». En ese momento, escuché sus palabras, como siempre lo hacía, sonriéndole con cortesía al vendedor, yo, el «tesorito» al que le faltaban los dientes de arriba. Entretanto, retorció la punta de mi trenza, con la esperanza de que Jon-Boy tuviera dinero suficiente para pagar el reloj. Supongo que ese día sí lo tenía, porque lo adquirimos; de hecho, sigue estando en su mesita de luz, y yo nunca olvidé su consejo sobre el fino arte de hacer compras.

Revisando las páginas del diario, descubrí que las entradas empezaban a espaciarse después del primer mes, donde había escrito sobre su fascinación por la bella C. y sobre la pobre I., la mujer desechada. Continuaba con una sola entrada en abril:

Mi vida ha cambiado. Soy como un hombre en un sueño, un amante que espera que su mujer lo llame. Cuando no lo hace, caigo en la desesperación. ¿Cómo puede ser? ¿Cómo puedo permitirle que controle mi vida de este modo? La respuesta es simple: la quiero, la necesito. Necesito estar con ella, capturar su mirada desde el

otro lado de un salón en una fiesta, como hice la primera noche, cuando nos reconocimos el uno al otro, y nos buscamos. En ese momento, no hubo duda ni vacilación; sencillamente nos fuimos y caminamos por la Roma nevada tomados de la mano, hasta que llegamos al apartamento y a la cama donde hicimos el amor.

Siempre me he considerado un hombre honorable, del tipo que nunca persigue a la mujer de otro hombre, pero esta vez no me quedó otra alternativa. Fue el destino; mi suerte estaba echada. Por supuesto, C. lleva una vida social intensa, junto a su marido millonario, al que no renunciará, así que estoy condenado a esperarla hasta que pueda verme. Camino de arriba abajo por mi apartamento; me la imagino con otros hombres, coqueteando y seduciéndolos como solo ella saber hacer. La mente ya no me funciona de esa manera autónoma en que solía hacerlo cuando escribía mi primera novela, cuando podía aislarme de la realidad, olvidar todo lo que me rodeaba y sumergirme en la vida de los personajes. Estaba creando. Ya no hay personas de ficción en mi cabeza que pueda convertir en personas «reales». Se han ido, al igual que todos mis pensamientos racionales.

Mi pobre I. está preocupada. Lo veo en sus ojos, en la pequeña y constante arruga entre sus cejas, en el modo en que intenta permanecer silenciosa cuando estoy sentado a mi escritorio. Se desliza por la casa como un ratoncito temeroso de que la pise el gato grande y malo. Y es en eso, exactamente, en lo que me he convertido. ¿Aún la quiero? Me he hecho esa pregunta más de mil veces desde enero, y creo que la respuesta es que sí, que la quiero. La abrazo, la consuelo, a veces incluso hacemos el amor, pero lo cierto es que nuestra relación está terminada. Me siento indefenso ante la fuerza que transmite C. Que Dios me ayude; creo que pronto tendré que enfrentarme a I. y romper con ella, pero no quiero herirla. Mucho más fácil sería seguir el camino del cobarde y dejar que ella misma llegue a la conclusión de que todo ha terminado; permitirle el honor y la dignidad de que tome por su cuenta la decisión de irse.

Mientras tanto, C. acaba de llamar: la veré esta noche. Dará una fiesta para un autor italiano famoso que ella quiere que conozca. Le pregunté por qué, si sabía que daría la fiesta, no me había invitado antes. Sin decir que el autor era un escritor galardonado y mucho más distinguido que yo, me respondió sencillamente que creyó que no la disfrutaría. Además, su marido era quien la convocaba, no ella. ¿Iría de todos modos? Tentado por la posibilidad de lo que podría ocurrir después, le dije que sí, que por supuesto iría.

Era evidente que mi padre estaba locamente enamorado de C, aunque no estaba segura de que el enamoramiento fuera recíproco. Pronto cambié de opinión, al leer la entrada del día siguiente.

C. se comportó de una manera muy celosa anoche, tomándome del brazo y manteniéndome alejado de otras mujeres bonitas, a pesar de que el marido estaba

allí, observador como siempre. Sospecho que no es esta la primera vez que C. le ha sido infiel, aunque ella jura que no es cierto. Durante toda la noche, el autor italiano fue tratado como una celebridad, halagado y aplaudido, mientras que yo me mantenía distante con mi vaso siempre lleno de vodka —la bebida de C, a la que me ha hecho aficionado—, emborrachándome en silencio. Sentí vergüenza de presentarme en la fiesta, porque no estoy trabajando en mi oficio, ni realizando mi sueño, ni yendo a ninguna parte. Me pregunté cuánto tiempo seguiría así y me dije que tenía que terminar de una vez por todas, que al día siguiente me sentaría de nuevo a mi escritorio sin pensar en absoluto en C, solo en el trabajo y con los personajes de mi nueva novela por delante, esperando que les dé sus almas. Hay, en definitiva, algo divino en lo que hago, dando vida a personas cuyo destino solo yo controlo. ¡Ojalá tuviera el mismo control sobre el mío!

Por fin, cuando los invitados empezaron a retirarse de la fiesta, C. me miró a través del salón, como siempre hace. Hizo un gesto afirmativo y sonrió; siguiendo su indicación, me despedí de todos y caminé rápido por las calles lluviosas, hasta el pequeño apartamento que tenía alquilado cerca de allí. Llegó una hora después, entre murmullos de tafetán de seda, desparramando gotas de lluvia, con una gran sonrisa en sus labios exquisitos. Tocaban una melodía de Colé Porter en la radio; su aroma invadió la pieza y las velas parpadearon. Estaba en mis brazos y nada más me hacía falta. Todo cayó en el olvido, excepto C. y aquel instante.

Cerré el diario, dejando la página marcada, porque sabía que tenía que seguir leyendo. Un suspiro subió desde lo más hondo de mi alma. Jon-Boy se había perdido en el amor o la infatuación o el sentimiento, fuera cual fuese, que sintiera por esa misteriosa mujer. Su mente había quedado fragmentada. Su trabajo siempre había sido lo más importante para él. Escribir era lo que hacía, lo que constituía su ser. Sin la escritura, se había convertido en un juguete en las posesivas y bellas manos de C. ¿Qué había ocurrido con la pobre I., la mujer a la que mi padre pensaba apartar de su vida? Las páginas del diario mostraban que lo único que le importaba por esos días era C.

Revisé las páginas siguientes, vacías en su mayoría. Parecía que Jon-Boy tampoco había podido seguir escribiendo su diario. Cuando estaba por volver a cerrarlo, encontré otra entrada; era de octubre, el mes de su muerte. Me sorprendió hallar mi nombre allí.

Si no fuera por Lamour, me atrevería a decir que la felicidad me ha abandonado. Pero cuando recibo sus cartas o escucho su voz familiar en el teléfono, siento que vuelve a vibrar mi corazón y me encuentro con una sonrisa en los labios. Quizás hice mal en dejarla; nunca le pregunté cómo se sentía. Pensé que estaría bien con los Mortimer, que la quieren como si fuera su hija. Lo que nunca comprendí por completo fue que, más allá de quién la

quiera, yo soy su padre y mi amor es el que más importa. Durante todos esos primeros años, éramos solo Lamour y yo contra el mundo. La fama me sacó de ese mundo, y ahora me arrepiento. ¡Qué simple era la vida en aquel entonces, qué fácil y racional! Ahora estoy confundido, ni siquiera puedo escribir. Encuentro apenas un resto de esa vieja felicidad cuando recuerdo los días que pasamos juntos en la casa de Amalfi. Quizá la próxima semana o la siguiente o la que sigue después, la llamaré y le diré: «Hola, Lamour, ¿por qué no vienes a acompañarme? Recuperemos nuestra vida; seamos lo que alguna vez fuimos, solo tú y yo juntos, aquí, en nuestra casa». Por un tiempo al menos, porque sé que al final voy a perderla, cuando se vaya con un muchacho joven y atractivo que la hará mucho más feliz que su padre fracasado. Y así debe ser.

Cerré el diario, regresé arriba y lo guardé bajo llave en el escritorio. Me sentí muy triste de que no hubiera hecho esa llamada. Nuestras vidas habrían sido muy diferentes si la hubiese hecho.

Capítulo 40

Lamour.

Decidí enviarle una nota cortés a Lorenzo por medio de Mifune, pidiéndole disculpas por mi comportamiento grosero y explicándole que me había sentido muy sorprendida y alterada. Le decía que esperaba poder comprar la casa donde mi padre y yo fuimos tan felices, ya que ello significaba mucho para mí. Luego, recordando que a Lorenzo le molestaba mi presencia y mi cercanía en la localidad, agregué que, por asuntos de negocios, debía pasar varios meses del año en Chicago. Esperé la respuesta con los dedos cruzados.

Pasó una semana. Mifune me dijo que Lorenzo no estaba en el *castello* y que tampoco había podido encontrar a Nico por ninguna parte. Empecé a echar de menos que se presentara en el momento menos pensado, para invitarme a pasear y hacerme reír.

Mientras tanto, la situación de la casa seguía sin resolverse. Sin embargo, no me sentía derrotada, y para demostrármelo a mí misma fui hasta la marina que me había recomendado Mifune, en Sorrento, y me compré una lancha. Solo tenía diez años, es decir, poca antigüedad para una lancha; apenas había espacio suficiente para mí, otra persona y las compras. El motor fuera de borda no encendió al primer intento, pero luego arrancó, y partí a toda velocidad por la marina atestada de gente, entre los bocinazos y las miradas feroces de los marineros. Encargué que pintaran mi pequeña embarcación en mi tono favorito de azul, con el nombre de La dama Lamour en dorado, sombreado en negro, con el fin de resaltarlo.

Gasté una buena suma de dinero, pero recordé los consejos de Jon-Boy sobre la forma de hacer compras y disfruté de cada paso de la transacción. Me sentí muy bien, incluso cuando pagué. Me dije que tendría que volver a trabajar y ganar más dinero. Mientras tanto, aún tenía mis ahorros de la venta del apartamento, que esperaba que cubrieran el costo de la casa de Amalfi. Eso, si Lorenzo Pirata me respondía y estaba de acuerdo.

Capítulo 41

Pasó otra semana y aún no tenía respuesta de Lorenzo. No le dije nada a Mifune. Mientras trabajaba con él en el jardín, pude notar que me observaba y me di cuenta de que sentía lo mismo que yo. Mi amigo comprendía la razón por la que necesitaba la casa y qué era lo que estaba buscando, y me sentí reconfortada sabiendo que me ayudaría a encontrarlo.

—Paciencia, cara —me dijo, al verme caminar, llena de inquietud—. Todo se resolverá algún día.

Me hubiera gustado estar tan segura como él.

Entretanto, aún no me habían entregado la nueva refrigeradora. Tampoco el lavarropas ni la secadora. Luego, llegó una nota en tono fuerte del *architetto*, en la que me comunicaba que había una erosión en el acantilado que debía ser subsanada... a un alto precio. Además, era necesario reemplazar el tanque séptico, y quizá también hubiera algunos problemas estructurales en la parte de atrás de la casa, donde lindaba con el acantilado. Adjunta había una cuenta astronómica, que excedía en mucho la cantidad presupuestada para la inspección.

Por otra parte, mis gallinas no habían puesto ni un solo huevo. Comían frenéticas, luego desaparecían en su nuevo y caro gallinero de madera para dormitar en sus nidos, mientras el señor gallo patrullaba el perímetro del corral como el guardia de una cárcel, cacareando cada tanto para hacerme saber que él era el jefe. Sabía que tendría que dejar en libertad a las pequeñas bribonas para ver si, de ese modo, ponían huevos. Pero la sola idea de enfrentarme con el gallo a campo abierto era intimidante, y postergué el proyecto de libertad para más adelante.

No hubo progresos en ninguno de los frentes. Me mantuve a la espera de la respuesta de Lorenzo. Aun así, mi casita me envolvió en su viejo encanto, mientras yo luchaba por recuperarme. Entonces, una linda mañana azul, llegó el camión con los nuevos aparatos electrodomésticos. Dos hombres corpulentos en overol se aparecieron en la parte de arriba de la *scalatinella*, uno con el lavarropas en brazos y el otro con la secadora.

Miré, incrédula, mientras bajaban por los peldaños, cargando los aparatos. El segundo hombre pisó mal, se tambaleó de costado y, luego, todavía con la secadora en brazos, cayó sobre su amigo, que, a su vez, se bamboleó hacia adelante. Abrió los brazos para recuperar el equilibrio, dejando caer el lavarropas, que se estrelló contra los peldaños y empezó a rodar hacia abajo. Le siguió la secadora, rebotando alegremente. Los dos hombres terminaron sentados en el suelo, limpiándose el polvo, mientras mi lavarropas y mi secadora, convertidas en un montón de chatarra, yacían inservibles al pie de la escalera.

—*Scusi*, perdona, *signora* —dijeron, levantándose y revisándose en caso de tener

algún corte o lastimadura—, ¿no tendrá una venda?

—¡Una venda! —grité, recuperando la voz, pues me había quedado muda de espanto—. ¿Quieren una venda? ¡Miren cómo ha quedado mi lavarropas nuevo! ¡Está destrozado! ¡Los dos aparatos están destrozados!

Se dieron vuelta a mirar el montón de chatarra.

—*Calmo, calmo*, no es nada que no tenga arreglo —dijo uno en tono conciliador.

—¿Arreglo? ¿Quieren arreglar ese montón de basura inservible? No, de ningún modo; voy a llamar a su jefe.

Subieron las escaleras y me puse a caminar de un lado a otro, preguntándome, llena de pesimismo, quién iba pagar por todo eso, con la sospecha de que tendría que hacerlo yo. Cinco minutos después, reaparecieron en la parte de arriba de la *scalatinella*, esta vez con mi refrigeradora entre los dos.

—¡Paren! ¡Paren! —Moví frenética los brazos—. ¿No tienen una carretilla o algo parecido para bajar la refrigeradora?

—Ah, sí, sí, *signora* —respondieron; y, murmurando por lo bajo, uno de ellos soltó en forma abrupta su lado y dejó a su compañero esforzándose por sostener por sí solo la refrigeradora. Cerré los ojos. A esas alturas, pronto quedaría arruinada.

El otro regresó con una carretilla demasiado chica. Entre rezongos, levantaron la refrigeradora y la colocaron encima. Contuve el aliento, mientras bajaban el acantilado peldaño por peldaño hasta la terraza. Respiré con alivio. Muy bien, al menos tendría una refrigeradora. Los guie hasta la puerta principal, señalándoles con cuidado el escalón.

Mientras maniobraban para subirla, la nueva refrigeradora se inclinó hacia la izquierda. Luego hacia la derecha, luego de nuevo hacia la izquierda... Me lancé contra ella, tratando desesperadamente de estabilizarla, pero no sirvió de nada. Cayó al suelo con gran estruendo, solo que, esta vez, fue sobre mi pie.

—¡Por Dios! —Me quedé sin aliento, saltando hacia atrás, con el rostro contraído de dolor—. ¡Miren lo que han hecho ahora!

—Perdona, *signora* —se disculpó el más fornido, en tono solemne—, pero fue culpa suya. No debería haberla agarrado; la teníamos bien sujeta.

No valía la pena discutir. Sabía que tendría que tratar el asunto con el dueño de la tienda donde compré los electrodomésticos. Mientras tanto, llevaron mi refrigeradora golpeada a su lugar en la cocina. Allí estaba, abollada y maltrecha, pero al menos funcionó cuando la conectaron. Hasta me alegré un poco.

Me despedí de los empleados y subí a saltitos la escalera hasta el baño para meter el pie lastimado en una palangana de agua fría, porque, por supuesto, aún no tenía hielo. Llena de amargura, revisé mi pie hinchado. Nada, absolutamente nada, me salía bien. Esta vez, ni siquiera estaba Nico para apiadarse de mí.

Pero sí estaba Aurora Pirata.

Capítulo 42

La joven Pirata se encontraba sentada en la banca, delante de la puerta de mi casa, con las piernas cruzadas, la cabeza echada hacia atrás y los brazos extendidos, como en una fotografía para una revista de modas. Me dejaba perpleja que la muchacha no fuera consciente de su belleza; podría ser una modelo de Vogue cuando quisiera. La saludé, cautelosa y un tanto sorprendida. Asintió con la cabeza y me respondió con un «*ciao*».

—Me sorprende verte aquí, Aurora —dije, porque ella no hizo ningún intento de iniciar una conversación o de explicarme por qué estaba allí.

—Pensé que debía decirte que le voy a pedir a mi padre que me regale esta casa —me explicó, con la rapidez con que solía hablar. Pensé que significaba que estaba nerviosa, pero también había algo maniaco en ella en momentos como ese—. Le diré que la quiero para tener mis hijos aquí cuando me case. Sabes, por supuesto, que me la daría, Lamour; nunca me niega nada.

Me encolericé. Estaba harta de Aurora y de su padre.

—Genial —respondí cortante—. Entonces, también puedes quedarte con el nuevo lavarropas y la secadora. Están allá abajo, al pie de la escalera, ¿o no te diste cuenta? Y también puedes quedarte con las malditas gallinas.

—¿Qué gallinas? —preguntó con tanta dulzura que me desconcertó. La miré con desconfianza, pero, de pronto, parecía realmente interesada—. Tuve gallinas cuando era pequeña. Mi madre y yo, las dos juntas. Eran blancas; los pollitos eran adorables. Sé muy bien cómo criar gallinas.

—Genial. Entonces no vas a tener ningún problema con estas —repliqué con brusquedad, sin dejarme conmovir por su nuevo tono dulce.

—Ah...

Se la veía tan afligida que, a pesar de mi cólera, me compadecí de ella. La muchacha era como el mercurio líquido, que se parte en diferentes direcciones a la vez. Me era difícil comprender sus estados de ánimo. De todos modos, sabía que no le caía bien y que no quería que me quedara.

—Estoy segura de que tienes razón acerca de tu padre. Dudo mucho que te niegue algo.

Con un movimiento tan ligero y airoso que me dejó sin aliento, se puso de pie. Pensé que debería haber sido bailarina de *ballet*, tan fina y elegante, mirándome con tristeza en ese momento.

—Gracias por escucharme —dijo, con una especie de dignidad modesta.

La observé cuando partió, vi que se detenía y miraba la refrigeradora estropeada. Luego subió despacio por la *scalinella*, de regreso al *castello*, según supuse. Parecía haberse olvidado por completo de las gallinas.

Pensé que la posibilidad de hacerme la pequeña casa era incluso menor que antes.

Capítulo 43

No podía seguir esperando la respuesta de Lorenzo y decidí ir a verlo. Massimo me abrió la puerta.

—Veré si el *signore* está disponible —dijo con solemnidad.

Esperé en el vestíbulo rojo pompeyano, mirando los cuadros, hasta que Massimo regresó y me dijo que el *signore* estaba en casa. En lugar de ir al *salone*, me condujo por la escalera, rodeando la terraza, a la torre de piedra. Me dejó sola en una habitación revestida de estantes de libros del piso al techo, con ventanas grandes y angostas ubicadas en lo alto de las paredes de piedra. La perra entró, me lamió la mano y movió la cola alegremente. Al menos uno de los Pirata era amistoso.

Lorenzo bajó las escaleras.

—Venga, siéntese, Lamour —comentó con tono cálido.

Llevaba puestos sus pantalones cortos, sucios de pintura, y una camisa roja de polo, y me dio la impresión de que parecía un aviso de Ralph Lauren, donde se ve a uno de esos sujetos de clase alta que viven en antiguas mansiones. No se podía creer lo apuesto que era Lorenzo, pero sí le creí cuando me dijo:

—Sé por qué está aquí, Lamour. Siento mucho no haber podido darle una respuesta antes, pero salí en viaje de negocios: Nueva York, y después París. —Se encogió de hombros—. Estoy contento de estar de vuelta en casa.

Se acomodó en la silla de cuero detrás del escritorio, mientras hacía girar con rapidez una lapicera entre los dedos.

—Le agradezco la nota que me envió, pero me temo que no puedo cambiar mi posición. No puedo venderle la casa. —Al ver mi expresión desolada, agregó—: Lo siento mucho, Lamour, pero sencillamente no es posible. No obstante, espero que disfrute del resto de su estadía.

Me sentía una tonta por haberme expuesto a esa situación. Estábamos a pocos centímetros de distancia, cada uno intentando descifrar el rostro del otro. Lamenté tener que ganarme su antipatía, porque era un hombre interesante de un modo que no había conocido nunca antes.

—No sé cuándo me voy a ir —reconocí— si es que me voy alguna vez. Si eso me convierte en su enemiga, que así sea.

Lorenzo inclinó la cabeza en señal de aceptación y me acompañó hasta la puerta.

—Adiós, Lamour Harrington —se despidió.

Me pareció ver un destello de tristeza en su rostro, pero desapareció tan rápido que no pude estar segura.

—Adiós —respondí con voz entrecortada y regresé por el sendero a la pequeña casa que ya no era mía.

Capítulo 44

Lorenzo.

Más tarde ese día, solo en su casa, Lorenzo empezó a tener remordimientos de conciencia. No podía olvidar el gesto de desolación de Lamour. No había pensado que fuera tan vulnerable ni había previsto lo mucho que la afligiría su decisión. Vio a Mifune trabajando en el jardín, medio oculto bajo un sombrero de paja, que parecía demasiado grande para su delicada contextura. Como siempre, Lorenzo sintió una oleada de ternura por el anciano, que, sin duda, lo conocía mejor que nadie, con la excepción de su esposa, Marella. De hecho, no había nada que no supiera; por ese motivo, fue a buscarlo en ese momento.

—*Buona sera*, Mifune. ¿Podrías acompañarme un rato? Necesito hablar contigo. —Se sentaron en una banca de piedra al costado del sendero. Affare se echó a los pies de Lorenzo, alerta a sus movimientos—. Le dije a Lamour que no podía venderle la casa y quedó desolada. No me había dado cuenta de cuánto le importaba.

—Lamour se acuerda de lo feliz que fue allí, *signore*. La casa le trae recuerdos que ella atesora. Sufrió una enorme conmoción cuando supo que Jon-Boy no era el dueño de la casa, pero aun así creyó que usted se la dejaría. Y pregúntese, *signore*, si Jon-Boy aún estuviera vivo, ¿no estaría viviendo allí todavía, después de todo? —Lorenzo reconoció que así era—. Entonces, puede ver que la idea de que viva en la casa de su padre sea válida. Usted y yo sabemos cuál es el motivo por el cual no debería vivir allí, *signore*. Pero tanto se olvida en las rápidas aguas del río del tiempo, que sin duda usted podría ceder un poco y permitirle esa pequeña felicidad.

Lorenzo suspiró hondo.

—Mifune, siempre te las arreglas para aclararme las ideas —admitió. Se puso de pie y saludó al anciano con una inclinación de cabeza. El otro sonrió.

—Es solo un proceso de lógica y meditación —declaró con calma—. Todo tiene arreglo. Hay que dejar que flote en la mente despejada y luego captarlo mientras sea posible.

—Haré eso, Mifune —prometió Lorenzo. Con Affare a sus talones, caminó de regreso al *castello*.

Pensó que, a diferencia de él, Lamour no tenía nada que ocultar. Era simplemente una mujer inocente en busca de la felicidad. No tenía derecho de impedirselo.

Capítulo 45

Lamour.

Después de pasar una mala noche tratando de aceptar el hecho de que ya no iba a poder seguir viviendo en mi pequeña casa, el gallo me despertó al amanecer, cacareando sin cesar y, al parecer, justo al lado de mi ventana. Salté de la cama y fui corriendo a ver qué pasaba. Allí estaba el gallo, en mi banca de azulejos, picoteando la buganvilia. Lo rodeaba su harén, ensuciando mis almohadones y cacareando con gran alegría.

Era obvio que no había cerrado bien la reja la noche anterior después de darles de comer. ¡Maldición, ay, maldición, maldición, maldición! Nunca iba a poder quitar las manchas de los almohadones. No pensé que, de todos modos, ya no tenía importancia, como tampoco lo tenían el lavarropas roto y la secadora destruida que estaban al pie de la *scalatinella*.

Me puse una vieja camiseta gris y pantalones cortos, y bajé corriendo las escaleras, sin zapatos. Las gallinas me miraron y luego volvieron a picotear, pero el gallo ladeó la cabeza y me lanzó una mirada bastante maligna con un solo ojo. No me quedó ninguna duda de que me había declarado la guerra. Era él o yo. Sin hacerle caso, aferré la primera gallina a mi alcance, le doblé las alas y la sujeté con fuerza. Aun así, el repugnante animalito se las arregló para darme una serie de fuertes picotazos, mientras yo corría hacia el corral y la lanzaba adentro, al tiempo que cerraba la reja y la aseguraba con el alambre. Regresé rápido a la terraza. Una menos, faltaban cuatro.

Sin embargo, las gallinas eran más inteligentes de lo que había imaginado. Astutas, se habían dispersado por todo el jardín; solo el gallo, enojadísimo, estaba todavía en la banca, amo y señor de los alrededores. Levanté a la segunda gallina y empecé a llevarla hacia el corral. Todo iba bien hasta que dio una voltereta súbita hacia el costado y yo giré con ella. Caí sentada en la tierra, aferrando a la gallina por los tobillos... si es que las gallinas tienen tobillos; de cualquier modo, era la parte justo encima de sus horribles patas amarillas.

—¡Yo también te odio —le grité, mientras ella batía las alas y luchaba por zafarse —, pero vas a volver al corral aunque tenga que matarte!

Oí una carcajada. Levanté la vista y vi a Affare dando un salto tras las gallinas, ladrando contenta, y a Lorenzo en la *scalatinella*, observándome. ¡Lo único que me faltaba! Llamó a Affare, y la perra se sentó con gesto hambriento y los ojos fijos en las gallinas.

—Todavía no encontró el truco para meter a las gallinas en el corral, ¿eh? —comentó.

Me puse de pie como pude, con la gallina furiosa en la mano.

—Se escaparon —expuse con toda frialdad—. Pero no se preocupe, en un instante las meteré adentro.

Estaba mintiendo, por supuesto, pero no iba a permitirle que me sacara ventaja otra vez. Yo era una mujer independiente, ¿cierto? Lorenzo me quitó la gallina, le plegó las alas y las mantuvo hacia abajo, y maldita sea si ese vil pedazo de ave no se quedó tranquila en sus brazos, como si nunca hubiese cacareado ni me hubiese picoteado en su ya demasiada larga vida.

—Ni siquiera me comería esa maldita gallina —comenté, agotada.

Descubrí una expresión divertida en los ojos de Lorenzo mientras me miraba y recordé que acababa de levantarme de la cama, que estaba despeinada, con el rostro sin lavar y los dientes sucios. Ni siquiera me había duchado, y estaba cubierta de polvo y de plumas. Ese parecía mi destino, que me viera en el peor momento, justo cuando necesitaba presentar una imagen fuerte, la de una mujer ecuánime y perfecta.

Llena de frustración, las lágrimas se me agolparon en los ojos, pero prefería arder en el infierno antes que ponerme a llorar. Los últimos acontecimientos me habían dejado agotada, exhausta y lista para admitir la derrota. No podía luchar contra la familia Pirata; la casa era de ellos y ese era el fin de mis sueños. De no haber sido por Mifune, siempre a mi lado para darme consejos y consuelo para reavivar mi espíritu, hacía rato que me habría dado por vencida. Ahora, ya no me quedaba alternativa.

Observé a Lorenzo mientras encerraba al gallo en el gallinero.

—¿Por qué ha venido? Creí que ya no quería verme nunca más, sobre todo ahora que, por fin, ha logrado deshacerse de mí.

Lorenzo metió las dos últimas gallinas en el corral y cerró la reja.

—He venido en son de paz, Lamour —respondió, en voz baja.

—¿Qué significa «paz»? ¿Ahora espera que seamos amigos?

Lorenzo sacó unos papeles del bolsillo. Desconfiada, miré lo que parecía un documento legal, lacrado con cera roja y sellado con el timbre de los Pirata, la torre almenada, y la calavera y los huesos cruzados. Lo observé con desconfianza.

—Este es su nuevo contrato de arrendamiento. La casa de Amalfi es suya durante todo el tiempo que desee vivir en ella.

Me quedé boquiabierta. No le creí; tenía que ser una broma.

—No es cierto —respondí, en tono más bien infantil, en lugar de contestarle como la mujer astuta que creía ser.

—Sí, lo es.

Tomé el documento y lo hojeé con rapidez. Era realmente un contrato y estaba a mi nombre, firmado por Lorenzo y testificado.

—Pero ¿por qué? —pregunté, intrigada.

—Es para usted, en memoria de su padre —respondió, repentinamente serio—. Pero con una condición.

Empecé a encolerizarme, lista para la pelea; esperaba que no fuera a comportarse

como un viejo terrateniente y decirme lo que pensaba que me iba a decir.

—Que acepte cenar conmigo esta noche en el *castello*.

Me reí aliviada de que no pretendiera imponerme los viejos derechos del terrateniente.

—Me encantaría. Y gracias. Gracias, gracias, ay, gracias.

Me sentía rebosante de gratitud; hubiera hecho cualquier cosa por él en ese momento. Bueno, casi cualquier cosa.

—Entonces, la espero esta noche a las ocho —dijo, mientras se alejaba con la perra corriendo detrás de él. Se dio vuelta al llegar a la *scalatinella* para examinar los despojos—. ¿Un nuevo estilo de escultura moderna? —preguntó, y lo oí reírse mientras subía corriendo las escaleras, como el joven de corazón que creía ser.

Capítulo 46

Era una noche perfecta, suave como la cachemira, con una luna pequeña y pálida, y estrellas como lentejuelas cosidas en el cielo azul oscuro. Me tomé mi tiempo en vestirme para la cena con Lorenzo Pirata. Esta vez no era por «negocios»; dejábamos de ser enemigos para pasar a ser amigos cautelosos. Me hubiera gustado saber de qué íbamos a hablar, ahora que ya no peleábamos por la casa. Me puse mi lindo vestido de seda rojo, mi único vestido, el que compré con Jammy en Roma. Mi piel había adquirido un brillo aterciopelado debido al sol, y cuando me miré al espejo, pensé que me veía muy bien. Un poquito del perfume de madreselvas y estaba lista.

Con las sandalias de gamuza roja en la mano para no ensuciarlas de tierra, subí por la colina, atravesé los árboles y caminé por el sendero arenoso, iluminado por los perfectos faroles de hierro *art nouveau* en forma de azucena. Pensaba en el hombre con quien iba a cenar. Era interesante, definitivamente atractivo, mayor y con experiencia. Lorenzo era un hombre de mundo y estaba seguro del lugar que ocupaba en él.

Massimo estaba en la puerta principal, y esta vez me dedicó una sonrisa.

—*Buona sera* —me saludó, y me condujo a través del vestíbulo hasta la terraza.

Lorenzo estaba allí, con Affare a su lado. Sonriente, se me acercó, con los brazos abiertos. Me tomó las manos entre las suyas.

—Bienvenida —dijo, y me miró fijo a los ojos.

Pestañeeé, un poco turbada; enseguida, me ofreció una copa de champán. Fuimos hasta el borde de la terraza mientras mirábamos la costa, rodeada de luces diamantinas como el collar de una reina. Estábamos solos, acompañados tan solo por un millón de grillos, una o dos ranas y el gorjeo de un pájaro trasnochador.

—Este es el tipo de «silencio» que recuerdo de cuando era niña. Es el sonido más lindo del mundo.

—Para mí significa mi hogar —respondió Lorenzo.

Al poco rato, entró Massimo, avisándonos que la cena estaba lista. Nos sentamos a la mesa decorada con un mantel de lino verde, fuentes rústicas en tonos anaranjados, copas ámbar y lirios en una urna de plata. Lorenzo sirvió el vino, un Barolo de la Toscana, mientras Massimo pasaba las fuentes. Estaba tan extasiada por la magia del ambiente, la perfecta noche estrellada y el hombre frente a mí, que casi ni me fijé en la comida. Bebí un poco de vino y le sonreí a Lorenzo.

—La conozco de hace tiempo —comentó. Por mi parte, arqueé las cejas, sorprendida—. La conocí cuando usted era una niña.

—¿De veras? —No lo recordaba en absoluto.

—Entonces, claro, no conocía bien a Jon-Boy; solo lo había visto de vez en cuando en el pueblo, por lo general en el Amalfitano.

—Entonces ¿cómo nos conocimos? —pregunté, interesada.

—Sucedió una noche de verano muy calurosa. Estaba bajando los peldaños hacia la caleta cuando vi en el mar algo que me llamó la atención. Al principio, pensé que era un delfín, pero entonces me di cuenta de que era una cabeza que flotaba en el agua, lejos de la bahía. Miré con mis binoculares y comprendí que era un niño. Bajé corriendo las escaleras y encendí el motor de la lancha.

—Una lancha plateada —recordé, riéndome—, y más veloz que una bala, igual que Superman. Y siempre había un bote de goma con un motor fuera de borda amarrado a su lado en el espigón. Solía sacarlo cuando no había nadie en los alrededores —sonreí—. ¿Y qué pasó ese día?

—Di vueltas a su alrededor y le pregunté a los gritos qué estaba haciendo sola en el mar, tan lejos de la orilla.

Recordé la frescura del mar nocturno y lo fuerte que me sentía, tan fuerte como para nadar hasta Pirata y volver si quería. Era la reina del mar. Pero Lorenzo no había estado de acuerdo.

—Usted me gritaba que me fuera —continuó—. «¿No ve que estoy tratando de cruzar a nado la bahía?», me dijo. Pensé que, para ser una niña tan flaquita, era muy insolente y engreída.

—Me puse los pulgares en las orejas y le hice un gesto de burla con los dedos —sonreí con disimulo, recordando la escena.

—También me sacó la lengua. Para entonces ya estaba tan enojado que simplemente la agarré del brazo y la arrastré dentro de la lancha como el pecesito tonto que le dije que era.

—¡Claro! ¡Ahora me acuerdo de usted! —Lo vi nítidamente como era entonces: joven y apuesto, con cabello negro y ojos azules—. Me acuerdo de sus ojos. Me los clavó como dos puntas letales de acero. No han cambiado —agregué.

—Y yo me acuerdo de su andrajoso traje de baño rojo; estaba lleno de agujeros.

—Era mi favorito —respondí, indignada—. Lo tuve durante un par de años, me quedaba demasiado chico, pero lo usé todos los días ese verano.

—Los agujeros dejaban ver su trasero flaco —dijo, y yo proferí un gemido de disgusto.

—Todo mi guardarropa estaba compuesto de un par de pantalones cortos, dos camisetas y un par de sandalias demasiado chicas, así que caminaba sin zapatos. Ni siquiera recuerdo mi ropa interior —agregué, sin pensar. Lorenzo se ríe y yo me ruboricé—: Jon-Boy no tenía mucho dinero en ese entonces. Es cierto que cuando tenía un poco lo derrochaba en gran forma y con estilo: cenas en buenos restaurantes en Roma, vino, grappa para todos en el Amalfitano. Supongo que no se preocupaba por mi ropa mientras me viera contenta. Y, por cierto, a mí no me importaba. Después de todo, no había ninguna madre que se quejara de mi apariencia.

Lorenzo asintió: sabía todo acerca de Jon-Boy.

—De todos modos, la saqué del agua y la llevé de regreso a la orilla; usted

protestó durante todo el trayecto diciéndome que se lo iba a contar a Jon-Boy y que él iba a poner las cosas en su lugar de inmediato. Y me dijo, además, que era muy buena nadadora y que podía ganarme con gran facilidad si me interesaba hacer una carrera por la bahía.

—Ahora recuerdo que le pregunté quién se creía que era. ¿El rey del mundo? No se me había ocurrido que en realidad lo era —agregué, echando un vistazo alrededor.

—¿Recuerda cómo la arrastré por el espigón? Usted tenía los ojos enrojecidos, el cabello lleno de arena y parecía una sirena desgredada. Tomé la manguera y la mojé: usted gritó tanto como para despertar a los muertos.

—¡Recuerdo que el agua estaba helada!

—Usted parecía una pequeña gitana. Delgada, con la piel tostada y de ojos grandes. Una niña abandonada sin ropa. No ha cambiado mucho. Todavía veo un poco de la niña abandonada en usted.

Me eché el cabello hacia atrás con un suspiro.

—Esperaba algo más al estilo retro, como un parecido a Audrey Hepburn.

Se inclinó un poco, con el rostro cerca del mío.

—También veo un poco de eso, ahora que me fijo bien.

En nuestros ojos se reflejaron las pequeñas llamas de la luz de las velas.

—¿Por qué vino aquí, Lamour? —me preguntó, poniéndose serio de pronto.

No tuve que pensarlo dos veces. Le contesté que, al igual que Jon-Boy y su forma de vida libre, yo también me volvería un espíritu libre. Y que durante todos esos años en Chicago me había estado conteniendo. Cuando por fin regresé aquí, a la casa de Amalfi, supe que había esperanzas de encontrar la libertad otra vez.

—Libertad —afirmé—. Y felicidad.

—¿Y la ha encontrado?

—Todavía estoy buscando. A veces la felicidad se escapa, porque no se busca en el lugar adecuado —dije, y sonreí—. Creo que estoy citando a Mifune.

—Un hombre sabio.

—Cuénteme qué sabe de Jon-Boy.

—Prefiero hablar de usted. De quién es, qué es.

—Sospecho que ya lo sabe.

—Pero solo usted puede decirme quién es la verdadera Lamour —afirmó con seriedad—. Créame, quiero saberlo todo acerca de usted.

Ningún hombre, ni siquiera mi marido, había tenido tanta curiosidad con respecto a mí. Mi relación con Alex siempre había sido acerca de él. Era yo quien hacía las preguntas, yo quien lo encontraba fascinante. De hecho, estaba tan poco acostumbrada a hablar de mí misma, que no sabía por dónde empezar.

—Así que sabe acerca de mí y de Jon-Boy... —me animé, finalmente, pero Lorenzo me interrumpió.

—Sé que usted quería mucho a su padre y que él la quería mucho a usted. Dígame a quién más amó, Lamour.

—Es demasiado personal —protesté. No quería que él supiera nada sobre Alex y lo vulnerable que era yo en realidad.

—Pero usted es una persona y yo soy otra persona, y estamos conversando como nuevos amigos, ¿no es cierto?

Me miré, nerviosa, las manos apretadas.

—Bueno, está bien. Estuve casada una vez —admití—. Mi marido murió hace dos años en un accidente automovilístico. —A pesar del suspiro de consternación de Lorenzo, seguí hablando sin pausa—: Alex era rico, egoísta y atractivo. Pensé que me quería, y ¡ay, yo lo quise tanto! Pero lo cierto fue que, durante todo ese tiempo, él me había estado engañando, pensando en divorciarse y casarse con otra mujer —alcé los hombros para alejar la vieja herida, pero la cicatriz era reciente y visible—. Así que esa soy yo. Una mujer de treinta y ocho años, demasiado tonta para darse cuenta de que su marido ya no la amaba y no la quería a su lado. Supongo que vine aquí, en parte, para superar todo eso. No supe nada de lo de Alex hasta que mi amiga me lo contó hace unos meses.

—¿Y por qué se lo dijo después de todo este tiempo?

—Porque todavía estaba haciendo el duelo de su muerte. Había puesto mi vida en suspenso; solo tenía mi trabajo y... bueno, nada más, en realidad.

A través de la mesa, Lorenzo extendió la mano compasivamente para tomar la mía.

—Tenía razón en hacer el duelo. Después de todo, usted lo amó. El hecho de que no mereciera su amor fue una pérdida para él, no para usted. Ahora, mírese aquí, en Amalfi, empezando una nueva vida.

Me gustó el contacto de su mano, dura, como la de un trabajador, cálida y reconfortante.

—Estoy buscando la felicidad otra vez. El tipo de felicidad que experimenté cuando era niña, aquí con mi padre.

Hablamos hasta tarde en la terraza bajo la luz de la luna. Lorenzo era un buen escucha. Sabía que comprendía mi vida y mi necesidad de cambio. Al mirarlo, tan fuerte, tan apuesto, tan sabio, me sentí atraída hacia ese hombre mayor. Era todo lo que una mujer podía desear. Pero no para mí; para mí solo sería un buen amigo.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué está pasando por aquí? ¿Una cita romántica a la luz de las velas? —La voz burlona de Nico irrumpió en la quietud de la noche, seguida de varias carcajadas cuando un grupo de jóvenes subieron corriendo las escaleras. Se quedaron mirándonos en la terraza.

Culposa, separé mi mano de la de Lorenzo.

—Papá, ¿con quién estás? —Aurora estaba hermosísima, con un vestido turquesa azulado y sandalias sin taco con finas tiras de seda atadas alrededor de sus pantorrillas bien torneadas. Tenía el cabello largo y negro peinado hacia atrás y sus ojos pardos refulgían de celos.

—Estoy cenando con una amiga —respondió Lorenzo, con calma—. Lamour,

permítame que le presente a mi hija Aurora. Creo que ya conoce a mi hijo.

—Hola, Aurora. Y sí, ya conozco a Nico —dije, pero la muchacha simplemente dio media vuelta y se fue.

—¿Cómo estás, Lamour? —Nico me besó en la mejilla, para demostrarle a su padre que éramos más amigos de lo que él creía.

Empujé hacia atrás mi silla, consciente del grupo de gente linda y joven, que seguía observándonos y riendo.

—Se está haciendo tarde —me excusé.

Tomándome del brazo, Lorenzo me acompañó a través de la casa y las escaleras del frente hasta el jardín.

—¡No se metan en problemas ustedes dos! —Oí el grito de Nico, seguido de más risas.

Enojada, caminé por el sendero arenoso, colina abajo, hasta el acantilado. Estaba ansiosa por llegar a mi casa.

—Siento mucho que la hayan avergonzado —se disculpó Lorenzo—. Son chiquillos jugando.

—Son demasiado grandes para comportarse como niños. ¿Cómo se atreven a ser tan maleducados?

—Nico hizo mal. Por supuesto que no debió decir lo que dijo. Debido a él, mi hija interpretó mal la situación y se puso celosa.

—Lo que pasa es que no quiere ver a su padre con ninguna otra mujer, no importa lo inocente que sea la relación —le contesté con brusquedad.

—Tiene razón, no quiere; tiene miedo de perderme. Pero usted, sobre todo, debería entenderlo.

Por supuesto que lo comprendía. Suspiré y, de pronto, sentí compasión por Aurora, tan joven y huérfana de madre. Lorenzo levantó la mano y me apartó con suavidad el cabello de la frente. Se lo veía tan atractivo a la luz de la luna, tan fuerte... Estaba segura de que Lorenzo nunca le tendría miedo a nadie, nunca decepcionaría a una mujer ni tampoco a su hija.

—Pobre Lamour —pronunció dulcemente—, ha tenido una vida difícil.

—No es necesario que se compadezca de mí —contesté con frialdad.

Caminamos en silencio hasta el acantilado. Debajo de nosotros, se percibía el suave murmullo del mar; su aroma salobre se mezclaba con el perfume de los jardines. Lorenzo sacó del bolsillo una llave de oro que colgaba de una cuerda de satén negra.

—Es la llave del ascensor —dijo, y tomándome del hombro me guio hasta las puertas incrustadas en la roca, con dos cipreses en barriles blancos de madera a los lados—. No podría soportar la idea de que pudiera tropezarse y caer por los peldaños viejos y gastados. De modo que, en el futuro, quiero que tome el ascensor. Por favor —añadió, cuando empecé a protestar—. Hágalo como un favor hacia mí, Lamour. Aunque están iluminados, los escalones pueden ser peligrosos de noche.

Solo pude decirle «gracias». De pronto, me sentí exhausta. Quería estar de regreso en mi pequeña casa, sola con mis pensamientos. Mientras las puertas del ascensor se cerraban, Lorenzo inclinó la cabeza en señal de despedida. Lo miré, melancólica, como la niña solitaria de grandes ojos que fui alguna vez, tantos años atrás, en aquel primer encuentro. Cuando él aún era joven, no mucho mayor que su hijo Nico ahora.

Capítulo 47

A la mañana siguiente, se presentó Nico en mi casa. Le echó una mirada a los electrodomésticos rotos, y luego a mí.

—Muy buenos días —saludó con una sonrisa.

—No tan buenos —respondí, cortante—. Sobre todo desde que llegaste.

—¡Eh, un momento! —Levantó la mano en señal de protesta—. ¿Qué hice mal?

—¿Por qué no te lo preguntas a ti mismo?

Caminó hacia la banca de azulejos donde yo estaba, pero me di vuelta.

—Vamos, Lamour; solo fue una broma. —Me puso la mano en el brazo, donde la sentí arder como las brasas del infierno.

—Me avergonzaste delante de todos y fuiste, por cierto, muy irrespetuoso con tu padre —respondí. Agregué, muy enojada, que pensaba que era un niño rico engreído que siempre había tenido de todo y que no sabía nada del mundo real—. Estoy segura de que tu mamá te enseñó buenos modales —terminé, agitada.

Nico suspiró.

—Sí, lo hizo. Y te pido disculpas. Tienes razón, ella se hubiera avergonzado de mí y de Aurora, aunque mi hermana siempre tiene una buena excusa. Pero yo no.

Lo miré a los ojos y me reí.

—Eres terrible. Lo sabes, ¿no es cierto? —dije, mientras seguía riéndome, y admitió que sí, que lo sabía. Entonces, acepté su invitación a almorzar en el Amalfitano.

Dejé de reírme cuando vi a los mismos jóvenes elegantes de la noche anterior, que ya estaban separando varias mesas. Por supuesto, yo llevaba puestos mis viejos pantalones cortos y una camiseta, tenía el cabello desarreglado por el viento y estaba mojada con la espuma.

—Creo que acabo de cambiar de parecer —dije, pero Nico me tomó con fuerza del brazo. Era demasiado tarde para escaparme; ya estábamos junto a la mesa.

—Esta es mi buena amiga Lamour Harrington —me presentó—. Es una famosa arquitecta paisajista e hija del aún más famoso Jon-Boy Harrington, cuya novela todos ustedes han leído, por supuesto.

Quince rostros me miraron sorprendidos. Quince voces jóvenes dijeron a coro: «*Ciao, Lamour*», y «¿De veras era tu padre?», y «¿Cómo se te ocurrió convertirte en paisajista?». En pocos segundos me encontré sentada en medio del grupo, hablando de mí y de Jon-Boy. Me di cuenta también de que me estaba divirtiendo, almorzando ensalada y *pizza* con jóvenes de veinte años, aunque era obvio, por el respeto con que me trataban y la manera en que dejaban que llevara la conversación, de que no era uno de ellos.

Aun así, cuando llegué a casa, me sentía mucho mejor respecto de lo ocurrido la

noche anterior. Nico permaneció un rato en la terraza, con obvios deseos de quedarse. Le dije que iba a dormir una siesta.

—¿Por qué no una siesta para dos? —sugirió, pero me reí y lo alejé de mí. Sin embargo, había algo muy entrañable en Nico Pirata. Se fue caminando con los hombros caídos, simulando una gran tristeza, y volvió a hacerme reír.

Capítulo 48

Más tarde, ese mismo día, vino Lorenzo Pirata.

—Esta vez me toca a mí darle la bienvenida —lo saludé, contenta—. Y agradecerle por la cena de ayer. Fue... —Busqué la palabra adecuada y la única que se me ocurrió fue «perfecta». Y se lo dije en serio.

—Fue un placer para mí. —Dudó un instante. Pensé, sorprendida, que parecía tímido. Luego agregó—: Vine a preguntarle si visitó alguna vez los jardines de la Villa Cimbrone, en Ravello.

Recordé la cena con Nico en Ravello, pero decidí no decírselo.

—Son muy famosos —respondí—. Sin embargo, nunca los he visitado.

—Entonces, ¿por qué no se los muestro? Después, puede usted impresionarme con sus conocimientos sobre árboles y plantas exóticas.

Aunque me sentí halagada, fingí pensarlo por unos segundos.

—¿Qué otra cosa tengo que hacer hoy? —me pregunté, y luego le sonreí, rebosante de alegría—. Nada más importante que ver los jardines Cimbrone, con usted.

—Entonces, vamos —concluyó, complacido.

Así que tomé mi sombrero de paja, un bolso, mi cámara y mi lápiz de labios. Sin hacer caso del ascensor, trepamos juntos por el acantilado. Me dio la mano para ayudarme a subir los últimos peldaños y me arrastró, riendo, hasta arriba. Nos sentíamos muy cómodos juntos, como dos viejos amigos. Por supuesto, aún no me había contado lo que sabía de Jon-Boy, pero ya vería yo el modo de insistir.

Lorenzo Pirata conducía un BMW deportivo convertible, lo bastante pequeño para poder maniobrar a través de las estrechas calles medievales, pero mantenía la capota puesta porque no quería que me quemara la piel, mi bella piel, según dijo, y me hizo sentir halagada. Manejaba muy bien, sin conducir como maníaco a la manera de Nico, tomando las curvas sin hacer chirriar los neumáticos. Observé sus manos en el volante: fuertes, bronceadas por el sol, de dedos largos, con algunos vellos oscuros. Me hubiera gustado saber cómo se sentirían esas manos en el cabello de una mujer o en su espalda desnuda, cuando la abrazaba. De pronto, me erguí en el asiento. ¡Qué estaba pensando! Para apartar esas imágenes de mi cabeza, empecé a hablar de los jardines que íbamos a visitar y acerca de los cuales estaba bien informada.

—Sé que fueron diseñados por un inglés, un tal lord Grimthorpe, a principios del siglo xx. Dicen que son los más bellos de Italia. Aunque, por mi parte, por supuesto, mi inclino por los jardines del *castello*.

—Ravello ha sido un refugio para muchas personas famosas. Greta Garbo se fugó aquí con el director de orquesta Leopold Stokowski, y muchos escritores también

vinieron aquí: Tennessee Williams, Gore Vidal...

—¿Y Jon-Boy Harrington?

Me lanzó una mirada penetrante.

—Sin duda, Jon-Boy Harrington —agregó.

Caminamos por un sendero empinado y nos detuvimos ante una vieja puerta de madera enclavada en un muro alto. Lorenzo tocó el timbre y un guardián muy anciano nos dejó entrar. Nos detuvimos un instante para admirar la encantadora Villa Cimbrone, construida en el siglo xv, restaurada por el mismo hombre que diseñó los jardines, y que ahora era un pequeño y tranquilo hotel. Recorrimos los bellos claustros abovedados y la capilla en ruinas, mientras dejábamos que la tranquilidad del ambiente nos inundara el espíritu. Había una quietud especial en el aire, que parecía separarla totalmente del resto del mundo. En forma impulsiva, tomé la mano de Lorenzo para vivir aquel instante con él, para compartir el sentimiento de que todo era posible y que los fantasmas del pasado tal vez se presentaran con el propósito de mostrarnos su paraíso terrenal.

Los jardines eran tierras vírgenes domesticadas a medias, que combinaban lo exótico con lo encantador. Había rosas y palmeras, estanques y pabellones de té, hierbas silvestres y cedros altos. El perfume se sentía en el aire, las mariposas se posaban en los capullos y los picaflores extraían néctar en abundancia. Caminamos por una senda majestuosa rodeada de árboles, adornada aquí y allá con fuentes y estatuas, a través del jardín hasta el Mirador de la Infinitud, una grandiosa terraza suspendida sobre el mar turquesa. Relajada de placer, apoyé la cabeza sobre el hombro de Lorenzo. Me pasó el brazo por la cintura y permanecimos en silencio, embelesados ante la asombrosa vista, aspirando los aromas y escuchando la quietud. Si bien aparecieron otros visitantes, era como si estuviéramos solos.

Esos jardines tenían la misma característica que un gran museo: había tanto que ver que solo era posible tener una visión de conjunto. Abrumados por tanta belleza, caminamos de regreso admirando los altos bosques de castaños y fresnos en las laderas, y las arboledas abancaladas de limoneros y viñedos. El hombre cuya maravillosa visión fueron estos jardines solo vivió doce años para disfrutarlos, y en señal de respeto fuimos a su tumba a honrarlo. Lord Grimthorpe está enterrado debajo de un templo de Baco, y pensé que este jardín, suspendido entre el mar y el cielo, era el lugar perfecto para descansar en paz.

Regresamos por el sendero empinado hasta llegar a la encantadora pequeña *Piazza Duomo*, en la Villa Rufolo. Boccaccio escribió sobre ella, diseñada en el siglo XIII en el estilo morisco, muy de moda en ese entonces debido al comercio con los moros y los sarracenos. Había una torre normanda, construida para crear un efecto especial, como así también terraplenes llenos de flores y otra vista panorámica de la bahía de Salerno, enmarcada por las dos cúpulas de una antigua iglesia ubicada bajo la sombra de un enorme pino. Para nuestra alegría, nos topamos con un concierto de música de cámara y nos quedamos durante una hora escuchando a Bach, interpretado

con exquisitez en un ambiente mágico. Después, paseamos por el pequeño pueblo.

—¿Disfrutaste de tu día, Lamour? Permíteme que te tutee, por favor.

Me puse tan contenta que sentí ganas de abrazarlo.

—No me molesta en absoluto que me tutees, y disfruté de cada segundo que pasamos allí. Gracias —sonreí—. Parece que siempre estoy dándote las gracias en estos días. Tengo que retribuirte de alguna manera.

—Entonces, invítame a comer una de estas noches —replicó con seriedad—. Me gustaría mucho.

Le confesé que era una pésima cocinera, pero me respondió que no importaba.

—Solo me gusta mirarte a los ojos cuando algo te interesa de verdad.

—El próximo viernes a las siete. Podremos ver juntos la puesta de sol.

—Ahora, cenemos aquí —invitó.

En el *Palazzo della Mare*, rodeados de *bellinis* y fuentes de *risotto* con mariscos, preparados con hojas de salvia, me habló de su esposa.

—Ambos éramos tan jóvenes... —comenzó, sonriendo al recordar—. Era hermana de un amigo mío que me había invitado a su casa, cerca de Génova, a pasar unos días. Conocí a sus tres hermanas, una más encantadora que la otra, pero Marella era especial. Mostraba una sencillez que resultaba muy atractiva. Es la única mujer que he conocido que nunca codició nada. Ni joyas, ni vestidos, ni yates o autos o casas. Lo único que quería era tener hijos. Le encantaba el *castello* e insistió en que nos casáramos allí y no en la casa de su familia. Nos gustaban las mismas cosas: la música, la comida y nuestros perros —hizo una pausa—. De algún modo, crecimos juntos. Soy quien soy ahora, en parte, debido a ella, que moderó mi impetuosidad juvenil. Siempre digo que me civilizó, pero Marella decía que no estaba muy segura de haberlo logrado por completo.

—¿Eras como Nico?

Arqueó una ceja, sorprendido.

—No, no como él. Me enamoré joven. Nico es muy alocado; necesita una mujer capaz de domesticarlo. Malgasta su talento y su inteligencia, está desperdiciando su vida. No comprende que la juventud pasa demasiado rápido. Ya es hora de que empiece a pensar en el futuro, pero no puedo cambiarlo. Cuando los hijos crecen, toman sus propias decisiones; no hay nada que yo pueda hacer o decir. Pero Marella y yo compartimos una vida idílica que giraba alrededor del *castello*. Teníamos un yate pequeño y en el verano salíamos con los niños y nuestros amigos a navegar por la costa, al sur de Francia o a Capri o a Ischia —sonrió, melancólico—. Me siento muy afortunado de tener tan buenos recuerdos.

Me preguntó acerca de mi infancia y le conté que había vivido con los Mortimer y que consideraba que ellos eran mi verdadera familia. Hablamos de música, de mi trabajo y del suyo, de comidas y vinos. El tiempo pasó volando; de pronto, nos dimos cuenta de que los camareros empezaban a dar vueltas, ansiosos por cerrar.

Volvimos a Pirata en silencio, por el camino de montaña. Se había instalado entre

nosotros una sensación de comodidad que me gustaba. Cuando llegamos, en forma impulsiva alargué la mano y le toqué el rostro.

—Buenas noches, amigo mío —le dije, y le besé suavemente la mejilla.

Mientras bajaba corriendo la *scalatinella*, le oí decir:

—Buenas noches, amiga mía.

Sentí ese ligero estremecimiento, esa señal que le indica a la mujer que está interesada y pensé: «Ay, Dios mío, ¿estaré enamorándome de los dos?».

Capítulo 49

La mañana del viernes, el día de mi cena con Lorenzo, salí a navegar hasta Amalfi. Estaba feliz con mi pequeña lancha azul. Era sencilla, pero, para mí, significaba la libertad y, a diferencia de Jon-Boy, me encantaba estar en el agua. Un pescador me vendió dos róbalos chicos. Compré un melón, frambuesas y unos *cannoli* recién hechos, tan tentadores que comí uno mientras caminaba por la calle. También compré *grissini* picantes y quesos, arroz *arborio* y un manojo de rúcula de hojas pequeñas. Ya sobrecargada, me apresuré a regresar a la lancha y a casa.

Encontré solo dos cuchillos en el cajón de la cocina —uno grande y filoso, y uno pequeño y dentado—, y me dediqué a cortar los róbalos. Los abrí por la mitad en forma de mariposa, según lo que recordaba vagamente del libro de cocina de la señora Mortimer como la mejor manera de filetear el pescado. Tanteé las espinas con la punta del cuchillo, y luego, impaciente, lo introduje con fuerza debajo del espinazo. Para mi asombro, salió con facilidad. No sabía cuán sucio y complicado podía ser limpiarle las escamas al pescado, pero lo hice. Después, lo lavé debajo del chorro de la llave de agua fría y lo sequé con cuidado. Pensé que parecía muy profesional, como el pescado de restaurante. Puse la rúcula en un bonito tazón. Corté el melón en cubitos y le rocié licor *amaretto*; enseguida, agregué las frambuesas. Salteé el arroz en mantequilla, agregué vino blanco, luego extracto de carne, y lo revolví varias veces, como indicaba la receta.

Mientras se cocía el arroz, fui a poner la mesa en la terraza con mi colección de platos y vasos desparejos. Solo hice una pausa para admirar el paisaje. Regresé rápido para revolver mi *risotto* y releí la receta: «Cuando ya esté a punto, agregarle más mantequilla y queso parmesano recién rallado». Así lo hice.

Una vez lista la comida, me di una ducha rápida, me puse una camisa blanca de lino suelta y pantalones. Me peiné y me maquillé un poco los labios y las pestañas. ¡Ah! Olvidaba algo. Regresé corriendo a ponerme un poco de perfume de madreselvas.

A las siete en punto, Affare, bajando las escaleras con pequeños ladridos de alegría, anunció la llegada de Lorenzo, que me traía un enorme ramo de peonías rosadas. Ya estaban abriéndose debido al calor y prometían ser tan grandes como platos. Le agradecí las flores y ambos sonreímos, encantados el uno con el otro. Coloqué las flores en un tazón grande de porcelana —lo único que pude encontrar donde cupieran todas— y las puse sobre la mesa. Había puesto a enfriar una botella de champán en un balde de jardín de metal: Jon-Boy no tuvo nunca platería fina y yo aún no me había decidido a invertir en tales lujos. Lorenzo descorchó el champán y lo sirvió. Hicimos un brindis por nosotros.

—No soy muy buena cocinera —le advertí—. Esto no será como una cena en el

castello.

—La voy a disfrutar porque estoy contigo —me respondió.

Fuimos hasta el mirador para ver la puesta de sol en su acostumbrado resplandor incandescente; luego, volvimos a la terraza. Se sentó a la mesa y Affare se acomodó a su lado, en el almohadón amarillo.

Saqué el róbalo del horno justo antes de que se quemara por completo. Consternada, le eché un poco de jugo de limón recién exprimido y aceite de oliva de la región. Agregué un poco de mantequilla y queso parmesano en el *risotto*, pero se había pegado en el fondo de la olla, así que lo volqué a una fuente amarilla y crucé los dedos. Aliñé la ensalada con el mismo aceite y un poco de balsámico, le eché sal y pimienta negra y llevé mis intentos culinarios a la mesa.

Lorenzo soltó la carcajada cuando me vio acalorada por la cocina, examinando nerviosa mi primera cena hecha en casa.

—No podría compartir este momento con nadie más —le confesé con toda honestidad—. Nunca podré agradecerte lo suficiente por todo esto... —Abrí los brazos para abarcar lo que me costaba poner en palabras—. Por mi pequeño paraíso.

—Deja de agradecermelo. Eso quedó en el pasado. Tenemos que mirar hacia el futuro.

Mientras servía más vino, me atacó la curiosidad por saber qué había querido decir con eso. Me quedé observándolo mientras probaba el *risotto*. Arqueó las cejas, sorprendido. Dijo que un italiano no lo hubiera mejor. Pero cuando yo lo probé, se me pegó en los dientes. Y el róbalo se había quemado del todo. Gemí, muy avergonzada:

—Está horrible, ¿verdad?

—Se pasó un poco de punto, pero no tiene importancia. La próxima vez sería bueno que dejaras las espinas —sugirió—. De esa manera, el pescado se mantiene jugoso.

Humillada, llevé los platos a la cocina, y regresé con el queso, la fruta y los *cannoli*.

—No cociné nada de esto, así que puede comerse sin problemas —comenté desanimada, lo que lo hizo reír.

—Eres una mujer honesta, Lamour. Por cierto, *Lamore* es un nombre muy sugestivo. ¿Cómo lo eligieron?

Le conté la historia mientras la noche oscura empezaba a caer a nuestro alrededor. Cantaron los grillos y pequeñas criaturas voladoras, murciélagos diminutos e insectos preciosos con alas tejidas de brillantes colores, pasaron zumbando a toda velocidad por el aire. El perfume de la tierra húmeda flotaba en los jardines, mezclado con la dulzura del jazmín y el olor acre del limón. Como siempre, llegaba hasta nosotros el olor del mar.

—He regresado al Paraíso —dije, complacida—. ¿Crees que Jon-Boy lo aprobaría?

—Creo que él querría que fueras feliz.

—Pareciera que todos los padres quieren que sus hijas sean felices.

—Supongo que, con respecto a nuestros hijos varones, los padres sentimos que son capaces de cuidarse a sí mismos. Con una hija, un padre siempre siente que es su trabajo asegurarse de que sea feliz.

—Hasta que se presenta el hombre adecuado y se la lleva lejos —acoté, y Lorenzo asintió con la cabeza.

Preparé café y jugamos varios partidos de *backgammon*, que perdí a propósito porque me sentía muy mal por la comida arruinada. No creo, sin embargo, que Lorenzo se haya dado cuenta, y además, a los hombres siempre les gusta ganar. Jugamos en silencio, concentrados en el juego, disfrutando el cómodo silencio entre amigos. Affare roncaba suavemente, pero en cuanto Lorenzo se puso de pie, la perra se levantó al instante.

—Te quiere mucho —comenté, observando cómo bailaba agitada con las patas de atrás.

—Creo que el amor es un bien muy preciado.

—Yo también —asentí. Nos miramos unos instantes. Una corriente de electricidad vibró entre nosotros, y sentí un estremecimiento en todo el cuerpo. Me dio la mano y se la estreché. Era cálida y fuerte, pero sus labios eran suaves cuando me la besó.

—Gracias —dijo, cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse.

—De nada. —Fue lo único que se me ocurrió decirle, pero mi voz sonó más profunda y grave—. Siento mucho lo de la comida —le pedí disculpas otra vez. Él levantó la mano para detenerme.

—Fue maravillosa.

Y entonces subió al ascensor con una sonrisa. Las puertas se cerraron y se fue.

Capítulo 50

El estruendo del helicóptero, volando cerca del acantilado, era la señal de que Lorenzo regresaba al *castello*. Si me encontraba en el jardín, agitaba el brazo y se asomaba Affare, curiosa; entonces me reía, sabiendo que pronto vería a Lorenzo. Resultó ser un buen amigo, y no podía imaginarme nada más agradable que pasar las noches en su compañía, jugando al *backgammon* en la terraza del *castello*, yendo a un concierto en Ravello o compartiendo una cena sencilla en mi terraza, la mayoría de las veces, tengo que admitirlo, con comida comprada. Nunca seré una gran cocinera, pero sabía apreciar lo bueno, y por suerte en la tienda de Umberto cocinaban muy bien.

Con Nico era diferente. Aparecía de vez en cuando y me llevaba a almorzar a Amalfi o a Sorrento. Un viernes al atardecer, estando juntos, llegó hasta mí el sonido del helicóptero.

—Tu padre ha regresado —dije.

Me lanzó una larga mirada provocadora.

—¡Ja! Para el tiempo que pasa en casa... Siempre está aquí contigo.

—¿Y?

—No estará planeando seducirte, ¿verdad? ¿O tú a él?

—¡Nico! ¡Cómo te atreves!

—Celos, supongo —contestó, y alzó los hombros.

—Te estás comportando como un niño —le respondí seria.

Me lanzó otra mirada provocadora.

—Estás equivocada, cara. No soy un niño y quisiera demostrártelo.

Le di la espalda, y pasé por alto lo que acababa de decirme.

—Vamos, Lamour —insistió—. ¿Por qué me rechazas? ¿Acaso no te he dado pruebas de mis sentimientos hacia ti?

—¿Qué sentimientos? ¿Qué te divierte coquetear conmigo? Oh, vamos; coqueteas con todas las mujeres, Nico.

Se puso de pie y dio la vuelta a la mesa. Se me acercó y me miró fijo a los ojos.

—¡Basta, Nico! Vas a arruinar nuestra amistad.

Suspiró frustrado.

—¿Qué son estas tonterías sobre amistad? Te deseo. ¿Comprendes?

—No quiero oír más.

—Sí, sí quieres; sientes lo mismo que yo, Lamour, solo que no quieres reconocerlo. Vamos, cara, di la verdad.

—Basta, Nico. Por favor, cállate —le rogué, temerosa del fuego que percibí en sus ojos.

—No, cállate tú —replicó, mientras alargaba su brazo y me aferraba—. Te deseo,

Lamour, y tú me deseas.

—¡Suéltame! —Traté de empujarlo, pero me estrechó con más fuerza. Sentí que temblaba, sentí su excitación.

—¡Nico! —Lorenzo estaba en la entrada.

Tenía tal expresión de furia, que hasta Affare se deslizó, sumisa, detrás de él. Nico miró a su padre.

—Qué oportuno, papá —replicó con amargura—. Justo antes de que Lamour y yo subiéramos al dormitorio.

—¡Sabes muy bien que eso no es cierto! —Le lancé una mirada ansiosa a Lorenzo. El rostro se le endureció. Se hizo a un lado para dejar pasar a su hijo, que no miró hacia atrás ni pronunció palabra. Ya había causado suficientes problemas.

Me dejé caer en la silla. Lorenzo vino hacia mí, apoyó las manos sobre la mesa y se acercó.

—Mi hijo no te merece —murmuró, y caminó hasta la puerta. Se dio vuelta y sus ojos ardieron en los míos—. Además, yo te quiero para mí.

Y se fue.

Se me cerró la garganta y no pude hablar. Ningún hombre me había dicho nada tan sensual en toda mi vida. Entonces, me di cuenta de que yo también lo quería a él.

Capítulo 51

Esa noche no pude dormir. Me levanté al alba y me dirigí a la caleta. El agua fría contra los muslos me resultó muy placentera. Luego, me zambullí y, con los ojos abiertos, dejé que el mar me envolviera. Salí a la superficie, riendo de pura alegría física. Entonces empecé a nadar con la suavidad de una foca, mientras el rápido movimiento de mis pies lanzaba hacia arriba pequeños globos de espuma. Por un instante, olvidé todos mis problemas; estaba en la gloria.

Nadé durante unos diez minutos, luego pedaleé en el agua, mirando hacia el cielo límpido y celeste, teñido de rosa, y hacia el verde acantilado que ocultaba mi pequeña casa tan bien que apenas veía un pedazo de la cúpula de mosaicos azules. Observé la costa, con sus calas secretas y pueblos a los que solo se podía llegar desde el mar, habitados por pescadores desde hacía incontables siglos. Y Pirata, al otro lado de la bahía. Pensé en Lorenzo y en su relato de cómo había rescatado a la tonta niñita en medio del mar, y me reí a carcajadas.

Después de un rato, nadé despacio hacia la orilla y me sorprendió ver a Lorenzo aguardando en el espigón, con la perra. Salí caminando del mar, sintiéndome tan ridícula como Ursula Andress en una aventura de James Bond. Mientras me caían gotas de las pestañas, me sacudí el cabello, y luego me detuve con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté, consciente de que sonaba malhumorada.

—Te estaba buscando.

—Ah.

—Veo que todavía te gustan los trajes de baño rojos.

Lo miré con suspicacia. ¿Se estaba burlando de mí? Él también llevaba puesto un traje de baño y se lo veía muy bien. Era un hombre de gran atractivo, sin duda, robusto y fuerte. Empecé a secarme con la toalla.

—¿Para qué querías verme?

—Asuntos pendientes.

Caminó hacia mí. Me mantuve firme, pese a que el corazón empezó a latirme con fuerza.

—Ah —acoté de nuevo, por la sencilla razón de que no se me ocurría nada mejor que decir—. ¿Qué asuntos?

—Tengo que besarte.

Lo miré con la boca abierta, como un pez atrapado en la caña de pescar. Se me acercó más, puso un dedo bajo mi barbilla y cerré los ojos, esperando. Entonces, sus labios se posaron en los míos.

Fue un beso dulce y suave. Le pasé los brazos alrededor del cuello y me acerqué

más aún. Me atrajo hacia él y nos unimos en un abrazo que no quería que acabara nunca. Todo quedó olvidado con ese beso. Lorenzo y yo, solos en el mundo. Empezaron a temblarme las rodillas.

—Cara —murmuró—. Lamour, cara —y me besó de nuevo—. Quería volver anoche —susurró—. Quería besarte; perderme en tus ojos, en el eco de tu voz, en tu risa. Quería estrecharte en mis brazos, así, *mia carina*: sentir tu suavidad a mi lado, tocarte.

Cuando me apoyó la mano en la espalda desnuda, me estremecí. Vi la pregunta en sus ojos y los míos le respondieron. Me tomó de la mano y me llevó a su viejo barco de pesca. Tenía un pequeño camarote abajo, con un sofá. No era muy grande, pero era suficiente para un par de amantes nuevos y ansiosos. Porque en eso nos convertiríamos. Dejé de preguntarme cómo y por qué o incluso si debía hacerlo o no. Ya no me importaba. Lo quería a él y él me quería a mí. Hicimos el amor, mecidos por el suave oleaje del mar. Hicimos el amor durante muchas horas, porque cuando, al fin, volvimos a nuestros cabales, el sol estaba alto en el cielo. Lorenzo me ayudó a incorporarme. Se quedó admirando mi cuerpo y luego me besó con pasión.

—Te juego una carrera hasta la bahía.

Me ganó, por supuesto, porque, para entonces, me sentía tan débil como un gatito recién nacido y seguía temblando de placer. Hacía mucho tiempo que no hacía el amor y, de todos modos, nunca antes había sentido una pasión tan irresistible, en la que nada me importaba, ni siquiera el riesgo de que nos descubrieran in fraganti en un barco viejo. Lo único que quería era a Lorenzo.

Después, nadamos de regreso. Envuelta en una toalla grande, le dije que iba a preparar el desayuno y subimos por el jardín, hasta la casa. Lo envié arriba a tomar una ducha, mientras le daba de comer a Affare un desayuno compuesto de sobras, y empezaba a hacer el café y a freír rebanadas de pan, para rociarlas luego con miel. Coloqué todo en una bandeja redonda de mimbre y me di vuelta para llamarlo. Estaba en la entrada, mirándome.

—¡Ah! —exclamé, sonrojándome, y me sorprendí de poder hacerlo todavía—. No sabía dónde estabas.

—Me gusta observarte —dijo, con una sonrisa lenta, que empezaba en la comisura de los labios y se extendía hasta iluminarle todo el rostro. Pensé que Lorenzo Pirata sabía sonreír como ningún otro hombre.

Subí a mi cuarto y me puse una bata; luego, tomamos el desayuno en la mesa de la cocina, como una feliz pareja de casados. Serví más café. Con los codos apoyados en la mesa, Lorenzo dijo:

—¿Qué te gustaría hacer hoy?

—Me gustaría estar a solas contigo —contesté sinceramente.

Lorenzo sabía que yo no quería estar en el *castello* con Nico, Aurora y sus amigos, y menos ahora en que resultaba tan obvio que éramos amantes.

—Iremos a Positano —propuso—. No hay casi nadie en esta época del año, y

conozco un lugar donde podremos estar absolutamente en privado.

Una hora después, en el helicóptero, con Affare atrás bien sujeta, fuimos a Positano y al hotel San Pietro. Lorenzo había reservado la *suite* con piscina privada y la *loggia*, la galería, con una vista aún más fabulosa que la de mi terraza. Affare tenía su propia cama, y nosotros la nuestra. Era tan grande que Lorenzo dijo que le costaría hallarme a través de la enorme barrera de sábanas de hilo, pero no tardamos en encontrar el modo de estar juntos.

No salimos de la *suite* durante tres días y tres noches. Pedimos servicio de habitación y champán, y un empleado se encargó de sacar a pasear a Affare. Fueron los tres días más maravillosos y apasionados de mi vida; no quería que acabaran nunca. Por supuesto, no podía ser así.

Capítulo 52

Las semanas siguientes pasaron volando en una nube de felicidad, sin que nos diéramos cuenta. Por suerte para mí, Aurora había regresado a la universidad y Nico estaba en Roma, de modo que Lorenzo y yo teníamos el *castello* para nosotros solos. No era nuestro propósito mantener en secreto nuestra relación, pero ocurrió así y por el momento nos parecía más sencillo.

Estaba contenta de que el dormitorio de la torre no hubiera sido también el de Marella, ya que no me sentía incómoda allí. Era completamente nuestro, al que nos retirábamos al final del día —o por la tarde o, de hecho, en cuanto podíamos— para meternos en la cama, perdidos en el placer de nuestros cuerpos. Lorenzo era un hombre hermoso. Cuando estaba en sus brazos, desaparecía la diferencia de edad entre nosotros y nos convertíamos en un solo cuerpo.

Por supuesto, le mandé un correo electrónico a Jammy. Preocupada de que pensara que me había vuelto loca, le pedí que me dijera si creía que estaba obrando bien: «Jammy, estoy enamorada de él. ¡Socorro! ¿Qué puedo hacer?». Recibí una sola línea como respuesta: «Haz lo que quieras, como haces siempre». Me conocía demasiado bien. No le estaba pidiendo un consejo, sino una simple confirmación de que estaba bien lo que hacía, puesto que, de todos modos, lo estaba haciendo y así continuaría. Me llamó más tarde y mantuvimos una larga conversación. Le dije que era muy feliz y que creía que Lorenzo también lo era.

—Pero me preocupa que piense que es mucho mayor que yo.

—Lo es. O tú eres mucho menor que él. Piénsalo, Lamour. Cuando Lorenzo tenga ochenta años, tú tendrás más o menos cincuenta. Entonces, la diferencia de edad se volverá importante.

Aunque era cierto, es indudable que el amor puede superar cosas como la edad. El amor todo lo puede. Sin embargo, a pesar de que quería creerlo de todo corazón, tenía una pequeña duda. Le dije que igual no me importaba, porque no habíamos hablado de matrimonio ni de una vida futura juntos. Lorenzo y yo vivíamos el presente.

De todos modos, había otro gran obstáculo entre nosotros: Jon-Boy. Estaba convencida de que Lorenzo sabía la verdad sobre lo ocurrido y estaba ocultándomela. No quería creer que el hombre que amaba estuviera involucrado, de algún modo, en la muerte de mi padre, pero, en el fondo, no podía dejar de pensarlo.

Busqué a Mifune.

—Me he enamorado de Lorenzo —le confesé y asintió con un movimiento de cabeza; por supuesto, ya lo sabía—. Mifune, sigo creyendo que él tuvo algo que ver con la muerte de Jon-Boy, pero cuando se lo pregunté, me respondió que hacía ya tanto tiempo que mejor era olvidarlo.

Mi amigo estaba sentado con las piernas cruzadas en la piedra de la meditación.

Su rostro apergaminado, lleno de arrugas, miraba hacia el cielo con los ojos entornados. Parecía rodeado de un aura de tranquilidad, un estado que yo hubiese querido compartir.

—El pasado se ha desvanecido en el infinito —respondió—. ¿No es hora ya de mirar hacia el futuro sin Jon-Boy?

Pero el futuro se me presentaba muy borroso. Solo sabía que hoy era la amante de Lorenzo.

—Además —agregué—, hay que considerar la diferencia de edad.

—La edad pertenece a los sentidos. Los años no nos constriñen, más bien nos enriquecen. A la larga, nuestros cuerpos se rinden al tiempo; algunos de nosotros morimos jóvenes; otros, a edad avanzada. Poseemos el tiempo, no la edad. Lo que tú y Lorenzo tienen es tiempo.

Tenía razón, por supuesto.

Días después, Aurora y Nico regresaron al *castello*. Llegaron juntos en el Porsche rojo de Nico. Lorenzo y yo estábamos jugando al *backgammon* en la terraza. Affare empezó a correr y ladrar, y Lorenzo se puso de pie, de inmediato, para abrazar a sus hijos, pero Nico vino directo hacia mí. Me dio la mano y se la tomé.

—Zorra —murmuró, inclinándose para besarme la mano. Lo miré escandalizada, pero sonrió y me dijo por lo bajo—: Todavía no he perdido las esperanzas, encantadora Lamour, así que no lo olvides.

Lo miré fijo y él se alejó. En ese momento, oí que Lorenzo le decía a Aurora:

—Lamour está aquí.

—Por supuesto —respondió ella, y supe que estaba al tanto de los rumores de que su padre y yo éramos una pareja—: *Buona sera, signora* Harrington —saludó con frialdad y se fue detrás de su hermano.

Unos minutos después, Massimo vino a decirle a Lorenzo que lo llamaban por teléfono. Me quedé sola en la terraza, caminando entre las esfinges y admirando la impactante vista de la costa. De pronto, oí el rápido repiqueteo de los tacos altos de Aurora. Me di vuelta y la encontré justo detrás de mí, casi respirándome en el cuello. Di un paso atrás, sobresaltada.

—¿Por qué estás aquí? Regresa a tu lugar; deja de molestarnos. La familia Pirata no te quiere. Tú y tu papá solo traen mala suerte. Vete ahora; déjanos en paz. Mi papá es demasiado amable, demasiado bueno. Se porta bien contigo, porque es un caballero; no comprendes que... —Interrumpió su desvarío en forma tan repentina como había empezado, y me miró fijo con sus grandes ojos negros—: ¡Vete!

Me di cuenta de que no estaba en sus cabales. Había entrado en un estado maníaco, muerta de miedo con respecto a su padre. Sin lugar a dudas, lo quería, y él la mimaba y la protegía, pero noté algo más, algo más profundo que no terminaba de comprender.

—No estoy aquí para hacerle daño a nadie, Aurora —respondí tan calmada como pude, porque en ese instante me pareció que estaba a punto de pegarme—. Soy una

amiga, nada más. He venido a vivir a donde vivió mi propio padre, al lugar del que tengo tantos recuerdos felices. Eso es todo.

—¡Ja! —exclamó; era obvio que no me creía y desvió la mirada hacia el mar, como si el fantasma de mi padre estuviera allí, a pesar de que no era posible que lo hubiera conocido. Como si me leyera el pensamiento, de pronto dijo—: Parece que Jon-Boy Harrington va a perseguir a los Pirata para siempre.

Me quedé atónita. ¿Cómo podía decirme eso, sabiendo que mi padre se había ahogado allí, que lo había perdido tan trágicamente? ¿Qué le pasaba a esa muchacha? De pronto, su ira desapareció. Como un globo pinchado, se le hundieron los hombros y la cabeza le cayó sobre el pecho.

—Perdóname —suplicó con su voz de niña pequeña.

Entonces, se dio vuelta y empezó a deambular despacio por la terraza.

Dio un tropezón, como si no pudiera ver bien. Me pareció que estaba llorando y tuve curiosidad por saber qué le ocasionaban esas repentinas explosiones de ira, seguidas por una súbita calma, la caída en una especie de desolación que me era imposible comprender. Cuando Lorenzo regresó, no le conté nada del incidente. No quería ser la causa de ninguna tirantez entre él y su hija.

Esa noche se modificó mi relación con los hijos de Lorenzo. Mi presencia les molestaba y yo estaba muy enojada con ellos. Me negué a ir al *castello* cuando estuvieran allí, y mi pequeña casa se convirtió en el lugar de nuestras citas y reuniones. Lorenzo y yo pasamos las largas y apacibles noches del verano en mi dormitorio recién pintado de color damasco, debajo de mis sábanas bordadas con motivos de hojas de hortensia, desnudos uno en brazos del otro. Todas las mañanas dejábamos a Affare sentada y ansiosa en la playa, mientras nadábamos en la bahía. Olvidábamos el problema con Aurora y Nico, viviendo y amándonos. Era una mujer feliz.

Un día, sin previo aviso y sin pensarlo, Lorenzo decidió dar una fiesta.

Capítulo 53

Lamour.

Massimo me entregó en persona la invitación escrita a mano, mientras me decía que el *signore* quería asegurarse de que la recibiera.

La fiesta estaba programada para el sábado siguiente, comenzando con un cóctel a las nueve de la noche, seguido de cena y baile. Abajo, en la hoja de pergamino, decía discretamente: «Vestimenta formal». Entré en pánico de inmediato. Mi vestuario no incluía nada más elegante que el bonito vestido que había comprado en Roma, y no era, de ningún modo, un vestido de noche. No tenía tiempo de salir de compras. ¿Qué iba a hacer? Pensé en el Vivari de gasa de seda rojo que aún estaba en el ropero de Jon-Boy y supuse que me quedaría bien, pues todavía estaba bastante delgada.

Subí las escaleras y lo saqué de la percha. Le di una buena sacudida que esparció el polvo por todos lados, pero no tenía nada que unas horas al aire libre en la terraza no pudieran resolver. Me lo probé, pensando en la mujer que lo había usado por última vez. Aún persistía el aroma de su perfume, una fragancia exótica casi oriental, y recordé la historia de Mifune sobre la bella mujer de largos cabellos negros. Un escalofrío corrió por mi espalda, pero entonces, cuando me miré al espejo, vi a una mujer transformada.

El vestido me quedaba como si lo hubieran diseñado para mí. El escote, de tiras angostas, terminaba en una profunda V. La suave gasa de seda, ceñida debajo del busto, caía en forma recta hasta los pies. Era en verdad el traje de una diosa. Giorgio Vivari no solo era un artista; también era un hombre que conocía muy bien su oficio y que comprendía a las mujeres. Y yo luciría su obra de arte en la fiesta.

El viernes al atardecer, a la hora del crepúsculo, oí el helicóptero de Lorenzo volando bajo, de regreso al *castello*. Nos abrazamos y nos dijimos cuánto nos habíamos echado de menos.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —le pregunté, besándolo, pero me contestó que no podía; algunas personas ya estaban llegando por el fin de semana y tenía que regresar.

—Te pediría que vinieras conmigo, Lamour —se disculpó—, pero va a ser un caos, con todo el mundo llegando a la vez, además de Nico y los amigos de Aurora. Mejor nos vemos mañana.

Le di un beso de despedida y me quedé mirándolo, mientras se alejaba, sintiéndome como una niña a la que le han dicho que no puede cenar con los adultos. Me dije que me estaba portando como una tonta y supuse que Lorenzo no quería hacerle pasar un mal rato a Aurora delante de sus amigos. La muchacha era un problema y no había nada que yo pudiera hacer al respecto.

Al día siguiente, preparé todo con mucho cuidado. Me peiné con un rodete que sujeté en la nuca con unas horquillas de coral que encontré en Amalfi. Me puse el sensual vestido rojo y las bonitas sandalias del mismo color compradas en Roma. Me envolví el collar de diamantes alrededor del cuello, a la manera de una gargantilla, y me decidí por un par de pendientes de diamantes, aunque eran falsos. No llevaba anillos ni pulseras. Cuando me miré al espejo, me vi bien y quedé complacida. Esa noche no tendría nada que envidiarles a los elegantes invitados.

Subí por el ascensor, mirando el mar que brillaba bajo la luna llena. Ya no me sorprendían las habilidades de Lorenzo, pensé con una sonrisa, porque el *castello* lucía maravilloso bajo la luz de la luna. Me quité los zapatos y los llevé en la mano, como de costumbre, para no ensuciarlos con el polvo. Podía ver el *castello* a través de los árboles, todo iluminado; llegaban a mí ecos lejanos de música.

Al divisar las gradas de la entrada, me calcé. Había muchos autos adelante y la gente se arremolinaba para saludarse. Massimo, de saco negro de etiqueta, los esperaba al final de los escalones. Detrás de él, camareros vestidos de blanco se desplazaban por el vestíbulo con fuentes de plata colmadas de diversos canapés. Habían armado un bar en la terraza, y de los árboles colgaban globos de vidrio iluminados. Los pájaros habían decidido no irse a dormir y cantaban excitados, junto con el coro acostumbrado de grillos. De pronto, me sentí intimidada. Vacilé, indecisa, entre las sombras. No conocía a nadie y esas personas pertenecían a un mundo que no era el mío.

—Perdona, *signora*, ¿pero no nos hemos visto antes? —Oí que decía una voz.

Me di vuelta y vi a Giorgio Vivari, el hombre responsable del diseño del vestido de noche que llevaba puesto, el mismo que había piropeado mi encantador empeine en el restaurante de Roma.

—Ya lo creo. Nos vimos en Roma, en Da Fortunato.

—Ah, sí, ya lo recuerdo. —Inclinó la cabeza sobre mi mano de modo encantador—. ¿Cómo podría olvidar su lindo pie?

Nos reímos juntos y enseguida se presentó:

—Soy Giorgio Vivari.

—Yo me llamo Lamour Harrington.

Me preguntó por qué estaba sola en medio de las sombras, y admití que era tímida y que no conocía a nadie.

—Yo también estoy solo. Por favor, permítame acompañarla a la fiesta.

Sintiéndome como la Cenicienta en el baile, entré en el *castello* del brazo de Vivari. Lorenzo se acercó rápidamente hacia nosotros. Estaba tan atractivo, tan elegante y espléndido en su esmoquin de hombre de mundo, que se me aflojaron las rodillas y me entró un súbito y loco deseo de besarlo. Para mi asombro, Lorenzo me miró como un hombre que acaba de ver un fantasma. Se recompuso al instante. Me besó cortésmente en ambas mejillas y dijo:

—Bienvenida, Lamour. Estás preciosa. Y vienes con Giorgio, por lo que veo.

La frialdad de Lorenzo me desconcertó.

—En realidad, ha sido una sorpresa encontrarme con el hombre que diseñó mi vestido. Aunque debe de haber sido hace muchos años. Quizá ni siquiera lo reconozca —agregué, dirigiéndome a Vivari.

—Lo recuerdo muy bien —acotó—. Es un vestido de alta costura, diseñado especialmente para una clienta famosa. Solo se confeccionó este, pero usted lo luce a la perfección. Usted fue hecha para ese vestido, y no al revés.

Lorenzo se excusó en forma abrupta y se fue a saludar a otros invitados.

—Le voy a contar un secreto —le confesé a Vivari—. Encontré el vestido en el ropero de la casa de mi padre. Me hubiera gustado saber a quién le perteneció, pero ha estado allí desde hace tanto tiempo que pensé que a la dueña no le importaría que lo tomase prestado por una noche.

Vivari me pasó el brazo por los hombros.

—A decir verdad, Cassandra Biratta se pondría furiosa si la viera, porque a usted le queda mucho mejor que a ella.

—¿Cassandra Biratta?

—La condesa Biratta. ¿La conoce? —Negué con la cabeza, y me dijo que vivía en el famoso *Palazzo* Biratta de Roma—. Pero Cassandra tiene casas en muchos lugares. Y no se preocupe, cara; este vestido fue diseñado para ella cuando era mucho más joven. Ya no le quedaría bien.

Me acompañó a la terraza, me trajo una copa de champán y me presentó a algunas personas. Poco después, me alejé de ellos. Por fin sabía el nombre de la amante de mi padre y dónde vivía. Por lo que me había enterado de ella a través del diario de Jon-Boy, sentí en mi corazón que era la responsable de su muerte. Desconsolada, me di cuenta de que Lorenzo también lo sabía. En estado de agitación, entré en la casa en busca del tocador de señoras.

El enorme baño y el dormitorio adyacente estaban decorados como los de un antiguo hotel de lujo, con una señora gorda vestida de negro y delantal blanco almidonado, lista para proveer toallas limpias, pañuelos de papel, polvos faciales y perfume, y para arreglar un tirante suelto o un dobladillo descosido.

—Al fin te encuentro. —Aurora apareció de pronto y dio un portazo. La empleada la miró sobresaltada, y yo también.

—¡Hola, Aurora! Hermosa fiesta —comenté, intentando disimular que, en verdad, estaba allí para tomarme un tiempo y juntar los pedazos de mis sueños hechos trizas. En realidad, ni siquiera estaba pensando en la hija de Lorenzo. Solo pensaba en él. ¿Qué sabía? ¿Qué me ocultaba? ¿Por qué no me había dicho nada acerca de Cassandra?

—¡Lamour! —Miré de inmediato a Aurora. Me pareció que se la veía rara. Estaba pálida y le temblaban las manos. Se hundió en un sillón y me miró fijo con sus ojos oscuros e inescrutables. De pronto, me preocupé y me senté a su lado.

—¿Te sientes bien? —le pregunté. Quería tomarle la mano para que dejara de

temblar, pero tenía miedo, porque no sabía qué podía llegar a hacer.

—Odio esto —susurró, así que tuve que inclinarme para oír lo que decía—. Odio a toda esta gente. Odio el *castello*. Te odio a ti —dijo, en voz alta. Sus ojos inexpresivos se encontraron con los míos—. Me odio a mí misma. —Entonces, se puso de pie y salió corriendo de la habitación.

Mis ojos se encontraron con los de la empleada, que desvió la vista de inmediato. Su trabajo consistía en atender los problemas cosméticos de las invitadas, no los miedos imaginarios. Todavía preocupada por Aurora, me dirigí a la terraza. Sin embargo, tenía otra cosa en mente, que me preocupaba más que sus rabietas.

Más tarde, Lorenzo me encontró bajo la sombra de una cabeza de esfinge en el extremo de la terraza.

—Te ves magnífica.

—En el vestido de la *contessa* Biratta. Sin duda lo reconociste.

Asintió con la cabeza.

—Se lo vi puesto cuando estaba con tu padre. Fue una belleza legendaria. Pero ahora, cara, olvidémonos de eso. Vamos, reunámonos con mis invitados. La noche recién empieza: de un momento a otro van a servir la cena, y luego sigue el baile.

Aunque me miró suplicante, la magia se había desvanecido. Siempre supo lo de Cassandra Biratta. No podía entender por qué no me contaba la verdad acerca de lo sucedido la noche en que mi padre murió.

—Lo siento, Lorenzo —susurré con voz entrecortada y, quitándome los zapatos, salí rápido de la terraza y me perdí en la noche. Lorenzo no me siguió y yo no quería que lo hiciera.

Bajé corriendo la *scalatinella* y empecé a desabrocharme el vestido en el camino. No podía soportar su roce en mi piel. Lo odiaba, no quería verlo nunca más. Me lo arranqué del cuerpo, lo lancé a los arbustos y corrí desnuda hasta la casa. Caminé de arriba abajo por el *salone*, como un gato asustado. Tenía erizado el cabello detrás del cuello. La había encontrado; había encontrado a la asesina de Jon-Boy. Entré en la cocina, con mano temblorosa abrí una botella de vino, me serví una copa y la bebí. Finalmente, en mi vieja bata blanca de algodón, me senté en la terraza. Acurrucada en mi preciosa banca, podía escuchar la música de la fiesta, ver las luces resplandeciendo en el cielo, y más tarde, oír los vítores que acompañaban los fuegos artificiales.

Tomé la decisión de preguntarle a Mifune, al día siguiente, sobre Cassandra Biratta, y luego vería qué hacer. Bajo el murmullo de la música y el croar de una rana, caí en un sueño inquieto en el sofá azul que me había acunado durante tantas noches desde mi llegada.

Capítulo 54

Lamour.

A la mañana siguiente, fui a buscar a Mifune al huerto, un paraíso de hierbas, tomates y habichuelas. Los calabacines florecían, amarillos, en sus verdes tallos gruesos y los durazneros formaban un perfecto diseño simétrico, de espaldas a una pared soleada orientada hacia el sur. Corrí hacia Mifune por el sendero arenoso; no tenía tiempo que perder.

—Ya averigüé quién era la amante de mi padre. La *contessa* Cassandra Biratta. ¿Era ella la mujer de largos cabellos negros, la belleza de la que me hablaste?

Con su viejo sombrero de paja, Mifune estaba arrodillado trabajando en una hilera de brotes de guisantes de su país, que él mismo había introducido en los huertos de los Pirata. Se esforzaba en especial en este huerto, ya que le gustaba mantener el orden, y como los brotes de guisantes crecían en forma desordenada, ofendían su sensibilidad estética. Al escuchar mi voz, se puso de pie y se limpió la tierra de las rodillas.

—Así es, *piccolina*.

—¿Estuvo ella aquí la noche de la muerte de mi padre? —Casi no podía soportar oír la respuesta: ya sabía que Cassandra Biratta había matado a mi padre.

Mifune fue a sentarse a la banca de piedra, al borde del sendero, y yo me senté a su lado.

—He revisado mi conciencia muchas veces, *piccolina* —dijo, y su voz era tan débil que tuve que inclinar la cabeza para oírlo—. Hice una promesa solemne, que no puedo romper. Pero no puedo impedirte que hagas lo que tengas que hacer para descubrir la verdad acerca de la muerte de tu padre. Tienes ese derecho. Cassandra Biratta venía a menudo a la pequeña casa. Y estuvo aquí la noche en que murió Jon-Boy. No puedo decirte nada más.

Por un momento, me quedé pensando en lo que acababa de escuchar. Sabía que donde hay pasión, hay celos. Conociendo a mi padre, estaba casi segura de que también había otra mujer, otra amante. Aquella mencionada con la inicial «I» en el diario.

—¿Hubo dos mujeres disputándose a Jon-Boy?

—Eres mujer y, sin duda, lo presientes. Se llamaba Isabella Mancini. Fue amante de tu padre antes de la *contessa*.

—¿La conociste?

—La conocí —asintió, y me miró a los ojos—. Por favor, querida, no sigas preguntándome, no puedo decirte nada más.

—¡Voy a encontrar a Isabella e iré a ver a la *contessa*! Voy a preguntarle cómo

mató a Jon-Boy. Voy a decirle que la vieron la noche en que él murió, en el acantilado, en medio de la tormenta, que hay testigos...

Mifune levantó la mano en señal de advertencia.

—Ten cuidado, Lamour. Cassandra Biratta es como una grulla estilizada, igual a las que se ven en las acuarelas japonesas. Distinguida, bella y con un corazón de piedra.

Aún no sabía por qué Mifune había hecho un pacto de silencio sobre la muerte de Jon-Boy y pensé que, probablemente, nunca llegaría a saberlo, pero le agradecí de todo corazón lo que me había contado. Al fin había resuelto el misterio de la muerte de mi padre y, ahora, me preparaba para enfrentar al asesino.

Le envié un correo electrónico a Jammy con todos los detalles. Temprano por la mañana partí hacia Roma en mi auto, sin volver a considerar la advertencia de Mifune.

Capítulo 55

Lorenzo.

Lorenzo caminaba de arriba abajo en el cuarto de la torre. Con las manos en la espalda y la cabeza hundida en el pecho, estaba pensando en Lamour y en los sucesos de la fiesta. Cuando la vio con el vestido rojo, con el cabello negro peinado hacia atrás, por un instante creyó que se trataba de Cassandra. Fue tan grande su turbación, que la dejó allí con Giorgio y, cuando recuperó el sano juicio, ya era demasiado tarde.

Al mirar por la ventana, notó que caía la noche. Los olivos susurraban en la brisa del atardecer, tintineando como monedas de plata. Pensó que había muy pocas cosas en el mundo tan bellas como un olivo viejo, con el tronco encorvado y nudoso, y las ramas retorcidas. Mifune había plantado esos árboles para el abuelo de Lorenzo. Era el creador de toda esa belleza que la familia disfrutaba en esos momentos. Mifune sabía todo lo que había que saber sobre la familia Pirata; por eso, Lorenzo decidió ir a verlo en busca de algunas respuestas.

El viejo jardinero oyó sus pasos en la grava. Lo esperó con la puerta abierta.

—*Signor Pirata* —lo saludó, mientras hacía una reverencia—, es un honor.

Dio un paso atrás para dejar que Lorenzo entrara y le preguntó si quería beber una taza de té verde. Mientras Mifune lo preparaba, Lorenzo miró a su alrededor. Nunca dejaba de asombrarlo la simplicidad del hogar de su viejo amigo. Un aura de paz impregnaba la sencilla vivienda; al pensar en su propia vida, siempre demasiado ocupada y complicada, sintió envidia.

Mifune trajo una antigua bandeja esmaltada con dos pocillos de té de porcelana fina. Con las piernas cruzadas en las esteras de tatami, los dos hombres se ubicaron uno frente al otro en la mesa baja. Mifune sirvió el té y, con una ligera inclinación de cabeza, le ofreció el pocillo a Lorenzo.

—*Signore*, ¿a qué debo el honor de su visita?

—¿Recuerdas la promesa que hice hace muchos muchos años?

—La recuerdo, *signore*.

—Tú también hiciste esa promesa, pero para mí fue un voto solemne. Y, a pesar de que no puedo romperla, ahora estoy tentado de hacerlo.

Los translúcidos ojos de Mifune se entrecerraron. Sorprendido, arqueó las cejas enmarañadas, pero no habló, a la espera de que Lorenzo dijera lo que tenía que decir.

—Estoy enamorado de Lamour —admitió Lorenzo—, pero nuestra relación está basada en una mentira. Amigo mío, no puedo seguir así. Me siento desgarrado tener dos verdades: la del pasado y la del presente. ¿Qué puedo hacer? ¿Puedo pedirle que comparta su vida conmigo, sabiendo lo que sé sobre la muerte de su padre? No veo la salida. El voto solemne es un deber sagrado para mí. ¿Cómo puedo siquiera pensar en

romperlo cuando podría dañar todo lo que he intentado lograr durante estos largos años?

—Es sencillo, *signore*. Ya ha cumplido su promesa, ahora hay otra persona que debemos tener en cuenta. ¿Es justo ocultarle la verdad a la hija de Jon-Boy? ¿Acaso ella no tiene derechos también?

—No había pensado en sus derechos —reconoció—. Pero veo que debo tomarlos en cuenta.

—No espere a que sea demasiado tarde. Lamour ya descubrió que Cassandra Biratta fue la amante de Jon-Boy. Vino a verme y me hizo algunas preguntas. Le respondí con la mayor honestidad, hasta donde me lo permitió mi promesa. En este momento, va camino a Roma a confrontar a la *contessa*. Lamour es una mujer testaruda, *signore*, y no aceptará una respuesta negativa. Está decidida a descubrir la verdad acerca de la muerte de su padre. Después de todo, es perfectamente comprensible.

Lorenzo no podía dejar de darle la razón. Comprendía muy bien lo que era el amor de una hija por su padre.

—Estoy enamorado de una mujer a la que no tengo derecho a amar. No solo soy mucho mayor que ella, sino que tengo que hacerme cargo de mi familia. No veo la posibilidad de un futuro para ambos. ¿Cómo puedo pedirle que comparta los últimos años de mi vida cuando todavía es joven y tiene la vida entera por delante?

—Es un asunto del corazón —respondió Mifune con voz queda, y una repentina expresión de cansancio—. Siempre he creído que un hombre debe seguir sus mejores instintos. La meditación aísla los pensamientos y centra la mente hasta que solo queda lo espiritual en el interior del ser. Inténtelo, *signore*, y espero que lo ayude a aliviar sus preocupaciones.

Lorenzo regresó a la torre. No encendió las luces; se quedó largo rato junto a la ventana, observando la oscuridad de la noche callada y tranquila. Dejó de lado toda distracción y se concentró en el pasado, en su esposa, Marella, a quien le había hecho la promesa de callar. Al poco rato, vio el camino con claridad. No le quedaba sino una sola cosa que hacer, y debía actuar de inmediato.

Capítulo 56

Lamour.

Caminé por una hermosa *piazza*, bajo enormes plátanos que echaban una deliciosa sombra, y pasé dos veces delante de un grandioso edificio medio oculto detrás de rejas de hierro forjado antes de darme cuenta de que era el *Palazzo* Biratta.

Ocupaba toda la esquina orientada hacia el sudoeste de una de las plazas más románticas de Roma. Construido con piedra blanca, embellecida con frontones de mármol rosa y arquitrabes, y ubicado detrás de inmensas rejas de hierro, se elevaba en todo el esplendor de sus cinco pisos. El techo en declive tenía en los bordes grifos esculpidos y las figuras heráldicas de la familia Biratta, que se remontaban al Renacimiento. Antes de llegar, había hecho algunas averiguaciones. Supe que los Biratta comenzaron como comerciantes y se abrieron camino por medio de la riqueza, el soborno y la manipulación, hasta alcanzar gran poder, que culminó con la adquisición del título de conde. Los Biratta aún eran muy ricos y participaban activamente en política, a través de la banca y el Vaticano. En resumen, era una de las familias más poderosas de Italia; un enemigo formidable. Sin embargo, cuando llamé por teléfono, Cassandra Biratta aceptó verme enseguida. Me hubiera gustado saber por qué. ¿Temía que hiciera públicos sus amores con Jon-Boy? ¿Temía que supiera la verdad acerca de su muerte y que estuviera a punto de divulgarla?

«Así se acabaría su buena reputación, *contessa*» —pensé con amargura, mientras tocaba el timbre y lo oía sonar en la caseta de piedra de la reja—. Supuse que vendría a abrirme una anciana vestida de negro que había trabajado para la familia durante más de cincuenta años, pero en su lugar se presentó un guardia de seguridad, con la mano apoyada sobre el arma que llevaba en la cadera. Era obvio que la familia no perdía el tiempo en tonterías, y de pronto me sentí muy nerviosa con respecto a lo que estaba por hacer. Le di mi nombre al guardia y le dije que la *contessa* me esperaba. Revisó su lista, abrió las rejas y me hizo una señal para que entrara. Un mayordomo de chaqueta blanca y pantalones negros me esperaba al final de las impresionantes gradas de piedra que conducían a la puerta principal. Me hizo pasar al vestíbulo, mientras se ofrecía a tomar mi chaqueta; le agradecí y le dije que prefería dejármela puesta.

Había algo decididamente frío en el *Palazzo* Biratta, una frialdad que nada tenía que ver con la temperatura y que, sin embargo, bajaba desde el altísimo techo hasta los pisos de mármol, a través de la amplia escalera y los soberbios corredores de paredes cubiertas de tapices. Sentí un escalofrío, pensando en lo difícil que sería encontrar allí un rincón acogedor para guarecerse una noche fría de invierno.

Seguí al mayordomo por un largo pasillo, bordeado por grandes estatuas de

mármol protegidas en nichos iluminados, por consolas doradas y arreglos florales más apropiados para la sala de recepción de un gran hotel. Llegamos a lo que supuse sería una de las más modestas salas de estar del *palazzo*, adecuada, sin duda, para recibir a una persona común y corriente como yo.

—La *contessa* la recibirá en unos minutos, *signora* —me informó el mayordomo—. ¿Quisiera tomar un refresco? ¿Una bebida fría o un espresso?

Nuevamente, le agradecí y decliné su oferta. Prefería no aceptar nada de la mujer que había matado a mi padre. Inspeccioné los muebles de estilo, las grandes cortinas de brocado de seda en las ventanas y las fotos enmarcadas. Pensé en lo difícil que debería de ser quitarle el polvo a esa sala, y me pregunté si valdría la pena. Vivir allí era como vivir en un museo. De pronto, empecé a sentir unas ganas inmensas de estar en mi casa, pequeña y sencilla, con aquella vista mágica, la única decoración que necesitaba. Deseé encontrarme en ese momento en mi terraza, a la hora de la cena, compartiendo una copa de vino con Lorenzo.

Lorenzo. Pensé en él y el alma se me fue al piso. Él había guardado el secreto y yo estaba por sacar cada uno de sus detalles a la luz. «¡Ah, Lorenzo, Lorenzo! —exclamé para mis adentros, y casi podía percibir el sonido de mi corazón, rompiéndose en pequeños pedazos—. Creí que eras mi enemigo, luego te convertiste en mi amigo y después en mi amante. Y ahora quizá no nos veamos nunca más».

Mientras lo evocaba, una puerta se abrió detrás de mí. Me di vuelta y vi a la mujer más bella que hubiera visto en toda mi vida. Recordé, de inmediato, la descripción que de ella había hecho Jon-Boy en su diario: «C. envuelta en pieles, y atisbando desde el enorme cuello como un lindo y pequeño zorro... o zorra, más bien».

Tenía el rostro pálido, ovalado, y labios carnosos, escarlatas y sensuales. Ojos negros, rasgados, sobre pómulos altos. Bellezas como esa no eran comunes y, a su edad, tampoco eran sencillas de mantener. Supuse que rondaría los sesenta años, aunque era delgada y esbelta como una muchacha, de piernas largas, sostenidas por tacos altos muy elegantes y una falda que se detenía justo encima de su rodilla. Era en verdad tan atractiva, que no me sorprendía que Jon-Boy no hubiera podido resistirse a sus encantos. Pero también recordé la descripción que hizo Mifune de ella. Al darle la mano a Cassandra Biratta y al mirar sus negros ojos fríos, comprendí lo que mi amigo había querido decirme.

—Por favor, tome asiento, *signora* Harrington —dijo en voz baja, glacial como el aire acondicionado. Me indicó con un gesto un sofá de brocado en tonos suaves y se sentó en uno similar, al otro lado de la mesa de vidrio cubierta con otros objetos valiosos de la familia Biratta—. Se parece a su padre —añadió, y me dejó muy sorprendida, porque pensé que se negaría a admitir incluso que lo había conocido—. Así pues, *signora*, ¿por qué no me explica la razón de su visita?

—Vine a preguntarle sobre el asesinato de Jon-Boy —respondí, y noté que se ponía rígida.

—Entonces, no puedo ayudarla. No sé otra cosa de la muerte de su padre que lo

que he oído.

—La gran tormenta, Jon-Boy solo en el barco, Jon-Boy ahogado; al parecer, nunca encontraron el cuerpo. Eso es lo que dicen, *contessa* Biratta, pero nosotras sabemos que no fue así.

Entornó los ojos; ya no se la veía tan bella cuando afirmó:

—Eso fue lo que me dijeron. No tengo ningún motivo para no creerlo.

—¿Y si le pregunto sobre Isabella? Sin duda, la recordará: era la joven que usted reemplazó en la cama de mi padre. —La oí respirar llena de ira, pero seguí hablando de todos modos, inventando en el camino y sabiendo, de algún modo, lo que esta mujer había hecho—. Usted estaba celosa, *contessa*. Fue a verla, le dijo que Jon-Boy no la quería y, luego, se aseguró de que se alejara de mi padre hasta esa noche, cuando Isabella se presentó en la casa de Amalfi.

Cassandra se recostó en el sofá. Los dedos fuertemente entrelazados desmentían la expresión de calma que aparentaba su rostro.

—Mi querida *signora* Harrington —susurró—, esos no son más que rumores. Usted era una niña cuando conocí a su padre. Ni siquiera vivía en este país. ¿Cómo puede creer esas tonterías? —Meneó la cabeza—. No, no, no, está equivocada. Su padre mantuvo algún tipo de relación con Isabella Mancini por un tiempo, lo sabía, pero ya había terminado cuando...

Se interrumpió, pero me di cuenta de que estaba a punto de decir «cuando yo aparecí en su vida». Por cierto, eso la hubiera llevado a reconocer que había tenido una relación con Jon-Boy, y no iba a caer en la trampa.

—Conocí a Jon-Boy en Roma —dijo, cambiando de tema—. Admiraba su talento. Mi marido y yo tenemos la política de ayudar a los artistas, como lo ha hecho su familia desde el Renacimiento. El conde apreciaba mucho al *dottore*. Pasaban juntos muchas tardes, hablando de literatura, en especial de Hemingway y Dos Passos, y otros escritores de la misma época, que siempre fascinaron al conde. También comentaban los grandes poetas clásicos italianos que Jon-Boy estaba leyendo, al parecer, como inspiración para su nueva novela. Los dos se llevaban muy bien y él venía con frecuencia al *palazzo*.

Aunque intenté imaginar a Jon-Boy cómodo en ese ambiente enrarecido, recostado en los duros sofás y hablando de Dante con el conde mientras bebían una copa de fino oporto, no pude hacerlo. Él era un hombre sencillo y nunca hubiera pasado, por voluntad propia, más de diez minutos en un lugar como ese.

—Había un vestido suyo colgado en su ropero —le comenté—. De gasa de seda, diseñado por Giorgio Vivari.

Se encogió de hombros. Muchas mujeres tienen vestidos de Giorgio Vivari.

—No ese —manifesté, atenta a su reacción—. Se lo mostré al *signor* Vivari. Me dijo que lo diseñó especialmente para usted. Solo hubo un vestido como ese, *contessa*. El suyo.

Respiró hondo, a todas luces tratando de pensar con claridad y también, supuse,

intentando tranquilizarse. Me sentía muy bien preparada para lo que fuera a decirme después, pero, en ese momento, me sorprendió con su reacción.

—¿Entonces qué quiere que le diga? —Habló en voz baja, como si tuviese miedo de que la oyeran—. ¿Usted quiere que reconozca que tuve una relación amorosa con Jon-Boy? ¿Y por qué habría de hacerlo, cara? ¿Para que usted pueda decirle a mi marido que es verdad lo que ya sospechaba? ¿Para que arruine mi matrimonio y yo termine en un juicio de divorcio? ¿Y todo por un hombre que está muerto?

La odié por el cinismo y la dureza del último comentario, pero, aunque estaba temblando, me contuve.

—No tengo ningún interés en arruinar su matrimonio —respondí con frialdad—. Solo quiero saber qué fue lo que realmente le ocurrió. Y cómo lo mató.

El rostro se le desencajó y abrió los ojos, azorada. Se puso de pie.

—Le he dicho que no sé nada. No estuve allí esa noche.

—Sin embargo, la vieron —insistí—. Estaba en el acantilado esa noche, en medio de la lluvia, el granizo y el viento que soplaba con furia infernal. Usted sabe qué fue lo que le pasó a mi padre y tiene que decírmelo.

Caminó furiosa hasta la ventana, donde se detuvo con los brazos cruzados sobre el pecho, mirando fijo los altos plátanos que daban sombra a su hermoso patio.

—Hubo testigos —continué casi en un susurro—. Si prefiere, puedo traerlos aquí, para que usted misma les pregunte qué fue lo que vieron.

Se quedó en silencio un rato largo y luego se volvió:

—Yo no maté a su padre —anunció con firmeza— y esa es la verdad.

Observé el bello rostro de la amante de mi padre, la mujer a quien había considerado un ser perverso, una vil asesina. Nuestras miradas se encontraron y vi lágrimas en sus ojos. Para mi asombro, le creí. Y también quedé convencida de que aún amaba a Jon-Boy.

Capítulo 57

Lamour.

Cuando le dije que le creía, su encantador rostro pareció alterarse apenas con un ligero estremecimiento de emoción. Se sentó a mi lado en el sofá y me miró con fijeza.

—El parecido con su padre es impresionante —dijo por fin—. Cuando entré y la vi de pie, de pronto me sentí transportada a un lugar y a una época que tenía la esperanza de haber olvidado. Pero debería haberlo sabido: es imposible olvidar a su padre.

Tocó una campanilla para llamar al mayordomo y pensé que le iba a pedir que me acompañara a la salida, pero, por el contrario, me preguntó si quería beber algo. Sorprendida por su hospitalidad, le pedí un vaso de agua. Cassandra pidió un vodka con tónica y hielo y, a decir verdad, me dio la impresión de que, realmente, necesitaba un trago. Pocos minutos después, el mayordomo regresó con las bebidas. Cassandra empezó a beber a pequeños sorbos, con alivio. Mientras tanto, comencé a preguntarme qué iba a decirme, porque era obvio que tenía algo en mente.

—Gracias por creerme —me dijo por fin—. Sí, tuve una relación con Jon-Boy, y sí, estaba enamorada de él, a mi manera. Me divertía con él. *Il dottore* era encantador, apuesto, irresistible. —Por un instante, se quedó pensativa—. Por supuesto, Jon-Boy era mucho más que eso. Era un hombre de sentimientos profundos, de emociones intensas, un hombre sensible y con una enorme autocrítica. También era voluble: de pronto ansiaba la soledad y la paz, y al minuto siguiente, quería fiestas, gente y amantes. No le fui fiel y él lo sabía, y sabía por qué. Estaba demasiado enamorado de mí y no podía permitírselo. Sé que parece contradictorio, pero, después de todo, yo era una mujer casada. Tenía mi propia vida nunca iba a renunciar a ella. Jon-Boy lo sabía cuando me conoció, sabía que nuestra relación no iba a pasar de ser algo alocado y pasional. A pesar de eso, para él se convirtió en algo más. Estaba obsesionado conmigo, tanto que su amor empezó a asfixiarme. Finalmente, ya no pude soportarlo, y además, sabía que era peligroso y que podría ir a hablar con mi marido. Le dije que teníamos que terminar y me rogó que fuera por última vez a la casa de Amalfi. Le respondí que iría.

Se tomó el vodka de un trago. Le temblaba tanto la mano que los cubos de hielo repiqueteaban contra el vidrio del vaso.

—Le agradezco que me haya contado todo esto —le respondí en voz baja, porque no era mi intención perturbar su estado de ánimo y quería animarla a continuar.

—Jon-Boy me pidió que me pusiera el vestido rojo: «Póntelo una vez más por mí, Cassandra. Quiero recordarte como estabas la noche en que nos conocimos en la

fiesta de Año Nuevo en Nueva York». Así que me puse el vestido a la hora de la cena esa noche, y el perfume que le gustaba que yo usara. Ya no lo uso; me recuerda demasiado a él. Jon-Boy estaba tan alegre como de costumbre, hablando de su nuevo libro, del nuevo restaurante en Capri al que decía que debíamos ir juntos. Hablaba como un hombre con proyectos para el futuro y le recordé que había ido a despedirme de él. Se negaba a aceptarlo. Me sentía un poco triste por tener que separarnos, pero era necesario que yo continuara con mi propia vida. Era una mujer con una posición social en la que debía pensar en mis responsabilidades, en mi marido.

Cassandra terminó de beber su trago y puso el vaso en la pequeña mesa a su lado. Sus labios habían dejado una mancha escarlata en el borde del vaso, y se limpió la boca con una servilleta. Me incliné hacia adelante, con las manos en las rodillas, ansiosa de que siguiera hablando.

—Así pues, hija de Jon-Boy, ahora ya sabes todo lo que puedo contarte. No hay nada más que decir.

—¡Ah, pero sí lo hay! Usted estuvo allí esa noche; usted participó de lo ocurrido. Se puso de pie, calmada y serena otra vez.

—Compréndame —dijo, en un tono lleno de amenaza—. No estuve allí la noche en que murió Jon-Boy. Y ninguno de los supuestos «testigos» que usted afirma que me vieron testificará lo contrario. No voy a permitirle que involucre a mi familia ni a mí en una muerte ya antigua, en la que no tuve nada que ver. ¿Está claro, *signora* Harrington?

—*Contessa*... —empecé a hablar, pero ella ya se estaba acercando a la puerta.

—El mayordomo la acompañará a la salida —replicó cortante, despidiéndome—. Adiós, *signora* Harrington. —Se dio vuelta en la puerta. Cuando me miró a los ojos, supe que estaba volviendo a ver a Jon-Boy en mí—. Fue muy agradable conocerla, por los viejos tiempos.

Capítulo 58

Lamour.

Apenas regresé al *Hotel D’Inghilterra*, llamé a Jammy.

—Y ¿qué ocurrió? —preguntó en cuanto oyó mi voz.

—Todavía sigue siendo tan bella como la describió Jon-Boy —respondí, y mi voz sonó tan abatida como mi estado de ánimo—. Pero hay algo inhumano en ese tipo de belleza. Es como si fuera de piedra por dentro y todos sus esfuerzos estuvieran dirigidos a preservar esa bella fachada.

—Bueno, después de todo, esos son sus recursos, los que le permitieron llegar a donde está. Si los pierde, se meterá en problemas. El viejo y querido conde se interesará por otra, y Cassandra se arrepentirá de haber firmado un acuerdo prenupcial.

—No creo que existieran acuerdos de esa naturaleza en aquella época. De todos modos, nosotras podríamos vivir muy cómodamente durante unos cuantos años solo con las perlas que llevaba puestas.

—Quizá le pida a Matt que me compre algunas —reflexionó Jammy—. Parece una buena inversión. ¡Ah! Pero entonces ¿qué haremos con la hipoteca, las cuentas del veterinario, sin mencionar el fondo universitario? —agregó, haciéndome reír—. Bueno, ¿qué pasó después?

Le describí el *palazzo*, el guardia de seguridad, el mayordomo y la habitación donde la *contessa* y yo tuvimos nuestra reunión.

—Me sentí como si hubiera viajado en el tiempo —comenté—. Debería haberme puesto una peluca empolvada, un miriñaque y haber coqueteado con un abanico de seda, en lugar de quedarme sentada en ese sofá rígido de brocado preguntándole a la *contessa* si había asesinado a mi padre.

—¿Y lo hizo? —La voz sonó tensa.

—Me dijo que no.

—¿Y...?

—Le creí.

Uno de los famosos y sonoros suspiros de Jammy retumbó en la línea telefónica; rápidamente, agregué:

—No lo mató, Jam. Pero reconoció que tuvo una relación amorosa con él.

Le conté los detalles y me escuchó en silencio hasta la amenaza velada de la *contessa* para que no se me ocurriera manchar el nombre de su familia y sus comentarios respecto de los testigos que no iban a testificar.

—Descubrió mi juego, porque, aunque estoy segura de que Mifune sabe la verdad, parece que sus labios están sellados, tanto como los de Lorenzo. De todos

modos, ya no voy a ver a Lorenzo.

—Espera un momento; ¡espera un momento! ¿Por qué dices eso? ¿Qué tiene que ver la *contessa* con Lorenzo?

—Las dos familias son viejas amigas, desde hace varios siglos, supongo. Por supuesto, la *contessa* le contará a Lorenzo que fui a verla. Creo que él piensa que ella mató a Jon-Boy, pero está protegiendo el buen nombre de la familia del conde. Sabiendo eso, ¿cómo puedo volver a verlo, Jammy? Además, él tampoco querrá verme, porque fui a ver a la *contessa* a espaldas de él y la acusé de haber cometido un asesinato.

—¿Y qué papel desempeña el amor en todo esto?

—¿El amor?

—Sí, ya sabes, esa vieja y antigua emoción que tú y Lorenzo sentían el uno por el otro. Todas esas cosas embriagadoras, ese sentimiento de ser almas gemelas, los besos y las caricias... ah, y también el sexo. Las cosas buenas. ¿Qué hay con todo eso, Lamour?

—No lo sé —respondí con tristeza—. Me parece que he quemado mis naves, Jammy, y que ya no hay vuelta atrás. Lo peor de todo es que todavía no sé qué le pasó a Jon-Boy.

—Lamour —mi amiga pronunció mi nombre con suavidad—, ¿nunca te preguntaste si valía la pena? Todo pasó hace tanto tiempo ya... ¿Tiene sentido volver al pasado en busca de una respuesta, cuando al hacerlo pierdes la posibilidad de ser feliz? Por favor, te lo ruego: piénsalo. Ve a buscar a Lorenzo, pídele disculpas por haber alborotado el avispero, dile que lo amas y que no importa nada más. Y después, te vas a vivir con él, te casas; lo que prefieras. Sigue adelante con tu vida. Por favor, querida, dime que lo harás.

De pronto, la voz de Matt apareció en la línea.

—No me gusta reconocerlo —admitió—, pero Jammy tiene razón. Por una vez en tu vida, piensa primero en ti, Lamour. Aférrate a la felicidad mientras puedas. Créeme, es lo mejor que puedes hacer, lo único que debes hacer.

Les prometí a ambos que lo pensaría, luego me despedí. Me senté en el borde de la cama sintiéndome derrotada, una desagradable sensación que, desgraciadamente, no sentía por primera vez. Tenían razón, sin duda, pero no me era tan fácil dejar de seguir investigando la muerte de Jon-Boy. Se lo debía a cambio de los recuerdos felices de mi infancia y del amor que sentía por él.

En ese instante, sonó el teléfono.

—Pronto —contesté, apática.

—Lamour. —Mi corazón insensible empezó a revivir y dio un vuelco al oír la voz de Lorenzo—. Estoy abajo, en el bar. ¿Podríamos encontrarnos allí?

No sabía si era una orden o una pregunta, pero le dije que sí. Me peiné me pinté los labios. Me hubiera gustado saber cómo se había enterado de que estaba en ese hotel. Entonces caí en la cuenta de que Mifune, seguramente, le dijo que estaba en

Roma, y Lorenzo sabía que siempre me alojaba en el mismo lugar cuando iba allí. Bajé por el pequeño ascensor hasta la planta baja, pensando que un bar no era el lugar más apropiado para tomar decisiones trascendentes. Claro, tampoco había pensado que tendría que hacerlo tan pronto.

Lorenzo estaba solo en una mesa ubicada junto a la ventana. Cuando me vio, se puso de pie. Se me hizo un nudo en la garganta, y no pude dejar de pensar en lo atractivo que era, en lo fuerte que se lo veía. Un hombre invencible, un hombre que, debido a que yo había sacado a la luz sus secretos, estaba allí, sin duda, para decirme: «Adiós, no fue un placer conocerte».

—Lamour —dijo, tomándome la mano y rozándola con los labios.

Un beso en la mano no es la manera en que un hombre enamorado saluda, por lo general, a su mujer, y yo sabía que él lo sabía.

—Qué sorpresa —respondí, tomando asiento en la silla que sostenía para mí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se dio vuelta para mirarme.

—Vine a verte. Ya he hablado con Cassandra —anunció y mi estúpido corazón, latiendo más de la cuenta, se detuvo un instante. Llegó el champán. Lorenzo alzó su copa y, para mi completo asombro, dijo—: Brindo por Jon-Boy, Lamour; que su recuerdo viva en ti para siempre.

—Enfrenté a Cassandra. Me dijo que ella no lo había matado. Y le creo.

—Lo sé. Siento mucho que hayas tenido que pasar por eso. Cassandra Biratta no es una persona fácil.

—Me contó sobre su relación con Jon-Boy y después me hizo una especie de amenaza velada acerca de lo que me ocurriría si pretendía manchar el nombre de su familia. Tuve la sensación de que bastaría una llamada para echarme del país.

—No lo dudo —respondió Lorenzo con calma—. Pero tu intención no es atacarla, ni a ella, ni a su familia. No vas a seguir con este asunto, Lamour.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué no? —Levanté la voz, llena de ira.

—Porque yo voy a contarte en detalle qué fue lo que ocurrió. Y voy a decirte la verdad.

Me quedé mirándolo, sentado allí, a mi lado, tan tranquilo.

—¿De veras? ¿Es cierto? —musité como una niña a la que le han prometido un regalo especial.

—Es cierto. Pero no aquí. —Se puso de pie y me tomó de la mano—. Vamos, Lamour, tenemos que hablar en privado. Voy a llevarte a mi apartamento.

Capítulo 59

Lamour.

La casa moderna y sobria me sorprendió, en especial por el contraste cultural entre su sencillez y los excesos del *Palazzo Biratta*. Lorenzo no me había soltado la mano desde que salimos del hotel, y estrechándola aún con fuerza, me condujo a un lugar amplio, parecido a un desván. Me percaté de los tonos suaves y neutros de las bellas alfombras modernas y tejidas a mano, la sobria simplicidad de los muebles y la luz tenue, y de inmediato me sentí cómoda. Pero no había ido allí a hacer comentarios sobre la decoración interior de la casa de Lorenzo.

Cuando se sentó frente a mí, parecía muy serio. Se inclinó hacia adelante, con las manos apoyadas sobre las rodillas. De pronto, sentí temor de lo que fuera a decirme. ¿Podría haber sido él quien mató a Jon-Boy?

—Estoy faltando a un voto solemne al decirte lo te que voy a decir, pero no me queda más remedio, y espero que la persona a quien le hice la promesa me perdone. Eres una mujer muy terca, Lamour, y no te culpo. Probablemente, yo hubiese hecho lo mismo en tu lugar.

—Se lo debo a Jon-Boy —respondí, y de pronto sentí que me invadía la calma. Estaba preparada para oír cualquier cosa que dijera Lorenzo, buena o mala.

—Siete personas saben qué fue lo que pasó esa noche, pero tres están muertas: Jon-Boy, Marella y otra mujer. Como sin duda ya te habrás dado cuenta, los que siguen vivos, Nico, Mifune, la *contessa* y yo, nunca revelarán lo que vieron. Hay una razón para eso, como podrás comprobar a medida que conozcas los hechos —hizo una pausa—. Déjame decirte, primero, que todos querían a Jon-Boy. Era el tipo de persona que siempre le alegra la vida a los demás; era un placer conversar con él sobre libros y escritores, sobre vinos, música, viajes. De algún modo, por el solo hecho de haber estado con él, regresabas a tu casa con una sonrisa en los labios o con una sensación de liviandad. Por supuesto, las mujeres lo perseguían; ¿de qué otro modo podía ser? Las trataba como si fueran especiales y únicas, aunque las acabara de conocer. No obstante, había una mujer especial en su vida; se llamaba Isabella.

—La «I» en el diario de mi padre —lo interrumpí—. Creo que la amó mucho.

Lorenzo asintió con un gesto.

—En efecto. El problema fue que amaba más a otra mujer.

—Cassandra.

—Así es, a Cassandra.

—Ella me dijo que él la amaba demasiado. Me confesó que sentía que su amor la asfixiaba.

—Mintió. Cassandra estaba obsesionada con Jon-Boy y se había apoderado de su

vida. Sometido a esa relación, tu padre se convirtió en un hombre distinto; ni siquiera hacía el intento de escribir. A mi juicio, esa fue la peor de las tragedias. Nunca le perdoné a Cassandra Biratta que derrochara el talento de tu padre. Sin duda, habría sido capaz de escribir otra novela excelente, pero, para él, esa posibilidad ya pertenecía al pasado. Jon-Boy solía hablarme de sus ideas para el siguiente libro, de su filosofía de vida, de los hijos, y créeme, Lamour, cuando te digo que te quería mucho más de lo que podrías llegar a imaginar. A veces, es más fácil para un hombre hablar con otro sobre el amor que siente por su hija que decírselo a ella. Es más, reconozco que, cuando me enteré de que estabas en La Casa de la Amante, sentí curiosidad por conocer a ese dechado de virtudes. Pero tenía que proteger mi propio mundo, y esa fue la causa de todos los problemas.

Esperé a que me aclarara qué quería decir con «proteger mi propio mundo». ¿Se refería, tal vez, a que Nico tuvo algo que ver con el asesinato y se veía obligado a proteger a su hijo?

—La relación de Jon-Boy con Isabella tenía ya más de dos años —continuó—. Era una mujer encantadora, sencilla, dulce y práctica como él. Pertenecía a una familia pobre y no esperaba nada de él, excepto su amor y dedicación. Trabajaba en una panadería en Roma donde él solía ir a diario a comprar una porción de *pizza* sin tomate...

—Era su favorita —lo interrumpí, sonriendo, y comencé a recordar la época en que caminábamos juntos a través del *Campo dei Fiori*, con la *pizza* caliente, más parecida a la *focaccia* untada simplemente con aceite de oliva y sal, que nos quemaba la mano y la lengua. No podíamos esperar a que se enfriara para empezar a comerla.

—Isabella se mudó al apartamento de Jon-Boy en Roma, pero no dejó su trabajo en la panadería; se levantaba muy temprano a la mañana, mientras él seguía durmiendo. Me contó que su padre era un auténtico campesino a la antigua. También me dijo que, con toda probabilidad, mataría a Jon-Boy si llegara a enterarse de la relación entre ellos. Esa fue la razón por la que siguió trabajando, para tranquilizar su conciencia. De ese modo, al menos, conservaba su independencia. Pues nunca le aceptó dinero a Jon-Boy. Ni un centavo.

—¿Era bonita? —pregunté con cierta añoranza, pues me hubiera gustado conocer a la mujer que tanto amó a mi padre.

Lo pensó un rato.

—No al estilo de Cassandra, pero era encantadora, y sí, muy atractiva, de un modo más suave y de formas más redondas. Me hacía acordar a las estrellas de cine como Claudia Cardinale, Sophia Loren, Monica Vitti, esas mujeres hermosas, robustas y atrevidas. Fue un placer conocerla.

Con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha, empezó a caminar de arriba abajo por la habitación.

—Es importante que sepas más de ella por lo que pasó después —dijo, y asentí. Se detuvo y me observó—. La relación de ellos empezó a ir de mal en peor; Jon-Boy

me confió que se sentía presionado por su imposibilidad de trabajar y por el deseo de Isabella de ser amada. Entonces, conoció a Cassandra, y de la noche a la mañana todo cambió. Jon-Boy solo pensaba en ella. Ya no le importaban su talento, ni su trabajo, ni siquiera Isabella. Era un hombre enamorado, profunda y trágicamente, de una mujer que no valía la pena. Lo volvía loco y él la soportaba. Cassandra sabía de Isabella, por supuesto, y se deshizo de ella tan rápido que la pobre muchacha no tuvo tiempo ni de reaccionar. Sin que Jon-Boy lo supiera, sacó la ropa de Isabella del apartamento de Jon-Boy, cambió las cerraduras, le dijo que ya no era bienvenida ni querida y que debería regresar a vivir con su familia campesina en Liguria.

»Cassandra vigilaba a Jon-Boy como un perro guardián. No permitía que nadie se le acercara. Se creía su musa; quería ser la inspiración de su nueva novela, para luego presentarlo en sociedad como el escritor más famoso del mundo y como su trofeo. Isabella me llamó para pedirme ayuda e hice lo que pude. Hablé con Jon-Boy, pero era como un hombre hechizado. Dijo que amaba a Cassandra y que no podía hacer nada al respecto, salvo mandarle algo de dinero a Isabella. Me enojé con él por tratarla de esa manera y le expliqué que enviarle dinero sería un insulto. Yo mismo le mandé un poco de dinero, con la intención de ayudarla, y me lo agradeció. Pero lo que ninguno de nosotros sabía era que Isabella estaba embarazada.

Me dejó sin habla. Se sentó a mi lado y me tomó la mano.

—Lamour, esto es lo que ocurrió esa noche. Va a ser doloroso escucharlo, pero es la verdad.

Mirándome a los ojos, con mi mano entre las suyas, comenzó su relato.

Capítulo 60

Lorenzo.

—Ese día, la tormenta había empezado a formarse muy temprano por la mañana —continuó Lorenzo—. Grandes nubes se acumulaban en el cielo, como barcos a toda vela, navegando viento en popa con ráfagas que soplaban del Noreste. El mar se veía plomizo, con pequeñas ondas espumosas, nada de importancia, pero, de todos modos, me sentía intranquilo. Para calmarme, me dije que estábamos en octubre, demasiado pronto para que ocurriera algo serio. Nico tenía siete años en ese entonces. Estaba en casa, porque se había declarado una epidemia de sarampión en la escuela, y fuimos juntos a la caleta a revisar los barcos. Nico fue marinero casi desde que nació, cuando era todavía un bebé y yo lo sentaba sobre mis rodillas ante el timón de mi viejo barco pesquero. Se sentía tan cómodo en tierra como en el mar y, desde entonces, su ambición fue la de ser corredor de lanchas.

«Amarré bien las tres embarcaciones en el espigón: una Chris-Craft de seis metros, mi barco de pesca y el pequeño velero amarillo, con motor fuera de borda, que usaba mi mujer para ir de compras a Pirata o a Amalfi. Miré hacia el horizonte y vi la línea negra que parecía dividir el mar del cielo. Sabía que anunciaba problemas, pero tal vez no tan graves en esa época del año. Aunque pensé en ir a buscar a unos hombres para arrastrar los barcos a la playa, decidí correr el riesgo y confiar en la suerte».

«Por la tarde, el mar empezó a embravecerse; olas grandes y lentas golpeaban con furia contra los acantilados. El viento adquirió fuerza: soplaban contra los árboles, arqueándolos, y achataba hierbas y arbustos; las pequeñas criaturas desaparecieron en sus guaridas. Sin embargo, no era nada fuera de lo normal, y sabía que todo estaba bien asegurado y protegido».

«A las cinco de la tarde ya era de noche. Pensé en Jon-Boy y en lo expuesta que estaba su casa. No sabía si se encontraba allí, pero, de todos modos, Mifune y yo decidimos ir a ver que todo estuviera bien cerrado. Nos encontramos con Jon-Boy en la terraza, extasiado ante el cielo turbulento y el mar embravecido. Nos saludó con un: "¡Hola! ¿Alguna vez vieron algo así? Parece como si se acercara el fin del mundo. Y así será si no entras en la casa de una buena vez". Cassandra estaba detrás de la ventana abierta. Dile que está loco, Lorenzo, y después ven a tomar un trago con nosotros».

«Mifune y yo ayudamos a Jon-Boy a cerrar los ventanales, asegurándolos con barras de hierro: después, Mifune fue a revisar el viejo cedro al lado de la cascada. El árbol era su orgullo y yo sabía que estaba rezando para que la tormenta no lo tocara».

«Jon-Boy había encendido el fuego de la chimenea, agregó otro leño y me sirvió

un vaso de vino. Cassandra estaba sentada en el sofá y ardía de furia contenida. Para mi sorpresa, tenía puesto el vestido rojo de gasa de seda. Me dio curiosidad saber por qué, pues Jon-Boy vestía sus acostumbrados pantalones cortos y su camiseta. Supuse que quería mostrarse sensual y glamurosa para él. Se levantó para servirse otro trago y pensé que se la veía muy hermosa. También noté que caminaba tambaleándose un poco. Estaba bebiendo vodka puro y era obvio que ese no era su primer trago. Tuve la incómoda sensación de que habían tenido una pelea, y estaba en lo cierto, porque entonces Cassandra empezó a atacar a Jon-Boy, reprochándole su falta de talento. Decidí que lo mejor era irme, pero, para entonces, ya me había dado cuenta de que se avecinaba una tormenta terrible y, debido a que la casita estaba tan expuesta, empecé a preocuparme por su seguridad. Podía caerle encima un alud de barro o un árbol, o romperse la chimenea. Cualquier cosa podía ocurrirle. Los invité a acompañarnos al *castello*, pero Jon-Boy ríe y respondió que nada les pasaría».

«Mientras subía las escaleras, me sorprendió ver un auto al final del camino. No pude reconocer quién estaba al volante, porque retrocedió de inmediato, dio la vuelta y desapareció. No le di mayor importancia».

«Cuando le hablé a Marella de Cassandra, tan elegante con el vestido rojo, bebiendo demasiado y aguijoneando a Jon-Boy acerca de su imposibilidad de escribir, me dijo que creía que Cassandra era un tonta. En cuanto a su esposo, dudo mucho de que supiera en qué andaba su mujer. Cuando lo veía en sociedad no había ni el menor indicio de desavenencias en su matrimonio. Pero Marella decía que el tonto era tan pagado de sí mismo que jamás se le pasaría por la cabeza que una mujer pudiera engañar a un miembro de una familia tan prestigiosa como la Biratta».

«La cena se llevó a cabo en medio del rugido del viento y el golpeteo de las ventanas. Nico seguía insistiendo en que deberíamos arrastrar las embarcaciones a la playa y yo sabía que mi hijo de siete años tenía razón. Tuve que decirle que ya era demasiado tarde para hacer algo. Pero ya conoces a Nico: nunca acepta una negativa, en especial de mi parte. La Chris-Craft era su favorita en esa época y estaba decidido a impedir que le pasara algo. Después de la cena, salió de la casa. Diez minutos más tarde, nos dimos cuenta de que Nico ya no estaba y supe de inmediato dónde había ido. Fui a buscarlo».

«Para entonces, la lluvia era torrencial, mezclada con granizo, duro como clavos, y arrojado de costado por el viento, de modo que la visibilidad era casi nula. Los relámpagos iluminaron el horizonte y yo estaba aterrado pensando en Nico y en esa *scalatinella* resbaladiza, aterrado también de que alguna ola lo hubiera arrastrado del espigón, aterrado por mi hijo. Cuando llegué hasta allá, Nico no estaba en ninguna parte».

Hizo una pausa y miró a Lamour.

—No puedo decirte todo lo que se me pasó por la cabeza en esos pocos segundos, al ver el espigón vacío, con las tres embarcaciones tambaleándose en el oleaje, pegando contra los postes del muelle, y ninguna señal de mi hijo. Cien diferentes

imágenes atravesaron mi mente, cada una más terrible que la otra; entonces, oí su voz: «¡Papá, papá! ¡Ven pronto! ¡Ven pronto, papá!». Lo abracé y pregunté qué pasaba. «¡Ven, ven; Jon-Boy...!» Empezó a tironearme del brazo y lo seguí escaleras arriba. Nico había ido allá a pedirle ayuda a Jon-Boy para asegurar las embarcaciones pequeñas, y fue testigo de lo que ocurría.

«La puerta estaba abierta, y el viento la golpeaba de un lado a otro, al tiempo que hacía chispear y humear el fuego en la chimenea. Cassandra, con la apariencia de un demonio bello y maléfico con su vestido rojo, estaba delante de Isabella, embarazada de varios meses. Solo un instante pensé en ello, pero me pareció que Isabella daba la impresión de ser una pobre pequeña niña abandonada, chorreando agua por la lluvia, en sus largos cabellos desordenados y su enorme vientre. Cassandra le gritaba: "¡Sal de aquí, mujerzuela barata!", pero ella no le hacía caso, sino que hablaba a tu padre con su voz dulce y suave: "Te llamé". Te dejé varios mensajes, Jon-Boy. Traté de decirte lo del bebé. Supe dónde estabas viviendo, pero no querían dejarme entrar. Ni siquiera te molestaste en buscarme; ya no querías saber nada de mí. No querías enterarte de que estaba esperando un hijo tuyo. Pero ella sí lo sabía, y pensé que tú también deberías saberlo, a pesar de ella».

«Cassandra le pegó una bofetada. Jon-Boy aferró a Cassandra y la empujó. Solo tenía ojos para Isabella en ese momento. Desesperado, le dijo: Te juro que no lo sabía. Nunca te hubiera dejado sola».

«Por el rabillo del ojo, vi que Cassandra tomaba el cortapapeles que estaba sobre el escritorio de Jon-Boy. Corrió a través del cuarto, pero conseguí detenerla antes de que alcanzara a Isabella. Pero gritó: "¡Está mintiendo!" Jon-Boy siempre supo que estabas embarazada. No le importaba; sabía que ese hijo no era suyo».

»Le torcí el brazo a Cassandra, aunque, en realidad, quería torcerle el cuello, y el cortapapeles cayó al suelo. Jon-Boy parecía temeroso de abrazar a Isabella y consolarla. Extendió las manos inseguro y ella se quedó mirándolo durante un largo rato. Quizá buscaba una respuesta. Pero no la encontró.

Lorenzo miró a Lamour, le tomó la mano y le dijo:

—Te juro, Lamour, que en ese momento vi que algo se quebraba en el interior de Isabella. Lo vi en sus ojos. Tomó el cortapapeles y se lanzó contra Cassandra. Jon-Boy intentó detenerla y aferró el cortapapeles, pero por el lado de la hoja. La sangre empezó a gotearle de la mano herida.

«Por fin, Cassandra calló. Isabella miró el cortapapeles como si nunca lo hubiera visto, y luego a Jon-Boy, que sangraba. El rostro se le contorsionó de dolor; apoyó sus manos sobre el vientre y gimió. Vi a Mifune en la puerta; Nico corrió hacia él y Mifune lo abrazó para protegerlo. Durante unos segundos todo quedó en silencio. El viento soplaba con furia dentro de la casa, dispersando el humo de la chimenea. Dije: Isabella, déjame ayudarte. Te llevaré al *castello*; llamaremos a un médico. Todo saldrá bien. Tú y Jon-Boy podrán hablar después con tranquilidad».

«Me miró con sus grandes ojos pardos, pero juro que era como si no estuviera

allí. De pronto, llena de una especie de energía frenética, pasó al lado de Mifune, salió por la puerta y empezó correr por los peldaños resbaladizos, hacia la caleta. Jon-Boy corrió tras ella, pero Cassandra lo agarró del brazo y se aferró a él. Jon-Boy la empujó y le dijo que nunca le perdonaría lo que había hecho. Ella se derrumbó en una silla, su rostro se llenó de lágrimas y trató de limpiárselas con la mano, manchándose las mejillas con la sangre de Jon-Boy. En ese momento no me inspiraba ninguna compasión ni tenía tiempo para ocuparme de ella. Le pedí a Mifune que me acompañara y no pude evitar que Nico nos siguiera hasta la caleta».

«La lluvia caía con tanta fuerza que apenas podíamos ver, pero conocía esos peldaños como la palma de mi mano, sabía dónde estaban gastados, dónde debía saltar. Un relámpago iluminó el cielo y vi tropezar a Isabella. Jon-Boy corrió hacia ella, pero se puso de pie antes de que él la alcanzara y reanudó su carrera hacia el espigón. Por fin, tu padre llegó hasta ella, le tendió los brazos y la abrazó. En ese momento, la mujer se derrumbó y creí que había muerto. Oí a Mifune y a Nico en los peldaños, detrás de mí; también oí el repentino estruendo de las piedras y las rocas a medida que el acantilado se deslizaba lanzando pedruscos y barro al espigón».

«Jon-Boy acomodó a Isabella en el suelo. Se inclinó sobre ella, mientras le hablaba. En ese momento, yo estaba ya en los últimos peldaños. De pronto, Isabella empezó a luchar con él. Jon-Boy se puso de pie, resbaló en el lodo, volvió a caer y se desplomó a su lado. Se quedó inmóvil. Corrí hacia ellos, ya casi había llegado... Isabella se arrodilló junto a él. Acercó su rostro al suyo y lo besó. La vi levantar una piedra grande sobre la cabeza de Jon-Boy... y entonces la dejó caer. A pesar del bramido del viento, oí el ruido que hizo el cráneo al partirse. Isabella le aferró la cabeza y empezó a golpearla contra el espigón, una vez y otra vez y otra vez».

«La aparté y alcé en brazos a Jon-Boy, pero ya estaba muerto. Miré a Isabella. Estaba inmóvil, jadeando como un animal asustado, con las manos puestas alrededor del niño que llevaba en el vientre. Miré hacia atrás, buscando a Mifune, pero Nico había resbalado y lo estaba ayudando a ponerse de pie. Retrocedí hasta las escaleras para asegurarme de que estuviera bien, mientras le gritaba a Mifune, a través del viento, que viniera a ayudarme. Cuando me di vuelta, Isabella se las había arreglado de algún modo para meter el cuerpo de Jon-Boy dentro de un velero pequeño y desamarrarlo. El barco empezó a girar y a girar en las aguas turbulentas; mientras yo lo observaba impotente, lo levantaron las grandes olas y se lo llevaron a toda velocidad mar adentro».

Capítulo 61

Lorenzo.

—A la oscuridad más oscura de la noche —susurró Lamour, con la voz cargada de lágrimas.

—Así fue como ocurrió —respondió Lorenzo, con suavidad—. Lo siento mucho, Lamour; no quería contarte estas cosas. Ahora, ya sabes la verdad. —Aunque quería ayudarla, sabía que era imposible. En ese momento, Lamour estaba sola con su dolor—. No hubo nada que pudiera hacer, excepto esperar a que se calmara la tormenta y que el mar los trajera de regreso a tierra.

Le alcanzó un vaso de agua y esperó hasta que Lamour dejó de sollozar para continuar con el relato.

—Temprano, a la mañana siguiente, el guardacostas divisó un velero amarillo a unos kilómetros de la costa. Solo había una persona allí, Isabella. Estaba moribunda, como también la niña que había dado a luz, sola en el mar, en medio de la tormenta.

Lamour se quedó sin aliento. Lorenzo la rodeó con sus brazos y la retuvo a su lado.

—Isabella murió, Lamour. No así su hija.

—¡La hija de Jon-Boy!

Lorenzo le acarició la mejilla, mientras sentía que nunca la había amado tanto como en ese momento, cuando, debido a lo que iba a decirle, quizá la perdiera.

—Es mi hija ahora, Lamour; es Aurora. —Su mirada llena de asombro se encontró con la suya—. Marella y yo sentimos una gran compasión por la pequeña. ¡Qué terrible situación la suya! Su madre había asesinado a su padre y quedaba huérfana. Miré a mi mujer mientras la sostenía en brazos y pensé que debíamos quedarnos con ella. Era lo correcto. Pero Marella impuso una condición: que Aurora nunca se enterara de la verdad. Estuvimos de acuerdo en que nada justificaba que una niña inocente sufriera por culpa de sus padres. Tres años después, cuando Marella supo que estaba muriendo, me hizo repetir la promesa. Así que, ya ves —concluyó finalmente—, cuando me enteré de que venías, decidida a descubrir lo que le había pasado a Jon-Boy, no me quedó más remedio que hacer todo lo posible por disuadirte —sonrió apenado—. Es obvio que no resultó, porque ya te habías adueñado de mi corazón. Ya debería de haber sabido que esa era una capacidad innata de las hijas de Jon-Boy.

—Como Aurora.

—Como Aurora —repitió—. Ahora ya sabes la verdad, y por qué la he mimado tanto, y por qué es desconfiada y descreo del afecto de los demás. En ella hay un miedo, una especie de profunda desesperación, que no puedo combatir, a pesar de

todas las seguridades que pueda darle. Por supuesto, cuando murió Marella, las cosas empeoraron. Los psicólogos lo atribuyen a las circunstancias de su nacimiento, expuesta a las fuerzas de la naturaleza, sola con su madre moribunda. Nació en medio del frío y la lluvia, sin nadie que la sostuviera en sus brazos. Aurora sufre de manía depresiva; hay días en que apenas soporta vivir o respirar siquiera. Vivo angustiado por ella, temeroso de lo que podría llegar a hacerse a sí misma. Quizás el amor que le dimos llegó demasiado tarde, pero espero de todo corazón que no sea así.

Lorenzo le tendió un vaso de agua. Lamour bebió un poco, mientras lo miraba con expresión sorprendida.

—Pobre, pobrecita Aurora —se conmovió, empezando a comprenderla por primera vez—. Lorenzo, gracias por contarme todo esto. Sé que bajo estas circunstancias, Marella te perdonaría.

—Así lo espero. Por supuesto, Aurora todavía no sabe nada de Jon-Boy ni de Isabella. Me pregunto si hicimos bien. Quizá, después de todo, hubiese sido mejor decírselo desde el comienzo.

—Al menos, se hubiera enterado de que tenía una hermana —respondió Lamour, comprendiendo súbitamente la magnitud de los hechos.

Una sonrisa iluminó el rostro de Lorenzo.

—¿Alguna vez te dije por qué te quiero? —le preguntó, y sin más se abrazaron y se consolaron mutuamente.

Capítulo 62

Lorenzo.

Aurora supo siempre que era adoptada, pero nunca le preguntó a Lorenzo quiénes eran sus padres verdaderos. Lorenzo creía que era porque la muchacha no quería saberlo, pero, en ese momento, sintió que era su deber contarle la verdad, y su psiquiatra estuvo de acuerdo, pero sin los detalles trágicos. Era importante que se lo dijera de la manera menos traumática posible. Lo habló con Mifune, que, por supuesto, estaba al tanto de los hechos y que conocía a Aurora desde que nació.

—Dígale que siempre fue amada —fue lo que Mifune le aconsejó—. Para Aurora, el amor lo es todo.

Esa tarde, Lorenzo decidió hablar con su hija. La buscó por todos lados, pero, finalmente, fue Affare la que la encontró en la casita del árbol, donde Nico y ella solían jugar cuando eran niños. Lorenzo sacudió la soga atada a una campana que los niños habían colocado para dar aviso de la presencia de adultos entrometidos. Affare empezó a ladrar, y Aurora asomó la cabeza por el costado del diminuto balcón.

—Igual que Julieta —exclamó Lorenzo, sonriendo.

—Pero sin Romeo —respondió ella, en un tono monótono que, como bien sabía él, indicaba que estaba pasando por un mal día.

—Ven a sentarte un rato con papá.

Aurora bajó despacio por la escalera. Se la veía pálida, estaba despeinada y descalza, y llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta arrugada. Parecía que se acababa de despertar, y de hecho así era, porque había pasado la noche en su viejo refugio, la casita del árbol. Lorenzo se preguntó si estaría tomando sus medicamentos, pero sabía que la irritaría si se lo mencionaba. Decidió pedirle a Nico que la vigilara.

Affare saludó a Aurora con unas cuantas lamidas entusiastas que lograron hacerla sonreír, lo que le produjo cierto alivio a Lorenzo. Tuvo la esperanza de que el buen humor se prolongara lo suficiente.

—Carina, siempre me he preguntado por qué nunca quisiste saber quiénes eran tus padres verdaderos. No has demostrado ninguna curiosidad, aunque ya tienes veintiún años.

—No te lo pregunté porque no quería causarte ningún dolor, papá.

—Comprendo —dijo, mientras le tomaba la mano y la mantenía entre las suyas—. Sé que no podrías llamar «mamá» a nadie que no fuera Marella, ni «papá» a nadie que no fuera yo, porque eso es lo que seremos siempre para ti. Pero, de hecho, *carina*, conocí a tu madre verdadera. Se llamaba Isabella. Era una muchacha encantadora, no mucho mayor que tú ahora, sencilla, dulce y amorosa. Pero no estaba casada. Un día,

ella y su amante tuvieron una pelea por otra mujer e Isabella huyó. Tenía ocho meses de embarazo cuando se lanzó en un pequeño velero al mar, en medio de una tormenta.

—¿Te refieres a esa famosa tormenta, cuando murió Jon-Boy?

—Sí, de hecho, Jon-Boy trató de salvarla. Pero, por desgracia, él también murió. Cuando el guardacostas encontró el velero, acababas de nacer e Isabella todavía estaba viva, pero apenas. No pudo hacerse nada para salvarla y murió unos minutos después. Pero cuando vi que Marella te tenía en brazos, una niña tan pequeñita con ojos enormes y una mata de cabello negro, supe que, a pesar de la tragedia, éramos de lo más afortunados, porque te teníamos con nosotros, para quererte. Te bautizamos con el nombre de Aurora, como la diosa del alba, porque llegaste a nosotros cuando amanecía. Eras nuestro destino y nosotros, el tuyo. Eres la hija de mi corazón, del mismo modo que lo hubieras sido para tu padre verdadero.

El repentino llanto de angustia de Aurora le arrancó un aullido a Affare. La muchacha se echó en brazos de Lorenzo, temblando. Él le palmeó la espalda a modo de consuelo, como solía hacer cuando ella era una niña y tenía miedo de dormirse por las pesadillas en las que siempre la acechaban, las «cosas malas», como solía decir.

—No es culpa tuya, *carina*. No es culpa de nadie. Isabella estaba moribunda cuando naciste. Sus actos imprudentes la mataron, no tú. No su hija. Créeme, Aurora, no fue culpa tuya.

—Entonces, ¿quién tiene la culpa? ¿Quién la embarazó? ¿Quién fue su amante? ¿Quién es mi padre?

—Fue una excelente persona. Un buen hombre, querido por todos los que lo conocieron. Habría sido un buen padre para ti.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque conozco a su otra hija —reveló Lorenzo, dándose cuenta de que, por fin, la suerte estaba echada, pero sin saber qué caja de Pandora acababa de abrir. Aurora lo miraba con la boca abierta—. Era Jon-Boy Harrington.

—¿Te refieres a *il doctore*? —Como todo el mundo, Aurora había oído hablar del famoso escritor, ya legendario; y, de pronto, agregó, consternada—: ¿El padre de Lamour?

—Lamour es tu media hermana —confirmó Lorenzo.

Aurora giró la cabeza y fijó la vista en el vacío.

—No me agrada.

—No la conoces; ahora tienes la posibilidad de tratarla.

—Dices eso porque estás enamorado de ella —le contestó, en tono de reproche.

Lorenzo sabía que estaba celosa, y le dijo que algún día llegaría a comprender que el amor entre un hombre y una mujer era muy distinto del amor entre un padre y una hija.

—Pregúntale a Lamour —aconsejó—, porque ninguna niña quiso tanto a su padre como ella.

Para su sorpresa, Aurora no se echó a llorar. Totalmente serena, se incorporó en el asiento y enderezó la espalda. Era como si el impacto de saber quién era realmente su padre hubiera sido, en verdad, un gran alivio para ella.

—Gracias, papá, por decírmelo. —Mientras se levantaba del asiento, agregó—: Voy a caminar un rato. Necesito un poco de tiempo a solas para pensar.

Lorenzo se puso de pie de inmediato y la abrazó.

—Comprendo, *carina* —dijo, dulcemente—. Pero quiero que recuerdes siempre que eres mi hija, la hija de mi corazón. Nada nunca podrá cambiar eso.

Aurora sonreía mientras se alejaba, y Lorenzo pensó que parecía estar en paz consigo misma.

Capítulo 63

Mifune estaba trabajando cerca de la piscina cuando vio que Aurora se acercaba por el sendero, después de la conversación con su padre.

Caminaba despacio, con la cabeza en alto, sin ninguna preocupación aparente; sin embargo, en cuanto se dio cuenta de que estaba sola, bajó los hombros y la cabeza. Se echó en el suelo y se acurrucó como una bola, con las rodillas bajo el mentón, los brazos sobre la cabeza, encogida como un bebé en el vientre de su madre, exhibiendo la angustia que le surgía de cada una de las fibras de su cuerpo.

Mifune pensó primero que estaba llorando, pero, entonces, se percató de que no eran sollozos. Aurora estaba gimiendo, sonidos fantasmales que provenían de la parte oculta y desesperada de su ser, que no podía controlar. La bella muchacha que conocía desde niña se había convertido en un animalito herido y aterrado, que no sabía qué hacer. El anciano se sentó a su lado, pero Aurora estaba tan hundida en su propia angustia que ni siquiera se dio cuenta de su presencia hasta que habló:

—Pequeña, no hay motivo para tanto sufrimiento. Conmoción, sí, por supuesto, pero no este dolor. Tu padre sigue queriéndote como siempre te ha querido, desde el momento en que te vio, como también tu madre.

Ella levantó la cabeza de golpe. Lo miró fijo a través de una cortina de cabellos oscuros.

—¿Mi madre? Hasta tú sabías quién era ella realmente. Todos lo sabían excepto yo. Yo era la tonta a quien nadie se atrevía a decirle la verdad. La hija ilegítima de Jon-Boy y de una mujer despreciable.

—Nunca llames despreciable a Isabella. —De pronto, la voz de Mifune se endureció—. Tu madre era una dama, amable y bondadosa; fue un placer conocerla.

Aurora sonrió con amargura.

—¡Qué linda combinación que soy, Mifune! Durante todo el tiempo que creí que era la hija de Lorenzo y Marella Pirata, traté de convencerme de que servía para algo en esta vida debido a ellos, que era alguien en vez de la persona insignificante que siempre supe que era en mi interior. ¿Sabes cómo te hace sentir saber eso, Mifune? ¿Despertarte cada día sin saber quién eres, rogando a Dios que no me dejara caer en el pozo profundo de la depresión otra vez? No, por supuesto, no puedes saberlo. Solo los que sufren esta dolencia, ese demonio negro y gigante que te golpea un día y te consuela a la mañana siguiente, pueden saberlo. A veces, te engaña para que creas que puedes llegar a ser una persona íntegra, no una pobre alma desgarrada que se busca a sí misma, que trata de bajar de la cama cada mañana y encontrar una razón para seguir viviendo y comportarse de manera «normal». Ahh, Mifune, ¿sabes una cosa? Tengo veintiún años y todavía no sé qué es ser «normal».

Mifune no la tocó, porque sabía que Aurora se encerraría en sí misma y él quería

que ella siguiera hablando, que las palabras la ayudaran a atravesar aquel mal momento. Estaba desesperado por ayudarla, pero sabía que Aurora necesitaba algo más que sus palabras sabias.

—Pequeña, también yo tuve que buscar a la persona que era «yo mismo». Quedé huérfano a la edad de dos años; nunca conocí a mis padres. Me entregaron a un tío y una tía que estaban enfermos y vivían en un lugar muy alejado en el norte del Japón. Primero murieron mis padres; después, falleció mi tía. No había dinero para mi educación. Yo era un pobre campesino que trabajaba al lado de mi tío. Tuve que adaptarme a esa situación y buscar mi propia paz interior. No hubo cariño ni amor en mi vida. No fui tan afortunado como tú, Aurora, de encontrar una familia que me quisiera.

—Una familia de segunda mano —replicó con amargura.

—Lo que la familia Pirata te ha dado no ha sido amor de segunda mano y no debes olvidarlo nunca. Te he visto luchar contra la depresión, Aurora. Sé cuánto te cuesta, pero te ruego que hagas un esfuerzo por comprender, por entender que Lorenzo y Marella te quisieron tanto como a Nico. Nunca hubo diferencias, no solo en la manera de tratarlos a ambos, sino en su aceptación de ti como su propia hija y en la entrega de su cariño. No desprecies ese don. Deja que tu padre te busque la ayuda que necesitas para superar esos días en que el demonio negro no quiere que salgas de la cama, cuando no te permite disfrutar de la vida y te quita toda razón de vivir. Tu padre siempre te ha ayudado; sabes que haría cualquier cosa por ti. Te ayudará también ahora.

Acurrucada en su posición fetal, Aurora eludió la mirada de Mifune. Durante unos instantes no habló, porque estaba pensando y no quería que él leyera sus pensamientos. El demonio negro que le pesaba sobre la espalda había desaparecido tan rápido como había llegado. El sendero estaba despejado y el camino se le presentaba de color rosado, igual que el atardecer. Supo exactamente qué tenía que hacer y sabía muy bien quién quería que la acompañara en esa última etapa de su viaje.

Se puso de pie con cierta dificultad.

—Gracias por tu consejo —dijo, inclinando la cabeza para saludarlo. Entonces, echándose hacia atrás el cabello que le cubría los ojos, empezó a caminar con calma por el sendero hacia el acantilado y el mar donde murieron Jon-Boy y su madre, donde ella nació.

Mifune la siguió a corta distancia, sin que ella lo notara. Había algo en el cambio de actitud repentino de Aurora que podía interpretarse como una señal de alarma. El lenguaje corporal demasiado cuidado le confirmó que la muchacha estaba ocultando algo.

Capítulo 64

Lamour.

Como de costumbre, me encontraba en el mirador, disfrutando de una copa de vino y del atardecer, cuando el cielo adquiría increíbles tonalidades rojizas y anaranjadas. El mar plateado reflejaba los colores fuertes, hasta que sentí que me encontraba en el centro de un calidoscopio gigante, en el que todos los ángulos titilaban y brillaban cambiando a cada segundo.

—*Mia sorella* —susurró una voz.

Levanté la vista y vi a Aurora junto al mirador. Me había llamado «hermana» y caí en la cuenta de que Lorenzo le había contado todo, pero no podía saber, por el tono de su voz, si lo decía con sarcasmo o con cariño.

—No te levantes —pidió—. Me sentaré aquí, si me lo permites.

—Por favor —respondí; le señalé la silla con la mano y le pregunté si quería un vaso de vino. Aceptó, se lo serví y nos sentamos juntas en medio de un silencio incómodo, con la vista fija en el mar y evitando mirarnos.

—Así que somos hermanas —dijo por fin.

Asentí con un gesto.

—Lorenzo también me lo dijo.

—¿Quisiste mucho a tu padre? —preguntó, con cierta añoranza.

—Mucho. Me he enterado de que no era perfecto, pero en verdad, ¿quién de nosotros lo es? —Me encogí de hombros—. Yo no, por cierto. Pero Jon-Boy era una buena persona, un hombre generoso. ¿Sabes qué más era, Aurora? —Sonreí al recordarlo—. Jon-Boy era divertido. Lo pasamos muy bien cuando era niña, en especial después de que me trajo a vivir a Italia. Todos mis buenos recuerdos son de las veces que estuvimos juntos en Roma, y luego, aquí, en esta casa. Por eso volví. Mi vida personal era un desastre y yo quería recuperar el sentimiento de verdadera felicidad que recordaba.

Se quedó mirándome, llena de curiosidad, con sus enormes ojos negros que no parecían reflejar ninguna luz.

—¿Cómo se sentía esa especie de felicidad?

La observé, sorprendida. Esa niña criada con amor, rodeada de privilegios, me estaba preguntando a mí, la chiquilla que pasó su infancia de casa en casa hasta que la dejaron en el hogar de los Mortimer y que rara vez veía a su padre... ¿Esa muchacha me estaba preguntando a mí realmente cómo se sentía ser feliz? Pero ella aguardaba la respuesta, al parecer con mucha seriedad.

—Me tomó un tiempo descubrirlo, Aurora —respondí, por fin—. Pero creo que la felicidad se encuentra en las pequeñas cosas de la vida, como cuando mojas una

galletita de chocolate en un vaso de leche bien fría y te anticipas a su sabor, a la mezcla del frío con el chocolate que se te derrite en la lengua. Está también en el ronroneo de un gatito que se acomoda en tu falda, mientras comparte contigo su satisfacción y su calidez. Incluso en el ladrido alegre de Affare, cuando te saluda y cuando se echa a los pies de tu padre mientras tú y él juegan juntos una partida de *backgammon*. Cuando bailas con un hombre y sus ojos te sonríen, diciéndote que se te ve preciosa y que está encantado de estar contigo. Se encuentra también en el lindo vestido nuevo que te hace sentir bien, en la comodidad de la cama que te recibe después de un largo día de trabajo. Incluso está aquí, en este momento, Aurora; tú y yo, dos hermanas que acaban de encontrarse, que comparten un vaso de vino y disfrutan juntas de una puesta de sol.

Me miró, seria, con sus grandes ojos negros.

—¿Eso es todo? —preguntó con tristeza.

Era demasiado para mí; no sabía cómo aliviar su desolación, esa tristeza del alma.

—Eso no es todo, *carina* —le respondí con cariño—, pero es un comienzo, ¿no lo crees?

—Entonces, ¿la encontraste? ¿La felicidad que estabas buscando aquí?

—Ahora, sí. Gracias a mi encantadora casa de Amalfi y su jardín, a mi amigo Mifune. Y a tu padre, por supuesto.

—Ustedes están enamorados.

Percibí el resentimiento en el tono de su voz.

—Amo a Lorenzo —reconocí—. Pero, como bien sabes, es un hombre fácil de amar.

—Me dijo que te pareces a tu padre. A nuestro padre.

—A mí también me lo dijo. Tengo fotografías de Jon-Boy, si quieres verlas.

Una expresión de cautela ensombreció su rostro.

—Creo que sí, que me gustaría —respondió, pero me di cuenta de su recelo. Después de todo, no es fácil que, de buenas a primeras, te presenten a un padre y a una hermana que ni siquiera sabías que tenías.

—Mira, Jon-Boy era un buen padre, tan bueno como puede serlo un espíritu libre como él. Te hubiera caído bien, pero creo que fue mejor para ti tener un padre como Lorenzo —dije, siguiendo un impulso.

Saqué la caja de cuero donde guardaba las viejas fotografías, la mayoría tomadas en Amalfi. También había un recorte del diario *The New York Times* en que alababan su novela, con un retrato en el que se lo veía muy apuesto y alegre, con un mechón de cabello que le caía sobre los ojos. Aurora miró todo en silencio. Leyó el artículo y luego lo dobló con cuidado. Se quedó largo rato observando una fotografía tomada en la terraza, donde Jon-Boy y yo estábamos agarrados de la mano, sonriéndole a la cámara, y dijo:

—Veo que eran felices juntos, Lamour. Siento mucho que lo perdieras.

—Lamento que no lo hayas conocido. Pero ambas hemos ganado algo. Conseguiste un excelente padre en Lorenzo.

—Y tú conseguiste un amante.

Estábamos pisando terreno peligroso otra vez; lo percibí en el súbito tono acerado de su voz. No le respondí, concentrada en guardar de nuevo las fotografías en la caja.

—¿Lamour? De veras necesito conocerte. Creo que te necesito. Nunca he tenido una amiga de verdad, ni siquiera en la escuela. Siempre fui tan... diferente...

¡Dios mío, la pobre muchacha estaba lastimada y yo intentaba juzgarla! Ninguno de nosotros podía curar a Aurora; solo podíamos animarla y alentarla, aunque fuera de manera simplista. Ella tenía que saber que podía contar conmigo.

—Por supuesto que seré tu amiga, Aurora. Después de todo, para eso son las hermanas.

Me tendió la mano.

—Entonces, ven conmigo. Estemos solas por un rato, Lamour, tú y yo. Vayamos a navegar: te llevaré a mi lugar secreto, a una cueva que he descubierto. Ni siquiera Nico sabe dónde está. Pero ahora quiero compartirla contigo.

Era un poco tarde para salir a navegar y el sol ya se estaba poniendo. Pero quería aprovechar la oportunidad de convertirme en su confidente. Después de todo, era mi media hermana, y pronto yo sería su madrastra. Estrechar el vínculo era lo más importante.

—¡Bueno, vamos, *sorella mia!* —exclamé, con renovado entusiasmo, y bajamos juntas los escalones de piedra hasta el espigón donde se hallaban las lanchas.

Desde su posición en la cima del acantilado, Mifune las vio salir. Vio a Aurora en el espigón cuando desamarró el viejo barco pesquero de su padre. Vio a Lamour saltar contenta a bordo y tenderle la mano a Aurora para ayudarla a bajar desde el muelle. Vio a la muchacha mover nerviosamente los controles. Mifune estaba seguro de que Aurora nunca había navegado el barco de su padre. Apenas sabía lo que estaba haciendo, pero Lamour no se daba cuenta de ello. Todos los nervios del cuerpo de Mifune le advirtieron del peligro. Se dio vuelta y se dirigió al *castello* tan rápido como sus años se lo permitieron.

Capítulo 65

Lamour.

Tenía maravillosos recuerdos de Lorenzo y de mí haciendo el amor en el viejo barco pesquero, pero esta era la primera vez que iba a navegar en él. Observé a Aurora mientras nos llevaba mar adentro. Pensé, con alivio, que parecía tranquila, casi contenta; me pregunté si el hecho de saber sobre Jon-Boy e Isabella podría llegar a ser una especie de momento crucial en su vida, que le permitiera enfrentar el futuro sin los temores que la acosaban desde niña. Viró el barco hacia el sur y luego, muy cariñosa, se apoyó en la barandilla a mi lado. No sé mucho de navegación, pero siempre pensé que alguien debía quedarse al timón, aunque fuera en una embarcación pequeña como la mía.

—Aurora —le pregunté un poco nerviosa—, ¿no debería conducir el barco una de nosotras?

—Ah, este viejo barco sabe exactamente donde va —rio—. No te preocupes, Lamour. Está encendido el piloto automático.

No sabía que los barcos tenían piloto automático y no quedé muy convencida, pero como Aurora no parecía preocupada en absoluto, confié en su palabra.

—Qué interesante —dijo, muy animada de pronto—. ¿Ves esa nube en el horizonte, Lamour? Te apuesto a que en cinco minutos se le va a unir otra y otra y otra. Así debe de haberse formado la tormenta que mató a Jon-Boy y a Isabella.

La miré, atónita. Aurora sonreía, contenta, con los ojos fijos en el horizonte.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —exclamó—. Allí hay otra nube. Conozco el tiempo de este lugar mejor que mi propia mente. Se acerca una tormenta, Lamour. ¿No te parece excitante?

Me quedé muda, sin saber qué decirle. No sabía nada de barcos ni de navegación, o del mal tiempo en el mar, salvo que mi padre había desaparecido en el tipo de tormenta que Aurora estaba anunciando. Temerosa de provocarla, le hablé tan calmada como pude:

—Mejor regresemos, vamos a la casa, Aurora. Tu papá se preocupará.

—No, no creo que se preocupe. Ni siquiera sabe que estamos acá; nadie lo sabe.

Tenía razón. Miré hacia la costa, cada vez más lejana. Estaba demasiado lejos para alcanzarla a nado y, en todo caso, el mar empezaba a embravecerse. El oleaje levantaba el pequeño barco pesquero y luego lo dejaba caer hacia el fondo de un modo que me revolvía mi ya nervioso estómago. Aurora estaba en la proa, con los cabellos sueltos al viento. Entonces, me di cuenta de su mentira. No existía ningún piloto automático y el barco estaba navegando sin guía, en medio de la marejada y hacia la tormenta que no tardaba en llegar. Caminé tambaleándome hasta la pequeña

caseta del timonel. Me quedé mirando desconcertada el panel de control. Al menos, había un timón anticuado, quizá podría girar el barco hacia la costa.

—Lamour... —Aurora estaba a mi lado. Puso sus manos sobre las mías—. No lo hagas, por favor. Te necesito a mi lado. Dijiste que serías mi amiga. No supuse que iba a haber una tormenta, pero es maravilloso, ¿no es cierto? Todo es tan perfecto que no puedo creer en mi buena suerte —río, de un modo tan alegre y delicioso que pensé que, después de todo, las cosas saldrían bien—. ¿No te das cuenta de que es perfecto? Es igual a la noche en que nací y ahora voy a morir. Iba a hacerlo sola, *mia sorella*, pero creo que vas a tener que acompañarme. Te prometo que será fantástico, espléndido, como lo fue para tu padre. —Aferró con fuerza mis manos, mientras me miraba fijo a los ojos—. Ahora iremos a su encuentro, Lamour, al lugar maravilloso donde descansa en paz. ¡Al fin se reunirá toda la familia! ¿Qué puede ser mejor?

¡Ay, Dios mío; ay, Dios mío! Aurora estaba loca... Todo el tiempo había estado pensando en matarse, y ahora yo también iba a morir.

—Aurora, ¿por qué? —Luché por liberar las manos, pero me las presionaba contra el timón con tanta fuerza que grité de dolor.

—¿No lo entiendes? Quería que fueras testigo de mi muerte, para que fueras tú quien se lo contara a Lorenzo. Y quería que vieras cómo murió tu padre, para que pudieras sentir el dolor que yo siento. Tú, que eres tan pura y tan segura de ti misma, tan independiente y serena, tan... tan real...

De pronto, una ola golpeó al barco de costado y le dio un sacudón brusco. Aurora me soltó las manos mientras se tambaleaba hacia atrás, al tiempo que se golpeaba la cabeza contra un farol de metal. Desvanecida, cayó al suelo, justo en el momento en que el barco volvía a bambolearse y me lanzaba contra ella. Me arrodillé como pude. Tenía sangre en las manos, la sangre que brotaba espesa como un vino añejo de la cabeza de Aurora. Me quité la blusa y se la puse debajo; no se movió.

Volví a aferrar el timón, muerta de miedo, tratando de ver a través de la ventana de la caseta. El horizonte se oscureció, luego se puso borroso y empezó a moverse con rapidez hacia nosotros, como si la noche estuviera surgiendo del fondo del mar. El oleaje volvió a levantar el barco, sacudiéndolo con fuerza. Hasta yo sabía que en borrascas como esa iba a tener que virar por adelante, es decir, navegar el barco primero hacia un lado, luego hacia el otro, en arranques cortos y en ángulo, yendo hacia la costa. El único problema era que no sabía cómo hacerlo. Empecé a ver que el horizonte se acercaba cada vez más y, horrorizada, supe que no me quedaba más remedio que encontrar la manera de hacerlo. De inmediato.

Miré angustiada a Aurora, todavía inconsciente en el suelo, y pensé en mi padre. Se repetía la historia. No podía hacer nada por su otra hija; traté de concentrarme en mantener el barco a flote. Los ojos se me llenaron de lágrimas y me las tragué como pude.

—¡Jon-Boy! ¡Ay, Jon-Boy! —grité, llena de amargura al viento que se ensañaba con nosotros, en el preciso instante en que se largaba a llover—. No permitas que esto

ocurra, por favor, por favor, ay, por favor... ayúdame.

Capítulo 66

Nico conducía su Porsche rojo por el largo sendero de grava del *castello*, cuando vio a Mifune. Para su sorpresa, el jardinero salía a toda prisa del bosque de pinos. Siempre se movía con calma y lentitud, nunca antes lo había visto correr así. Alarmado, detuvo el automóvil y se bajó.

—Mifune —lo llamó, mientras lo alcanzaba y lo tomaba del brazo—, ¿qué pasa?

El anciano se tambaleó. El sudor le caía por el rostro huesudo y respiraba con dificultad.

—Calma, calma, tómate tu tiempo... —Intentó tranquilizarlo, aunque ya se había dado cuenta de que se trataba de algo malo.

—Aurora —dijo Mifune, con voz entrecortada, y a Nico se le fue el alma al piso—. Tu padre le contó sobre Isabella y Jon-Boy. Ella fue a buscar a Lamour; se la ha llevado en el barco pesquero de tu padre. Algo terrible ocurrirá, Nico, lo presiento...

Sabía que Mifune tenía razón. Aurora no sabía pilotear el viejo barco pesquero, no lo conocía en absoluto y se avecinaba una tormenta. Su primer impulso fue ir de inmediato al espigón, subirse a la Riva y partir tras ellas, pero, antes, debía decírselo a su padre. Así, alguien sabría dónde estaba y podría llamar a los guardacostas. Subieron al Porsche y se dirigieron al *castello*. Encontraron a Lorenzo en la terraza, observando la tormenta.

—¡Ah, Nico, llegaste por fin! Me alegra de que estés en casa antes de que estalle la tormenta. Siempre que veo una tormenta acercarse de este modo no puedo dejar de pensar en Jon-Boy e Isabella, y también en Aurora, por supuesto.

—Aurora está allá —respondió Nico con brusquedad, y le contó a Lorenzo lo que Mifune había visto. De inmediato, Lorenzo llamó al servicio de rescate de los guardacostas. Luego, se dirigieron en el auto hasta el ascensor de la caleta.

Las olas golpeaban ya con fuerza contra el espigón, bamboleando la lancha en el amarradero. La pequeña lancha de Lamour golpeaba contra los pilotes, pero no tenían tiempo para ocuparse de las lanchas en ese momento. Nico ya estaba en la Riva, acelerando el motor, mientras Lorenzo desamarraba las sogas. Saltó a bordo y partieron.

La lluvia cayó sobre ellos ni bien salieron de la caleta y los mojó en segundos. Nico empezó a guiar la lancha, por instinto y experiencia, a través del canal rocoso hasta salir al mar.

—Va ir hacia las cuevas más allá de Pirata —le gritó a Lorenzo a través del ruido—. Aurora cree que no sé nada de ellas, pero por supuesto que las conozco. Allí la llevará a Lamour, lo sé.

Lorenzo intentó controlar su pánico. Al igual que Mifune, sabía por instinto que su hija se había lanzado al mar para matarse en el mismo lugar donde había nacido.

Ahora, se llevaría a Lamour consigo. Tenía que controlarse y hacerse cargo de la situación, o ambas mujeres morirían.

La Riva chocó contra el oleaje, precipitándose por encima de las olas y volando hacia abajo, a pesar de que Nico embestía los tumbos de costado. A los cinco minutos divisaron el barco pesquero. Se dirigía hacia la costa y, mientras lo observaban, una ola lo embistió y se llenó de agua, zambulléndose y tambaleándose a la vez.

—¡Dios mío, allí están, Nico!

El joven aceleró, haciendo un esfuerzo inútil por alcanzar mayor velocidad.

—Llévala de costado —le ordenó su padre, mientras amarraba las sogas para formar una especie de arnés que lo sujetara a la Riva. Cuando Nico ubicó la lancha al lado del barco, el viento la remeció, raspándola todo a lo largo, con un ruido similar al de una sierra eléctrica. Gimiendo, Nico miró hacia arriba y vio aparecer la cabeza de Lamour por la caseta.

—¡Allí está Lamour!

Lorenzo la vio y el corazón le dio un vuelco. Le estaba gritando algo, pero no podía oír nada debido al viento. Conocía cada centímetro de su viejo barco, sabía dónde fijar la soga y cómo hacerlo, pero el barco se había convertido en un blanco móvil. Le hizo señas a Lamour para que agarrara la soga. La retuvo al quinto intento y se tambaleó hacia atrás, apretándola con fuerza. De alguna manera, ella sabía lo que tenía que hacer. La envolvió una y otra vez alrededor del timón, asegurándola con el peso de su propio cuerpo. Nico mantuvo estable la lancha todo lo que pudo, mientras Lorenzo se balanceaba avanzando con las manos por la soga. Ya casi había llegado, cuando una ola cayó sobre el barco y lo lanzó contra su pecho. Lorenzo gritó de dolor y se le soltaron los dedos. Empezó a caerse... Hizo un esfuerzo, se aferró a la soga con una mano y sintió un terrible dolor agudo en el hombro.

De un salto, cayó en la cubierta. Lamour sintió que la soga se aflojaba. Se precipitó hacia afuera y cayó en sus brazos.

—¡Aurora está herida! —exclamó—. Tenemos que ayudarla.

Lorenzo se arrodilló sobre su hija inconsciente. Le tocó la cabeza ensangrentada y sintió el ardor de las lágrimas en los ojos. La quería tanto... En ese instante, escuchó el traqueteo del helicóptero de rescate del guardacostas.

—Gracias a Dios —pronunció en voz baja, acariciando la cabeza herida de Aurora. Pero sabía que aún no había terminado todo.

Nico alejó la Riva del barco y del remolino que producían los rotores del helicóptero. Mantuvo la lancha estable hasta donde pudo y observó al helicóptero mientras revoloteaba encima del pesquero y bajaba un miembro de la tripulación con una canasta de rescate. Nico vio cómo trasladaban a su hermana a la canasta y la izaban al helicóptero. Lamour subió después.

Cuando todo terminó, Lorenzo permaneció unos instantes en la cubierta de su adorado barco viejo. Luego, con la cabeza gacha, también fue izado a bordo del helicóptero. Solo entonces Nico dio la vuelta y, atravesando el oleaje, regresó a la

costa.

Capítulo 67

Lamour.

Abrí los ojos y me quedé mirando la bóveda azul salpicada de estrellas. Estaba en cama, pero no en la mía. Percibí el susurro de un delantal almidonado, pasos silenciosos y, luego, alguien que se inclinaba sobre mí, con el rostro muy cerca del mío.

—Ah, *signora*, al fin se despierta —dijo en italiano, lo que me confundió, pues no recordaba aún que estaba en Italia.

—¿Dónde estoy?

—En el *castello*, por supuesto, *signora* —respondió alegremente—. Cuando usted se negó a quedarse en el hospital, el *signor* Pirata la trajo aquí.

—¿Hospital? —Me quedé mirándola, era una enfermera—. Pero no estoy enferma.

—Quizá no, pero tuvo una mala experiencia en medio de la tormenta. El médico dijo que debemos dejarla tranquila y permitirle que descanse, para asegurarnos de que no haya efectos adversos.

En ese momento, recordé; lo recordé todo. Aurora, que planeaba suicidarse. Aurora, feliz debido a la tormenta que nos ahogaría a las dos juntas. Aurora, que aprisionaba mis manos con todas sus fuerzas para que yo no pudiera girar el timón, evitando así que regresáramos a la costa. Aurora, en el suelo, inconsciente, con la cabeza ensangrentada.

—¿Y Aurora? —pregunté, inquieta.

—La *signorina* todavía está en el hospital. Sufrió severos cortes en la cabeza, pero no hubo fractura. Se pondrá bien.

La enfermera evitó mi mirada y supuse que no iba a hablar sobre la otra enfermedad de Aurora. Pensé en Lorenzo, mirando, afligido, a su hija inconsciente, y recordé el dolor en sus ojos. La había cuidado y protegido durante toda su vida, para que no tuviera que lidiar con el mundo real. Le había buscado los mejores psiquiatras y psicólogos, pero no había podido quitarle de encima el enorme peso de la depresión clínica, que la había llevado al punto de intentar el suicidio. Comprendí que, en ocasiones, el amor por sí solo no era suficiente.

La puerta se abrió y reconocí los pasos de Lorenzo antes de verlo. No quería llorar. No era mi intención, pero cuando noté la preocupación en su rostro, sentí que las estúpidas lágrimas me brotaban de los ojos y se deslizaban sobre la almohada.

—Lo siento —murmuré, y escuché su risa.

La enfermera me acomodó las almohadas para que pudiera sentarme. Lorenzo traía una bandeja con té, tostadas y huevos pasados por agua, galletitas de chocolate y

leche.

—El almuerzo —anunció—. Has dormido durante horas y horas. Tienes que alimentarte.

Puso la bandeja delante de mí, me tomó la mano y la besó.

—¿Cómo te sientes, tesoro?

Asentí con la cabeza, todavía atragantada con las lágrimas. Me había traído a su casa, me metió en la cama, me consiguió una enfermera, y ahora me servía el almuerzo.

—Me siento bien. Me haces sentir como un verdadero tesoro.

—Eso es porque lo eres. —Le puso mantequilla a una tostada y me la dio. Se quedó mirándome mientras la comía—. Lo siento, Lamour. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer? —Levantó las manos, derrotado—. Nunca pensé que Aurora se atrevería a tanto. Me dijo que su intención era ahogarse ella sola, como su padre. No quería hacerte daño, pero entonces estalló la tormenta. Me repitió que eras su amiga, su hermana...

Sentí una repentina lealtad hacia Aurora; de algún modo, era parte de mí, estábamos unidas.

—Y lo soy —respondí.

—Quiere que la perdones.

Volví a ver su bello rostro radiante, al tiempo que aprisionaba mis manos contra el timón.

—Dile que no tengo nada que perdonarle. No sabía lo que hacía.

—¿Es cierto eso, Lamour? Tengo que saber si fue un acto deliberado, ¿sabes? Si Aurora de veras quiso matarte.

—¡No, no! Estaba fuera de sí en ese momento. No sabía lo que hacía, Lorenzo.

Noté el alivio en sus ojos al escuchar mis palabras. Entonces, se inclinó y me besó.

—Gracias —dijo en voz baja.

—Y ahora, ¿qué ocurrirá con Aurora?

—El médico dice que hay que hospitalizarla durante unas semanas. Hay medicamentos para esas afecciones. La estabilizarán y quizá, luego, pueda volver a la universidad y reunirse con sus amigos. Tratará de encarrilar su vida, de ser «normal». Pero debemos tener siempre presente que lucha contra la depresión.

—Siempre la has ayudado.

—Y siempre lo haré.

Nos quedamos sentados, tomados de la mano.

—No puedo soportar la idea de perderte —dijo Lorenzo, después de un largo silencio.

—Pues no lo hiciste.

—Nico estuvo formidable; fue a rescatarte. Condujo la Riva a través del mar embravecido como un marinero nato, que lo es, por supuesto. Su única queja es que

la lancha se raspó contra el costado del barco pesquero y la pintura se arruinó.

—Fue por una buena causa. Ya se le pasará —sonreí. Llevé la mano de Lorenzo a mis labios y se la besé. Me gustaban sus manos, fuertes como las de un trabajador, manos que hacían milagros en mí—. ¿Quieres recostarte un rato aquí? —ronroneé.

Adoraba el sonido de su risa.

Capítulo 68

Lamour.

El hecho de saber por fin la verdad acerca de la muerte de Jon-Boy me dejó desconcertada. Después de tantos años, creí que sentiría alivio cuando se resolviera el misterio y pudiera ahuyentar a los fantasmas. Sin embargo, la imagen de Jon-Boy cayendo, la cabeza destrozada, la pobre mujer enloquecida que lo mató y la visión de Lorenzo sosteniendo a mi padre en sus brazos, me perseguía día y noche.

Lorenzo estaba en Roma y Mifune y yo trabajábamos juntos en mi jardín, preparando la tierra para un viejo olivo que acababa de comprar y que me traerían al día siguiente. Elegí el lugar con mucho cuidado, cerca de los peldaños que daban a la terraza, donde podría ver sus hermosas hojas plateadas agitándose con la brisa, mientras bebía mi café de la mañana. Sin embargo, no podía dejar de pensar en Jon-Boy y necesitaba hablar de él con alguien.

—Estoy en problemas, Mifune —dije, cuando finalmente nos tomamos un descanso—. Tenías razón cuando me advertiste que abrir las puertas de la casa de Amalfi no solo sacaría a la luz mi pasado, sino también el de Jon-Boy. Me preguntaste si estaba segura de querer hacerlo y yo tenía tanta estúpida confianza en mí misma que lo hice. Ahora ya no estoy tan segura.

Nos sentamos en las gradas.

—No te conté nunca lo ocurrido esa noche, no solo por Aurora, sino porque no quería que padecieras este gran dolor. Yo sentía un gran respeto por Jon-Boy. Era mi amigo. Durante muchas noches fui a sentarme al lugar donde lo vi por última vez, con la esperanza de que el mar devolviera su cuerpo para poder honrarlo con una sepultura, como debemos hacer con nuestros antepasados. Pero no ocurrió así. De modo que llevé flores al altar de san Andrés, el santo patrón de los hombres de mar, rogándole que cuidara del alma de Jon-Boy.

Nuestras miradas se encontraron, y una vez más me sentí protegida por ese hombre. Con su ayuda, mi espíritu herido se aliviaría; tuve la seguridad de que mi corazón hecho pedazos se curaría con el tiempo.

—Nadie vive para siempre —sentenció—. La vida es un privilegio y debemos usar el tiempo de manera sabia. Es responsabilidad de cada uno aprovecharlo de la mejor manera posible. Recuerda eso, *piccolina* —agregó, llamándome con el diminutivo cariñoso que usaba cuando yo era niña—. El alma es como un pájaro en vuelo. Se nos escapa y vuela libre una vez más, sin trabas ni impedimentos. Hay muchas maneras de recordar a Jon-Boy. Abre tu corazón a esos recuerdos, *piccolina*, y deja que vuele libre otra vez.

Por primera vez en mi vida, le tomé la mano a Mifune y la aferré entre las mías.

Le estaba tan agradecida por su bella imagen del alma como pájaro que vuela libre, que apoyé la mejilla contra la palma de su mano.

—Nunca te dije esto, Mifune —susurré—, pero siempre te he querido. Me palmeó la cabeza y dijo: —El amor todo lo trasciende, *carina*, incluso la muerte.

Cuando levanté la vista, Mifune estaba sonriendo. Y pude despedirme por última vez de Jon-Boy.

Capítulo 69

Lamour.

Por supuesto, llamé a Jammy y le conté todo. Lloramos juntas a través del teléfono hasta que, finalmente, dijo:

—Muy bien, así que ahora ya lo sabes, querida. Ya es tiempo de que sigas adelante con tu vida, ¿recuerdas?

Lo recordaba, pero no estaba segura de poder hacer nada con respecto a Lorenzo y a mí. Me hubiera gustado saber hasta dónde llegaría nuestra relación. ¿Me contentaría con ser su amante, como la pobre Isabella? ¿La mujer relegada mientras su hombre continúa con su vida real? Por fin, le envié a Jammy un correo electrónico en el que le abrí mi corazón:

No creo que haya un futuro para nosotros —escribí— pero estoy tan enamorada, Jam, que vivo el momento. Sé que él se preocupa por la diferencia de edad, pero, sabes una cosa, voy a cumplir treinta y nueve el año que viene. ¿Crees que eso servirá de algo? Esta es la primera, desde que tenía trece años, que me hubiera gustado ser mayor, y quizá sea la última. ¿No te parece raro que me enamore de un hombre que recuerda mi imagen de cuando era niña? Cuando lo miro, no veo a un hombre mayor. Veo a Lorenzo, gentil, tierno, buen mozo; un amante maravilloso que me hace sentir como debe sentirse una mujer cuando un hombre le hace el amor, ardiente de pasión, sudorosa y atesorada a la vez.

Es cierto que también soy consciente de que es un hombre importante, exitoso. Conoce a quien hay que conocer y lo invitan a todas partes... pero siempre vuelve al castello, que es donde se siente más feliz, según me dice. Jam, como bien sabes, no me interesa la vida social; prefiero la soledad y mis jardines. La vida de Lorenzo es diferente de la mía y mucha gente de negocios y de esos mundos de sociedad le impone una serie de obligaciones. Nuestras vidas son, en verdad, polos opuestos, excepto en el campo neutral y anónimo del castello, y aquí en mi casa.

Lo que te estoy preguntando, Jammy, es si dos personas con vidas tan opuestas pueden armonizar. Aunque ni siquiera sé por qué te lo pregunto, porque Lorenzo no ha mencionado nunca planes futuros, y ambos parecemos estar viviendo el momento, así que supongo que no vale la pena discutirlo.

Además, están sus hijos. Aurora está enferma; es igual a una yegua joven y desconfiada que huye asustada de todo lo nuevo o desconocido, en especial de aquello que pueda separarla de su padre y de su seguridad. En cuanto a Nico, ¿el eterno conquistador feliz? Bueno, en realidad es solo un galanteador entretenido. Me pareció interesante durante un tiempo imaginarme un poquito enamorada de él; me

hacía sentir bien. Pero a él tampoco le gustaría la idea, me parece, de ver a su padre como mi marido.

¡Ay, Jammy! Con la tragedia de Jon-Boy, la enfermedad de Aurora y mi vida amorosa tambaleante, puedes imaginarte cómo me siento. Solo Mifune permanece inmutable, y cada vez me apoyo más en su fortaleza. Creo que me serviré un vaso de vino e iré al mirador a ver la puesta de sol.

Sabes cuánto te quiero a ti y a Matt, y a tu hija, y cuánto te echo de menos. Gracias por permitirme que me desahogue contigo.

Capítulo 70

Lamour.

Pocos días más tarde, me encontré con Nico en el Amalfitano, donde fui a almorzar después de hacer unas compras. Estaba solo, bebiendo una cerveza fría. Alzó la vista y dijo:

—Me vendría bien un poco de compañía.

—Entonces, te invito una *pizza* —respondí y me senté a su lado.

En cuanto me vio, Aldo salió casi corriendo a atenderme. Nico y yo pedimos *pizza*; me acomodé en la silla y lo miré un rato largo.

—¿Qué pasa? —le pregunté, con suavidad. Se encogió de hombros y miró hacia otro lado, serio—. Vamos, Nico, me doy cuenta de que algo anda mal. Anda, dímelo.

—El amor.

—Bueno, no debes preocuparte por eso. No hay nada malo en el amor.

—Sí lo hay cuando la mujer de quien se trata no me ama —dijo, en un tono entre ansioso y malhumorado que me indicó que yo estaba en problemas.

—¿Cuándo dices «mujer» te estás refiriendo a mí, por casualidad? —Disimulé la sonrisa porque esto era demasiado ridículo.

—¿A quién, si no?

Solté una carcajada.

—Nico Pirata, no estás ni nunca estuviste enamorado de mí. A mí me encantaba estar contigo; me hacías sentir bien. Nos divertimos juntos y eres una excelente compañía, pero... ¿amor? Vamos, Nico; ni siquiera nos hemos besado.

—No porque yo no quisiera —respondió, herido en su masculinidad—. Y ahora prefieres a mi padre.

—No se trata de preferencias; es una relación muy diferente.

—Dime, ¿ustedes están enamorados? —preguntó, con un poco de tristeza. Le dije que sí, que así era. Respiró profundamente—. Entonces, será mejor hacer un brindis.

—Gracias, Nico. ¿Sabes? Realmente eres un buen tipo; un día serás el excelente marido de alguna linda muchacha.

—No si puedo evitarlo —sonrió y me di cuenta de que había armado la escena del pretendiente despechado en honor a mí. Aun así, percibí que había algo más que lo estaba preocupando, y me sorprendió cuando agregó—: Siento mucho lo de Jon-Boy, cara. No quise contarte los terribles detalles debido a Aurora y, además, no quería causarte ningún dolor.

Le tomé la mano.

—Eres un joven muy considerado, ¿sabes? Debe de haber sido terrible para ti; después de todo, estuviste allí esa noche y eras solo un niño.

Fue la segunda vez que vi a Nico realmente serio desde que lo conocí.

—Esa noche acabó con mi inocencia. Un minuto antes era solo un niño, y mis únicas preocupaciones eran no enfermarme de sarampión o perder mi barco; y al minuto siguiente, me vi lanzado a un mundo adulto que ni siquiera sabía que existía. Aprendí, de golpe, que los mayores no solo estaban allí para cuidarnos a los niños; tenían vidas propias, y había furia y violencia a su alrededor. Nunca pude volver a mirar el mundo del mismo modo ni con la misma confianza.

—Siento mucho que hayas pasado por eso —respondí, mientras le palmeaba la mano con suavidad.

—Mi papá hizo todo lo que pudo por ayudarme. Se sintió muy mal de que yo hubiera visto tales cosas; estaba desolado. Me lo explicó de la mejor manera que pudo, y con el tiempo lo superé. Fue una especie de recompensa cuando el bebé se quedó con nosotros y yo gané una hermana.

—Yo también.

Me miró y se sonrió.

—Aurora mejorará —añadió confiado—. Saldrá adelante, lo sé.

—Yo también lo sé.

Una vez aclarados los términos de nuestra relación, Nico y yo hicimos otro brindis con cerveza. Disfrutamos del almuerzo y de la mutua compañía, y después Nico cargó mi canasta hasta la marina, donde mi pequeña lancha estaba amarrada junto a su enorme Riva, todavía magullada por la enorme raspadura que le había hecho el barco pesquero. Esta vez, al despedirme, lo besé en la mejilla.

—Solo un beso de hermana —le dije, riéndome, antes de saltar dentro de mi pequeña lancha azul y partir a toda velocidad.

Capítulo 71

Lamour.

Cuando regresé, sonaba el teléfono. Era Jammy.

—Estoy en un vuelo de Alitalia con destino a Nápoles, vía Milán —dijo rápido—. Llegaré a las seis de la tarde. ¿Puedes ir a buscarme?

—¿De verdad? —Me quedé boquiabierta, asombrada y feliz a la vez.

—¿Crees que voy a dejarte sola en un momento como este? Por Dios, Lamour, casi te pierdo, eres mi mejor amiga. Además, tengo que evitar que sigas metiéndote en problemas con los hombres.

—¡Ay, Jam! De veras, no tengo problemas con los hombres... no como antes, al menos. Solo necesito desahogarme con alguien.

—Bueno, ahora me tienes a mí. Te veré en Nápoles, querida.

Fuimos en el helicóptero de Lorenzo a recibirla. Voló por encima de mi casita para que la viera desde el aire. Con el brillo de la cúpula de mosaicos y los arcos acanalados, parecía el palacio de un sultán en miniatura, oculto en medio del verdor del bosque.

—Comprendo por qué estás tan enamorada —dijo Lorenzo. Me quedé muda, pero entonces caí en la cuenta de que se estaba refiriendo a mi casa.

—Soy el tipo de persona que se enamora de por vida —respondí y quise morderme la lengua al darme cuenta de que esa frase también tenía doble sentido—. Es decir, me enamoré de esa casa cuando era niña y ahora también, y seguiré enamorada de ella cuando esté vieja y achacosa.

—Espero estar aquí para poder ver eso.

Me pareció que eso también podía interpretarse de dos maneras. La primera, que tal vez aún estuviéramos juntos en mi vejez, y que le gustaría ver eso; la segunda... bueno, no me atrevía a pensarlo siquiera.

La costa verde y azul se alejó debajo de nosotros; luego, la cumbre del Vesubio brilló a la distancia y empezamos a descender en un sector despejado del aeropuerto de Nápoles. El vuelo de Milán estaba demorado, de modo que fuimos al bar a esperar. Lorenzo pidió un espresso y yo, mi *capuccino* de siempre, y, como de costumbre, me ensucié la nariz con espuma y le eché la culpa a la taza pequeña.

—Me gusta tomarme hasta la última gota —expliqué, mientras Lorenzo me limpiaba con una servilleta—. Me hubiera gustado que la lamieras —susurré.

—A mí también, cara —me dijo riéndose. Me dio un beso de todos modos, un beso rápido y ligero, pero sentí que me ruborizaba de tal manera que temí que todos se dieran cuenta.

Por fin, anunciaron la llegada del vuelo de Jammy. Alcanzamos la puerta justo en

el momento en que salía de la aduana, rauda y veloz.

—Jammy siempre hace todo a alta velocidad —expliqué, mientras corría hacia ella. Nos abrazamos, nos dimos besos y nos volvimos a abrazar, hasta que finalmente se echó hacia atrás para observarme.

—Déjame verte —dijo. Me quedé quieta, mientras me miraba pensativa con ojo crítico—. Bien, bien. Esperaba ver una pobre y frágil niña abandonada, agotada por las duras exigencias de la vida. ¿Y qué tenemos aquí? Una muchacha robusta y bien alimentada, que da la impresión de que la vida la está tratando muy bien.

—Eso se debe a que Lorenzo está conmigo —dije, llevándola hacia él, que esperaba discretamente un poco más allá.

Le echó una mirada rápida.

—Es el pintor —afirmó—. Me alegra volver a verte, Lorenzo.

—Y a mí también, Jammy. Lamour me ha hablado tanto de ti que siento que ya te conozco —replicó, mientras levantaba la maleta.

Jammy se quedó atónita cuando vio el helicóptero. Hicimos el vuelo tomadas de la mano como dos escolares, maravilladas ante los paisajes que se desplegaban debajo de nosotros. Cuando aterrizamos en el *castello*, Lorenzo nos invitó a pasar para tomar un *bellini* preparado con *Prosecco* y jugo de duraznos, el trago que tanto le había gustado a Jammy durante el último viaje, y se comportó de manera encantadora. Nos invitó a cenar, pero mi amiga estaba cansada, así que mandó a un empleado a la casa con la maleta, y luego nos acompañó a través de los jardines hasta el ascensor.

—Que duermas bien, Jammy Mortimer Haigh —se despidió. Le tomó la mano y se la besó—. Sé que Lamour te cuidará bien.

—Eso sí que es novedad —bromeó Jammy—. Suele ser al revés. ¿Te veremos mañana? —Lorenzo asintió con un gesto y dijo que si estábamos de acuerdo, podíamos encontrarnos en el Amalfitano a la una, para almorzar juntos. Entonces, me tomó la mano y también la besó. Nos miramos mientras se despedía con una sonrisa, y me sentí sola, a pesar de que sabía que pronto lo volvería a ver.

—Soy una quinceañera enamorada —le confesé a Jammy mientras bajábamos en el ascensor.

—Él también lo es.

—¿Cómo te das cuenta? —le pregunté ansiosa.

—Basta con mirarlo a los ojos, querida Lam. Solo expresan amor cuando te miran a ti.

Nos sentamos en la terraza, entre la brisa que nos despeinaba, los múltiples aromas del jardín, el susurro de las olas del mar y la suave caída de la cascada por el acantilado. Una rana croaba su canción y los grillos completaban la armonía. Le mostré mi cuarto recién pintado de color damasco, que compartiría conmigo, porque todavía no me atrevía a hacer nada con el de Jon-Boy.

Jammy empezó a beber a pequeños sorbos su vaso de vino.

—No podía soportar la idea de que te quedaras aquí sola, recordando la forma terrible en que murió Jon-Boy. Después, la escena terrorífica con Aurora. ¡Ay, querida, sentí tanto miedo por ti y tanta tristeza por Jon-Boy!

Me concentré en los sándwiches de jamón y queso que estaba preparando, mientras me prometía que no volvería a llorar. Pero, entonces, recordé que casi no había llorado la muerte de Jon-Boy, así que por fin me relajé y lloré todo lo que pude, abrazada a Jammy en el viejo sofá azul. Cuando me calmé, nos quedamos despiertas hasta tarde comiendo los sándwiches, bebiendo vino y conversando sobre lo ocurrido aquella noche tormentosa, hasta que todo quedó al descubierto y ya no hubo más secretos.

—¿Y Lorenzo? —preguntó al final.

—¿Qué crees?

—Querida, definitivamente creo que es muy atractivo. Me parece una buena persona. Creo que es rico y está muy bien relacionado, es un hombre de mundo. En realidad, creo que es fantástico. Y también pienso que es demasiado mayor para ti.

—¡Jammy!

—Bueno, tú me lo preguntaste.

—Déjame que te diga una cosa, Jammy Mortimer. Tú eres una persona con suerte. Conociste al hombre apropiado cuando ambos eran jóvenes. Se enamoraron, se casaron, compraron una casa en los suburbios, tuvieron una hija y llevan una buena vida. Te fue bien, Jammy, pero para algunos de nosotros las cosas fueron diferentes. Me casé con el hombre equivocado y mira lo que me pasó. Ahora, acabo de encontrar al hombre de mi vida y reconozco que las circunstancias no son perfectas, pero...

—¿Pero? —Levantó las cejas.

—Lo amo.

—Bueno; entonces, cástate —opinó, bostezando de cansancio.

—Ay, Jam, no me lo ha pedido —respondí con tanta tristeza que la hice reír.

—Entonces, ¿por qué no se lo pides tú? —replicó, antes de irse a la cama.

Me dejé meditando sobre lo que me acababa de decir.

Capítulo 72

Lamour.

Jammy se quedó solo tres días, suficiente tiempo para que se enamorara... de mi casa de Amalfi. También se las arregló, por supuesto, para caerle muy bien a Lorenzo. Le dijo que nunca había conocido a alguien tan rico como él y que a pesar de que estaba muy impresionada con sus propiedades, sus negocios y sus amigos de sociedad, quería saber cómo era en realidad.

—Cuando te quedas solo de noche, te quedas a solas con tus pensamientos —agregó.

Lorenzo sabía que lo estaba poniendo a prueba, pero le respondió:

—Ven conmigo, Jammy Mortimer Haigh, y te lo mostraré. —Abrió la puerta que daba a la torre—. Este soy yo cuando estoy solo.

Esperé afuera, porque no quería oír el interrogatorio de Jammy, pero me dijo después que supo que Lorenzo era una excelente persona en cuanto vio el interior de la torre. Todo allí era un reflejo de su personalidad, desde el interesante arte elegido por él, hasta los libros manoseados y leídos y los muebles sencillos.

—Muy bien, aprobado —le dijo, y Lorenzo lanzó una fuerte carcajada, la abrazó y le dio un beso.

El tiempo pasó volando y demasiado pronto Jammy y yo estábamos de regreso en el aeropuerto, despidiéndonos.

—Lorenzo cumplió todos los requisitos —me comunicó—. Ahora te toca a ti resolver el resto. No olvides lo que te dije. ¿Por qué no se lo pides?

No lo olvidé. De hecho, lo tenía muy presente. Nunca imaginé que era el tipo de mujer capaz de proponerle matrimonio a un hombre, pero si no me lo me pedía, ¿qué otra cosa podía hacer? Hice mis planes con mucho cuidado. Le dije a Lorenzo que tenía que irme por unos días a Roma.

Me hice un corte de cabello en la misma peluquería maravillosa que visité con Jammy, y salí renovada, con una aureola de cabellos negros brillantes que me caían en suaves ondas sobre los hombros. Fui a comprar a la *via Condotti* un vestido nuevo, mientras le explicaba a la vendedora de la tienda que quería lucir sencilla, pero sensual. Como romana que era, sabía exactamente lo que le estaba pidiendo, y muy pronto me mostró un vestido ligero de seda con un vuelo mínimo, que se deslizaba con suavidad desde el cuello hasta el dobladillo, abierto a los costados. El vestido era verde claro, muy bonito. Completé el atuendo con un par de sandalias plateadas. Cuando me miré al espejo, me di cuenta de que me veía como las mujeres que conocía Lorenzo: distinguida, elegante y cosmopolita.

Esa noche, cené sola en Da Fortunato, saboreando el delicado besugo y la

maravillosa pasta, y disfrutando de la *passeggiata*: los romanos que se pasean todas las noches por su bella y antigua ciudad, gozando de la mutua compañía. Me quedé hasta tarde, sin sentirme en absoluto como una «mujer sola», como tantas veces me había ocurrido en el pasado. Quizás esta vez era distinta porque estaba enamorada.

Capítulo 73

Lamour.

Le había dejado una nota a Lorenzo invitándolo a cenar a mi casa, a las ocho de la noche. Había traído de Roma un cesto de *delicatessen*. Las elegí con cuidado, según la facilidad y la rapidez de su preparación. Había un surtido de champiñones —mi plato favorito— que pensaba saltar en mantequilla y servir en rodajas de pan tostado. Había también espárragos verdes finos, que sazonaría con aceite de oliva y queso parmesano, y pondría unos minutos al horno. Compré escalopes de ternera que, según me dijeron, no necesitaban más de un minuto por lado en la sartén, luego de lo cual debía agregar unas gotas de limón y finas hierbas. Confieso que hice trampa: compré en Umberto gnocchi caseros y un poco de su famosa salsa de *pesto*. También compré helados, de *pistachio*, por supuesto, de café y vainilla, en la mejor de las heladerías: *Giolitti*, cerca del Panteón. Pedí que me los envolvieran en un envase que conservara el frío, y luego conduje un poco demasiado rápido hasta Amalfi, un viaje de cuatro horas, rogando que no se derritieran.

Esta vez preparé mi sencilla cena sin problemas. Me vestí con mis nuevas ropas, elegantes y femeninas, luego salí y revisé la mesa de la terraza. El mantel azul hacía juego con los azulejos *Vietri* de la banca y las servilletas eran amarillas. Las copas también eran de un azul oscuro y brillante, y llené una vieja jarra esmaltada con margaritas. Nada de finos cubiertos o cristalería. En el fondo, yo era una muchacha pueblerina.

Lorenzo llegó puntual, saltando por la *scalatinella*. Se lo veía muy distinguido en una camisa sencilla de lino y pantalones blancos. Me miró fijo, luego observó la mesa y comentó, pensativo:

—No sé qué es más bello, tú o el arreglo de tu mesa.

Lo abracé y empezó a besarme. Le devolví los besos y la pasión surgió entre nosotros como la chispa que pronto se convierte en llama. Resultaba irónico, pensé mientras lo llevaba a mi alcoba, que no pudiera esperar ni un segundo más para que me quitara el vestido y quedara desnuda en sus brazos. Olvidamos la cena al caer juntos sobre mi nueva cama grande, devorándonos con los ojos y luego con la boca, acariciándonos, tocándonos, besándonos, saboreándonos. Hacer el amor con Lorenzo era mucho mejor que cualquier cena que se me ocurriera preparar, y se lo dije.

—Comamos el postre —respondió Lorenzo, e hicimos el amor de nuevo.

Mucho después, envuelta en mi vieja bata blanca de algodón, y Lorenzo en una toalla, con el cabello mojado por la ducha y con mi nuevo peinado totalmente deshecho, fuimos al mirador con una botella de champán y dos copas. Nos sentamos tomados de la mano, atentos al suave murmullo del mar y mirando la pálida luna

creciente.

La satisfacción fluyó como el vino entre nuestras manos entrelazadas. Pensé en lo maravillosa que sería la vida si pudiera pasar el resto de mis días con Lorenzo. No ocurrió del modo en que lo había imaginado, con mi nuevo peinado, mi nuevo vestido y mi sofisticada nueva apariencia. Volví a ser la de siempre, tal como había llegado... es decir, sencillamente, yo misma.

Respiré hondo; era ahora o nunca.

—¿Tienes idea de cuánto te amo? —dije, entonces, casi en un susurro, porque estaba tan nerviosa que mi voz era inaudible.

Me miró con sus brillantes ojos azules.

—Sabes que yo también te amo, Lamour.

—¿Soy tu amante, entonces? ¿Cómo la linda cantante de ópera napolitana y tu abuelo? ¿La dueña de esta casa antes de que fuera mía?

—Supongo que podrías ser eso, si lo desearas.

—No —respondí, moviendo la cabeza—. No lo deseo, Lorenzo Pirata. Quiero que te cases conmigo —hice una pausa; no podía creer que lo hubiera dicho—. Ay, Dios, eso está mal. Lo que quise decir, Lorenzo Pirata, fue, por favor, ¿quieres casarte conmigo?, porque te amo como ninguna mujer te amará jamás, y lo digo con toda sinceridad, porque no puedo dejar de pensar en ti y tampoco quiero dejar de pensar en ti, y de todos modos, si dices que no, lo más probable es que me vaya y que no vuelva nunca más, y termine en Chicago diseñando jardines para otras personas, sin tener uno propio y sin amar a nadie, y me quede sola por el resto de mis días. —Lo miré a los ojos—. Tendré mucho miedo si no estás a mi lado.

Todo mi amor y mis temores salieron de mi boca de golpe, precipitadamente.

—Tesoro —respondió, con suavidad—, soy mucho mayor que tú. ¿Se te ha ocurrido pensar que cuando todavía seas joven, yo ya seré un anciano? ¿Cuántos buenos años nos quedan juntos? ¿Cinco, diez? ¿Veinte, con suerte?

—Veinte años es una eternidad cuando hay amor —insistí con énfasis.

—¿Cómo puedo pedirte que te cases conmigo, mi querida Lamour? Solo Dios sabe cuánto te necesito, pero ¿cómo puedo ser tan egoísta y quitarte los mejores años de tu vida?

—Mis mejores años serían los que pasara contigo. No volveré a pedírtelo, Lorenzo. Mis cartas están sobre la mesa. Ahora te toca a ti decidir.

Me tomó entre sus brazos.

—¿Cómo podría renunciar a ti? —susurró entre mis cabellos—. Has traído la cordura a mi vida. Me has dado tu alegría, tu juventud y tu fuerza. Me despojas de toda mi vanidad y me haces sentir como un ser humano. Dios mío, Lamour, no sabes la angustia que he sufrido de solo imaginar la vida sin ti.

—Bueno, pues —dije, siempre práctica, hasta en situaciones como esa—, no tienes que hacerlo, ¿verdad?

Sonrió y dijo:

—Lamour Harrington, ¿quieres casarte conmigo?

Epílogo

Lamour.

Como regalo de bodas, Lorenzo me ha obsequiado mi vaca. Y hay más. En complicidad con Mifune, construyeron, en secreto, un establo para ella en el prado detrás del *castello*. Claro que, debido a Mifune, parece más una casa de té japonesa importada a Italia, ubicada en medio de un diseño de geométricos cuadrados de pasto.

La vaca es preciosa, si es posible llamar de ese modo a un animal. Sí, es definitivamente encantadora. Cuando voy a verla, lo que hago todas las mañanas y las tardes, para llevarla al prado o al establo a ordeñarla, me acaricia la mano con su suave hocico. Me he propuesto aprender a ordeñarla a mano. De ese modo, conservaré mi imagen, más bien venida a menos, de mujer autosuficiente. No me pregunten sobre las gallinas. Solo diré que es posible que nunca vuelva a comer otro huevo.

Jammy y Matt vendrán a la boda. Jammy me dijo que mandó hacer uno de esos banquitos antiguos de tres patas que solían usar las ordeñadoras como regalo de bodas. Le contesté que esperaba un regalo más importante, como un juego de copas de martini. Veremos. ¿Y mi nueva categoría de mujer emancipada? Bueno, parece que me he independizado en una feliz relación. Después de todo, ¿no es eso de lo que se trata la vida?

Nico recibió bien la noticia de nuestro próximo matrimonio.

—Ganó el mejor —dijo sonriendo—, aunque sea mi padre. Pero ya sabemos que mi padre siempre me ha ganado en todo.

Percibí cierta amargura en el tono de su voz, aunque pronto me di cuenta de que solo se estaba comportando como el muchacho encantador y un tanto caprichoso que ya conocía. Entonces, nos dimos un beso amistoso, que fue más de lo que hicimos en los tiempos en que intentaba conquistarme.

—Lástima que ya sea tarde —agregó, riendo con descaro, como de costumbre—. Recuerda solo una cosa: no me excluyas de tu lista.

En cuanto a Aurora, ha logrado superar algunas de sus inseguridades y depende menos de su padre y más de sí misma. Toma sus medicamentos y ha vuelto a la universidad, en su intento por enfrentar la vida. La llamo todos los días para recordarle que soy su hermana y amiga y que siempre podrá recurrir a mí. Me dijo que tenía la fotografía de Jon-Boy al lado de su cama, junto a la de Lorenzo y Marella. «Y también una tuya», agregó con dulzura. «*Mia sorella*». Parecía haber olvidado la terrible noche en el barco y estoy segura de que hablaba en serio, incluso cuando me dijo que estaba contenta de que me casara con su padre.

—Así nunca me dejarás —dijo, insegura una vez más, y me apresuré a decirle

que nunca lo haría.

—Ahora somos una gran familia —le respondí; Aurora se ríe, cálida y alegre, y me di cuenta de que estaba contenta.

—Quizás hasta vengan más niños —agregó, y me dejó pensativa.

La idea de tener un hijo de Lorenzo era fantástica, una parte de él que tendría para siempre. Más pequeñas medio hermanas, hermanos o sobrinas y sobrinos... todavía no entiendo muy bien cuál sería el parentesco, pero no importa demasiado. Aurora sería la tía de mis hijos y, cuando se case, yo seré la tía de los suyos.

¿Y Lorenzo, el hombre de mis sueños? O, como le dije con toda honestidad, aquel que habría sido el hombre de mis sueños si hubiera sabido antes que existía y hubiera soñado con él. Hay tanta alegría entre nosotros que es imposible describirla con palabras. Aparece en su mirada en medio de una habitación repleta de gente, en la manera telepática en que adivinamos nuestros mutuos pensamientos, en la mano que se extiende para tomar la mía cuando me siento sola. Está en el peso reconfortante de su brazo alrededor de mis hombros cuando paseamos por los maravillosos jardines de Mifune al atardecer. La encuentro en su cuerpo, tendido al lado del mío en la cama por las noches, satisfecho después de hacer el amor. Vibra en la ternura que siento cuando lo miro, sin que se dé cuenta, mientras lee el periódico en la torre con sus anteojos apoyados en la punta de la nariz, en su afecto tierno por la dulce y fea Affare y en su competitividad cuando nadamos en la bahía. Surge en la pasión que siento por él y en la que él siente por mí, en el gran bienestar de una relación en la que cada uno piensa en el otro en primer lugar. Ya no importa la edad. Estamos de acuerdo en ser felices mientras podamos, y nos alegramos mucho por ello.

Tengo que agradecer a Jon-Boy que me haya enseñado lo que es, realmente, el verdadero amor, pese a que él nunca lo encontró. Solo pudo hallarlo, como lo reveló en su diario, en mí, su hija. Qué lástima que no llegó a conocer a su otra hija: muy distinta hubiera sido la vida de ambos. Pero no tiene sentido insistir en el pasado. Siento que Jon-Boy me ha dado permiso, por fin, para seguir mi vida sin él.

Todo esto me lleva a Mifune. Mi amigo de la infancia, el hombre de gran espiritualidad que me aconsejó que fuera fiel a mí misma, a mis emociones y sentimientos. El hombre con los pies en la tierra, que me enseñó que los jardines bellos solo se lograban a fuerza de trabajo duro y sucio, pero que los resultados finales podían superar todas las expectativas, proporcionarle alimento al alma y convertirse en un legado eterno. Así, los jardines del *castello* y de mi casita serán su legado. Sin embargo, Mifune se vuelve cada día más frágil e introspectivo. Creo que está buscando su propia alma antes de reunirse con sus antepasados. Me ha prometido que asistirá a mi boda y, debido a la fortaleza de su espíritu, estoy segura de que cumplirá su promesa.

Ahora ya es tarde; la luna está alta en el cielo, adornada con la brillante Venus, como dice Lorenzo. También me dijo que me comprará un telescopio para que pueda verla con mayor nitidez y para que observe también cómo nos mira cuando estamos

echados en la cama grande, en la sencilla habitación de la torre que tanto me gusta. Pero tengo un secreto que nunca le voy a contar: quiero a mi pequeña casa dorada de Amalfi aún más que al *castello*.

Cuando pienso en mi vida hoy, me siento muy afortunada por todo el amor que me rodea. ¿A quién se le hubiera ocurrido hace apenas un año? Sin embargo, como dice mi mejor amiga, Jammy: «Así es la vida, muchacha. Nunca sabes qué te pondrá en el camino».

Fin.



Elizabeth Adler. Es el seudónimo de Ariana Scott nació en Yorkshire (Inglaterra). Se define como una niña rubia, flacucha, con unas redondas gafas, y tremendamente tímida. Conoció a su marido Richard cuando vivía en Londres y él se trasladó a vivir al apartamento de al lado del que compartía ella con unas amigas. Richard era abogado y trabajaba para una empresa de Televisión. Se enamoraron y tres meses más tarde su empresa lo envió a Brasil. Se escribieron y semanas después Richard le envió un billete de avión para que se reunieran en Río. Y han estado juntos desde entonces, más de treinta y tres años. Tienen una hija.

Han vivido en Brasil, USA, Inglaterra, Francia e Irlanda. Gran aficionada a la cocina, especialmente la italiana. Su otra gran afición, además de escribir, es viajar.

Escribió su primer relato en la escuela primaria, con ocho años, una serie de misterio sobre una colegiala. No volvió a escribir hasta que su hija fue a la escuela. Entonces se sentó y escribió la que sería su primera novela, *Leonie*. Ambienta sus novelas en lugares que ha conocido en sus viajes y sus personajes, aunque son ficticios, están basados su caracteres en personas reales.